

Ugo Riccarelli

EL DOLOR  
PERFECTO



El Maestro, un joven anarquista, reservado y severo, llega desde una pequeña población del sur de Italia a Colle, un pueblo de la Toscana. Emigrado de una civilización campesina arcaica, no tardará en chocar con las autoridades en la Italia recientemente unificada. Muy pronto, El Maestro se enamora de su casera, la viuda Bartoli, y de su unión nacen varios hijos, cuyos destinos vienen marcados por nombres emblemáticos como Ideal o Libertad.

En el mismo pueblo vive la familia Bertorelli, comerciantes de cerdos, que desde hace generaciones llevan los nombres de los héroes de clásicos griegos y que leen la *Iliada* y la *Odisea* por las noches, alrededor del fuego. Todos los miembros de esta familia, excepto Annina, la narradora de esta historia, se ven atrapados en una frenética búsqueda del bienestar económico y en una creciente complicidad con el fascismo, pero también ellos son víctimas de la misma violencia ciega que va destrozando las vidas y pasiones de El Maestro y sus descendientes.

*El dolor perfecto*, es la novela que ha consagrado a Ugo Riccarelli como uno de los grandes autores de la literatura contemporánea.

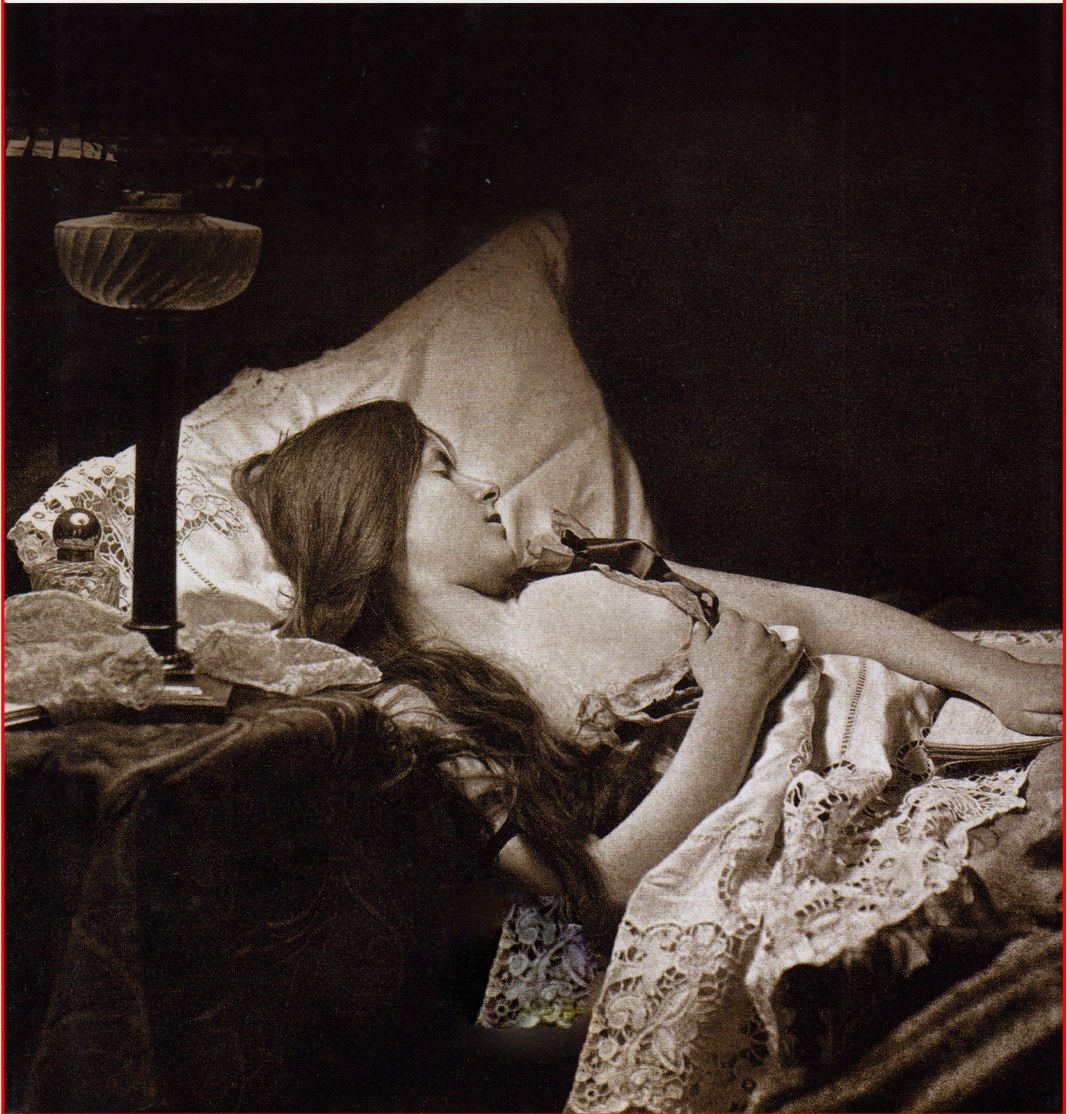
"El Premio Strega en Italia y el Premio Campiello en España significan el reconocimiento de toda la carrera literaria de Ugo Riccarelli".



Ugo Riccarelli

# *El dolor perfecto*

*Una apasionante saga familiar con la historia del siglo XX como fondo*



Ugo Riccarelli

**EL DOLOR PERFECTO**



Título original: *Il dolore perfetto*

Traducción: Carlos Gumpert

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

[http://www.solidaridadobrero.org/ateneo\\_nacho/biblioteca.html](http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html)

En memoria de mi madre y de mi  
abuela María Maddalenta Rinaldini,  
para nosotros, simplemente, Annina.

*Gadda no es barroco.*

*Barroco es el mundo.*

Carlo E. Gadda



## INTRODUCCIÓN

Apenas unos momentos antes de morir, apoyada en el avellano del jardín, Annina emergió de la sombra en la que su mente vivía escondida desde hacía muchos años y, de repente, en esos breves Instantes que la muerte aún le concedió, como en un vuelo volvió a ver la casa con el pino y a Mena que rezaba apoyada en una esquina de la artesa, y frente a Mena vio a su madre parirla gritando a causa de un dolor que le pareció perfecto, y sólo al final, casi espiando, divisó cómo su propia cabeza salía de aquel cuerpo rojo e hinchado por el esfuerzo, y percibió por última vez el olor a violetas de su hermano gemelo que desde dentro de las tripas la empujaba al mundo.

Fue como un relámpago, un estornudo de fuerza tan intensa que Annina tuvo que apoyarse con ambas manos en el avellano para no caerse, y su último suspiro le salió con una voz flébil, casi como un susurro.

–Anda, fíjate... –dijo, sorprendida por aquel espectáculo increíble. Después dejó que una sonrisa le suavizara la boca, se deslizó lentamente hacia la base del tronco y allí se detuvo para siempre.

I

Cuando el Maestro llegó a Colle, en la zona de la llanura estaban acabando de construir la estación, y alrededor de ella nacían ya las primeras casas de la nueva aldea. Nacían como setas, y la gente parecía excitada por la llegada de la vía férrea, que habría de traer el tren y el progreso. El edificio principal no estaba todavía listo, de modo que los pasajeros debían bajar bastante antes, cerca del Padule Largo, y podían llegar hasta Colle Alto tomando al vuelo alguna de las raras carrozas o confiando en la amabilidad de algún campesino para que les llevara en un carro tirado por bueyes.

Desde la carretera que ascendía al pueblo enrocado desde hacía milenios sobre la colina, podían verse con claridad los campos seccionados por las vías: una herida transversal que desde el Padule se hincaba en medio de la geometría de las fincas, delimitadas por las acequias y las hileras de cipreses. Parecía como si el mundo estuviera netamente dividido: a



la izquierda, siguiendo la cinta todavía blanca del balasto, una multitud de personas, carros, herramientas, cierta confusión de hormigas que iban y venían entre el trazado del ferrocarril y las casas en construcción. A la derecha, poco más allá de la estación, del lado donde ya había sido depositada la estela herrada, el mundo estaba en paz, y en los campos divididos por el sendero del tren podía divisarse, como mucho, algún débil bucle de polvo levantado por un arado.

El Maestro había pedido a un factor que lo llevara en su carro, después de haberlo ayudado a cargar los últimos sacos de judías en el tren que arrancaría de inmediato para la ciudad. Hijo de campesinos, el olor de las legumbres y el contacto con la yuta rasposa le habían hecho sentirse de nuevo en casa, mitigando cierta sensación de ser de alguna forma un traidor por haber sido el único, de toda su familia, que había estudiado.

Había llegado del sur, de un pueblecito cerca de Sapri no demasiado distinto de Colle, enrocado también sobre una colina, pero sin ferrocarril y con más miseria. Había llegado con dos maletas: en la primera, algunos calzoncillos, algún par de calcetines, dos camisas y un traje negro igual al que llevaba. La otra estaba llena de libros y pesaba como un muerto.

En cuanto el tren se movió, el Maestro sintió por un instante que se ahogaba, y se quedó mirando el convoy de

vagones que se deslizaba lentamente en la dirección de la que había llegado hasta que el factor, con las maletas ya sobre el carro, lo llamó para que se fueran. Entonces se acercó, se limpió las palmas en los pantalones y extendió la mano para presentarse, como hacen los hombres. Dijo su propio nombre y su apellido, y dio las gracias por el favor.

El factor no era hombre de muchas palabras. Oyendo esa extraña forma de hablar, jamás escuchada en aquellos lugares, pensó que el ferrocarril, además de traer semillas y verduras, quién sabe qué clase de gente habría de dejar allí.

El mundo era grande, y ahora Colle se había enganchado a algo que no conocía. En cualquier caso, aquel joven parecía buena persona. Hablaba con un acento extraño pero correcto. Le había ayudado, como es usanza entre personas civilizadas, y ahora a la mano que tendía era necesario responder, entre otras cosas por la hospitalidad que, entre los hombres, es debida.

Hicieron el viaje en silencio, el uno por la turbación ante un extraño, el otro por estar inmerso en la melancolía y concentrado en observar aquel mundo desconocido en el que su nueva vida había de comenzar pronto.

Sólo cuando, junto a las primeras casas de Colle, estuvo ya próxima la puerta de las murallas, el factor le preguntó dónde quería que lo dejara, y el Maestro contestó:

–Donde haya una pensión, o alguien que alquile habitaciones.

Después dejó pasar unos segundos de pausa y, como si se avergonzara de lo que estaba a punto de decir, bajando los ojos, casi susurró:

–Soy el nuevo maestro, vengo a dar clases.

El conductor se volvió de golpe hacia él.

–El Maestro –dijo–, ¡enhorabuena! –Después añadió–: La viuda Bartoli podrá alojaros. –Luego calló hasta que se detuvo ante una casita de piedra, justo al lado de las murallas.

Bajó apresuradamente, llamó y advirtió a la mujer que había llegado el nuevo maestro. Después arrancó de las manos del joven el equipaje que éste se había apresurado a descargar.

–Maestro, no os molestéis. Dejadme a mí.

Le dejó las maletas en la acera y se quitó el sombrero. Con cierta deferencia, volvió a tenderle la mano.

–Veréis, os encontraréis bien aquí en Colle. Somos gente sencilla, pero amamos la vida. La vida tranquila, el estar en paz. Veréis, estoy convencido de que os gustará.



Se marchó tocándose el ala del sombrero, y lo dejó en manos de la viuda Bartoli, la que alquilaba habitaciones.

Desde lo alto de las escaleras, el hombre oyó cómo le llamaban:

–Señor Maestro, entrad, que empieza a refrescar.

Él miró un momento más hacia la llanura, hacia el sol que comenzaba a ponerse, y detrás del Padule Largo le pareció por un instante ver brillar el mar.

La viuda Bartoli era una mujer atractiva, que rondaba los treinta años y se había quedado sola después de que su marido, capataz, muriera en el curso de las obras del viaducto, abajo en el Padule, aplastado por las ruedas de la locomotora, que lo había enganchado por la capa mientras comprobaba el aguante de un canalón durante una tormenta. Su cónyuge le había dejado aquella casa de seis habitaciones, en la que vivía con su hijo Bartolo, de ocho años, el dolor por aquella muerte repentina y desgarradora y la fobia permanente hacia cualquier medio de locomoción con ruedas. El tren en primer lugar.

Cuando el factor descargó al Maestro delante de su puerta, en la casita de piedra junto a las murallas vivían realquilados dos capataces de las obras de la estación. La tercera habitación fue ocupada por el recién llegado, un alojamiento que le gustó de inmediato: el cuarto no era

amplio, pero estaba decorado con sobriedad y buen gusto. Una pequeña cama, una mesilla, un armario de cerezo y una mesa apoyada contra la pared. Tras vaciar en un momento la maleta de sus indumentes, colocó con atención sus numerosos libros en el espacio que sobraba en el armario. La casa estaba situada Justo al límite de la colina, de forma que desde la ventana podía ver casi toda la llanura, con el ferrocarril que iba avanzando, las casas en construcción, los campos, los caminos.

La viuda era una persona discreta, ordenada y puntual. Por una cifra aceptable se pusieron de acuerdo sobre el alquiler de la habitación, el almuerzo y la cena que consumían todos juntos en la enorme cocina: los tres huéspedes, la dueña de la casa y el pequeño Bartolo. Inmediatamente después de cenar, los capataces salían para dar un paseo hasta la taberna, de la cual no volvían demasiado tarde, para acostarse, mientras el Maestro, que no tenía por costumbre salir, permanecía en su cuarto entre sus libros y la apretada escritura con la que llenaba gran cantidad de hojas.

Estaba muy ocupado con su nuevo trabajo, con los treinta muchachos de la escuela, y el tiempo que no dedicaba a preparar las clases y a corregir deberes, lo empleaba en la lectura y en los escritos que redactaba de noche, hasta hora tardía. Además, el domingo no sólo no iba a misa como los demás, sino que se dedicaba a paseatas solitarias siguiendo

el ferrocarril, con un libro en la mano, y en la otra un cigarro toscano.

Esta especie de aislamiento despertó la atención de la viuda Bartoli, su curiosidad acaso. Lo cierto es que lo consideró extraño. En ocasiones, tímidamente, tanteó el terreno, se informó con discretas preguntas de si al Maestro le hacía falta algo, de si todo iba bien, en casa y en la escuela, pero siempre obtenía corteses respuestas tranquilizadoras.

Un joven de tan buena presencia, instruido y amable, ¿por qué se obstinaba en permanecer aislado? Claro, Colle Alto no era Jauja, pero no dejaba de tener un par de buenas tabernas, y una sala, debajo del ayuntamiento, donde cada semana una banda tocaba para el baile. Y además aquel maldito ferrocarril acercaba mucho la ciudad, y con la ciudad, las delicias y diversiones que un joven sano no hubiera evitado.

Así, día tras día, casi sin darse cuenta, la viuda empezó a pensar en la vida del Maestro, una costumbre que como una gota ligera sobre una roca excavó una pequeña gruta en el interior de su soledad. En efecto, aunque inmersa en las ocupaciones de madre y de patrona que tenía que atender a tres personas, desde el día de la muerte de su marido su existencia había estado marcada por la soledad.

Fosco Bartoll nunca fue hombre de muchas palabras.

Espíritu más bien práctico, gran trabajador y de carácter algo sombrío, para su esposa había sido en cualquier caso un marido leal y paciente. Sobre todo, era un hombre capaz de escuchar, y en los años en que compartió el hogar con ella siempre había tenido para su mujer un momento de atención, una mirada de complicidad, aunque no fuera más que un rápido gesto de entendimiento que a ella le bastaba para sentirse parte de algo fuerte, de cuanto era necesario para afrontar las penalidades de una existencia sencilla, los reveses de la vida, un dolor grande como la pérdida de su primera hija, a la que un retortijón se llevó en un santiamén.

Desde aquella tarde maldita en que acudieron a buscarla para bajarla a la carrera hasta el viaducto, frente a su hombre arrastrado hasta la muerte por el hierro de la locomotora, no había sido capaz de hallar en ninguna parte algo que pudiera darle al menos un poco de aquella sensación de plenitud.

Habían pasado los meses, y ella se las ingeniaba para sacar adelante a un pobre niño que de su padre no conservaría más que un recuerdo lejano, llenaba las horas limpiando, manteniendo en orden la casa y ocupándose de sus huéspedes, y de esa forma el tiempo de los días, puesto en fila con la repetición de plazos siempre iguales, se marchaba con rapidez y se perdía en el horizonte azul y gris del Padule. Pero por la noche, cuando los dos capataces se habían retirado, el pequeño Bartolo estaba ya perdido entre

sueños, en la casa caía el silencio y sobre la viuda se desplomaba el peso de la soledad.

Entonces se quedaba largo rato con los ojos abiertos en la oscuridad y escuchaba aquel silencio, pensando, más que en su vida pasada, en la que habría podido pasar junto a su hombre si aquellas ruedas malditas no lo hubieran triturado, y esa idea se había convertido en la compañera de sus noches, el único testigo de un sutil dolor que le impedía el descanso o, a veces, la única tisana que la llevaba suavemente hacia el sueño.

Fue con cierto estupor, pues, como en mitad de una noche se sorprendió pensando en la vida del Maestro, inmersa en el deseo de descubrir algo más acerca de él, de sus costumbres esquivas, de esas largas caminatas solitarias.

Casi se asustó al comprobar que eran ya muchas las noches en que esos pensamientos la acompañaban por las habitaciones de la casa, o mientras bajaba hacia el Padule, donde se imaginaba al Maestro paseando no ya solo, sino en su compañía, leyéndole un libro y hablándole de él, de su trabajo.

Al darse cuenta, el corazón le dio un vuelco en el pecho, y de inmediato se dio la vuelta entre las sábanas como para apartar aquellas ideas, y alejarlas, y dejar que se ahogaran en el pesado sentimiento de culpa que sentía ya nacer en su interior, como si hubiese traicionado a su marido y éste la

hubiera sorprendido haciendo algo indecente con otro hombre. En su casa. En sus pensamientos.

Y, sin embargo, por más que buscara el sueño, y al buscarlo se esforzase en volver a la antigua costumbre de imaginarse a Fosco Bartoli y una vida que nunca compartiría con él, dentro de sus sueños la imponente figura de su marido poco a poco se alteraba y su rostro acababa por adquirir los rasgos jóvenes y amables del Maestro e, incluso, a veces éstos se amortiguaban, se dulcificaban más aún y se deslizaban junto a ella en el interior del consuelo de un sueño cálido y reparador en el que, en no pocas ocasiones, su huésped había osado dirigirle la misma mirada de entendimiento con la que el difunto sabía tranquilizarla.

Vivir y soñar, confundirse en una imagen acercándose lentamente hacia un rostro. Levantar la mano en un gesto de saludo, que es una esperanza fantaseada en la oscuridad. Vivir y soñar era a veces lo mismo, y así, la viuda, casi sin darse cuenta, sobrepuso al recuerdo dulce de un marido que ya no estaba, el rostro ahora habitual del Maestro, sus manos grandes, sus gestos corteses. Incluso su olor, mezclado con el aroma acre del cigarro toscano, de la tinta y de los papeles que atestaban el pequeño cuarto de alquiler. La gota de sus pensamientos había excavado una cueva y ella no tardó en llenarla con el amor, con una nueva amabilidad, un aspecto radiante y una luz que la hicieron florecer.

Los propios huéspedes advirtieron aquella primavera una ligera electricidad que contagió también al pequeño Bartolo y lo convirtió para siempre en el niño ágil y alegre que habría de ser. Incluso el Maestro se mostró confuso por aquella manifestación de amor vital, y a pesar de lo embarazoso de una situación delicada, un domingo por la tarde se armó de valor para invitar a la viuda a unirse a su habitual paseata siguiendo la vía férrea. Él, un hombre hecho y derecho, con barba, faja y su bonito lazo negro sobre la camisa inmaculada, le formuló la Invitación casi inaudiblemente mientras retorció con las manos el ala del sombrero que se había quitado en señal de respeto.

La viuda aceptó con una sonrisa, con tanta naturalidad que hizo que al Maestro le parecieran excesivos sus temores, y con idéntica naturalidad lo tomó del brazo en cuanto salieron de casa, mientras con la otra mano controlaba que Bartolo se mantuviera a su lado. En el breve tramo de carretera que desde las murallas bajaba hacia los campos y más abajo, después, hasta la vía férrea, a los ojos perezosos de los escasos habitantes de Colle que fuera de sus puertas disfrutaban de la tibieza de una primavera precoz, el paso tranquilo de aquellas tres personas les pareció algo plenamente natural.

Envuelta por el halo mágico de un amor templado en tantas noches de soledad, la felicidad que la viuda Bartoli esparció a su alrededor aquietó en un instante cualquier

posible escándalo o chismorreo ante aquella unión entre el joven Maestro y una mujer de bastante más edad y que aún vestía de luto. Tal vez fuera un hechizo, tal vez un repentino sentido común que se adueñó de Colle, pero desde el momento en que con aquel paseo el nuevo amor se hizo evidente, éste fue saludado sin estupor alguno, como la evidencia de una unión natural, antigua incluso. El único capricho que se concedió el pueblo, y que mantuvo siempre, fue el de seguir llamando «viuda Bartoli» a la mujer, si bien ya oficialmente unida a la vida del Maestro.

Si para el Maestro el viaje desde las costas de Campania hasta Colle había sido largo y pesado, más pesada le pareció la lejanía de los lugares en los que había nacido, se formó y tenía a su familia.

Y aunque considerara una misión el marcharse lejos de casa hacia un nuevo trabajo y un nuevo mundo, cada vez que el atardecer sobre el Padule Largo encendía de luz el agua, una mano lo aferraba con fuerza por la garganta sin dejarle casi respirar. Una presa de la que sólo conseguía liberarse con el empuje de un único pensamiento: la convicción de que aquel viaje suyo era necesario.

En el cielo rojo que incendiaba la llanura, detrás de la ventana, volvía a ver por unos instantes los días pasados con los compañeros de colegio entre el estudio y las discusiones, a su primo Salvatore que se marchó con Pisacane y murió de un disparo de fusil por la espalda a manos del campesino al



que habría debido liberar, y ese nuevo Estado italiano que había nacido en el norte, pero que en los campos del Sapri sólo se manifestaba con la prepotencia de sus soldados.

Su padre era ayudante del factor en el feudo de los barones Portillo, y había querido que fuera maestro para que no conociese las fatigas del sudor mal pagado de quien cultiva la tierra. A Sapri a estudiar, todos los días un tramo a caballo y después a pie, a buscar en los libros un camino que no fuera aquel lleno de polvo y fango de la granja, sino el de la respetabilidad concedida por un título, por un trozo de papel con tu nombre escrito con hermosa caligrafía en negro y oro y con las rúbricas que acreditan que uno es licenciado.

Pero a él en los libros le parecía leer otras cosas. O mejor dicho, lo que leía en los libros le confirmaba la impresión de que los barones Portillo, con sus vestidos de raso y las carrozas, no eran sino unos payasos prepotentes. Al igual que las miríadas de lacayos que se llevaban consigo cuando pasaban por los campos de caza. Al igual que sus acólitos e incluso los notables de Sapri que colgaban de sus labios una sonrisa o un gesto de saludo que valoraban mucho más que todos aquellos desgraciados a los que arrendaban la tierra a cambio de un pedazo de pan.

Luego, un día, su amigo Mannuzzu llegó de Nápoles con los libros de un filósofo alemán que se interesaba por el destino de aquella pobre gente, y ambos habían empezado

a reunirse con otras personas para hablar de tierras entregadas a los campesinos, de explotación, de gente que acumulaba el capital lucrándose del trabajo de los demás, de lucha social.

Él era para todos el primo de ese Salvatore de Pisacane muerto por la espalda por quien habría debido liberar, y sus amigos se dirigían a él con ese tono de respeto debido a quien, en el fondo, ciertas cosas ya las sabe.

Fueron meses de lecturas feroces, continuas y extenuantes, tanto que su padre, viéndolo siempre inclinado sobre las páginas, absorto en sus pensamientos, empezó a dudar de su inteligencia. «¿Qué será, pues, esta ciencia? –pensaba–. ¿Será posible que sea tan complicada y larga que te consuma los ojos y el sueño? ¿Qué habrá tan misterioso en el saber que hay que ocultarlo en el interior de libros gruesos como cajas de fruta, pesados como ladrillos?» A veces se levantaba de noche, y se acercaba en silencio al cuarto de su hijo para espiarlo mientras, curvado sobre la mesa, escribía a la luz de una vela hoja tras hoja y copiaba complicados dibujos llenos de números, de libros escritos por personas con nombres extranjeros.

Que su hijo y aquellos estudios eran cosa extraña le fue confirmado el día de su diploma, después de la gran fiesta a la cual invitó a todos los campesinos para celebrar el gran acontecimiento, porque en el fondo era realmente algo excepcional que el hijo de un simple ayudante de factor, de

uno de ellos, hubiera sido capaz de demostrar que incluso los patanes tienen cerebro. Y, sin embargo, ante las caras alegres de aquella pobre gente, ante sus cumplidos, su alegría, su hijo, tan instruido, no supo más que balbucear unas cuantas palabras turbadas, para huir después a esconderse en su cuarto, donde lo descubrió a altas horas de la noche dedicado, por supuesto, a leer sus libros.

–Ya está bien de libros, ahora eres un maestro y tienes que celebrarlo –le dijo con voz insegura a causa del exceso de vino. En su mente satisfecha lo veía con un bonito traje, en la ciudad, paseando por la calle principal con el periódico en la mano, mientras quienes pasaban le dirigían gestos de saludo, respetuosas sonrisas. Y él, en cambio, acucillado en la cama, con los ojos cansados a causa de la lectura, lo miró sin alegría y le dijo:

–No soy maestro de nada, padre, y lo celebraré solamente cuando los patanes que están gritando abajo como bobos griten contra los barones y hagan que les den la tierra que trabajan, y que no es de nadie más que de quien acaba por enterrar en ella su corazón a golpes de azada.

«Enseñar no es una fiesta –continuó–; queda mucho por hacer ahí afuera, en esta Italia nueva, construida por los piemonteses por su propio interés. Verá, padre, yo enseñaré a escribir y a leer, enseñaré a la gente de mañana a hacer cuentas para que miren el mundo, para que vean cómo está hecho por quienes mandan. Tenemos un futuro,

y tenemos una esperanza: que esta gente entienda, y llegue hasta la injusticia profunda que conlleva tener siempre un Dios, o un rey, o un barón, o un Estado diciéndonos cómo somos, diciéndonos de todas las maneras qué hacer, cómo vivir, cómo morir, cómo pensar. Debemos salir a ver, conocer, poner manos a la tarea. Italia, Nápoles, Roma, Florencia, Génova, Milán están a la vuelta de la esquina, llenas de personas que deben aprender a leer, a escribir, a hacer cuentas para que no les sigan engañando.

El hombre no entendió; tal vez fuera la ebriedad del vino, tal vez el tono decidido con que su hijo se dirigió a él aquella noche, pero por primera vez sintió que algo se le escapaba para siempre y que aquel muchacho acucillado sobre la cama ya había dejado de pertenecerle. Era un ternero suelto, mejor dicho, un potro dispuesto a correr por la llanura como el viento. El rey y el barón, señores con frac y sombrero de copa, y además una llanura enorme llena de trigo, y en el trigo una ciudad que se llamaba Italia Nueva, repleta de gente desconocida que hablaba una lengua perfecta, pero sin sentido. Vio todo eso en un instante y tuvo miedo. El futuro siempre se lo había imaginado tan solo como con un hijo maestro, establecido y respetado; en Sapri, porque Salerno ya habría sido demasiado. Pero ahora aquel chico, que en otros tiempos había sido su hijo, estaba hablando de Génova y de Florencia, hablaba de Milán, ciudad que casi ni había oído nombrar nunca, donde se hallaba la Italia que le estaba esperando precisamente a él,

a aquel que había sido su hijo y que ahora tenía que marcharse para dar clases.

Cerró con suavidad la puerta y se dirigió a su habitación, a paso lento, para no molestar. Su mujer le estaba esperando ya en la cama, aferrada a un rosario y murmurando en voz baja plegarias, con los ojos radiantes, la mirada casi extasiada. Entre las vaharadas de la borrachera y la emoción por el diálogo con su hijo, todo el conjunto le pareció al hombre una imagen ridícula de su vida, suspendida entre los ruidos de la fiesta que seguían llegando desde debajo de su casa y el borboteo monótono de aquella cantilena.

Hubiera querido huir, vencer el cansancio, el mareo que le hacía vacilar y marcharse de aquella habitación, tal vez hacia Milán, tal vez sólo hacia el mar, encontrar una barca y alejarse para siempre de aquellos lugares. Apenas pensó en el mar, le vino a la cabeza su sobrino Salvatore, el cuerpo de Salvatore con la espalda desgarrada por las postas loberas. Estaba tumbado en la playa, con los brazos extendidos hacia delante, como si estuviera zambulléndose en el agua para marcharse, huir nadando de la rabia de los patanes a quienes hubiera querido liberar. Veía a su sobrino y oía a su hermano llorar y gritando maldecir a Pisacane y a los revolucionarios, arrodillado junto a aquel cuerpo destrozado.

Había comprendido.

Salvatore desapareció y en su lugar vio a su hijo, guapo, joven, con el diploma de maestro y la espalda desgarrada por un disparo de fusil. Porque ése es el final de quien quiere cambiar el mundo, poner a los patanes en lugar de los amos, y perder la razón y el sueño, la propia libertad por la libertad de los demás, maldita sea. Vio a su hijo rígido por la muerte, tumbado en una playa de Milán, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Fue la voz de su mujer lo que le devolvió a la habitación, tocándolo con suavidad.

–Anto’ –le preguntó–, ¿qué haces? ¿Estás llorando? ¿Es que no estás contento?

El hombre miró a su mujer, pero en realidad sus ojos miraban algo mucho más lejano.

–Si supieras –dijo con voz rota–, si supieras qué tristeza, el mar de Milán...

Cuando llegó el momento, el Maestro, como había acordado con sus compañeros, se las arregló para conseguir plaza de enseñante en una sede que no estuviese cerca de Sapri. No resultó difícil contentarlo, puesto que en aquella Italia donde todavía faltaba de todo, no faltaban desde luego plazas para un joven maestro que tuviera ganas de viajar. Por lo demás, era ése el proyecto de su pequeño grupo de revolucionarios; distribuirse por el país para llevar

sus ideas lejos de aquel nido de serpientes que había masacrado la revolución. Eran tres maestros, dos empleados del ferrocarril y un prometedor experto en mecánica industrial, quienes se despidieron intercambiándose la promesa de mantenerse en contacto con cartas frecuentes, una vez llegados a sus respectivos destinos. Llegaría algún día el momento de regresar, más fuertes y mejor organizados, a sus casas también, para hablar de justicia social y de libertad.

La vida en Colle le pareció de inmediato distinta a aquella otra más dura con la que siempre había estado en contacto. El trabajo no le faltaba, pues ocuparse de treinta niños no es una nadería, pero era escuchado y respetado, y tiempo para proseguir sus estudios, escribir y anotar sus observaciones sobre la gente del lugar le quedaba lo suficiente. Lo miraba todo con mucha atención. A menudo, con la excusa de conocer mejor a las familias, hacía preguntas, se informaba sobre las condiciones de trabajo y sobre el trato a los empleados.

Logró que los capataces le acompañaran a las obras del ferrocarril, para conocer a los obreros, y también visitó a los pescadores, abajo, en el Padule Largo, y los hornos donde preparaban los ladrillos para las nuevas casas que crecían como hongos alrededor de la estación. Colle vivía en un gran fermento, con la zona nueva repleta de hormigas que levantaban los edificios, trazaban calles y alargaban los

recorridos ferroviarios, mientras arriba, en el pueblo viejo, los negociantes y los artesanos preparaban todo lo necesario para vestir y alimentar a la gente que aquel pedazo de futuro estaba arrastrando consigo en su carrera al galope.

Desde su ventana que daba a la llanura, o bien sentado fuera de la casa cercana a las murallas, el Maestro pasaba mucho tiempo observando toda aquella actividad, intentando captar los movimientos secretos, las tensiones, las salidas y las perspectivas, formulando hipótesis que después anotaba en sus cuadernos y verificaba en los libros. Todo aquel fervor le parecía expresión de algo nuevo, un espíritu distinto que él, crecido entre los campos de Sapri, no había conocido nunca salvo en las descripciones de Marx o de Bakunin. Y por ellos precisamente sabía que aquélla era sólo una ínfima parte del trabajo del hombre, de aquella inmensa cantidad de trabajo que en otras partes obligaba a centenares de personas, encerradas en enormes fábricas, a tejer fibras o fundir acero. A veces, aquella idea le producía escalofríos cortándole la respiración: veía enormes construcciones, pululantes de hombres esclavos de un trabajo cuyo fruto no les pertenecía, ocultos en la oscuridad, sepultados por los humos, ensordecidos por el ruido, inmersos en la producción de un común destino de fatigas que le pareció un dolor enorme y perfecto.

Eso pensaba el Maestro, pensaba en las fábricas, incluso



mientras cruzaba los campos de alrededor, otros lugares de enormes fatigas, aunque fueran de formas y colores tan espléndidos como los de Colle. Naturalmente, los campesinos y la pobre gente eran pobre gente tanto allí como en su tierra, pero los rostros eran menos angulosos, las caras estaban más abiertas a la sonrisa, casi como si la belleza del paisaje, la suavidad de los alcores que se degradaban hacia una llanura tierna como algodón en rama hubiera mitigado también a sus habitantes, les hubiera abierto de par en par las puertas de la vida más de lo que ocurría con la gente del feudo de los Portillo. Y además los colores, aquella tierra roja y parda, manchada de verde donde el trabajo había hecho crecer prados ordenados, y el amarillo del trigo que se encaramaba por los declives, y el agua azul del Padule Largo, de oro cuando brillaba bajo el sol poniente.

Incluso su lengua tenía el color de los prados, era una música dulce, un sonido de flauta o de violín. Más ancha el habla de Colle Alto, llena de ritmo endecasílabo, casi poético, más inconstante y desordenada en torno a la estación, una mezcla de gente de paso que allí acudía día tras día para vivir y trabajar.

Pero entre todas las cosas de Colle, al Maestro le impresionó sobremanera la amabilidad de las mujeres. No es que las de su tierra no fueran amables, pero mantenían siempre, en toda circunstancia, una reserva, casi una

hostilidad que las aislaba en una especie de mundo aparte, incluso cuando se convertían en esposas o abuelas. Las mujeres de Colle, en cambio, no temían sonreír, hablar a un desconocido con una cortesía y una dulzura que hechizaba.

Ante aquella dulzura, el Maestro casi sintió miedo, y así, en las primeras semanas que pasó allí, si por un lado disfrutaba de la afabilidad con que la viuda Bartoli lo trataba, por otro la aceptaba con la desconfianza y la cautela típicas de quien estaba acostumbrado a ver en las maneras familiares de tratar a un desconocido, si no una segunda intención, sin duda algo inusual. Pero con el paso del tiempo, de la observación y el contacto con el resto de las mujeres del lugar, fue abandonando cada vez más aquella especie de sospecha y empezó a apreciar el placer de un coloquio, de un intercambio de saludos, de un relato cualquiera, aunque fuera mínimo, pero coloreado por aquella forma de hablar amplia y luminosa que la volvía épica.

Y así, en determinado momento, los días pasados entre el trabajo y el estudio, completados por los paseos con que sazonaba el descanso dominical, empezaron a parecerle demasiado solitarios y largos y se dio cuenta de que le hubiera gustado endulzarlos con alguna guarnición de palabras que fueran para él, y sólo para él. No era hombre de tabernas, ni de bailes en la plaza, como eran sus dos coinquilinos. Por lo demás, su propia condición de maestro

le impedía ir por el pueblo entablado conversación, más allá de lo estrictamente necesario en un cortés intercambio de frases durante el paseo.

Una posibilidad sí cabía. La viuda Bartoli estaba ahí, al alcance de la mano, siempre amable e interesada por él. Preguntas discretas, pequeñas atenciones cotidianas que en principio él había evitado con educación, pero que después, poco a poco, lo habían acariciado y, con el paso del tiempo, puesto incluso de buen humor. Al despertar por la mañana se apresuraba a bajar a desayunar, sobre todo para poder disfrutar de la cordialidad que la viuda le brindaba, para respirar, aunque sólo fuera durante un cuarto de hora, aquel aire de felicidad y de primavera que emanaba de sus movimientos y sus palabras mientras servía en la mesa a los comensales. No era casi nada, una galleta especial horneada para él, un ligero toque en la chaqueta para quitarle una miga, un roce de falda contra la silla, y, sin embargo, saciado por un gesto minúsculo cualquiera, el Maestro se sentía capaz de salir de casa para el trabajo con suficientes fuerzas como para afrontar el mundo.

Así, la tarde de un domingo de febrero insólitamente tibia, en cuanto la viuda acabó de recoger, el Maestro se armó de valor y decidió dar un paso más. Había pensado una y otra vez durante toda la mañana en lo que iba a decir, un pequeño preámbulo para disculpar su audacia e introducir el razonamiento –casi un proemio, se había dicho a sí

mismo– y después la petición de un paseo juntos, sin más, para charlar en compañía, dejando a la mujer la vía de escape de un rechazo muy probable. Lo comprendería, claro está: su posición de viuda, lo inconveniente de aparecer juntos, todo en general. Lo había sopesado todo más de una vez y, al final, se consideró listo para la prueba.

Era la primera vez que se enfrentaba a una mujer adulta en semejante tesitura. El amor que había conocido en sus campos estaba hecho de miradas furtivas, de rápidos gestos robados a los padres o a los maridos, consumidos de prisa. Ni tan siquiera una respiración. Aquí se trataba de jugar al descubierto, de tomarse la molestia de no incurrir en ofensas. Una mujer hecha y derecha, viuda y sola. Así, con la cabeza repleta de todas estas consideraciones, el Maestro se acercó a la viuda Bartoli mientras ella se disponía al bordado y acababa de sentarse junto a la puerta de la cocina, abierta al cielo y la llanura.

Con el corazón en la garganta y las manos retorciendo el ala del sombrero se presentó ante la mujer, el cielo y la llanura, e intentó hablarle, oponer todo su valor frente al muro de belleza que ella y el paisaje le construyeron delante. No había vacilado en dejar su casa y su gente, hubiera querido hacer la revolución y cambiar el mundo, y, sin embargo, de su boca no salieron ni esas pocas palabras meditadas, pocas y sencillas palabras de invitación, ante la mirada de la viuda Bartoli, que le sonreía.

El Maestro permaneció mudo durante unos instantes más. Consideró que todo era demasiado hermoso y profundamente injusto, injusto sólo en la medida en que puede serlo la excesiva belleza en relación con las palabras de un hombre. La sonrisa de una mujer enamorada, el cielo azul y, bajo el cielo, la llanura que se perdía en el resplandor lejano del Padule. Todo estaba allí, y era demasiado para un discurso cortés de invitación, pensado durante horas construyendo, palabra tras palabra, frases ahora inadecuadas.

El Maestro se rindió. Miró un momento más hacia el cielo, después se zambulló en el interior de los ojos de la viuda y, en voz baja, acertó sólo a decirle:

–¿Salimos?

El amor envolvió a la viuda Bartoli y al Maestro de una forma tan inevitable que nadie, del Colle hasta el llano ni más allá, se sorprendió jamás de aquella unión que habría podido, en cambio, ser causa de chismorreos y chácharas de todo tipo, aunque no fuera más que por la evidente diferencia de edad de los amantes y, en cualquier caso, por el escándalo que hubiera podido representar, dado que, en los muchos años de su amor, incluso cuando nacieron hijos y las dificultades no faltaron, ellos jamás manifestaron la menor intención de regularizar aquella relación a través del matrimonio.

Por lo demás, debido a sus convicciones anarquistas, el Maestro no reconocía autoridad ni al Estado ni a la Iglesia y, en todo caso, desde el día de su primer paseo Junto a aquel hombre joven, la viuda Bartoli Jamás hizo alusión alguna a la eventualidad de una boda entre ambos.

Simplemente, en cuanto volvieron a casa al caer la tarde, una vez servida la cena a los huéspedes y tras acabar de recoger, ella y el Maestro iniciaron su vida conyugal: durmieron en la habitación matrimonial y transformaron el antiguo cuarto de él en un despacho atiborrado de papeles y de libros que fue, para siempre, el refugio tranquilo de sus lecturas.

Con el tiempo, cuando la estación estuvo terminada y la línea férrea se amplió bastante más allá del Padule Largo, hacia otras llanuras y otras ciudades, los hijos que nacieron de su unión ocuparon las habitaciones que pertenecieron a los dos capataces, y la casa junto a las murallas pareció rejuvenecer entre el alboroto de aquella insólita familia y el amor que ambos supieron mantener siempre intacto.

En una habitación dormía Ideal, su primogénito, y más adelante, allí durmió también Mijail, bastantes años más joven, mientras que la más pequeña, Libertad, ocuparía la habitación contigua a la de Bartolo, que, muchos años más tarde, se convertiría en la de Cafiero.

Los chicos crecieron respirando la serenidad que la viuda

siempre supo manifestar, incluso en los momentos más difíciles que la vida les reservó, y a pesar de las largas ausencias del padre.

En aquel pueblo enrocado sobre las colinas desde siempre, envuelta por la aureola mágica del amor entre la viuda Bartoli y el Maestro, la casa junto a las murallas fue, durante muchos años, casi un puerto franco en el que su vida y la de sus hijos pudo desarrollarse al resguardo de la malignidad y de las despiadadas reglas de las instituciones. Mientras entre Colle y el Padule el tiempo transcurrió lento, la particular índole de los habitantes de aquellos lugares evitó a los dos amantes cualquier tipo de problema que hubiera podido surgir de aquella unión y de aquellos nacimientos fuera de toda regla, sobre todo para quien, como el Maestro, debía representar un papel de tanta autoridad como el de docente.

E incluso cuando la Historia y el Progreso cayeron como una tempestad sobre aquella familia, pretendiendo dar una forma rígida a lo que en el fondo no era sino el producto de un sueño, los devastadores efectos provocados por el peso del orden no consiguieron borrar por completo de la memoria de Colle Alto la sensación de felicidad que la unión de aquellas personas había generado.

Cuando todo hubo sido, transitando por el sitio donde en lugar de una estación de servicio se levantaba en otros tiempos la casa junto a las murallas, los hijos de los hijos de

los hijos de quienes habían conocido de cerca aquella felicidad eran incapaces de reprimir una sonrisa o una palabra amable hacia el lugar donde se había desarrollado una historia que la mayoría recordaba como un hermoso cuento de hadas, como un momento de tranquila luz en el remolino de sus días apresurados.

El único que en la época de los hechos tuvo algo que decir fue el párroco de San Venanzio, el padre Ubaldo, que aproximadamente una semana después del nacimiento de Ideal, una noche en que hacía un tiempo de perros, bajó de la rectoral de enfrente del Bastión para bendecir a aquella nueva ovejilla, dado que nadie de la familia se había dignado presentarse para inscribir la pequeña alma en el registro parroquial.

El cura llegó a la casa junto a las murallas con cierto recelo, generado por la conciencia de una unión irregular que había que sanar como fuera. De alguna forma y sin escándalo, dado que el Maestro era hombre cortés y apreciado por todo Colle Alto. Pero apenas franqueó la puerta, él también quedó envuelto por la atmósfera feliz de aquel lugar, por la amabilidad de la nueva madre y por la alegría de todas las personas, incluidos los dos capataces huéspedes. El anciano cura fue atraído por el calor que allí reinaba, agradable refugio después de una caminata bajo la lluvia y la tramontana. Vio al pequeño Ideal dormido en el regazo de la viuda, más dulce que nunca, y por un instante le pareció



asistir a una escena sacra, un Leonardo tal vez, quizá una Virgen de Rafael, y se contuvo con dificultad para no santiguarse; y después vio cómo Bartolo saltaba contento sobre las rodillas del Maestro y los otros dos hombres que le servían vino para celebrar el feliz acontecimiento.

No hubiera sido capaz de decir cómo sucedió, pero no tardó en confundírsele todo: se confundieron las palabras, se confundieron los gestos, se confundió incluso el tiempo, que transcurrió con una lentitud impresionante con objeto de que él se uniera a aquella fiesta, a los cantos y las discusiones que siguieron a los vasos colmados y a las galletas recién horneadas. Sin duda se confundieron muchas cosas, y hubo también largos discursos sobre la justicia, los pobres y Cristo, sobre los obispos y los párrocos, sobre quién manda y quién obedece, de manera que al final el padre Ubaldo se olvidó del motivo real por el que había ido hasta la casa junto a las murallas.

Se acordó de repente, cuando la lluvia y la tramontana lo sorprendieron de nuevo marchando hacia la parroquia, por lo que volvió sobre sus pasos de la forma más rápida que sus piernas, inseguras por la edad y por el vino, le permitían. Pero ya había conocido el amor de aquella casa, y en aquel momento el verdadero sacrilegio le pareció pedir que volvieran a abrirle la puerta e imponer una regla que en el fondo no haría sino complicar las cosas.

De modo que se colocó ante el umbral y, en la oscuridad

de aquella noche de perros, levantó un brazo y trazó en el aire gélido una cruz como señal de bendición. Después se dio la vuelta y, mascullando contra el frío, empezó a subir otra vez lentamente hacia la rectoral.

## II

Mientras Rosa gritaba por el dolor de las contracciones, Ulises estaba aún soñando junto a la mesa de la «Taberna Etrusca», acariciado por la mano cálida del mucho vino con el que había celebrado la venta de una pareja de cerdos.

A pesar de que de aquellos gritos descompuestos habría de nacer su primer hijo, él se comportó con el mismo distanciamiento con que la mayor parte de los maridos de Colle se comportaba con ocasión del nacimiento de su prole, dado que el parto era una cuestión exclusivamente femenina.

Y además, aunque la venta había llegado a buen puerto, ni siquiera los primeros tres vasos habían conseguido quitarle el mal humor a causa de aquella mujer que jamás era puntual en sus cometidos, ya fuera preparando el yantar o pariendo en el plazo de nueve meses que Cristo había dispuesto para los seres humanos.

Y es que Rosa, si tenía listo el cocido, entonces en la mesa faltaban el vino o el pan, y si su marido necesitaba la camisa limpia para el mercado, ella se la había preparado, lavado y planchado, pero se había olvidado del chaleco sobre el que Ulises exhibía la cadena plateada del reloj del que jamás se separaba.

Del mismo modo, con una enorme sandía en lugar de la tripa, Rosa seguía deambulando por la casa ya bien pasada la fecha prevista, mientras se quejaba por el dolor de espalda y comía por tres personas al menos.

Desde el sueño en el que se había hundido, un sueño en que una pareja de cerdos pastaba en un campo de violetas, Ulises se despertó debido a los empujones con los que su cuñada Mena lo llamaba a una realidad donde el mal olor y el ruido eran sin atisbo de duda más intensos que el penetrante olor a violetas que el sueño le estaba regalando.

–Rosa está pariendo –fueron las primeras palabras que oyó emergiendo de lo más profundo de un río de agua caliente. Tal vez por la propia sensación de hallarse inmerso en un líquido, Ulises se levantó de la mesa agitando los brazos casi como si estuviera nadando de verdad, y cruzó la sala de la taberna con un paso que a todos les pareció una auténtica danza.

La santa mujer que era Mena lo siguió y, al igual que había entrado santiguándose, con el chal apretado contra los

hombros, se marchó haciendo otra señal de la cruz hacia los pocos parroquianos que a aquellas tardías horas se entretenían aún entre cartas, humo, charloteo y vino; así se despidió a toda prisa de aquel sitio que era, a sus ojos grises de virgen, un lugar de pura perdición.

El aire fresco de enero, aunque sólo fuera durante los pocos centenares de metros del trayecto hasta casa, fue suficiente para que Ulises pudiera recuperar un paso digno, de manera que cuando llegó tenía aún aquel aspecto distinguido que apenas diez meses antes había hecho que Rosa se enamorara.

En realidad, si de amor puede hablarse, habría que referirse únicamente a Rosa, que al menos cierta opresión en la boca del estómago y un insensato galope del corazón había sentido desde la primera vez que la mirada de Ulises la había examinado desde la silla del «Café de la Estación», durante el paseo dominical. Por parte del hombre, en cambio, se había tratado, más que nada, de un negocio, una transacción llevada a cabo más o menos como estaba acostumbrado a hacer en su oficio de tratante de cerdos. Los cimientos de ese contrato habían sido considerados atentamente por Ulises antes de plantear su oferta.

Se trataba en primer lugar de su edad, de esos cuarenta y un años que sin duda no hacían que pudiera considerársele joven, y de su estado de necesidad, agravado ahora que la tía Esparta estaba tan vieja y enferma y Eurídice, recién

casada, ya no podía seguir manteniendo en orden sus cosas. Y además era inútil negarlo, estaban las ganas de compañía, de seguir teniendo a alguien por casa, para llenar el agujero en el estómago que sentía cada vez que se veía llegar tarde, después del trabajo.

Así que Ulises consideró su condición y se decidió a tantear el mercado: desde la silla del «Café de la Estación» miraba el paseo dominical, observaba a las mujeres, ponderaba sus cualidades físicas, escrutaba su paso. En esta forma de observación suya estaba sin duda influido por su competencia como tratante de cerdos, del hecho, en definitiva, de que casarse con una mujer podía asimilarse, para su forma de pensar, con la adquisición de una buena cabeza de porcino. Las cualidades principales que su esposa debería reunir serían, pues, las de un aspecto fuerte, de una constitución robusta de buena paridora para asegurarle hijos numerosos y sanos. No era importante, a los ojos de Ulises, un físico atractivo. «Con la estética no se forma una buena familia –pensaba–. Es con la fidelidad y la seriedad de la hembra, capaz de criar a los hijos y cuidar de su marido.»

Rosa le pareció enseguida adecuada: no era hermosa, pero su rostro rollizo y rosáceo, sus tobillos robustos y las caderas redondeadas emanaban una impresión de solidez y de tranquilidad, aparte de asegurar cierta facilidad de parto. Las informaciones que recogió con discreción confirmaron su pertenencia a una familia seria y trabajadora, en la que

el padre, Cesco, era operario de maniobras en el ferrocarril y la madre, Ida, antes de morir, había traído al mundo dos hembras: de ellas, la Mena, diez años mayor que su hermana, parecía destinada a convertirse en una solterona.

Un domingo de principios de marzo, con la primavera ya en el aire, Ulises llegó, pues, con su calesa a casa de Rosa, bajó, y rozándose apenas el ala del sombrero, preguntó a Mena, que se había asomado a la ventana, si podía hablar un momento con el señor Cesco.

Rosa estaba en el piso de arriba, haciendo las habitaciones, y al oír la voz de Ulises saludar con efusión a su padre se sonrojó, mientras el corazón se le subía a la garganta.

No sabía nada, pero esperaba.

Por lo demás, aquella visita tan repentina, ¿por qué otra cosa podría haber sido provocada sino por las repetidas miradas que Ulises le había dedicado en los domingos precedentes, durante el paseo por la plaza de la estación?

Y cuando su padre la llamó desde abajo, Rosa creyó desmayarse. Se llevó las manos a la cabeza, se las pasó por la cara estirándosela casi como en una caricia desesperada, y bajó. Tenía el pelo recogido en un moño detrás de la cabeza, calzaba un par de zapatillas viejas y llevaba puesto el mismo delantal que perteneció a su madre. No hubiera

podido definirse como una mujer hermosa, pero el amor no tiene más ojos que los de quien lo reconoce y Ulises, en el fondo, desde ese punto de vista estaba ciego: ante él vio sólo la cabeza que, entre el rebaño de las mujeres de Colle, había elegido para sí mismo. Y le pareció una vez más, de cerca, un buen negocio.

El acuerdo se cerró de pie, apenas el señor Cesco hubo comunicado a la Rosa la intención de Ulises de tomarla como esposa. La mujer, con las mejillas sonrosadas por la emoción, susurró una palabra de asentimiento con la mirada baja, mientras pasaba y repasaba las manos por el delantal, como si estuviera haciendo la colada. Ulises se había quitado el sombrero, pero, pese a aquel gesto de respeto, no había perdido ese aspecto suyo austero y seguro que tanto le gustaba a Rosa. No dijo nada, aceptó únicamente la mano que el señor Cesco le tendía, el mismo apretón de manos entre hombres de palabra que se usaba en el mercado, en la venta de cabezas de reses.

Y así ocurrió, sin oropeles o ceremonias. Ulises pasó a recoger a su mujer al día siguiente, un domingo, para llevarla de paseo y ofrecerle el lujo de un helado, e ir después en calesa hasta el llano del molino a beber un vino dulce en casa de la anciana tita Esparta que para él, huérfano desde niño, había sido madre, hermana, tía y quién sabe cuántas cosas más.

Durante aquella visita casi habló sólo la anciana: le explicó



a Rosa la fecha de la boda, que no sería demasiado lejana porque no era conveniente desperdiciar el tiempo, pues quedaban muchas cosas por hacer. Le habló, en efecto, de las necesidades de una casa, que, desde que el peso de los años le había aplastado la espalda, se habían ido sumando como montones de estiércol. Y además de Eurídice, que se había ido, y de que un hombre, un comerciante, debe ir siempre arreglado, lavado y planchado, y con chaleco, porque en el comercio es fundamental la palabra, sí, pero ¿qué valor tiene la palabra de un zarrapastroso?

Todo ocurrió muy deprisa. Desde que Ulises pidió su mano hasta que Rosa se presentó ante el altar de San Venanzio vestida de blanco y del brazo de su padre no pasó ni un mes. Por lo demás, la casa ya estaba lista y no esperaba más que a esa muchacha rubicunda que jamás había conocido los abrazos de los hombres. Diecinueve años tenía Rosa, y de eso que un hombre y una mujer debían hacer en la intimidad después de que el cura hubiera celebrado el matrimonio, no sabía más que un revoltijo confuso de informaciones y habladurías, fruto del charloteo, de las risitas y los guiños que se daban abajo en la acequia, durante la colada, con frases a medias y alusiones de las más ancianas, casadas y viudas, lanzadas al aire sobre todo para tomar el pelo a Mena, que de ciertas cosas ni tan siquiera quería oír hablar.

En cualquier caso, como no era persona maliciosa, de la

cuestión del matrimonio, de los deberes conyugales y todo lo demás, a Rosa le importaba poco menos que nada. A ella sólo le importó aquella media hora pasada en San Venanzio, en aquel banco adornado con flores silvestres que había sido preparado precisamente para ella, como por ella el padre Ubaldo había revestido los indumentos de fiesta, y por ella los parientes llevaban sus mejores ropas.

Por eso, por nada más, aquel día había sentido la felicidad, porque desde que tenía memoria aquél le parecía realmente el único día en que había sido ella quien moviera el mundo, ella el centro de un pequeño universo que durante aquellos breves instantes giraba a su alrededor.

Terminada la ceremonia, Ulises hizo que subiera a la calesa, fuera de la iglesia, mientras el reducido grupo de parientes prorrumpía en un aplauso. Según la costumbre, la comida se celebró en casa de la novia, con una treintena de asistentes entre familiares y amigos, felices de tener oportunidad de una degustación completa. No eran tiempos, en efecto, en que uno pudiera sentarse a la mesa cada día con la abundancia que una boda exigía, teniendo en cuenta que la tradición imponía que al convite en casa de la novia siguiera la cena en casa del novio.

Desde el momento en que nadie tenía intención de renunciar a tanta bendición, apenas se puso el sol, la pequeña legión de invitados se encaminó hacia casa de Ulises con el paso amodorrado por una comida generosa

que en cualquier caso el largo trayecto contribuyó a aligerar, de manera que cuando los convidados estuvieron listos para dar comienzo a la cena, muchos de ellos habían recuperado la intrepidez y el entusiasmo necesarios para afrontar la nueva, pantagruélica empresa.

Abrazos, brindis, y más tarde cantos que con el paso del tiempo y del vino se hicieron menos ligeros y congruentes, hasta que casi todos los comensales estuvieron tan agotados como para olvidar, Junto al momento en que aquel largo día había comenzado, incluso el motivo de tanta celebración. Empezó de esta confusa manera la ceremonia de las despedidas que, a pesar de las felicitaciones, los besos, las sonrisas, a todos les pareció una especie de retirada de una dura derrota y el regreso definitivo a su propia esclavitud.

Por lo menos eso le pareció a Rosa, mientras una tristeza absoluta se adueñaba de ella en el momento mismo en el que Mena se despedía entre lágrimas, abrazada a su padre, y más que en una boda, parecía haber participado en un funeral. Por su parte, el señor Cesco, con las pupilas veladas por una sombra de emoción y de vino, tendió la mano a Ulises e improvisó un breve discurso de hilo lógico bastante oscuro, hablando de esposos, de deberes, de trenes y jefes de estación, hasta que pronunció una última y definitiva frase, estrechando aún con su mano la del nuevo yerno:

–Recordad que un hombre nunca deja de ser un hombre.

La puerta de la casa se cerró con el eco de esas palabras, dejando a Rosa con su tristeza y con un marido repentinamente silencioso: Ulises la miraba fijamente, con una mirada que estaba lejos de la lucidez. Era un hombre hecho y derecho, y de todo lo que podía acontecer entre un hombre y una mujer conocía lo bastante, y bastante había practicado previo pago. Pero tal vez, aturdido él también por el silencio que se había abatido sobre la casa tras el huracán de la fiesta, erguido frente a la mujer que lo observaba, sintió la tristeza que la envolvía al igual que un perro puede sentir a dos pasos, nítido, un olor intenso y conocido. Lo percibió, y el acto con el que hubiera debido, como suele decirse, inaugurar aquella nueva unión se le presentó como un forzamiento violento, como un hurgar indebido entre las cosas de una persona lejana.

Con su profunda naturaleza de comerciante, siempre había experimentado placer en el tratar, en llegar por el camino más largo al objetivo. En hablar, en el sabio juego de aceptar y conceder, hasta el apretón de manos final. Aquella tristeza que flotaba en el aire, lo tardío de la hora, el vino y el alcohol hacían aquel recorrido de una dificultad excesiva. No le gustaban las prisas, y el tiempo, de repente, se cayó sobre sus hombros como un pesado pedrusco. De modo que, moviéndose lentamente, oprimido por un cansancio infinito, dirigió a la mujer que había elegido para crear su familia las palabras que marcaron para siempre su intimidad:

–El sueño es la parte más importante de la vida.

El matrimonio, en todo caso, fue consumado a la mañana siguiente, con la cabeza liberada de los festejos y del vino. Al principio Ulises procuró mostrarse cauto, atento, tal como pensaba que convenía a una mujer, la suya, que nunca antes se había arrimado a un hombre.

En efecto, Rosa estaba asustada, atemorizada por la sustancia de aquella aproximación de la que tanto se hablaba entre las mujeres, en la acequia, sin dar cuenta de ello en realidad con precisión. Tenía nociones vagas a propósito del afanarse al que se iba entregando su marido, y sus dudas eran ampliadas por las palabras genéricas y enredadoras de su hermana, quien con frases a medias, el rostro colorado, contestando el día anterior a la boda a sus preguntas, le había dicho cosas contrapuestas y sin sentido. De toda aquella conversación, a Rosa sólo le quedó claro que el hombre tendría el cometido de hurgar en sus partes bajas con el instrumento con el que el Señor lo había dotado en medio de las piernas y del cual tenía una idea algo espantosa, referida a mulos o caballos en monta.

Y además le preocupaban los modales algo extraños de Ulises, que de repente se había vuelto tierno y amable, melifluo casi, prodigándole palabras de ánimo y caricias tan insólitas que le recordaron las que ella, de niña, había visto al señor Cesco, su padre, dirigir a sus cerdos antes de llevarlos a degollar. La misma entonación, las mismas

bonitas palabras, y las caricias en el lomo, tal vez como señal de lamento por parte del asesino, pero también como anticipo del placer de la carne y las salchichas, y los jamones y otros productos que acumular para un duro invierno.

En la penumbra de la habitación iluminada solamente por la luz de la lamparita encendida ante el austero retrato de su suegro, Laertes, que apoyado sobre la cómoda miraba de reojo hacia la cama, aumentando la turbación, Rosa buscó en alguna parte de sí misma el sentido del deber que la convenciera a cohabitar con su recién adquirido marido, y al mismo tiempo se retrajo teniendo ante sus ojos el cuchillo del carnicero y los chillidos desgarradores lanzados tras las caricias; esto hasta que la amabilidad de Ulises decreció y, arrastrado por la naturaleza que ya ascendía inexorable, el hombre se echó encima de su carne mascullando algo herético acerca de las pías mujeres.

Rosa sintió un fuerte ardor dentro, una especie de desgarró, cerró con más fuerza aún los ojos y casi lloró, mientras su hombre se movía en su interior y fuera de ella. Le pareció viento, un temporal, un caballo que corría al encuentro del mar desde lo alto de un acantilado. Tuvo miedo y se agarró con más fuerza a los hombros de Ulises, que resoplaba, por unos momentos pensó una vez más en el cerdo degollado y sintió pena, una pena inmensa, casi un dolor que en aquel momento larguísimo le pareció perfecto.

Después la locomotora soltó una especie de silbido, gruñó

algo que pareció un anuncio, una estación, el ruido de unos frenos. Después, ya nada. Todo no duró en total más que unos minutos, pero cuando su marido se retiró diciéndole otra vez que estuviera tranquila, que todo había ido bien, y que sólo era la primera vez, que más tarde sentiría ese placer por el que todos lo hacen una y otra vez, la gente traiciona, enferma, hasta se mata por eso, a Rosa le pareció que había hecho una cabalgada eterna, incómoda y dolorosa, un largo viaje en la oscuridad del que había emergido por fin. A despecho de la gente que se mataba por eso, pensó que el mundo era algo realmente retorcido y que no merecía la pena condenarse. Si Dios había establecido las cosas de esa manera tendría sin duda sus razones, pero eran demasiado distantes y oscuras. Razones que, como decía el cura en el púlpito, eran misteriosas y extrañas.

También eran misteriosas muchas, demasiadas otras cosas, pensó Rosa después de su primer encuentro de amor. El hecho de que un niño aprenda a hablar, y a hablar de una manera en Colle Estación y de otra en Colle Alto, donde las conversaciones tenían ese ritmo comedido, casi como una poesía, que las distinguía en el mundo. También los niños eran extraños. Y los sueños. Y las plantas, cómo crecían. Y las tormentas. La niebla que tanto miedo le daba. El día y la noche, la Tierra que daba vueltas mientras todos estaban quietos. Las palabras, cómo se escriben y cómo se leen. Y lo que quieren decir, que si pones en ellas una C, una A y después una S y otra A haces una casa y sabes lo que es una

casa. Y el dolor, cómo te llega y cómo desaparece. La vida. La muerte.

En aquella habitación, entre el retrato del señor Laertes y los jadeos de su hijo tendido a su lado, su reciente esposo, de quien emanaba siempre, a pesar de todos los baños, un leve olor a porcino, a Rosa le asaltaron esas ideas, y el haberse convertido en mujer, hembra hecha, ya definitivamente esposa, no le pareció tan importante como, en cambio, los destinos de las cosas que sucedían a su alrededor, eternas y misteriosas.

Así que se volvió hacia Ulises, y suplicándole, con los ojos llenos de lágrimas, le expresó un solo deseo, un único favor. Un juramento.

–Prométeme que no volveremos a comer jamás cerdo –le dijo–. Júramelo. En este momento.

Ulises volvió de la taberna introduciendo el calor de la casa una ventolera de aire gélido, cargada de nieve, Rosa acababa de empujar fuera de ella misma un coágulo rojo y húmedo que enseguida había empezado a moverse y a balar como una cabritilla. Maddalena, la partera, que había sido la primera en tomarlo en brazos en este mundo, lo había puesto boca abajo, le había dado un azote en una parte a la que sólo un ojo experto podría dar un sentido, y luego había sentenciado con una sonrisa:



–Es una niña, Rosa, una niña preciosa. –Después, casi como absorta en una oración, continuó–: Niña, novia, dulce mujercita. Sea la vida leve para esta pequeñina.

Por los gritos que de inmediato se habían elevado, Rosa tuvo la impresión de que a su novísima hija le hacían realmente falta esos auspicios, para enfrentarse a los primeros minutos de una vida que en aquellos momentos no parecía en absoluto leve. El calor, el frío, el dolor que sentía en su vientre, el cansancio. Y ante la mera idea de que aunque no fuera más que una pequeña porción de tamaño peso el que pudiera recaer sobre aquel hatillo de carne, el corazón se le encogió con una punzada tan fuerte que la hizo llorar.

Maddalena, en cambio, parecía radiante y ahora, lavada y seca aquella salchicha, la envolvía en un paño, y la besaba, y la acariciaba. Después entregó aquel amasijo de pingajos a Mena y volvió a mirar entre las piernas de Rosa.

–Dios bendito –dijo–, armaos de valor, tenéis alguna otra cosa oculta aquí dentro, y éste quiere salir como le venga en gana.

Las otras mujeres se santiguaron, alguna dijo que era necesario ir a buscar a un doctor, otra empezó a quejarse como si fuera ella la que estuviese tumbada pariendo. Rosa estaba demudada, y ante la idea de empezar otra vez desde el principio, comenzó a gritar y a llorar desesperada.

Por unos instantes reinó el caos, hasta que Maddalena, probablemente picada por tan escasa demostración de confianza, alzó la voz por encima de alaridos y oraciones, de súplicas y llantos, y sin abandonar el ritmo elegante con el que hablaba la gente de Colle Alto, con los puños apoyados en las caderas, gritó:

–Marchad a balar a otras eras, que capacidad de hacer nacer pollitos no me falta. De culo, de nalgas, hasta de través, rapaces he recolectado como si fueran setas. Dejadme sola, que el arte mía es cosa seria, y exige silencio, y paciencia, y paz.

Después extendió los brazos y los movió agitándolos, tal como hacía con las gallinas en el patio para hacer que volvieran al gallinero después del salvado. Con el rostro colorado, mascullando improperios, ella, tan grande como un armario de cerezo, expulsó en un santiamén a las demás mujeres de la habitación:

–Hacer que nazcan los cristianos no es burla como las chácharas en corro de las comadres. Después hablaréis, después ya diréis que Maddalena extraía de las mujeres los hijos como patatas.

Las expulsó a todas, de malos modos, incluso a Mena que apretaba a la recién nacida contra su pecho como si fuera un tesoro suyo, y se quedó a solas con Rosa, asustada y cansada. Era una mujer experta, enérgica y capaz, que se

había pasado años y años haciendo nacer a la gente en Colle Alto y Colle Estación, hasta la Llana, el Padule Largo e incluso más allá, y había aprendido cuán estrechas y anchas eran las vías que Cristo escogía para mandar a las almas a atribularse en el mundo. Desde el principio. En aquel naufragio, por lo tanto, no se aferró ni a la desesperación ni a las oraciones quejumbrosas a vírgenes o santos, ni tampoco recurrió a artes mágicas o a la fuerza que en ocasiones emplean los doctores médicos cuando abren a la mujer desde arriba o extraen al hijo con instrumentos extraños, como si fuera un tapón de barrica encajado, del que hubiera que tirar.

Usó dulzura, caricias, palabras de miel. Se sentó junto a Rosa, que estaba llorando, y le secó el rostro con sus manos, la acarició, le masajéó la tripa y dio comienzo entretanto a su relato con su cantinela dulce. La envolvió con palabras rimadas, con vocablos largos y extraños que se besaban con adjetivos cálidos como brazos de madre. La circundó de estrofas, olas que parecían descender desde lo alto y caer sobre el cuerpo tendido de Rosa como hace el mar cuando juega; y después pétalos de violetas, muchas palabras de violeta que la envolvieron con su aroma hasta cosquillearle la nariz.

Y al tiempo que proseguía con su relato, manejaba la tripa de la mujer como si fuera una masa de pasta quebrada, mullida y blanda, y de ese modo, entre las palabras, el aroma a violetas y las manos cálidas que le acariciaban el

vientre, Rosa dejó de gimotear y se abandonó completamente a aquel extraño relato en el que ella se enamoraba de un niño llamado Sol que sabía contarle historias, ella ya vieja, anciana y sin dientes, y aquel chiquitín rubio como el maíz contándole cosas que disolvían las angustias.

Perdió así la noción del tiempo y el motivo por el que, hasta un momento antes, era una mujer deshecha y desesperada, tendida sobre aquella cama empapada de sudor y destrozada por el dolor que le devoraba la tripa, por el esfuerzo, el sueño y la fatiga.

Flotaba en aquel estado, como sobre una nube ligera, y sólo cuando la partera puso a su lado un copo de lana gris perfumada de violetas regresó a la habitación, y vio asomándose del amasijo de lana un rostro ceñudo y serio, el rostro del hijo que acababa de parir, salido de ella en sentido inverso, totalmente retorcido, anudado, pero sin daño alguno.

Rosa sintió un vuelco en el corazón, como si un descenso repentino la hubiera hecho precipitarse en una sima, en un abismo sin fin. Era un abismo de amor que le arrancó el aliento, porque el rostro de aquel niño era el mismo que las palabras de Maddalena habían evocado durante el relato del parto: un rostro dulcísimo y antiguo, como el de alguien a quien hubiera conocido desde siempre, circundado por un mechón dorado como el maíz.

Miró un momento aquel rostro de palabras, y en el revoltijo de confusión que aquella vista le causaba tuvo la certeza de estar enteramente enamorada, mojada, empapada como una rosquilla en la leche. Muerta de amor.

Ai ver salir de la habitación a Mena con un hatillo en sus brazos, Ulises se sobresaltó y pensó: «Ahí está mi hijo», convencido como estaba de que de su semen fuerte, y de una paridera como la que había escogido como mujer, habría sido generado un varón. Lo llamaría Aquiles, como su abuelo, un apasionado de la épica, de Homero y de Grecia, quien había impuesto y transmitido aquella pasión a la familia durante las veladas de invierno pasadas en torno a la chimenea leyendo la *Iliada* y la *Odisea*, o declamándolas en voz alta en las eras y en los patios, con los niños y las mujeres en religioso silencio, imaginándose batallas y guerreros, dioses y cíclopes.

De modo que Ulises, ante la vista del cuerpo diminuto de su primer hijo, vio, en cambio, frente a él a un hombre fuerte, alto, justo como el héroe de cuyas gestas se había alimentado desde chiquitín, lo vio en el resplandor de escudos y corazas, erguido frente a Héctor, listo para arrojarle la lanza. Se acercó a Mena y, tras aclararse la garganta, con la mano derecha sobre el hatillo que la cuñada aún temblorosa abrazaba contra su pecho, en voz alta declamó:

*Al advertirlo, saltó hacia él Aquiles y dijo muy ufano*

*estas palabras: «Cerca está el hombre que ha inferido a mi corazón la más grave herida, el que mató a mi compañero amado. Ya no huiremos asustados, el uno del otro por los senderos del combate», dijo; y mirando con torva faz al divino Héctor, le gritó: «¡Acércate para que más pronto llegues de tu perdición al término!».*

Después, dirigiéndose a las mujeres aún llorosas, con la voz quebrada por la emoción de aquel momento para él tan solemne, dijo:

–No lloréis, mujeres. La nueva estirpe ha nacido. A éste le llamaremos Aquiles, y será hombre fuerte y leal como su abuelo.

–Luego, levantando la mano que apretaba un invisible cáliz, gritó–: ¡Larga vida a Aquiles Bertorelli, hijo de Ulises!

El auspicio se perdió en el silencio apenas roto por un eco flébil de sollozos de mujer. Era Mena, que gimoteaba como un gatito, débilmente, pero no tanto como para impedir a Ulises aferrar la tremenda verdad que se le estaba desvelando.

–Es una niña –murmuraba la mujer–, no es más que una niña.

El silencio se hizo entonces completo, y muchos pares de ojos escrutaron a Ulises con pena y aprensión. El hombre

acercó la mano al hatillo, tranquilizó con un gesto a Mena, que se encogía temiendo quién sabe qué cruentas venganzas, y alzó un extremo de la tela para ver un rostro rugoso que le pareció de vieja.

En su mente se derrumbaron de repente las corazas y los escudos, las lanzas se quebraron con un fragor de trueno. «Una hembra –pensó–, después de Eurídice, y de Esparta, y además Rosa y Mena, otra hembra para atiborrar la casa y la familia.» Hubiera llorado por la desilusión, hubiera gritado de no haber sido por aquellas mujeres, esas mujeres de nuevo, que lo circundaban de miradas aguardando una palabra suya.

Desde algún rincón de su memoria, exactamente como un demiurgo, se le apareció realmente su abuelo Aquiles mientras, con la mirada dirigida hacia lo alto, casi soñando, le describía la belleza de una mujer a causa de la cual se había librado una dura guerra. Helena, esposa de Menelao, raptada por los viles troyanos, Helena, cuya belleza le había enamorado cuando no era más que un niño inconsciente de la maldad del mundo, inocente, casi como ella, objeto de desventura y de venganzas, tan honesta como para maldecirse por las culpas ajenas.

*¡Ojalá que cuando mi madre me dio a luz, un viento tempestuoso se me hubiera llevado al monte o al estruendoso mar, para hacerme juguete de las olas, antes de que tales hechos ocurrieran!*

Frente al pequeño rostro de su hija, aquella imagen de desventura le turbó, le turbó la injusticia de aquel castigo, y la fuerza de aquella mujer condenada por su belleza, de modo que le pareció realizar un acto de Justicia, un homenaje a quien por primera vez lo había apasionado.

–Si es hembra, se llamará Helena, como la más hermosa mujer del mundo –dijo sin dejar traslucir desilusión alguna. Y mientras las mujeres, con Mena a la cabeza, sonreían con alivio, añadió casi para sí mismo una frase que nadie comprendió a fondo en aquel momento feliz–: Y de esto no tendrá culpa, de ninguna de las maneras.

Rosa, entretanto, aturdida por el parto y por el amor, permanecía aún acostada acariciando a su segundo hijito, mientras Maddalena la atendía en las últimas cosas después de las fatigas del parto.

–Llevemos al padre y a las mujeres a este segundo angelito –dijo la partera– para elegir el nombre con el que atravesará este mundo, pues si el nacimiento es cosa dura, pesado es el camino y más pesada aún la senda. Un buen nombre puede aliviar las fatigas, es una ventana al alma, una señal divina.

Rosa se quedó sorprendida. En el nombre de un hijo no había pensado nunca. En cómo sería, en eso sí, en él de adulto, en la preocupación de que tuviera que continuar con el oficio del padre y del abuelo, es decir, tratante de cerdos,



y llevarlos a los mercados, a engordar y a la matanza después. Había imaginado sus manos, su olor y su voz, una voz hermosa y aguda, su risa. Pero en el nombre no, en el nombre no había pensado nunca.

Miró a la mujer que la había ayudado en aquellas horas, que le había quitado todos sus miedos, miró sus fuertes hombros, oyó su voz clara como un violín o una trompeta. Recordó las palabras, la dulzura y las historias con las que la partera había suavizado la sangre de aquel parto y se sintió conmovida. Su hijo debería ser un homenaje a aquellas ondas gentiles. Debería saber, conocer la magia del relato. Llevaría el nombre de quien la había hechizado.

–Se llamará como vos –dijo Rosa a la partera.

La mujer dejó escapar una risita. Le dijo:

–Es un varón, Rosa, resultaría cómico con un nombre de mujer. Con chaleco, bigotes, la pipa y el sombrero, y un bonito nombre de mujer para ir detrás de los cerdos. No estaría bien.

–Entonces se llamará Maddalena la otra hija. Os lo juro.

Lo juró besando los dedos cruzados sobre los labios, a pesar de que Maddalena intentara detenerla.

–Esperad al padre antes de jurgir –le dijo–. A Ulises le complacerá llamarles como es uso en su familia, pues todos

los Bertorelli son como los héroes de la épica de Grecia.

Pero Rosa no la escuchaba ya. Veía a un muchacho rubio, alto, con chaleco, con barba, que le contaba historias delante de la chimenea, mientras ella se iba abandonando al calor, envuelta en palabras.

–Sol. Él se llamará Sol, como el niño de quien me hablabais –le dijo a Maddalena, y ésta se persignó, le dijo que estaba fuera de sí, que los cuentos no son la realidad y un nombre es un nombre, es una carga que hay que llevar en la vida, frente a la gente y al Señor.

–Precisamente por eso, Maddalena –dijo Rosa decidida–; quiero que su nombre sea cálido, fuerte y lleno de luz –remachó con firmeza, con una decisión que la mujer no le conocía.

Maddalena la vio tendida, a la luz de la lámpara que la coloreaba de oro, a ella y a aquel niño que, si la experiencia mágica de la mayéutica no la traicionaba, sería sin lugar a dudas un niño muy especial. Pensó en los esfuerzos con que había nacido. Pensó en la sangre. Pensó en el amor que la mirada de Rosa esparcía a su alrededor como el sol realmente, y en el aroma a violetas que había invadido la habitación. Se sintió repentinamente cansada. Tanto dolor, tanto esfuerzo para hacer venir al mundo algo que una y otra vez le parecía un misterio, una trama de historias, un destino oculto. Carne que habría de reír, sufrir, dormir,

comer. Ese algo estaba en esos niños, y serían ellos los que crecerían, cantarían y llorarían, correrían y tendrían otros hijos y todas las demás cosas de su vida, mientras a Rosa sólo le quedaría el amor.

Y un nombre. Maddalena, que ahora dormía sobre el pecho de Mena, mientras los ojos de su padre y de las mujeres la miraban.

Sol, junto a su madre, ignaro de todo. La partera pensó que sería tal vez un soldado, como su primer hijo, fusilado en la guerra frente a un muro.

De aquel hijo suyo le había quedado una medalla traída a caballo por un apuesto oficial, con un nombre grabado en ella que nunca le había gustado.

El nombre de su suegro, como era uso, y así ahora en su recuerdo vivía impreso su hermoso rostro junto a un nombre que ella no había parido.

Se levantó de la silla, sin dejar de secarse las manos, se acercó a la puerpera y la rozó con una caricia.

–Sol es un nombre precioso, Rosa, y vos hacéis bien. Le iluminará el camino durante su paso. Lo calentará, lo llevará por el mundo no como una carga, sino como la luz que mantiene alejados los males.

Rosa asintió:

–Y estad convencida –dijo a Maddalena– de que mi hijo nunca será tratante de cerdos.

A las chaladuras de Rosa, Ulises ya estaba acostumbrado. Pero lo de los nombres es que no lo pudo digerir. Cuando Maddalena salió de la habitación con aquel otro hatillo entre las manos, su felicidad alcanzó las estrellas. Un varón de verdad. Así pues, su experiencia no le había traicionado: Rosa era realmente una buena paridera e hijos le había dado nada menos que dos, para que no hubiera equivocación. La niña, Helena, con rostro de vieja, y esta panocha rubia que olía a violetas, Aquiles, con quien transmitir la estirpe.

Los llantos de las mujeres se habían transmutado en risas y él había declamado versos de Homero y la emprendía con alguna hermosa romanza para festejar el solemne momento, cuando salió a la luz esa historia de los nombres. Maddalena le habló del juramento, de Helena y Aquiles que habrían debido ser otras cosas.

El humor se le agrió, los cantos fueron sustituidos por gritos. ¿Cuándo se había visto una cosa así, en el mundo? ¡La mujer que escogía el nombre de los hijos! Y al hombre, pues, ¿que le quedaba por hacer? ¿Limpiar el desbarajuste de aquella habitación repleta de trapos usados y de sangre? Y, además, de esos juramentos estaba hasta la coronilla y más arriba, que ya debía soportar el no poder comer en su propia casa salchichas y jamones y costillas de cerdo por la

promesa hecha a los ojos húmedos de su mujer, en su primer encuentro de amor. Pero los nombres no, se había sobrepasado todo límite.

Así que se plantó frente a la cama de la puérpera y, apuntándole con un dedo como si fuera un cuchillo, le dijo:

–Mujer, no quiero que haya más bromas, que éstas son cosas serias, y mucho. El nombre de nuestros hijos será Aquiles, como mi abuelo, y Helena de Menelao, cantada por Homero. Esos juramentos tuyos nada cuentan, son ráfagas de viento, roznidos de una novilla asustada que teme morir de parto. De los hijos te quedo grato, gracias por habérmelos hecho. Pero que quede bien claro: en cuanto amanezca, subiré al pueblo y los inscribiré con el nombre de cristianos que he dicho. Helena y Aquiles, hijos de Ulises Bertorelli y de Rosa Baglini.

Dicho lo cual, se dio la vuelta, salió de la casa sin tan siquiera despedirse de los presentes y desapareció en la oscuridad llena de nieve, en dirección a la taberna que ya llevaba cerrada un buen rato.

Dónde pasó la noche Ulises no se supo nunca, no dejó de ser un misterio, pero en la primera misa del alba, con la oscuridad y el hielo aún alrededor de la rectoral, estaba ya allí tirando de los hábitos del padre Ubaldo para obligarle a escribir a toda prisa los nombres de sus hijos en el registro parroquial, e insistiendo para establecer la fecha del

bautismo, como si en Colle hubiera niños a centenares esperando impacientes el agua bendita.

Y de la misma forma, apenas algo más tarde el ujier del ayuntamiento abrió el portal para dar comienzo al nuevo día se topó de frente con sus prisas, pues casi lo empujó escaleras arriba hasta el registro civil para que sirviera de testigo a la declaración de nacimiento de sus dos herederos, que fueron inscritos en la familia Bertorelli con los nombres de Aquiles y Helena, como había prometido.

Cuando el oficial del registro civil hubo terminado de escribir, Ulises firmó con una rúbrica en forma de rizo al final de la s de su apellido –como la cola de un cerdo, pensó– y sólo entonces se permitió una sonrisa, bajo la barba crecida y su aire de abatimiento. Estrechó la mano al empleado que le felicitaba y de golpe sintió al mismo tiempo el cansancio y la alegría de aquellas horas, de una noche agitada, del susto.

Sintió en medio del estómago un agujero que le devoraba las fuerzas y tuvo que sentarse un momento sobre el banco, en la entrada. «Un desayuno alegre –pensó– y un buen vaso de vino para celebrarlo.» Así que se puso de pie y con paso decidido se encaminó hacia la «Taberna Etrusca», aún semivacía. Saludó al tabernero, abrazó al vinatero Morelli, que ya estaba al corriente, y se sentó con él en la mesa de la esquina, su preferida. Después pidió un tinto generoso. «Ése del color del rubí que tienes escondido, viejo truhán»,

dijo dirigiéndose al tabernero, mientras a la mujer de éste, que aguardaba erguida frente a la mesa, le dijo que le sirviese un plato grande de jamón recién cortado y un poco de tocino. Después, aún no satisfecho, en dirección a la mujer que ya había ganado la cocina gritó:

–Y un bistec grueso. Que sea de cerdo, hágame el favor.

### III

Cuando el tren llegó a la estación de Colle, Ideal se escondió detrás de las piernas de su padre, y mientras en el andén la gente se saludaba, subía y bajaba de los vagones, él permaneció inmóvil observando de reojo con sospecha las ruedas de la locomotora, que le parecieron enormes y tremendas, envueltas como estaban además por las vaharadas calientes del vapor.

También el Maestro las estaba mirando, y pensaba en cómo las ruedas habían cambiado su vida; las ruedas, tal vez incluso esas mismas que ahora tenía ante sí, habían hecho pedazos a Fosco Bartoli y su posible futuro junto a su mujer. Había algo siniestro y tremendo en ellas, y, sin embargo, también una fascinación llena de magia oculta dentro del acero reluciente, en esa fuerza misteriosa que podía convertirlas en cuchillas mortales o bien en alas veloces para viajar con rapidez. La vida, la muerte: todo en aquellas ruedas flamantes que habían aniquilado despiadadamente



a un hombre y le habían regalado a otro la oportunidad de vivir junto a su viuda.

El Maestro sintió una especie de desazón, de modo que apartó de la cabeza la sombra de un sentimiento indefinido, un remordimiento acaso, y levantando la vista de las ruedas vio a la gente ya casi toda montada en los vagones, vio al maquinista asomarse por el ventanuco y hablar con el jefe de estación y se sobresaltó, percatándose de que debía darse prisa si no quería perder el tren.

Se volvió un instante, esperando poder ver en alguna parte la sonrisa de su mujer, pero comprendió que nada podría quebrar jamás su miedo hacia los trenes, los vagones o cualquier medio provisto de ruedas. Con la mano que le dejaba libre el equipaje intentó empujar a Ideal hacia la portezuela todavía abierta, pero el niño, obediente a las recomendaciones de su madre, permaneció inmóvil y bien distante del vagón.

Tuvo que tomarlo en brazos y amansarlo con dos besos en una mejilla, y subir abrazándolo antes de que el jefe de estación lacerara el aire con un silbido agudo, saludado por la respuesta de la locomotora, un sonido prolongado que a todos les pareció un grito.

El tren se movió casi de inmediato con su carga de gente, en dirección a otra ciudad. La atmósfera era buena, jovial incluso, sobre todo por la novedad de deslizarse sobre un

camino de hierro, un acontecimiento mágico para muchos pasajeros. A los neófitos del tren podía reconocérseles antes incluso de arrancar: rígidos o curiosos, charlatanes o bien mudos por la tensión, afrontaban aquel pedazo de futuro por vez primera conscientes de hacer algo que, si no era temerario, tenía sin duda algo de extraño.

Sobre todo cuando, apenas pasado el viaducto, el maquinista lanzó la locomotora hacia campo abierto, la sensación de adquirir una velocidad que tal vez ni con el más desenfrenado galope a caballo ningún ser humano había soñado con alcanzar, los puso tensos y atentos a cada sacudida, a cada tirón que el impulso transmitía a las ruedas del tren.

Las personas ya expertas en viajes ferroviarios, en cambio, permanecían tranquilas, algunas sonriendo ante el temor de los demás, o tranquilizándoles con explicaciones acerca de cómo y cuándo aceleraría el convoy, la velocidad que alcanzaría, la clase de locomotora, la duración del recorrido. También el Maestro, ya ducho en trenes, se apresuró a hablar con Ideal, a señalarle las cosas, a explicarle el viaje recién iniciado hacia la gran ciudad de Milán y, después, hacia un país lejano llamado Suiza, hacia un lago tan grande que nada tenía que ver con el Padule... Y montes, montes altísimos como la gente de Colle ni tan siquiera los soñaba. Un lugar para gente libre, donde estaban los caballeros de la libertad y de la justicia: ellos irían a verlos, y quizá

hablaran incluso con el más importante de esos caballeros.

El Maestro hablaba a su pequeño hijo, pero en realidad se hablaba sobre todo a sí mismo, se contaba a sí mismo lo que eran Milán y Suiza, para vencer su propio miedo de ir a sitios que no conocía. Por ello, viendo desde el viaducto el espejo tranquilo del Padule, se imaginó un lago encajonado entre los montes, el agua profunda, de un azul tan oscuro que daba miedo, y las paredes de roca que ascendían desde el lago hasta la nieve, hasta rozar el cielo.

Mirando más allá del cristal de la ventanilla, el juego de reflejos fundió la silueta de Colle Alto que se iba alejando con la imagen del lago y de los montes, y el Maestro sintió una punzada en el corazón. Abrazó con más fuerza aún a Ideal y comprendió que su propia vida no volvería a estar entre aquellas antiguas casas.

Ideal miraba las enormes ruedas, y veía a su madre llorar mientras le hablaba, mientras le rogaba que no se acercara jamás a aquellos círculos asesinos. «Las ruedas matan», les repetía a él y a Bartolo mientras salían a pasear por Colle Alto, y mientras lo decía su rostro expresaba la angustia que la asaltaba. Al pasar una tartana, o incluso solamente un lento carro arrastrado por un par de bueyes tranquilos, su madre los atraía hacia ella como para defenderlos del asalto de un enemigo o, si los niños jugaban solos en la calle frente a casa, los llamaba con gritos que sólo terminaban cuando los tenía a la vista, a seguro.

Condicionados por aquel terror, sus hijos desarrollaron, como es lógico, un gran recelo hacia las ruedas, pero al mismo tiempo, como a menudo sucede hacia lo prohibido, acompañaron ese recelo con una buena dosis de curiosidad, apoyados en ello por el padre, que había llegado con la viuda al acuerdo de permitirles usar carros, calesas y otros carromatos a condición de que fueran acompañados.

Así, si de niños era bastante normal ver deambular alrededor de Colle a aquellos chicos apelotonados en torno a su padre, cuando los acontecimientos que acaecieron alejaron al Maestro de su familia, cada uno de sus desplazamientos se volvió complicado y hasta ridículo. Los muchachos, en efecto, se vieron obligados a ir acompañados siempre por alguien para asegurar la tranquilidad de su madre, hasta que ella, por amor hacia su hombre, inmoló su propia serenidad, resignándose a acercarse a esas circunferencias que siguió considerando, en cualquier caso, como instrumentos asesinos.

Ideal, pues, montó en el tren para su primer viaje acompañado por el recelo, pero gracias a la voz serena de su padre que le hablaba de Milán y de los lagos, de Suiza y de sus caballeros, el niño empezó a imaginarse el lugar al que se dirigían como algo hechizado y fascinante, un juicio que sin duda alguna contribuyó a hacer de aquel viaje algo inolvidable para él.

Cuando más tarde, en el curso de los años, tuvo forma de

verificar que incluso esos caballeros de su infancia eran hombres, intrépidos y leales sin duda, pero hombres en todo caso, siguió fascinado por la idea de que pudiera existir una esperanza, un sentimiento, un lugar, a veces aunque no fuera más que un nombre, como Suiza, que impulsara a las personas a soñar, a desear, a luchar por alcanzarlo. Y a viajar como lo estaban haciendo su padre y él, en medio de toda aquella gente, abrazados el uno al otro, acunándose en un vagón durante horas y horas.

Viajaron lamiendo el agua del Padule, en medio de los campos, por el interior de la llanura hasta subir a la ciudad de Milán, y después, desde allí, en carroza hasta un enorme lago. Ideal vio los altos montes de aquel misterioso país, vio la nieve, pasó en medio de ella como en un sueño, hasta llegar a la casa de los caballeros, donde se abandonó en la cama a un descanso que le pareció eterno. De aquel viaje le gustó todo, incluso aquel vagón estrecho y atestado en el que el tiempo le pareció infinito. Le gustaron las voces graves, las maneras y el olor de los caballeros, y después la aventurada ascensión con la carroza por el monte de Suiza que durante toda su vida recordó como el lugar más cercano al cielo donde estuvo jamás.

En el momento en que llegaron al puerto, el conductor detuvo los caballos en la estación de posta y él, junto al Maestro y el resto de los pasajeros, se encaminó hacia el mirador desde donde se veía el valle extenderse hacia

abajo, a sus pies, como si estuvieran volando. Ideal se apretó contra su padre, envolviéndose en su capa para cobijarse del frío y de la emoción.

–Mira aquí abajo, hijo mío –le dijo el Maestro–, la tierra dura, hecha de rocas y de hielo, donde el hombre suda su propia vida, vive y trabaja. Allá arriba el cielo, sede de las esperanzas, de los sueños ligeros como el aire y las nubes que lo componen, casa de todos los falsos dioses. Ésta es nuestra condición, suspendidos entre el cielo y la tierra, diminutos y dispersos, hechizados desde lo alto por la luz y destinados, sin embargo, a ganarnos el pan a ras de suelo.

Ideal no entendió aquel discurso del todo. Se limitó a seguir el brazo de su padre que iba señalando y, desde la parte baja de un valle estrecho surcado por el agua de un río, donde las altas paredes de los montes ocultaban a las pocas casas el sol que se estaba poniendo, vio ascender la oscuridad y expandirse a medida que la garganta se abría hacia el cielo, y vio después el cielo estallar desde lo oscuro en una luz de un azul de lápices colorados, y en el interior de esa luz dos nubes de algodón blanco, incendiadas de anaranjado en su parte superior.

Vio todos esos colores y no tuvo dudas: entre aquella fosa oscura y el azul denso del cielo, casa de todos los falsos dioses, eligió para siempre el cielo y sus nubes de guata.

En Lugano y en Locarno, el Maestro se vio con algunos de

sus amigos de otros tiempos, y muchos de los otros anarquistas que con Bakunin planeaban una insurrección. Tenía algún dinero y material para enviar a Milán, ocultos en el equipaje y en la capa del niño; un padre y un niño pequeño podrían pasar bastante desapercibidos durante el largo viaje y los controles.

Todo salió a las mil maravillas, y unos días después estaban de regreso en Colle para abrazar a Bartolo y a la viuda, para acrecentar el amor y la familia. Durante mucho tiempo sus vidas se deslizaron tranquilas, alegradas, un par de años más tarde, por el nacimiento de otro hijo a quien le fue impuesto el nombre de Mijail; la viuda se sentía feliz y, al mismo tiempo, preocupada por ese extraño sentido que tienen las madres y las mujeres para olfatear los peligros que se ciernen sobre la felicidad de su familia. Con los años había aprendido a conocer las ideas, la sustancia de los estudios del Maestro, de su frecuente correspondencia y sus ausencias de Colle.

El amor con el que lo había abrazado no le permitió oponer ninguna objeción a esa actividad que hubiera podido causarle serios apuros y molestias. Ella supo abarcar en sus inmensos sentimientos el amor por cada acción que aquel hombre prodigó en nombre de la dignidad y de la justicia social.

Cuando, en efecto, algunos años más tarde, el Maestro concibió fundadas sospechas de que acabaría por verse

envuelto en una serie de arrestos que seguían a las indagaciones policiales acerca de las actividades de los anarquistas, habló con franqueza a su mujer para desvelarle una preocupación que ya no le dejaba descansar. Despertó a la viuda, en plena noche, para confiarle sus presentimientos.

–La policía no tardará en llegar –le dijo–; han detenido ya a muchos de mis compañeros y pronto llegarán hasta mí, estoy seguro. Tal vez debiera huir e intentar refugiarme en Francia, con tal de no sufrir el encarcelamiento, pero no me siento con ánimos de dejarte, de dejaros a ti y a los niños. ¿Cómo podréis arreglároslos solos, cómo viviréis sin mí a vuestro lado?

La respuesta de la mujer lo dejó de piedra.

–Amor mío, la idea de que te marches hace que me consuma, está claro, del mismo modo que te preocupa a ti y te quita el sueño. Pero más me consumiría el verte encerrado en la cárcel, y torturado y privado de la libertad y convertido en esclavo. Así pues, no lo dudes y huye antes de que vengán a arrestarte. Ya afronté la soledad y un hijo pequeño dando en alquiler las habitaciones de la casa, y así lo haré en el futuro, no te angusties.

Después lo envolvió en un abrazo, un beso de amor que duró casi toda la noche, mientras él la acariciaba despacio, le dirigía promesas, la consolaba con un feliz mañana juntos



que no tardaría en llegar. Antes de que rompiera el alba se levantaron, prepararon de prisa un ligero equipaje y el Maestro se dirigió después hacia la verja de la casa. Mientras el hombre se disponía a marcharse, la viuda Bartoli lo abrazó con una fuerza desesperada y, con una voz rota que quebraba la firmeza con la que hasta entonces había afrontado aquella difícil separación, le dijo al oído:

–Sólo te suplico una cosa: ten cuidado con las ruedas.

## IV

Desde el día siguiente al del nacimiento de los gemelos, Rosa demostró un evidente cambio incluso a los ojos del más distraído transeúnte de la Llana. En efecto, a partir del momento en que Maddalena extrajo de su vientre a la pequeña del hocico de viejecilla y a aquella panocha reluciente con aroma a violetas, su rostro perdió la tosquedad de la muchacha campesina que había sido hasta entonces, para endulzarse con rasgos tan delicados que recordaban la silueta de las colinas reclinadas detrás del Padule Largo. Y también su cuerpo, desde sus tobillos macizos a sus caderas anchas y aun más arriba, hasta el pecho fuerte y los hombros, casi como si con la maternidad hubiera experimentado una especie de maduración, floreció en una plenitud y un equilibrio de formas tales como para ilustrar a todos, y de forma muy clara, qué significaba realmente el esplendor.

De modo que no resultaba raro que, aprovechando la

tibieza de la primavera como excusa, algún viandante se detuviera ante la casa con el pino para admirar a Rosa mientras descansaba en el banco junto a la puerta, sentada al tibio sol después del esfuerzo de amamantar dos bocas voraces, o se acercara sólo para saludarla con cortesía, o intentara incluso echar un vistazo entre las contraventanas entrecerradas, esperando cruzarse furtivamente con su mirada.

El caso fue que, junto a este florecimiento de su belleza, Rosa cambió también de carácter y de maneras, sin dejar de mantener cierta cortesía y una timidez de fondo. A su marido, si bien distraído por los negocios, y sobre todo a las mujeres de la casa, en primer lugar a Mena, su hermana, les resultó fácil notar cómo, en el curso de un tiempo muy breve, la muchachota casi desmañada e insegura de antes se había transmutado en una persona distinta, que encerraba en sí los tonos dulces y comprensivos de su reciente condición de madre junto a la fugacidad y la fascinación de una gracia nueva y repentina, capaz de convertirla, desde ese día, en una hermosa mujer.

Ulises estaba demasiado enfrascado en sus transacciones y en el entusiasmo por el nacimiento de su prole como para dar relevancia a cualidades que, en cualquier caso, no hubiera sabido apreciar. Quedó, en cambio, mucho más afectado por el acentuarse de la incapacidad organizativa de la que su mujer había dado muestras desde los primeros

días de su matrimonio. Desde que la familia aumentó, había resultado casi imposible sentarse a la mesa a la hora canónica de la comida, y de la misma forma, la confusión y el desorden de la casa sólo podían ser contenidos en los momentos en los que Mena se decidía a fregar y ocuparse de las tareas domésticas.

Si en un primer momento Ulises había atribuido tamaña ineficiencia a las novedades de la maternidad y las dificultades para acostumbrarse a los ritmos que dos criaturas hambrientas imponían, muy pronto empezó a temer que los esfuerzos del parto hubieran turbado decididamente a Rosa, dado que no era insólito sorprenderla observando un vaso lleno de agua durante minutos enteros o bien, en la oscuridad más completa, hallarla absorta en explicar al gato el funcionamiento de la linterna; eso sin contar con la firmeza con que, a pesar de prohibiciones o ruegos, se obstinaba en no llamar a sus hijos con sus nombres de pila, sino con los que había decidido en un momento de chaladura.

Ulises recordaba haber oído hablar de puérperas enloquecidas a causa del parto, mujeres enérgicas convertidas de repente en algo así como medusas humanas, acuosas e ineptas; u otras, tiernas y afectuosas madres, que se habían lanzado contra hijos o maridos para llevar a cabo las más horribles infamias.

Con ese estado de ánimo, el hombre se impuso el tener

paciencia, pasando por encima de las debilidades domésticas de su mujer, aceptando la ayuda que Mena y tita Esparta les ofrecieron en ese trance.

La situación se precipitó una noche de primavera tibia e iluminada por una luna de plata. Ulises se despertó solo en la enorme cama, mientras un ruido extraño, como una cantinela de pequeños gruñidos, atravesaba la casa.

–Rosa... –llamó, susurrando casi por temor a despertar a los niños. Con la mente aún embotada por el sueño, se esforzó por comprender de dónde provenían esos ruidos. Como casi siempre le sucedía cuando era feliz, había soñado que conseguía una buena venta de cerdos, pero la sensación de alegría que aquel sueño le proporcionaba se veía menoscabada ahora por aquella situación misteriosa e inusual.

Se levantó, extendió los brazos por delante de él como un sonámbulo y se encaminó en dirección al murmullo. Cuando por fin tocó con la punta de los dedos la puerta, la abrió con cautela y contuvo la respiración.

La enorme cocina estaba desierta, la luz de la luna que penetraba por las ventanas como un faro, cortaba la oscuridad y proyectaba sobre los objetos de la casa un halo misterioso que los volvió de repente extraños. En el exterior, sentada en el banco, estaba Rosa, como tomando el sol de la sobremesa. Parecía estar cantando; mejor dicho,

farfullando; mejor dicho, soltando extraños sonidos guturales primero, y después palabras, y después un silbido o cualquier otro sonido que Ulises, aturdido aún, no habría podido explicar.

El hombre, realmente como si fuera un sueño, se acercó despacio a la ventana para poder comprender, y poco le faltó para desmayarse ante lo que vio. Vio a su mujer, iluminada de plata, acunar a un lechón como si fuera su hijo, y a su lado, en la cunita, a sus verdaderos hijos, humanos, pataleando felices ante el sonido de la alegre cantilena de la madre.

Y si ya esa escena le llenó de espanto y de horror, las palabras de Rosa fueron como una puñalada en el pecho, una punzada en el corazón, y se transformaron al instante en una rabia sorda y en unas ansias de venganza ante aquel desaire que la mujer estaba haciendo a su persona y a su estirpe. Porque la letanía, la cantilena, la innoble cancioncilla que coronaba aquella escena de locos recomendaba a su hijo que no tratara en cerdos ni los matase, que amara a los animales y tuviese piedad de los puercos que morían a manos de bárbaros asesinos con un tajo en la garganta, desangrados y devorados, sin tener culpa alguna.

Se había colmado el vaso. Algo en el interior de Ulises se rompió con un estrépito de hierro. Sintió que sus venas se le volvían de fuego y que la cabeza se le calentaba como a

causa de una borrachera imprevista, pero de vino malo. Después, justo un momento antes de que la rabia estallara como una tormenta, iluminada por una luz maligna, y entre gruñidos, Ulises, quién sabe por qué, no vio a Rosa, sino a la hermosa Circe, pérfida, y a su alrededor a los itacenses transmutados en cerdos por arte de magia, y así, hendiendo la hoja de luna, se lanzó al ataque para defender a los suyos y su honor.

–¡Vil criatura, turbio ser que intentas hechizar a los Inocentes con prácticas innobles al claro de luna, ahora te haré probar yo el sabor de la sangre, para que puedas entender de una vez por todas cuál es la del hombre y cuál la del animal! –gritó, mientras de un brinco saltaba el alféizar para lanzarse contra su mujer.

Al aparecer tan de repente, envuelto en el camisón, a Rosa le pareció casi un fantasma, de manera que gritó de terror, dejando caer el lechón, que desapareció en la oscuridad, mientras los recién nacidos empezaron de inmediato a chillar. Pero Ulises ya se le había echado encima y la había emprendido a empellones y a bofetadas con aquellas manos suyas grandes como palas.

–Ni locura, ni parto, ni pamplinas. Ya haré yo que te corrijas a bofetones, mujer ingrata y malsana –gritaba el hombre golpeando como un poseso.

Desde la caseta de detrás del establo, donde dormía, llegó

a la carrera Mero, el destajista, quien no sin dificultad consiguió liberar a Rosa de aquella furia; tras ello, Ulises entró en casa para vestirse.

Llamaron al señor Cesco y a Mena, quien se encargó de tranquilizar a los niños y de atender a su hermana. Lo que los dos hombres se dijeron continúa siendo un misterio; iniciaron una conversación que duró todo el resto de la noche e incluso parte de la mañana, hasta que el señor Cesco, ojeroso por el cansancio y la humillación, se despidió con un apretón de manos de Ulises y entró en la habitación donde se habían retirado sus hijas junto con sus nietos.

Como hombre de bien que era, tenía la intención de soltarle una dura filípica a Rosa, para devolverla de una vez por todas a sus deberes y a la realidad. Ulises era una persona honesta, pudiente y trabajadora. Tenían casa y lo necesario para criar a sus hijos, así que basta ya de chaladuras, en nombre del cielo y de su madre difunta, que bien sabe Dios cuántos sacrificios había hecho para sacar adelante a sus hijas como es debido. Eso y más cosas hubiera querido decirle, pero cuando se halló frente a Rosa y vio la perfección de su nueva belleza ultrajada por los efectos de los bofetones, y su mirada que, a pesar de los golpes y la mortificación, se mantenía seca y directa, se le acercó y la besó con una delicadeza inesperada, casi como si tuviera miedo de romper un precioso jarrón, frágil y quebradizo. Después apartó a un lado a Mena, se detuvo



ante la camita donde descansaban sus nietos y, tras unos minutos durante los que pareció haberse quedado traspuesto, se lanzó de repente hacia el umbral, precipitándose en la habitación donde estaba Ulises.

A pesar de las puertas y las dos gruesas paredes que los separaban, las dos mujeres oyeron la voz del señor Cesco atronar como una trompa del juicio final, socavar la de Ulises, ceñirse a ella, rodearla y sofocarla con una pasión y una fuerza que Rosa no olvidaría durante toda su vida.

Un tren, una caldera de vapor, un gruñido de acero que en ciertos momentos hizo temer una explosión, pero que en cambio se deslizó derecho y expedito, aceleró y se demoró, empleó el sentimiento y la razón, empleó la justicia y la amenaza, empleó vagones de dignidad, alzó la presión y cambió de andén y al final, desacelerado y tranquilo, llegó a la estación.

Bien entrada la mañana, de la habitación salieron el señor Cesco y Ulises, que le seguía en silencio, con la cara roja como un tomate. El hombre llegó hasta el umbral, y dándose la vuelta, con voz decidida y seca, señaló con el dedo a su yerno, a quien tenía enfrente:

–Y recordad –dijo con semblante inequívoco– que si un hombre nunca deja de ser un hombre, una mujer nunca deja de ser una mujer.

Si hasta entonces las relaciones entre Ulises y Rosa no habían sido excesivamente apasionadas, cuanto ocurrió aquella noche contribuyó a hacer aún más lejanas sus vidas. Por lo demás, no hubiera podido ser de otra forma, considerando que uno era un espíritu esencialmente práctico, amante de la compañía, del vino, del buen yantar y del comercio, y la otra era, en cambio, una persona tímida, reflexiva, tendente a la duda y el sentimentalismo.

Tampoco, después de la noche de bodas, cambió en exceso Rosa su consideración acerca de la cuestión del amor. Ya podía enternecerse Ulises, con palabritas dulces y caricias falsas, aflautando la voz en la oscuridad y ensartando rosarios de «Rosita, Rosita, hermosa reina mía» con los que invitar a su mujer a abrazos apasionados. Aquel transformarse en falsete, aquel corolario de besitos y frasecillas no sirvió jamás para convencer a Rosa de la bondad del subsiguiente asalto a su carne, de los gruñidos y resoplidos de su marido hasta que el liberador último bufido de las narices señalaba el fin del recorrido.

Ulises, por lo tanto, empezó a pasarse los días enteros en los establos y en los mercados, siguiendo con un comercio que su mujer nunca dejó de considerar una masacre, mientras Rosa ocupaba su tiempo en los cuidados de sus hijos. Fue una madre atenta, amable y, para las costumbres de entonces, original. No eran años, en efecto, en que a los niños se les prestaran atenciones y cuidados especiales, por

lo menos no como aquellos con los que Rosa crió a sus hijos. La mentalidad, la dureza de la vida, los conocimientos y el espíritu de los tiempos arrojaban a los chicos en medio de una existencia que resultaba difícil y fatigosa desde el principio. Debían ganarse el respeto y una voz propia en el curso de los años, para ser hombres y mujeres hechos y derechos, pero antes eran hojas al viento, frágiles cosas a merced del mundo.

Para Rosa, no. Sus hijos fueron personas, fueron el espejo en el que contarse a sí misma y crecer junto a ellos, a través de gestos y palabras, a través de objetos, recuerdos y sensaciones, y los crió así, empleando esa especial atención que es el amor, el escuchar cualquier voz, el viento, la oscuridad, la espera, el infinito complejo de diminutos momentos preciosos gracias a los cuales condujo a sus hijos por los entresijos de la vida.

La gente de la Llana, al principio, y de Colle Estación después, cuando la gran casa de los Bertorelli estuvo lista, pese a juzgar a Rosa una mujer excéntrica, tuvo que admitir la bondad de sus capacidades de madre, visto que Maddalena y el rubio Sol, mientras permaneció entre aquellas casas, se comportaron siempre con generosidad y respeto hacia todos y en cualquier circunstancia, incluso en las más delicadas que la historia decidió hacer que vivieran.

Ulises no aprobó jamás el estrecho contacto, afectuoso y lleno de atenciones, que la madre mantenía con sus hijos,

no tanto por una suerte de celos, como ocurre a veces con los adultos, sino por la lejanía de su carácter respecto a ciertas promiscuidades. En pocas palabras, siempre consideró una pérdida de tiempo todo el esfuerzo de atención y dulzura que Rosa invertía en su prole. Lo que el señor Cesco le dijo durante su furibundo coloquio la noche del incidente le impidió tal vez interrumpir con maneras bruscas la actuación de su mujer, de modo que se limitó a considerarla, hasta su muerte, una estrambótica obsesión pedagógica, la enésima expresión de sus chaladuras. Más allá de cualquier discusión ulterior, simplemente renunció a interesarse demasiado en la educación de sus hijos, con la única, amarga, indigerible pesadumbre de no poder transmitir la herencia de su comercio a su hijo varón, a quien durante toda la vida nunca cesó de llamar con el nombre que había escogido la primera vez que la partera se lo mostró envuelto en un grumo de lana. Aquiles le llamó siempre, a pesar de que el niño, acostumbrado al nombre que le daba su madre, se obstinara en no darse por aludido o en demorar su respuesta.

Sólo en el caso de la hembra parecieron alcanzar los cónyuges un acuerdo tanto para el nombre como para una parte de su educación. Su padre empezó a llamar a la pequeña Helena con el diminutivo de Helenina, mientras que su madre, para quien la niña fue siempre y exclusivamente Maddalena, visto también que crecía con lentitud y era pequeña y menuda, muy pronto dio en

llamarla Maddalenina, con una asonancia respecto al apelativo paterno que ambos, con el tiempo, casi como por un tácito acuerdo, hicieron confluír en un común Annina que puso fin para siempre a aquella cuestión.

Y cuando la niña tenía aproximadamente cuatro años, su índole generosa resultó fundamental para la resolución de una situación penosa, de una manera salomónica y pacífica. Ocurrió una noche de invierno, fría y ventosa, cuando Ulises volvió más tarde de lo habitual, abrió de par en par la puerta y entró con paso inseguro en la enorme cocina donde Mena, según era costumbre hacía mucho tiempo ya, había recogido todo y preparaba a los pequeños para acostarlos.

–Un hombre incapaz y acabado, eso es lo que soy –dijo borbotando, entre abundantes lágrimas–. No tengo futuro, ni tengo nada. Soy una nulidad sin tiempo –gimoteaba el hombre, desplomado entre sollozos en una silla. Rosa, entretanto, había aparecido por la puerta para ver qué delante estaba ocurriendo y de quién era aquel llanto a moco tendido. Se quedó atónita al ver a aquel hombre, a quien pese a todo había amado en otros tiempos por su conducta austera, reducido ahora a un trapo deshecho en lágrimas.

Su marido lloraba su destino, lloraba su suerte de carecer de un hijo a quien llevar al mercado, el estar solo como un perro.

–Desidioso, mezquino, paria –se afligía Ulises, transido, con la cabeza sobre un brazo, casi como para ocultarse al mundo, a la gente, a sí mismo incluso.

Si bien perdido en la desesperación, miró, de reojo acaso, hacia la luz y vio a su mujer atónita, detenida en el umbral observando el desmoronamiento de un hombre, de un padre, de un tratante estimado que, presa del filtro del vino, leía su futuro de fracaso. De modo que tuvo un arranque de orgullo, o tal vez sólo quisiera huir. Se levantó de la silla, se irguió no sin esfuerzo y miró fijamente a los ojos a la mujer, intercambiando con ella un cruce de miradas.

Mena tuvo realmente miedo. Tembló para sus adentros, temiendo un desastre, pensando en un retorno de la noche famosa en la que Ulises había visto a Circe ante sí y había buscado justicia soltando mamporros. Se abrazó a Sol, y con la mano intentó que Annina se le acercara.

Todo estaba inmóvil, suspendido en el tiempo durante un largo momento, como si un hechizo los hubiera helado a todos. Estatuas, Rosa y Ulises, mirándose fijamente a los ojos, Mena abrazada a Sol, con la mano tendida, Annina a un lado. Un monumento.

Aquel silencio sepulcral, la espera de la batalla, fue roto por el ruido de Ulises, que se movía, pero no para lanzarse contra Rosa en un acto ofensivo. Se limitó a dejarse caer al suelo, de rodillas, y de lo más profundo de aquel cuerpo

encogido emergió un piar que nadie, jamás, hubiera podido atribuir, en su estado normal, a aquel hombre imponente y austero.

–Un hijo, Rosa, una mano al menos que me acompañe por los caminos después del mercado –imploró farfullando.

La mujer se le quedó mirando, y pensó una vez más en los misterios de los que hablaba cada día con Sol y Annina. Pensó en la soledad. En el azul perdido del cielo. «El azul oculta líneas infinitas –se dijo–, y los hombres se llenan de soledad y de nada.» Se propuso en aquel instante hablarlo con sus hijos y sintió deseos de pintar de azul las puertas de la casa para dar una esperanza de fuga a las paredes, al blanco de los muros que el humo poco a poco iba arrastrando hacia el gris.

Miró a su marido y no sintió amor, pero tampoco experimentó rabia o resentimiento. Sintió dolor, un dolor fulminante y perfecto que se deslizó lentamente hacia la pena. Hubiera querido hablar, pero notó con nitidez que no había palabra que le correspondiera. Y tampoco gesto alguno. Un martillo, tal vez, eso era, tal vez un martillo bastaría apenas para mellar el muro que les separaba.

Fue Annina quien lo supo. Dio apenas tres pasos, cambiar la vida a veces sólo cuesta tres pasos, y se colocó delante de Ulises, a quien dijo con su voz de viejecita:

–No lloréis, padre, que mañana, para ir a Pórtale el camino es largo y temprano se ha de salir. Yo iré con vos, no temáis, y os daré la mano para haceros compañía, y os recitaré una cantilena. Ahora, a dormir, porque la noche es oscura, profunda y da miedo.

Y diciendo eso se agachó para ayudar a su padre a levantarse, después se volvió hacia su hermano y Juntos corrieron de prisa hacia el calor de la cama.

Pese a no estar del todo contenta, Rosa aceptó de buen grado las consecuencias de la generosidad de Annina, y mientras los cerdos fueron la principal fuente de ingresos para la economía familiar, respetó la decisión de su hija de ir por los mercados detrás de una piara de cerdos.

Por su parte, Annina se mostró siempre contentísima de aquel ofrecimiento suyo, pese a todas las dificultades y problemas que, a su tierna edad, tuvo que afrontar.

En los días de mercado, en efecto, Ulises tenía por costumbre levantarse muy temprano para preparar las cabezas que había de transportar, de modo que la pequeña, especialmente en la estación invernal, tuvo que amoldarse a despertares incomodísimos. Además, la meta estaba por lo general a bastante distancia y en cualquier caso, dada la lentitud de marcha de los puercos, siempre se requerían horas para alcanzarla.



A pesar de todo ello, Annina demostró amar muchísimo aquellos momentos, no renunciando jamás ni una sola vez a las invitaciones de su padre y soportando sin quejarse las fatigas de aquellos días, en los que, por el contrario, daba muestras de un entusiasmo y una seriedad admirables. Debido a su propia índole y a la sensibilidad aprendida de su madre, la niña afrontó cada uno de aquellos días como una ocasión nueva de conocimiento y de placer.

Conoció así el hielo de las mañanas de febrero, y los dibujos complejos y perfectos de la escarcha en las ramas. Vio amanecidas y atardeceres extenderse por encima de las colinas apenas marcadas por senderos polvorientos, percibió aromas sublimes y hedores nauseabundos, observó las fatigas del trabajo y la miseria de los animales conducidos a la muerte. Asistió al teatro del comercio, escuchó disputas y consejos, chácharas insulsas y discusiones profundas, aferró un sinfín de matices y observó un sinfín de detalles de lo que los hombres hacen en un mercado.

E incluso cuando aquellos viajes se complicaron a causa de Ulises, y más allá aún, cuando las cosas de la vida le reservaron pruebas bien distintas, Annina siguió considerando el período en que acompañaba a su padre al mercado como uno de los más hermosos que había vivido.

Así creció Annina, casi como único puente entre el mundo del padre, hecho de cerdos, de mercados, de tabernas, de

dureza y de olores penetrantes, y el de la madre y Sol, todo él doméstico, lleno de sueños y de palabras. Aquella niña diminuta lo mismo podía acompañar a una piara de cochinos por las veredas de los campos cabalgando a pelo un caballo como pasarse tranquilas horas a orillas del Padule, entreteniéndose en seguir los recorridos misteriosos de las hormigas o de los renacuajos; era tan capaz de resistir largas horas de caminata bajo cualquier clima y asistir a peleas y feroces discusiones como de pasarse plácidas sobremesas junto a su hermano escuchando a Rosa y a Mena contar las vidas insignificantes y magníficas de la gente que desde hacía milenios vivía en el Colle, antes incluso de que aquel lugar viera llegar el ferrocarril y todo lo que éste arrastraba consigo.

Annina parecía viajar ligera entre aquellos dos mundos distintos, sin contraponerlos, sin aferrar la fractura que se abría en el interior de una tranquilidad que ella sola vivía. Eso no ocurrió hasta mucho más tarde, hecha ya una adolescente, un día de primavera en el que permanecía en silencio, tumbada en la hierba mirando el interior del cielo. Rosa se había quedado dormida a su lado, envuelta en un ancho vestido celeste, y Sol acababa de terminar de contar la historia de un médico vestido con un frac azul, que iba por el mundo curando a los juguetes.

Todo, a su alrededor, parecía haberse acallado y Annina estaba absorta respirando esa preciosa suspensión en la

que las palabras y las imágenes llenan el aire. Colores, formas, música del silencio.

En aquel preciso momento, desde el fondo de la colina, donde estaba la gran casa de los Bertorelli, una ráfaga de viento trajo un ruido áspero, condimentado por el punzante olor acre de los cochinos. Un grito, una imprecación y, por último, una fuerte blasfemia. Annina dirigió la mirada hacia abajo, y vio a Ulises y el viejo Mero enzarzados en una discusión; cuestión de dinero, parecía, una venta equivocada, un desaire a un cliente. Comprendió el asunto: se trataba de Bondi y de la marrana que Ulises le había prometido. Al día siguiente, en Pórtale, su padre se vería en un buen aprieto. Ella conocía ya muy bien el mercado, y se imaginó el vocerío, y los insultos, la ira de Ulises, el ímpetu con que se vería obligado a defender su honor de comerciante, por una promesa que no había podido mantener.

Annina se dio la vuelta, vio a su madre y a su hermano adormilados. Por encima, el silencio; por debajo, los cerdos. Pensamientos, fantasías y cosas soñadas, pero también realidad, la sangre, el olor del hombre. Parecían opuestos, y, sin embargo, aquel día, ella los sintió iguales. Dos caras del mundo, materia y abstracción. La mierda y la razón de las que estamos hechos. Pero después vio una lágrima resbalar de los ojos de Rosa que parecía adormecida, tumbada en la hierba entre los gritos disformes. Volvió otra

vez la mirada Annina y vio a su padre, allá abajo, que se había detenido y ahora, tras haber levantando la cabeza, la miraba fijamente en silencio. Y fue en ese instante, en aquel preciso momento, cuando comprendió el abismo total, no entre dos mundos, sino entre las personas. Las cosas son cosas, tienen vida propia, tienen formas, pensamientos, tienen edad y color incluso.

Somos nosotros quienes separamos, construimos barreras, levantamos, bajamos, quienes decimos quién es bueno y qué es, en cambio, peor. Annina comprendió de ese modo la distancia entre su madre y Ulises. La sintió con fuerza, latiéndole en el pecho. Un golpe repentino, una grieta en el corazón. La herida ardiente de un dolor perfecto.

Tras el nacimiento de los gemelos, y después de todo lo ocurrido en la convulsa noche del incidente, Rosa se perdió en sus particulares cuidados de sus hijos, prestando cada vez menos importancia y atención a las exigencias de la casa. En un primer momento, Ulises se decidió a aceptar la ayuda de Mena, quien, con el tiempo, se convirtió en una presencia continua. A ello se añadió el hecho de que la tita Esparta, decrépita ya, no pudo seguir viviendo sola en la casa del Molino, y obligó a su sobrino a hacerse cargo de ella directamente.

Además, en aquel mismo período, Rosa, aduciendo como excusa el insomnio que le provocaban los fuertes ronquidos

de su marido, decidió trasladarse a dormir a otra habitación.

Por estos motivos, a Ulises la vieja casa con el pino empezó a parecerle triste, hostil y poco adecuada para una familia que se había ampliado más allá de los límites previstos. Tales impresiones se confirmaron una fría noche de invierno en la que, al regresar a casa como era habitual a horas tardías y achispado a causa del vino, halló a su cuñada Mena durmiendo en un jergón habilitado en el vestíbulo, toda vez que la habitación que ocupaba habitualmente había pasado a la vieja tita Esparta. Ulises blasfemó entre dientes, apartó el jergón de su cuñada y se dirigió a su alcoba. Apenas cerró la puerta, la tenue luz encendida frente al retrato del viejo Laertes le dio la impresión de iluminar como a plena luz del día el desolador desierto que aquella habitación representaba.

Deseó en aquel momento calor, deseó que Rosa, Mena, Annina y quién sabe quién más acudiera a él a colmar ese vacío, a aplacar aquel frío de acero tan doloroso.

–Maldito mundo infame –se dijo, arrojándose sobre la cama sin desvestirse, con los zapatos aún en los pies. Sopesó el hablar con Rosa y decirle que se fuera, que se marchase de aquella casa adonde más le gustara; que se llevara consigo si quería a ese hijo tan extraño, y que le dejara a Annina.

Con el coraje del alcohol, pensó incluso en hablar con el

señor Cesco, pues si un hombre no dejaba de ser un hombre, entonces comprendería sus derechos de marido, de padre, de tratante incluso.

Con estas ideas de guerra se quedó dormido, pero no soñó con batallas. Se imaginó más bien que vivía en una enorme casa, más abajo, hacia la finca del Prataio, donde el camino se allana, hasta debajo del hermoso collado. Una casa enorme, en forma de media luna, repleta de armarios, con muchas camas, muebles, sillas, mesas, y muchas, muchas habitaciones para estar junto a la gente. Gente que iba y venía, se detenía y volvía a marcharse. La Rosa y Sol, la Mena, Mero, tita Esparta, cada vez más vieja, y Annina a caballo, hermosa, magnífica como una reina. Y además cerdos, cerdos, cerdos por todos los alrededores, de forma que aquella casa gigante parecía una persuasiva sonrisa, plantada en medio de una extensión rellena de color rosa.

Cuando despertó por la mañana en su habitación, abrió los ojos y vio las paredes inmersas en el gris, un triste horizonte de vacío, y la casa le pareció de repente más vieja. Se quedó sentado en la cama, miró su ropa arrugada, miró aquel desierto. Se dijo que estaba viviendo en una chabola.

Ulises rumió aquel sueño durante algún tiempo, lo masticó en el desayuno, se lo llevó de paseo y en el interior de la taberna, para que tomara humo y vino en abundancia. Lo vio en las formas de las casas, en una silla, dentro de una mesita, en el color de todo cerdo, y al día siguiente, en el

mercado de Pórtale, en cuanto se topó con su hermano Telémaco, se le echó al cuello con un abrazo entusiasta y cordial:

–Escucha, los negocios me van bien, lo mismo que la salud y la tripa –le dijo dándose una palmada delante–, y la familia aumenta, con la Mena que nos echa una mano y todos los demás alrededor de la tita Esparta, a quien Dios nos conserve largos años. Así sea para ti también –continuó– y para nuestro otro hermano Héctor. Son buenos tiempos para nosotros, y la fortuna no nos ha negado nada. Yo creo que deberíamos mantenerla unida, esa fortuna, mantener juntos a los hijos, y a las mujeres, y a nosotros mismos, todos juntos, Ulises, Telémaco y Héctor. Los hermanos Bertorelli.

Telémaco no había sido nunca un tipo propenso al romanticismo ni a los melindres. Cuando vio a Ulises abrazarle, y después inundarlo de palabras y de entusiasmo, en lo primero que pensó fue en qué engaño podría ocultar semejante oferta. De acuerdo, su hermano se había echado sobre sus espaldas la carga de la vieja Esparta, pero ¿no había sido ella quien cuidó de él durante años? Y además aquella extraña mujer suya, siempre soñadora, demasiado guapa para ser una buena madre de familia, ¿no podría ocultar alguna misteriosa historia tal vez?

Ulises no se rindió ante esta inicial, palpable desconfianza de su hermano. Conocía el carácter receloso y

eminentemente práctico de Telémaco, de modo que tuvo la buena ocurrencia de dejar a un lado el afecto y apostar con decisión por la conveniencia de aquella propuesta.

–La unión hace la fuerza, hermano, piénsatelo –dijo con resolución, y empezó a enumerar los aspectos que con una convivencia prolongada mejorarían y se harían más económicos para cada familia, subrayando cada uno de ellos con aquella especie de ímpetu declamado con convicción inapelable.

–Leña y carbón –decía Ulises calculando cuántas personas se servirían de una misma chimenea–. La unión hace la fuerza –concluía.

–Alimentos y bebidas –y explicaba cómo podrían limitarse derroches y tiempos de preparación–. La unión hace la fuerza –concluía. Y así para el resto de los gastos domésticos, sin olvidar los ahorros para su comercio, dado que la futura casa se levantaría cerca de los establos y en el camino del mercado grande de Pórtale, y, por lo tanto, ganarían en tiempos de desplazamientos y en comodidad.

Al final de esta suerte de arenga, Telémaco se quedó mirando fijamente a Ulises con la expresión de quien intenta leer en la cabeza de su interlocutor.

Se le quedó mirando largo rato, después bajó la mirada hacia el suelo y, por último, la desplazó hacia el horizonte,



mirando hacia un punto indefinido, con los pulgares enganchados en los bolsillos del chaleco.

Ulises sonrió. Sabía que su hermano, en aquellos momentos, estaba pensando con atención en todo lo que le había dicho. Imaginaba. Valoraba. Calculaba. Por ello le dejó tiempo, permaneció inmóvil esperando el instante de descargar el golpe decisivo.

Como por arte de magia, a su alrededor el vocerío del mercado casi se había acallado, apenas un leve runruneo de hojas al viento, el relincho lejano de un caballo. Todo estaba en silencio. Sólo Telémaco se movió, desplazó una mano del chaleco y se quitó el sombrero, mientras se secaba con la otra una sombra de sudor que no existía.

Era lo que Ulises estaba esperando, el atisbo de una grieta en la desconfianza de su hermano, la señal cifrada que un tratante astuto como él no podía dejar escapar jamás. Así que se acercó un paso y aproximó su boca hacia el oído de Telémaco, no sin haber lanzado antes una mirada furtiva en medio del desierto que pocos instantes antes había sido la animada feria de Pórtale.

–Si me ayudas a convencer al Héctor –susurró–, el terreno de abajo en el Prataio lo pago entero yo.

Telémaco no se inmutó lo más mínimo, pero el instinto de Ulises percibió que había abierto una brecha, así que se

apartó, miró fijamente a su hermano a los ojos y con una ancha sonrisa asestó el golpe final:

–Y añadido además un par de buenos cerdos...

Convencer a Héctor no fue tarea ardua: cuando sus hermanos se le acercaron para plantear su propuesta, la Riña acababa de anunciarle que estaba otra vez esperando un hijo. Aguardó a que su marido volviera de determinados recorridos suyos por el Padule, se le plantó delante con el cubo del salvado en la mano, con las piernas abiertas, y le anunció con el sugestivo acento de Colle Alto:

–Verás, hermoso maridito mío, sé que para vos son cosas fáciles y divertidas, cosas para hacerlas con arrojo y ceño fruncido. En espera estoy otra vez, hermoso hombre mío, y si echáis la cuenta, son trece años y éste será nuestro nono hijo.

Dicho lo cual, desapareció en dirección al gallinero arrastrando las piernas que eran ya dos troncos.

Héctor la miró alejarse y se quedó pensando. Paris, Ganimedes y Orestes. Después Tebas, Anquises y Hécuba. La última era Penélope. Los contó. Eran siete. Le faltaba uno. Repitió los nombres como en una letanía, silabeándolos uno por uno, con la punta de los dedos. La última era Penélope, de eso no le cabía la menor duda.

–Veamos –se concentró–, son cuatro varones y cuatro hembras. Falta una niña.

¡Casandra! Ahí estaba la octava, la más importante, su preferida. Rubia como las panochas.

Sonrió. ¿Cómo había podido olvidarla? ¿Sería posible que hubiera envejecido tanto que no se acordara de sus hijos (aunque ocho no fueran pocos y hubiera ahora un noveno)?

Pensó en la Riña. Llevaban quince años casados.

Héctor no se acordaba.

Cerró un instante los ojos como para concentrarse y, sin embargo, tampoco en la oscuridad enrojecida que los párpados le produjeron por el sol consiguió acordarse de cómo era la Riña quince años atrás. Se esforzaba, pero no dejaba de ver a una mujer embarazada, gruesa, con las piernas hinchadas, los brazos en las caderas para mantener erguida la espalda, el pelo siempre recogido detrás de la nuca en un apretado moño.

Se acercó al gallinero y la miró de reojo. La Riña se volvió un instante, se percató de que su marido la estaba mirando y se dio la vuelta hacia las gallinas. La mano fue al cubo del salvado con más ímpetu aún. Junto a ella, Orestes y Anquises llevaban matojos de hierba a los conejos.

Gallinas, conejos e hijos.

Héctor hizo un gesto a los niños y se dirigió hacia la casa. En el interior se estaba fresco. En la enorme cocina, Paris y Ganimedes, dos muchachos ya, jugaban a las cartas mientras Tebas lavaba las cacerolas en el fregadero.

Tapas, cacerolas e hijos.

Subió las escaleras hacia el piso superior. En una habitación atiborrada de jergones, las más pequeñas, Hécuba, Penélope y Casandra, dormían en una sola cama.

Sábanas, almohadas e hijos.

Entró en la alcoba matrimonial, se acercó al armario, apartó una pila de ropa y abrió un cajón del que sacó una vieja caja de hojalata.

Levantó la tapa y empezó a buscar algo.

Cuando la Riña le llamó desde abajo para avisarle de que sus hermanos querían hablarle, Héctor sostenía en la mano una fotografía de hacía quince años. Desde la fotografía, una mujer le estaba sonriendo; llevaba el pelo suelto. Estaba vuelta a medias y, aunque algo rígida en la pose, tenía la belleza de la felicidad. En el borde blanco, con una caligrafía infantil estaba escrito; «Para siempre. Riña».

Héctor se acordó.

Sentado en el suelo, Sol jugaba en un rincón de la

habitación. Rosa, como le sucedía a menudo, se había quedado dormida en el banco de al lado del umbral, al calor de la tibia primavera. Un niño absorto en el serio compromiso del juego, y su madre en el del sueño. Ambos, cada uno a su manera, se hallaban en todo caso muy lejos de aquel lugar. Rosa estaba viajando por un país desconocido, probablemente oriental, lejos de los cerdos y de aquella casa; Sol empujaba con una mano su carrito de madera, lo arrastraba por las baldosas siguiendo una carretera imaginaria. Rosa se encontró en medio de una inmensa extensión de trigo, vio una ciudad, una alta torre, recias murallas con una puerta a cuyos lados estaban dos leones, frente a un río, tan enorme como un mar. Se emocionó cuando un barquero la tomó de la mano y la hizo montar sobre una extraña chalana, que le pareció de plata. Desde el centro de aquel río, la ciudad parecía infinita, cuajada de torres y escarpados tejados. Todo era enorme e inusual, muy distinto de la plácida colina a la que estaba acostumbrada. Se volvió hacia atrás, convencida de poder ver Colle Alto, pero también a su espalda se extendía el río y la ciudad a su alrededor. El barquero remaba con un largo palo, como lo hacían los pescadores del Padule. Le bastó aquel gesto a Rosa para tranquilizarse.

El hombre se inclinó y le dijo:

–En Rájanpur la están esperando.

Rosa dirigió una última mirada hacia la ciudad encantada.

Llevaba un largo vestido de seda, y se protegía la cabeza de los rayos del sol con una sombrilla. Después, con un ademán cortés pero decidido, como si se dirigiera a un cochero, le dijo:

–Démonos prisa, pues, yo tampoco puedo esperar.

Mientras Rosa viajaba sobre la barca, bien asentada en medio del sueño, Sol seguía con su carreta una carretera que sólo se veía en su imaginación, y que le condujo fuera de la puerta de casa, y luego más allá del seto del patio, y más allá aún, hacia las primeras casas de la estación. Cuando, al cabo de mucho, el niño se cansó de aquel juego, alzó la cabeza y se encontró en un lugar que no conocía, pero no se asustó. Había una carretera polvorienta, larga, y junto a la carretera, además de un trocito de prado, una especie de montañita ocultaba la vista del horizonte. Sol se armó de valor y ascendió por ella. En la cima halló las vías del ferrocarril, y en la lejanía, del lado de la estación le pareció ver en medio de un prado gente que se afanaba en torno a una gran tienda de colores.

Cuando estuvo cerca se percató de que reinaba un gran alboroto. Decenas de personas, en pequeños grupos, estaban observando a cuatro hombres concentrados en alzar un alto palo, mientras otros tres o cuatro mantenían tensas las cuerdas. Voces, gritos de ánimo y comentarios de los presentes. Nadie parecía advertir su presencia y todos semejaban absortos, unos trabajando, otros observando.

Sol miró a su alrededor y se quedó sin aliento: nunca había visto tantos carros juntos, puestos en fila y en círculo, llenos de cosas extrañas.

De repente, entre tanta gente, vio a un hombre de rostro oscurísimo, acaso el hombre del saco de las historias que le contaba Mena para convencerlo de que se fuera a la cama sin protestar. Era un hombre imponente, enorme, con las espaldas tan anchas como las de un caballo, y desde su perspectiva de niño, a Sol le pareció tan alto como una torre. Pensó que si aquél era el hombre del saco podría raptarlo, llevárselo en un saco e incluso comérselo. Pero viéndolo así, a primera vista, a Sol no le pareció ni malo ni peligroso. Estaba recogiendo unas cuerdas y se las pasaba por el brazo formando con prontitud unos rollos perfectamente redondos, que después doblaba y ataba como si estuvieran hechos de cintas. El niño se detuvo a mirarlo, hechizado por aquella especie de juego de manos. El hombre se dio la vuelta, lo vio y, sin dejar de enrollar las cuerdas, le sonrió enseñándole una fila de dientes blanquísimos.

A su espalda, dos extraños caballos estaban comiendo heno: tenían el cuello largo y una especie de montañita doble en el lomo. Eran divertidos y curiosos. Por detrás de los animales apareció un niño, pero tenía barba, y observándolo bien, parecía tan viejo como Mero. Alguien lo llamó desde el interior de un carro, y aquel ser diminuto

subió rapidísimo las escalerillas, desapareciendo. Un ruido seco como un disparo llamó la atención de Sol: en un extremo del prado, un hombre con un traje plateado hacía restallar un largo látigo, lo volteaba sobre su cabeza, lo doblaba, lo lanzaba y lo recogía en el aire. Llevaba un turbante blanco y una larga capa que, alzada por la brisa, hacía que recordara a un ángel.

Sol se acercó, mirando con atención todo lo que el ángel plateado hacía, hasta que éste se detuvo, enrolló el látigo y se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, inmóvil como una estatua. Una ligerísima tirilla de barba le rodeaba el rostro, mientras un velo de sudor, al reflejar la luz, hacía que su cara pareciese de plata también. Tenía los ojos cerrados y parecía estar durmiendo.

El niño se le acercó y le tocó ligeramente un brazo:

–¿De dónde vienes? –le preguntó.

El ángel abrió los ojos, miró por unos segundos a Sol y dijo después:

–Rájanpur.

Colle Alto, Colle Estación, la Llana, Pórtale, el Prataio. Esos eran todos los nombres de sitios que conocía. Así que permaneció en silencio, dubitativo.

–La India –dijo el ángel.



Sol repitió para sí mismo aquel nombre, como para no olvidarlo. Debía de ser un sitio la mar de extraño.

–¿Y dónde está la India? –se decidió a preguntar.

–Oriente –fue la respuesta.

Después, como para darle las gracias por haberle recordado aquel lugar y aquel nombre, el ángel le sonrió, se volvió hacia la derecha y extendió el brazo, señalando:

–Allá.

Sol se quedó mirando aquel dedo. Tenía un grueso anillo en forma de serpiente enrollada y apuntaba hacia el ferrocarril. Así que el niño se encaminó en esa dirección, cruzó el prado y trepó por el balasto.

Por detrás de las vías estaban los campos de maíz, y al final de los campos, la colina con las antiguas casas de la aldea. Oriente debía de estar más allá. Sol miró su carrito, después miró hacia el horizonte que le ocultaba la India y Oriente, el lugar de los ángeles plateados, de los hombres negros altísimos y de esos otros pequeños como niños, el lugar donde los caballos tenían dos jorobas y la gente, probablemente, vivía en tiendas de colores.

Colle Alto permanecía inmóvil sobre su colina, viejas casas de piedra y calles antiguas.

A Sol le pareció que lo conocía ya lo suficiente. A Oriente, ahí es adonde había que ir, a Oriente.

Cuando Rosa despertó, Sol acababa de cruzar el seto que delimitaba el patio de Ulises. Vio a su madre en el banco y se acercó hasta ella. Rosa estaba pensando en los colores de la magnífica ciudad que acababa de visitar en sueños, y en su nariz, el perfume del agua aún la aturdía. Abrió los ojos. Ante ella, en el horizonte, refulgían ahora las casas de Colle iluminadas por el sol y desde el final de la era el viento transportaba el hedor de los cerdos.

Rájanpur quedaba definitivamente lejos.

De repente tuvo la impresión de no tener ya un lugar para vivir, de no saber dónde estaba, acaso hasta de no tener futuro. De no tener ya nada. Acercó hacia ella a su hijo y lo abrazó.

–Mamá –le dijo él–, yo quiero irme a Oriente.

La rápida construcción de la gran casa del Prataio fue sobre ruedas, y pronto la familia Bertorelli se reunió en su nueva vivienda, que pese a no ser tan majestuosa e inmensa como Ulises la había visto en sueños, resultaba en cualquier caso amplia, sólida y bien hecha. Extendida por tres lados, rodeaba un espacio central que con el paso de los años sería primero era, jardín después y, por último, aparcamiento para automóviles. Detrás de la casa se levantaba una

hermosa colina que culminaba en un bosquecillo de cipreses, desde el cual se dominaba la llanura a sus pies, hasta entrever en el horizonte, por un lado, los centelleos del Padule Largo, y, por el otro, la silueta familiar de las casas de Colle Alto.

Al estar distribuida la casa en tres lados, cada familia ocupó uno de ellos: las de Héctor y Ulises, las más numerosas, se instalaron en las alas laterales, mientras que la de Telémaco, formada solamente por él y su mujer Isolina, se acomodó en la zona central, algo más pequeña a causa de la enorme cocina común que ocupaba la mayor parte de la planta baja.

Ante la perspectiva de su traslado a la casa del Prataio, Ulises no cabía en sí de gozo. No sólo le parecía hacer realidad un sueño, sino que sentía con fuerza en su interior que esta nueva vivienda, esta nueva vida Junto a sus hermanos, a sus cuñadas, a sus sobrinos, sería muy beneficiosa para el espíritu solitario de Rosa y de Sol.

Así pues, el día de primavera en que, con armas y bagajes, llegaron a la gran casa, tras descargar con mil cuidados del carro el sillón sobre el cual, inmóvil y apergaminada, señoreaba la tita Esparta, Ulises se colocó al frente del pequeño grupo familiar compuesto por Rosa, Mena, el viejo Mero y los pequeños Sol y Annina, y los condujo radiante por el interior de las habitaciones de lo que para él seguía teniendo aún el sabor impagable de un sueño.

Abrió puertas, subió persianas, recorrió escaleras e invitó a todos a asomarse a los dos espaciosos balcones de su ala, para detenerse después en la enorme cocina común y ensalzar la potencia de la chimenea y de la caldera gigante que, según le habían informado, gracias a un revolucionario sistema de tubos y radiadores llamados «termosifones», calentaría todas las habitaciones y aseguraría incluso la posibilidad de lavarse con agua caliente.

Al término de aquella presentación entusiasta que hacía presuponer una calurosa acogida por parte de sus familiares, Ulises calló y se colocó ante su mujer, con una amplia sonrisa que tenía, claros y visibles, todos los signos de la esperanza.

En el silencio embarazoso que se hizo en aquella enorme cocina emergió únicamente su voz, en un último y desesperado intento de conseguir la paz:

–Rosita, Rosita, mi hermosa reinita, ¿te gusta un poquito nuestra casita?

Rosa no contestó, ni entonces, ni nunca. Mientras permaneció en la gran casa de los Bertorelli se limitó a ocupar una habitación del segundo piso, la que tenía el balcón frente a la colina, sin frecuentar demasiado la cocina, que se convirtió, en todo y por todo, en el reino de Mena.

En el balcón, Rosa cosió y bordó, jugó con los niños y

permaneció horas y horas mirando el bosquecillo de cipreses. Permanecía quieta, de noche o bajo el más ardiente sol, al alba o en la ligera neblina de ciertas frescas mañanas de marzo.

No habló nunca de la casa. Pasó casi todo su tiempo en el balcón o en el prado, en la cima del collado. A menudo en silencio, casi siempre mirando al vacío. E incluso cuando Ulises, envenenado por esas rarezas suyas, ordenó demoler aquel balcón en el que a ella tanto le gustaba estar, Rosa siguió tras los cristales mirando hacia el bosquecillo, presagiando tal vez que precisamente de esa dirección habría de llegar vida para su vida.

Hubo quien habló de una especie de locura, otros hablaron de extravagancia y de altanería. Tal vez fuera simplemente constancia, la tenacidad de un deseo tan fuerte como para obligar a las cosas a que sucedieran, y no viceversa.

El único que desde la primera, entusiasta presentación de Ulises dio muestras de interés fue Mero, sobre todo en referencia a aquel nuevo invento para calentar el agua y las habitaciones. Desde el día en que se fue a vivir a la casa, el viejo destajista se enamoró de aquella caldera hasta el punto de dedicarse a ella en cuerpo y alma: la cargaba de leña, de carbón, la bruñía, aceitaba y reparaba con una atención casi maniática. Nadie, en la familia, osó oponerse a aquella pasión suya, excepto Ulises, antes de que el viento

de la locura se lo llevara lejos, puesto que le parecía un estorbo aquel amor senil de Mero, y habría preferido que siguiera cuidando de los cerdos y no de aquel pedazo de arrabio sin corazón. Todos soportaron aquella especie de morbosa atracción como una señal de las rarezas que la vejez impone a las personas; un hecho inevitable y natural, por lo tanto, sin más razón precisa que la evidencia del triste destino que nos reserva la vida. De modo que nadie, ni por un instante, llegó a intuir el verdadero fuego que había impelido a un hombre sencillo y devoto a pasarse los últimos años de su existencia dedicado por entero, y con feliz entusiasmo, a los cuidados de una caldera.

El día que murió, ya casi centenario, entre los brazos de Annina hecha ya una mujer, Mero le susurró algo al oído, acariciándola la cara con sus manos negras.

–Gracias por haberme permitido realizar mi sueño –le dijo–; siempre quise ser maquinista ferroviario.

## V

La policía no fue al final tan rápida en llegar. Al día siguiente de su fuga, la viuda Bartoli fue a ver al alcalde para informarle de que el Maestro se había visto obligado a marcharse urgentemente para cuidar de su padre moribundo, en su lejano pueblo, allá abajo, al final de Italia. El alcalde la escuchó, la consoló y le aseguró que ya se encargaría él de comunicar a quien correspondiera su ausencia, deseándole que ésta fuera breve y todo se resolviera de la mejor forma posible.

La noticia se difundió de inmediato en la pequeña comunidad, y junto a palabras de comprensión y de sostén, la viuda Bartoli recibió asimismo la solidaridad concreta de sus paisanos, que siempre habían apreciado la cordialidad del Maestro y el amor repentino que lo había unido a su conciudadana. En los días de ausencia, que pronto se

convirtieron en semanas y más tarde en meses, nunca faltó quien acudiera a la casa junto a las murallas llevando un saludo o algo de comer, un bollo para los pequeños o una botella de aceite del nuevo prensado, una cercanía y un calor que fueron importantes, entre otras razones porque pronto resultó evidente a todos que la mujer esperaba un nuevo hijo, que en efecto nació al cabo de unos meses, sin que el padre diera señales de vida.

La viuda recibió a todos con su acostumbrada cortesía, poniendo al día a los visitantes con noticias que, según afirmaba, le llegaban a través de una ininterrumpida correspondencia que mantenía con Sapri. Fue como un teatro, como una agradable y amable representación que Colle se amoldó a poner en escena para ocultar la fuga de su Maestro, para creer en la necesidad de una ausencia que se iba configurando, día tras día, como definitiva.

Nadie tuvo nada que decir, ni siquiera aun sabiendo perfectamente que de Colle jamás partieron cartas para Sapri, como tampoco el cartero tuvo jamás que entregar a la viuda misiva alguna procedente de aquel lugar o de cualquier otra parte de Italia. Todos, en cambio, siguieron creyendo en la obstinada y grave enfermedad del señor Antonio, el ayudante del factor, y conversando con la viuda y entre ellos, con empeño y sorprendente competencia, de la tenacidad de ciertas fiebres palúdicas, de las tercianas de las marismas, de determinadas formas de exudación



bronquial de una gravedad tal que ni siquiera sangrías, cataplasmas ni quininas eran capaces de hacer mella en su carácter casi bíblico y ancestral, tal como para justificar curas tan largas y difíciles.

Fue un regalo que Colle hizo a su propia índole alborozada y soñadora, casi una última muestra de genio antes de que los cachivaches descargados por el ferrocarril vinieran a traer orden y razón entre aquellas casas seculares. Fue el último homenaje que aquella gente hizo al Maestro y, en el fondo, a sí mismos, alimentándolo con el placer infantil del juego, de las cosas sabidas y nunca dichas, del gusto por una sutil confusión entre el deseo y la realidad.

Después, finalmente, apareció la policía.

El Maestro se asomó a la ventana de su habitación. La campiña de Camarga temblaba cocida por el calor de un sol despiadado. Volviendo la mirada hacia las salinas, vio brillar el mar bajo la línea del horizonte, y le pareció el Palude Largo.

Pensó en Colle, en la viuda, en Bartolo y en Mijall, cuyos rostros, después de tantos años de lejanía, se estaban convirtiendo en recuerdos confusos, espejismos transparentes como los árboles que el calor estaba derritiendo en la llanura.

Se acercó a la mesa y tomó entre sus manos una plancha

metálica. La movió ligeramente, y la luz que se filtraba por la ventana dibujó sobre el daguerrotipo las facciones de aquella joven hija a la que no había conocido. Casi como una revancha contra el destino, había decidido llamarla Libertad.

La huida, el exilio, la soledad le parecieron como un sacrificio necesario para mantener su propia libertad.

El Maestro se sentó entonces en la mesa y escribió:

*Adorada mía, desde la ventana de esta casa extranjera veo el mar que refulge, como refulgía el Padule la tarde en que conocí el verdadero amor. Es sal que abrasa en este alejamiento mío, sacrificio esencial en todo caso para vuestra Libertad y la mía.*

*Maniero me informa de los últimos arrestos en Florencia, Bolonia y Milán. Así pues, la razón de mi fuga, incluso al cabo de todo este tiempo, no fue insulsa, ni el sacrificio en vano. Queda esta lejanía que confío en que pueda llegar pronto a su fin. Un gran proyecto está arraigando en mi corazón, en esa pequeña parte que el amor por ti deja aún libre.*

*Mannuzzu llegó el pasado viernes en un estado de agitación y de felicidad que nunca había visto en nuestro amigo. ¡Y mira que hemos vivido juntos cosas, y que nos hemos visto envueltos en tantas circunstancias*

*diferentes entre entusiasmos, pasiones y miedos! Lo calmé, hice que se sentara delante de un vaso de buen vino fresco, y por fin me puso al corriente de un encuentro suyo con el anarquista pisano Rossi, quien al parecer venía de reunirse con un emisario del emperador Pedro II de Brasil.*

*Una historia extraña ésta, adorada mía, porque extraño y curioso es el destino de los hombres, y sus cualidades, y sus pensamientos, cuyo fundamento está basado a menudo en el misterio y en la combinación, como es sin duda el hecho de que, estando el emperador en Milán para curarse de un estado febril, Rossi haya podido ponerse en contacto con él a través del conde Mota-Maya, para exponer a este soberano, que pasa por abierto y liberal, el proyecto de la comunidad anarquista de la que te hablé, y que habría de llamarse Cecilia. Parece ser que el emperador recibió con agrado el escrito de nuestro Rossi, ese mismo "Una Comuna socialista" que te hice llegar a través de Maniero al objeto de que pudiera servir de lectura para los chicos.*

*Si el emperador aceptara la propuesta, podría donar fácilmente el terreno necesario para dar inicio a la edificación de esta nueva sociedad, allá abajo, en esas tierras brasileñas que se suponen amplias, lozanas, Jóvenes y óptimas, por lo tanto, para dar linfa a la nueva vida que estamos buscando.*

*Adorada mía, no parece lejano, pues, el día en que podamos realizar nuestro sueño de poder reunirnos, juntos, en libertad, sin constricciones para nuestro espíritu y el de nuestros bienamados.*

*Te hago llegar esta carta a través de Maniero, que como sabes es persona segura y de fiar. Te pondrá al corriente además de la manera en que, dentro de seis semanas, podremos reunirnos por fin durante dos días en el lugar que ya sabes, tal como tenemos previsto.*

*Amor mío, es ese momento, Junto a la confianza en el mundo que construiremos juntos, el estímulo principal que me convence para proseguir con esta pesada e ingrata tarea, entre estos franceses que tratan a su hermano italiano como un paria, desgraciado e infame. Es una lucha de pobres contra pobres, atizada por quien tiene mucho interés en separar los destinos de los hombres, en hacer tan dura y difícil la lucha por la verdadera civilización.*

*Ahora me dispongo a terminar, pensando en nuestro encuentro: será éste de dos días enteros, al cabo de un tiempo inmemorial. Será un sueño. Dejo a mis abrazos de entonces el cometido de contarte todo mi deseo y mi amor. Miro en el daguerrotipo el rostro de Libertad, y en su nombre, y en sus facciones, veo a la mujer que me condujo al amor.*

*Ahora te beso y te ruego que transmitas a Bartolo mis más afectuosos saludos. ¿Hiciste leer mi última carta a Ideal? Permíteme que insista en que considere la lectura de Costa. Besa a Mijail y a la pequeña Libertad con todo el calor posible de su padre lejano.*

El día que la policía llegó a la casa junto a las murallas, la viuda Bartoli estaba absorta en cocinar. Invitó a entrar a quien estaba buscando a su hombre con la misma cortesía con la que, durante años, había acogido a los paisanos que la habían ayudado a enfrentarse a una difícil situación.

El oficial de policía la interrogó con cierta frialdad:

–¿Dónde está? –se limitó a preguntar.

–Cuidando de su padre moribundo –contestó la viuda.

El oficial miró los papeles que tenía sobre la mesa.

–Pues parece que lleva seis años muriéndose –dijo con tono sarcástico.

La mujer no se descompuso:

–Es un hombre muy enfermo, y necesita muchos cuidados.

En aquel momento entró un soldado y arrojó sobre la mesa un montón de cartas. El oficial las miró y sonrió.

Por la puerta que daba a la calle aparecieron otros soldados con el pequeño Mijail, Bartolo e Ideal.

El oficial consultó sus papeles.

–Estamos aquí en nombre del rey de Italia, para restablecer el orden y la razón –dijo, volviéndose tras lo cual hacia los muchachos y preguntando con tono seco–: ¿Quién de vosotros es hijo de Fosco Bartoli?

Nadie contestó.

El oficial no pudo evitar un ademán de rabia. La viuda lo miraba sonriendo, no parecía nerviosa ni asustada, mientras sus tres hijos permanecían quietos, mirándole fijamente a los ojos. El mayor tenía incluso las manos metidas en los bolsillos. «Menudos maleducados», pensó el oficial, mientras le hacía un gesto al soldado para que los chicos se pusieran firmes.

–¿Quién de vosotros es hijo del Maestro? –preguntó casi gritando.

Los tres contestaron al unísono:

–Yo.

\*\*\*

El Maestro estaba apoyado en el muro, a un costado del

hospital. Parecía estar absorto en la lectura del periódico. En realidad, además de a sí mismo, detrás de las hojas estaba intentando ocultar la trepidación que le atenazaba la garganta. Desde hacía un tiempo inmemorial vivía en la clandestinidad, fugitivo, y a menudo en el extranjero. Se consideraba dispuesto a todo y habituado ya a cualquier emoción. Y, sin embargo, en aquella tarde de sol, no hallaba la manera de permanecer sereno. De vez en cuando echaba una ojeada furtiva a la calle, sacaba el reloj del chaleco, comprobaba la hora.

«El amor –pensó–; qué cosa más horrible.»

Hacía más de seis años que no la veía, que no había podido respirar en el interior de esos ojos en los que se había sumergido, en el recuerdo, infinitas veces. Junto a Mannuzzu, había esperado y esperado la ocasión para organizar ese encuentro, sin que nadie corriera el menor riesgo, pero mucho menos ella, que había tenido que cargar con el peso de una soledad larga y gravosa.

El Maestro experimentó, por enésima vez, una sensación desagradable. ¿Y si algo hubiera salido mal? Pensó una y otra vez en los detalles que Mannuzzu y Maniere habían puesto a punto, en el cuidado con que habían controlado y vuelto a controlar los recorridos, elegido el lugar y el día. Debía partir con la pequeña Libertad, con la excusa de una visita médica a la niña que, según diría, necesitaba curas especiales.

Pensó en el sacrificio al que había sometido a su mujer, a cómo había aceptado, en aras de ese encuentro, vencer su fobia a las ruedas. Pensó en la amistad de Maniere, quien había prometido no dejarla sola en ningún momento, y distraerla, asistirle en ese viaje cansadísimo para ella.

El retraso estaba a punto de alcanzar la media hora. Según los planes, si superaba ese límite sería la señal de que el encuentro había sido anulado. Miró una vez más el reloj. Era ya cuestión de minutos. Se volvió hacia el paseo. La gente iba y venía tranquilamente, cada cual a lo suyo, ignorante cada uno de las vidas de los demás. Ignorantes, todos, del sentimiento que se estaba apoderando de él, algo que era a un tiempo aprensión, desilusión, angustia, sentimiento de culpa. Un dolor absoluto y perfecto.

El Maestro dobló el periódico y se preparó para afrontar un melancólico regreso, cuando de repente la vio llegar por el lado opuesto al que él la esperaba, y casi se le detuvo el corazón. Llevaba un vestido oscuro, largo, y un sombrerito negro con un velito, y en el sombrerito llevaba prendida la rosa de coral que él le había regalado el día que nació Ideal.

«Maldito velo –pensó–, maldito tú que me ocultas el mar», y se encaminó al encuentro con su mujer.

Fueron seis pasos, seis breves pasos que el Maestro recordó por todo lo que le quedaba aún de esta vida. Seis pasos que fueron felicidad, esperanza, ardor, deseo infinito.



Amor, amor coloreado, amor imaginado, esperado, deseado, liberado, engullido. Amor condensado en esos seis, eternos, últimos pasos antes de que el Maestro comprendiera.

La viuda avanzaba lentamente, con la misma andadura calma con la que había mostrado a todo Colle su amor por el hombre que llevaba a su lado, en las paseatas de primavera, en el baile de la banda, en la Fiesta de las Ranas, abajo en el Padule. Una andadura tranquila, con las piernas ligeras por la calle, los brazos recogidos apenas en un movimiento suave. Los brazos que tantas veces lo habían acogido, lo habían consolado, exhortado, abrazado.

Esos mismos brazos que ahora no estaban estrechando a Libertad.

El orden y la razón del rey de Italia quedaron restablecidos. Primero fue el oficial que se presentó en la casa junto a las murallas, y después los jueces del Regio Tribunal, quienes decidieron que la viuda no estaba en condiciones de mantener a cuatro hijos, teniendo en cuenta además que tres de ellos eran fruto de una relación escandalosa. Mijail e Ideal fueron confiados a una institución religiosa, al objeto de que se les inculcara respeto, educación y temor de Dios. Mientras que Bartolo, que entonces estaba ya en edad adecuada para el servicio militar, fue enrolado por disposición del mismo tribunal y enviado al principio a un enorme cuartel del norte donde

aprendió a utilizar el fusil y a correr muy rápido con un gran sombrero emplumado en la cabeza; después, cuando los gobernantes consideraron llegada la hora, fue enviado a África a conquistar una colonia para la Nueva Italia. De modo que la viuda Bartoli se quedó en Colle sola con Libertad, y siguió criándola con inalterada pasión y con la misma placidez que había demostrado durante los años en los que en la casa junto a las murallas resonaban las voces y las carcajadas de todos sus hijos.

Libertad fue una niña vivaz, creció envuelta por las palabras con las que la madre la adormecía por la noche hablándole de los caballeros de la justicia que estaban en Suiza, de un país lejano llamado Cecilia, lleno de maravillas e inmerso en impenetrables selvas pródigas en frutos y en animales, de sus impávidos hermanos, esparcidos entre las montañas más altas y los castillos amurallados de un emperador lejano y oscuro llamado «el Papa». Y de su padre, que estuvo en Francia, Suiza e Inglaterra y en muchos otros países lejanos, buscando algo que todos buscaban pero que nadie sabía dónde se hallaba.

El orden y la razón del rey, pues, no impidieron que la pequeña Libertad creciera feliz, pese a las dificultades de una familia dispersa y reducida a añicos. Las palabras, la ternura de su madre, el afecto que en cualquier caso sus hermanos le hacían llegar Junto al respeto que la gente de Colle aún sentía hacia el Maestro, hicieron que Libertad no

sufriera demasiado por aquella situación tan penosa y delicada. Al contrario, todo lo que hubo de afrontar la dotó de un carácter fuerte, decidido y orientado siempre hacia la levedad y la vida.

Las palabras de su madre fueron el alimento con que la pequeña nutrió y construyó el simulacro de un padre que, si bien lejano y encarcelado, la acompañó igualmente durante toda su infancia y adolescencia, en sus noches de niña, en los paseos junto al Padule, en los días de escuela, en el deambular entre las viejas casas de Colle, entre las cuales, junto al respetuoso recuerdo del Maestro, empezaba a esparcirse el pesado aliento que provenía del ferrocarril, hecho de nuevas ideas de gente ajena a aquella antigua historia, un riachuelo pegajoso que nada tenía que ver con el alma jocosa del lugar.

Fueron palabras contadas, acunadas, imaginadas, fueron escritas en las raras cartas que padre e hija se intercambiaron durante aquella lejanía forzada.

Con irónica simetría, así como el Maestro había conocido a su hija sólo a través de la imagen plateada de un daguerrotipo, durante años, Libertad conoció a su padre solamente a través de la placa metálica que la viuda poseía, en la cual el Maestro aparecía retratado de pie, frente al horizonte lejano del Padule, que parecía, en todo y por todo, un mar.

Así la niña, y más tarde la muchacha, habló y escribió a la imagen de un padre perennemente joven, alto, con el bigote cuidado y un bonito lazo negro enmarcando un rostro austero y hermoso.

Era Libertad ya casi una mujer cuando en la puerta de la casa junto a las murallas se presentó un hombre alto y enjuto, con la barba larga y descuidada, un traje arrugado y el mismo aire afligido de ciertos viejos vagabundos. El hombre se la quedó mirando largo rato en silencio, con la boca entreabierta, recorrida apenas por un estremecimiento que hacía pesada aquella espera. Libertad sintió auténtica pena, percibió con claridad la desgracia y el dolor que aquel hombre arrastraba consigo. No vaciló, pues, en invitarle a pasar, para que bebiera un vaso de vino, para un descanso reparador.

Y, sin embargo, el hombre no tocó el vaso que ella le ofreció. Se limitó a sentarse en la mesa, apoyó las manos sobre el tablero y echó una larguísima mirada a su alrededor, como para escrutar con atención todo cuanto la habitación contenía. Después detuvo sus ojos en los de Libertad, y probablemente hallara en ellos el mismo azul en cuyo interior se había perdido el día en que declaró su amor a su madre, hallara el exilio y el miedo a las ruedas, las discusiones con los pensionistas, don Ubaldo en la noche de la tormenta y la amistad de Mannuzzu, rastrear a Ideal y a Mijail e incluso el vocear alegre de Bartolo que nadie

conseguía acallar, el aire dulce de Sapri, la oscuridad de la cárcel, los montes nevados de Suiza. Y en aquel momento le pareció realmente que la vida se contenía entera en un instante y que la felicidad no era sino una patraña. El resplandor de una llamita. Una cerilla que arde en medio del viento. En el interior de los ojos de su padre, al igual que había sucedido a través de la magia de los daguerrotipos, Libertad vio las mismas cosas y comprendió. Comprendió el peso del tiempo, de las palabras imaginadas, de las muchas cartas escritas y jamás enviadas. Comprendió hasta el fondo el destino tremendo de quien se ve obligado a vivir, día tras día, la vida que graba la piel, que agrieta los huesos, que desmigaja el aliento y araña la existencia. Día tras día, para siempre. Así, entre la imagen espléndida y plateada que hasta entonces había conocido y la opaca y consumida que tenía delante, eligió al hombre sentado a la mesa y pudo por fin reconocerlo como su padre.

Cuando el rector le mandó llamar, Ideal ya había intuido la razón. El internado tenía altas paredes oscuras que circundaban los patios. Ventanas estrechas, muros gruesos, habitaciones siempre heladas. Para Mijail era sobre todo una prisión, y por lo demás la disciplina rígida, la alimentación espartana, las largas horas dedicadas a la escuela y a la oración no podían ser entendidas de otra manera por quien había conocido una gran libertad, el placer de la compañía, los largos paseos al aire libre.

Con creciente aprensión, Ideal había visto cambiar el carácter abierto y jovial de su hermano, deformarse ante los continuos castigos de los padres como un hierro golpeado en el yunque por un herrero que, en vez de adquirir la forma deseada por el educador, se retuerce en forma de punta rebelde, huraña, hosca.

De nada había servido su afecto de hermano mayor, la discusión de los problemas, el consuelo que intentaba ofrecerle cada día. Mijail se encerraba cada vez más en sí mismo, contra una vida que no entendía, que no aceptaba, que no quería compartir.

Tampoco a Ideal le agradaba. Sufría la lejanía de su madre y la idea constante de los sufrimientos de su padre encarcelado. Echaba de menos la alegría de Bartolo y las calles de Colle. Era como si desde el día en que se abrieron las puertas del internado se hubieran cerrado las de otra vida. Era una sensación intensa, constante, que aumentaba por la noche y llegaba a su culminación cuando, tras cesar todo vocerío, apagado el eco de los últimos rezos susurrados, en la amplitud del dormitorio común empezaban a caer la oscuridad y el silencio. Era entonces cuando, alimentada por aquel silencio, una sutil desesperación empezaba a invadirlo, la sensación de la pérdida irremediable de un tesoro en otro tiempo poseído, de algo muy cercano a la felicidad, la edad de oro, acaso, que ya se había desmoronado para siempre. Arena al viento, lluvia

batiente. Y no había remedio alguno, no había pensamiento, consuelo, letanía que pudiera aliviarle de aquella horrible sensación de haber perdido su propia riqueza y, sobre todo, de tener cierta responsabilidad por aquel derrumbamiento.

En aquellas noches de tormenta soñaba a menudo con Suiza. Soñaba que estaba en San Gotardo junto a su padre, quien desde lo alto le enseñaba el valle iluminado por el sol. Colle estaba ahí abajo, y casi a vista de pájaro, Ideal podía apreciar claramente el Padule, y a Bartolo que perseguía a los conejos silvestres por el Prataio, las calles de piedra, las viejas casas e incluso, a través de las paredes, a su madre y a Libertad en el interior de la casa junto a las murallas. Veía este panorama maravilloso y oía la voz de su padre explicándole lo que había de hacerse para mantener el orden y la razón de aquel lugar maravilloso. La voz del Maestro hablaba, hablaba y hablaba, y lo envolvía como en una cálida capa: hablaba de los hombres, de la igualdad, de las virtudes esenciales que son la savia del mundo, hablaba de artes mágicas, de ciencia; y mientras aquella voz hablaba, Ideal se percataba de estar entrando en el interior de las palabras, de escucharlas tan de cerca, de verlas y tocarlas con tanta claridad como para perder el sentido.

Así, una y otra vez, las palabras se transformaban en nubes, espléndidas nubes de nata montada besadas por el sol, y él se elevaba por los cielos, con un placer sin fin al que

no quería renunciar. Después, de repente, en medio de los caballeros de la Justicia divisaba a su padre con barba y chaleco. Alto, apuesto, con el lazo negro revoloteando al viento. Se marchaba, se estaba yendo para siempre hacia Suiza, Francia o quién sabe a qué otro lugar de la tierra, dejándole el cometido de preservar el valle luminoso, y la sensación insoportable de no saber en modo alguno cómo hacerlo.

En su corazón de muchacho, Ideal llevó consigo durante mucho tiempo ese peso inconmensurable, el metro con el que medía su propia incapacidad, su propia ineptitud. Todo, a su alrededor, le resultaba extraño: la disciplina, las reglas severas, el frío, la oscuridad, la rigidez de las relaciones humanas jamás presididas por el afecto. Y el desabrimiento de Mijail, con su propia incapacidad, una vez más, de servirle de ayuda.

Fue en medio de este marasmo interior cuando Ideal descubrió el Pecado Original. Aprendió, de una doctrina a la que no había podido acercarse antes, la idea de que no sólo él, sino todo ser humano, desde el más rico al más pobre, desde el más inteligente al más estúpido, nace trayendo consigo una culpa originaria. Leyó con avidez en la Biblia la desobediencia de Adán y la maldición del Señor:

«Maldita sea la tierra por tu causa. Con fatiga comerás sus frutos todos los días de tu vida...»



Y por fin su condena perenne:

«Así que el Señor Dios lo expulsó del jardín del Edén, para que labrase la tierra de donde había sido tomado. Y habiendo expulsado al hombre, puso delante del jardín del Edén querubines, y la llama de la espada vibrante, para guardar el camino del árbol de la vida.»

Interrogó a los preceptores, formuló preguntas, se enfervorizó en discusiones y lecturas con la misma trepidación de un viandante que, en plena ventisca, entrevé la esperanza de un refugio cálido y seco. Porque otros habían desobedecido al padre y un camino para expiar esa enorme culpa era posible.

Cuando el rector lo llamó a su presencia, Ideal ya había tomado su decisión. De modo que escuchó con atención la reprimenda del viejo prelado. Dijo ser consciente y estar preocupado él mismo por el comportamiento de su hermano. Pidió venia, asegurando que Mijail era de buena índole y que sólo las pruebas a las que le sometía la vida estaban encerrándolo en sí mismo como un erizo, como forma de defensa ante una situación que no entendía pero que sufría en su propia carne cada día.

El rector quedó gratamente sorprendido por estas palabras llenas de responsabilidad, pronunciadas por una persona aún joven y, sin embargo, a juzgar por cuanto estaba diciendo, ya madura y profunda. Conocía las

vicisitudes familiares del muchacho, la paternidad de un desventurado ateo y descreído, el concubinato de éste con una viuda, la madre, sin duda seducida por quién sabe qué promesas y hechizos. En su larga vida de educador se había topado con toda clase de personas y no le sorprendía, por lo tanto, tanta diferencia entre dos hermanos. Más de una vez había tenido ocasión de verificar cómo, de una misma planta, pueden nacer frutos de muy distinto sabor. Por lo demás, infinitos e inescrutables son los caminos del Señor.

Levantó la vista hacia Ideal y vio que el muchacho pedía otra vez permiso para hablar:

–Padre, tengo un deseo que confiaros y quisiera vuestro consuelo y vuestra bendición.

El rector hizo apenas un ademán para animarle:

–Quisiera hacer los votos –dijo Ideal–; quiero ser sacerdote.

El viejo rector sonrió. Desde luego, infinitos e inescrutables eran los caminos del Señor.

El regreso del Maestro dio la ilusión, a quien lo había conocido, de que algo de la antigua armonía de Colle Alto podía regresar inalterada, fingiendo así no sólo que no había pasado mucho tiempo, sino que todo cuanto había llegado hasta allí siguiendo las vías del ferrocarril podía en todo caso

fluir o secarse, al igual que tarde o temprano lo hace la lluvia después de un violento temporal. Fue, en efecto, sólo una ilusión, porque pronto resultó evidente que el tiempo corre más deprisa que los trenes, y al correr deja tras de sí pedazos de personas, de cosas, de pensamientos, de todo aquello que construye lo que somos y que, más allá de la memoria, el devolver la vida a huellas y fantasmas supone un ejercicio estéril y vano.

Desde que el Maestro se marchara, de noche y furtivamente, mucho habían cambiado las cosas, en efecto. Las pocas casas de alrededor de la estación se habían convertido ahora en un auténtico barrio, lleno de vida, pero sin la animación febril que conoció en los años en que las obras tendían rieles y construían el viaducto sobre el Padule. El Padule mismo parecía más triste no sólo por estar desfigurado a causa del balasto que lo cruzaba, sino por haber sido invadido por una miríada de cabañas y barracas surgidas alrededor de las de los pescadores, en un florecer de actividades que abastecían el nuevo pueblo, Colle Alto y toda la zona hasta la Llana y más allá. En esta proliferación ni siquiera se habían omitido unas gotas de vida mundana de balneario, con un tambaleante muelle de madera sobre el canal que terminaba en una coqueta pagoda en forma de palafito destinada a restaurante y, en caso necesario, a exótica sala de baile.

La herida que la línea del ferrocarril trazaba se prolongaba

ya definitivamente hasta más allá del horizonte, uniendo Colle a la ciudad, trayendo nuevos comercios y nuevas personas que mezclaron su lenguaje como dos clases de vino, de distinta calidad, en una jarra, de modo que el habla amplia y musical de aquella zona sólo resistió, y no por mucho tiempo, entre las viejas calles de piedra y las antiguas casas de Colle Alto.

Con la gente nueva llegaron nuevas costumbres y nuevas historias, nuevas formas de vestir, y cuando los habitantes de aquel antiguo burgo, sobre todo los más ancianos, vieron llegar bajo el arco del Bastión al capataz del Malgardo sentado junto al señor conde en un cacharro humeante que se movía sin mulos, caballos o bueyes que lo arrastraran, quedó claro para ellos que algo estaba cambiando inexorablemente, y el milenario aliento de aquellas casas había quedado para siempre comprometido por acontecimientos que no podrían evitarse, ni siquiera haciéndoles caso omiso, ni siquiera negándolos o tejiendo a su alrededor sus historias al igual que habían hecho en los tiempos en que el Maestro había estado en el exilio.

Por lo demás, también en la casa junto a las murallas muchas cosas habían cambiado, y la vida parecía continuar poniendo a prueba el amor y la alegría de aquel lugar que, sin la alborotadora mesnada de los chicos, permanecía tranquilo como si aguardase algo, apenas alumbrado por el canturreo de la Juventud de Libertad. Y aquella sensación

de espera fue avivada por la noticia que llegó una mañana, traída a uña de caballo por un mensajero del ejército, quien, por seco y huraño que fuera, no fue capaz de contener un momento de emoción al entregar a la viuda Bartoli el despacho en el que se declaraba oficialmente desaparecido a Bartolo tras la batalla de Adua, en medio de las arenas abrasadas por el sol.

Desde aquel día, en las tardes en que el verano hacía surgir sobre la superficie del Padule los trémulos espejismos del calor, no fue raro ver a la viuda escrutar la línea del horizonte, con la esperanza de ver aparecer a su hijo a la carrera y tocado con un sombrero de plumas.

En aquellos meses de espera que, a la luz de los hechos que siguieron, resultaron para todos como una larga suspensión, el Maestro había conservado la costumbre de sus lecturas y de sus estudios, y había vuelto a instaurar el placer de las largas paseatas por los campos. Y, sin embargo, por mucho que repitiera los mismos itinerarios, por más que se esforzara por recordar los lugares y las circunstancias, también él tuvo que rendirse pronto a la evidencia de un cambio definitivamente, irreversible. Nuevos ruidos, nuevos colores, hasta un distinto movimiento del aire, de modo que en pocas semanas perdió el gusto por aquellas excursiones y renunció a perseguir los fantasmas de un pasado que se había disuelto definitivamente en un presente que para él carecía de sabor.

Sólo el amor por la viuda resistió. Inmutable, cálido, absoluto. Sólo entre sus brazos, en sus ojos y en las noches pasadas en silencio junto a su respiración, el Maestro sintió que el tiempo había permanecido inmóvil, congelado, casi como temeroso de atreverse a romper ese instante y, por impotencia y por discreción, se mantuviera alejado.

En aquellos momentos era como arribar a un oasis en el cual imaginar que nada había cambiado y que tal vez, de alguna forma, fuera posible realizar el sueño de ser felices y libres juntos, carne y aire, pensamiento unido en un abrazo.

Fue una carta, una breve carta en la que Ideal informaba a la familia de su intención de tomar los hábitos, lo que confirmó de una vez por todas al Maestro la distancia entre las esperanzas y la realidad, entre la rapidez con la que huye el deseo de los sueños y cómo se estrella frente a la evidencia.

El hombre recibió la decisión de su hijo sin pronunciar palabra. Ni siquiera quiso comentarla nunca, ni con la viuda ni con nadie. Pero desde aquel día no volvió a dirigirle la palabra a Ideal, y ni siquiera volvió a regalarle un abrazo, una sonrisa, una caricia. E incluso con ocasión de sus raras visitas a Colle, a quien, procurando interceder, le rogó que le dirigiera al menos un gesto, una bienvenida, contestaba siempre lo mismo:

–Yo a los curas, ni agua.

Cuantos conocieron al Maestro en los años que siguieron a su regreso a Colle dudaron de la veracidad de lo que se iba contando acerca de él: anécdotas, historias y aventuras que habían hecho su figura casi legendaria. A sus ojos, parecía realmente extraño que aquel hombre sombrío y encorvado, de aspecto precozmente envejecido, fuera el protagonista del conjunto de relatos que corrían por el pueblo, narrados con la musicalidad rítmica del habla local, para exponer las gestas de un personaje familiar y conocido por todos, casi hasta constituir una especie de épica doméstica. Los años del exilio, la larga lejanía y los sacrificios, los rigores de la cárcel y, no por último, la afrenta de la decisión de Ideal que nunca dejó de sentir como una insoportable traición, se posaron, en efecto, sobre el Maestro, y alteraron no sólo su aspecto exterior, sino en cierto modo también su humor y su entusiasmo, de modo que, si siempre había sido de índole reflexiva e introvertida, los hechos de la vida lo hicieron más cerrado y huraño. En efecto, a diferencia de otros tiempos, era muy raro encontrar al Maestro por Colle Alto durante uno de sus largos y proverbiales paseos, en los cuales, ahora, parecía evitar cualquier ocasión de diálogo, limitándose a educados pero secos gestos de saludo. Parecía arrastrar consigo un peso, un desasosiego que solamente ocultaba ante la sonrisa de la viuda o la alegría juvenil de Libertad, quienes soportaban con paciencia y amor la oscuridad en que parecía haberse deslizado, cuidándolo con sus atenciones hechas de discreción, de presencias apenas perceptibles.

De esta suerte de pozo el Maestro emergió con lentitud, paso tras paso, noche tras noche, con toda la constancia que fue necesaria para asimilar el cambio y el aire tan diferente de aquel otro lleno de promesas que había conocido el día en que llegó a Colle. Imperceptiblemente fue asumiendo las heridas que la tierra, las casas y el Padule habían sufrido, leyó uno por uno los rostros que aún no conocía, volvió a encontrar viejas calles en que habían estado presentes, y al igual que madura un fruto o la primavera se anuncia en las primeras flores que rompen la nieve, en un primer momento decidió volverse útil para la economía familiar –sostenida casi del todo por la habilidad de la viuda para el bordado– y bajar con los pescadores del Padule a echar una mano en el duro trabajo del barquero.

Después, dándose cuenta de las condiciones de ignorancia y necesidad en que se hallaban los hijos de aquellos desgraciados, se puso manos a la obra para organizar una particular escuela popular, una suerte de pequeña Academia en la que reunía a los niños para enseñarles algo mientras que se preparaban los anzuelos, se reponían jarcias y cuerdas, se descargaba la pesca diaria. Así, durante los días de ese viento tenso y frío que parte los sedales, mientras los viejos se dedicaban al cuidado de las barcas, un círculo de muchachos de todas las edades rodeaba al Maestro, quien, de nuevo vigoroso, les hablaba de las Américas y de los extraños animales que pueblan las tierras donde hay hielos perennes, les explicaba quiénes eran los



antepasados etruscos que fueron los primeros en poblar aquellas zonas y cómo, en las colinas más allá de la Piaña, habían aprendido a fundir el hierro para hacer los instrumentos más sólidos y hermosos que pudieran verse en aquella época. Y en esas lecciones desordenadas, pero largas y apasionadas, no había vez en que algún adulto no pidiera explicaciones acerca de un hecho o una fecha o que, con mucha más frecuencia, a partir de las exóticas relaciones sobre pueblos lejanos en la geografía y en el tiempo, se acabara hablando del gobierno de esta Italia, de los impuestos del señor Quintino Sella y de cómo un pobre pescador, aun sabiendo de cuentas, podía llegar a fin de mes con cuatro cuartos en el bolsillo y el hambre en el umbral de casa.

Revigorizado por estas discusiones, el Maestro volvió poco a poco a parecerse a la imagen del hombre que las chácharas del pueblo había inmortalizado, y también la casa junto a las murallas pareció volver a florecer con su luz antigua, hecha de amor, una luz que envolvió a la viuda Bartoli y se manifestó con el nacimiento de un nuevo hijo, a quien se impuso el nombre de Cafiero.

Pero el impulso decisivo que contribuyó a que se consumara el destino del Maestro y lo llevó lejos de aquellas casas, en busca de su ideal de justicia, fue la llegada a Colle de Maniero. Acudió para una breve visita al amigo a quien había atendido en la última parte del exilio y después en los

difíciles años de la cárcel, pero experimentó el hechizo de aquella casa en la que había regresado poderosa la vida, y aquellas paredes acostumbradas a la armonía y al amor embrujaron al huésped junto a la sonrisa de Libertad, que era ya una joven mujer.

Y como si el tiempo hubiera decidido burlarse de todos, enrollando hacia atrás su misterioso hilo, la viuda y el Maestro asistieron a la repetición de su enamoramiento en el de ellos dos, con las mismas formas y en los mismos paisajes. De modo que vieron a Maniero aislarse cada vez más en paseatas solitarias y largas, mientras Libertad enlazaba largas noches de suspiros e insomnio hasta que, en un hermoso día de una luz tan límpida que hacía brillar el Padule como el mar, el hombre se presentó ante la muchacha que sentada frente al horizonte se aprestaba al bordado y, retorciendo cohibido el ala del sombrero le pidió, con una sola palabra, permiso para salir con ella.

Desde aquel momento, y durante el período en el que los dos amantes permanecieron en la localidad, la gente de Colle revivió el amor como un hecho evidente y natural, aceptando como inevitable la manifestación de la armonía que se filtraba de la casa junto a las murallas. Fue una estación feliz y breve, que duró una primavera, hasta que el Maestro, convencido por los relatos de Maniero del descontento popular que crecía en Bolonia y en Milán contra la actuación de un gobierno vil, se decidió a partir

con su amigo y su hija hacia el norte, dejando una vez más a la viuda con un hijo al que criar y la promesa de que pronto estaría de regreso, listos para zarpar todos juntos y reunirse con Mannuzzu en las libres tierras de Brasil.

Cuando el Maestro llegó, en las calles era ya palpable la tensión.

Grupos de personas caminaban a paso vivo en la misma dirección, algunas hablando en voz alta, otras con expresión sombría y en silencio.

El Maestro aguardó durante unos diez minutos a que llegara Maniero junto a los demás y en la espera se apoyó contra el muro de una casa y encendió un cigarro. El humo lo envolvió en un instante y de repente la casa de Colle se le materializó delante, y junto a la casa, la sonrisa de la viuda Bartoli, la misma del día en que, retorciendo el sombrero, le había pedido permiso para amarla.

Sintió que se le formaba un nudo en la garganta, y que algo le arañaba en el pecho como si fuera un animal hambriento. Miró a su alrededor, vio aquella gran multitud de gente airada, decidida a hacer valer su propia dignidad, sin tener que mendigar un pedazo de pan para satisfacer las cuentas del Estado.

A través del humo del cigarro y entre los fantasmas de Colle vio a las personas en las barricadas, y entonces respiró

hondo para alejar aquel peso, pero cuando llegó al final de la respiración, en aquel momento minúsculo en el que todo está en suspenso, se percató de que estaba solo, y un dolor perfecto lo envolvió como un abrazo.

Con los ojos velados, deseó hasta el dolor una mirada de la viuda, o un breve abrazo de Mijail, y su pelo rubio, o la furia incesante de Bartolo o que allí, listos para encaminarse hacia su propia liberación, Libertad y Cafiero pudieran unirse, abrazados a él y a los demás, para hacer ver a los piamonteses cómo se es libre y orgulloso, a pesar de todo.

Incluso al renegado de Ideal deseó, con sus antojos de curilla y su sotana de hembra. Incluso una sonrisa suya deseó el Maestro aquel día, apoyado contra un muro de Milán.

«¡Qué diantres –se dijo–, debo de estar envejeciendo! ¿Qué clase de sentimentalismos de mala muerte son éstos y precisamente ahora que ha llegado la hora de ajustar cuentas?»

Mientras pensaba esas cosas, vio aparecer por la esquina a sus compañeros, así que se tragó el dolor como un denso bocado que ya se encargaría más tarde de digerir. Se arrojaron en medio de la multitud como a un mar, y ya por alguna parte se elevaban gritos unánimes contra el gobierno y la infamia de hacer pasar hambre a la gente. Había rabia, naturalmente, pero también alegría y ganas de

que se oyera su propia voz en el mundo, la de los malditos.

Superaron la barricada y dieron la vuelta en el paseo, y sólo entonces, por detrás de las primeras filas se apercibieron de los soldados en formación, y de los cañones: un muro, un dique estrecho para contener la riada que se estaba acercando.

Todo se detuvo un instante. En el silencio casi absoluto, se oyó una voz elevarse de detrás de aquel muro, con el tono imperioso de una orden.

–Ya basta, retroceded y dispersaos, en nombre del rey –le pareció oír al Maestro.

De inmediato se volvió hacia Maniero y le ordenó acercarse con él hacia las primeras filas. Por delante veía casi mujeres sólo, y niños a su lado, y otros niños en brazos, y de aquel grupo inerme se elevaban gritos e imprecaciones contra el rey y sus sicarios.

Surcaron la multitud tomados de la mano y se pusieron delante, Maniero y el Maestro, precisamente en el momento en que el tiempo se congeló, y en el paseo, los sueños de aquellas gentes se entrelazaron en un tejido de deseos. No grandes cosas, la simple voluntad de quien se ve reducido a esperar el mañana en compañía del hambre. Alguien, a quien el silencio sorprendió, se acordó de una ofensa hecha sin querer a un amigo, de un vaso apoyado en

la mesa, de una mancha de grasa en los pantalones. Una mujer en la tercera fila recordó un domingo de muchos años antes, y los buñuelos de San Giuseppe. Un niño, justo delante del Maestro, saboreó el sabor del regaliz que le había regalado el párroco después de la comunión.

En aquel vagar de pensamientos, el Maestro se percató de que tenía aún inmóvil, clavado en el pecho, el mismo dolor que había experimentado unos minutos antes, apoyado contra el muro, y se volvió hacia los soldados.

Vio estallar la llama como si estuviera detrás de un grueso cristal, y al momento, volar por los aires a algunas mujeres a su izquierda envueltas en fuego. Un ramo de flores parecían, flores recién cortadas que caían a pedazos en aquel paseo lleno de pensamientos. Inmediatamente después, una segunda lengua de fuego arrancó del suelo a otras personas lanzándolas por los aires.

En un silencio total, el Maestro, ensordecido por las explosiones cercanas a él, miraba inmóvil aquella masacre como si no le concerniese. Veía a hombres ensangrentados buscar refugio en las paredes de las casas, a mujeres y niños caídos en el suelo como si estuvieran durmiendo, a otros inmóviles, arrodillados como absortos en un rezo.

Un viejo apoyado en un carro avanzó a la carrera hacia él, se le quedó mirando, lo sacudió por los hombros y le señaló algo a su derecha. Con los ojos desencajados, parecía estar

gritando. Le hacía gestos para que se marchara, lo sacudía y le señalaba su mano. El Maestro miró, y sólo entonces advirtió que estaba sosteniendo los jirones del brazo de un hombre. Entonces miró al viejo, hizo una señal de agradecimiento y se movió después lentamente en la misma dirección en que estaba huyendo la gente.

Con el brazo ensangrentado de Maniero en la mano, el Maestro se encaminó hacia el centro de Milán.

No hubiera sabido decir durante cuánto tiempo caminó, y hacia qué lado, a quiénes se encontró y qué le dijeron. Lo primero que el Maestro recordó fue la cara de una vieja que entre lágrimas y en un idioma desconocido y extraño le suplicaba, le abrazaba, le acariciaba.

Las manos de la mujer estaban manchadas de sangre, y él pensó que podía ser la suya propia, o tal vez la de Maniero.

Sonrió.

La vieja lo estaba empujando hacia un portal. Los soldados. Le estaba diciendo que los soldados se acercaban. Le estaba diciendo que huyera.

El Maestro se volvió y vio unos caballos y un grupo de militares al final de la calle. Iban en dirección contraria y no se percatarían de su presencia. Dio las gracias a la vieja, la acarició y se despidió de ella en el dialecto de Sapri. Después

se dio la vuelta y a paso lento se dirigió hacia donde estaban los soldados.

No sabía con precisión lo que iba a hacer. Pensaba en Maniero y en todos los demás que habían saltado en pedazos, veía los uniformes rojos, los caballos y acaso también los cañones. En aquellos trescientos metros, por la cabeza del Maestro pasaron muchas cosas. La casa de Colle, y el rostro del factor que lo había acompañado hasta ella. Marx, Ricardo, Bakunin, la teoría de la plusvalía y la miseria de los pueblos. Una página de Feuerbach, clara y nítida, y el rostro de una muchacha a la que había amado en un henil, pero de cuyo nombre no se acordó. Las ruedas y los trenes, y la primera vez que había tocado la mano de su hijo Ideal, recién nacido. Vio frente a él unas palabras y pensó en un discurso, fuerte y directo. La fuerza de la vida, la desesperación de los oprimidos, el color de la sangre, los gritos, obedecer, rebelarse.

Todo le pareció, en aquel instante, tan claro y trivial que le hizo daño. ¿Cómo había podido no comprender?

Se sintió seguro y aceleró el paso, de modo que cuando llegó a la altura de los soldados podía decirse que casi estaba corriendo. A pocos metros del pelotón, vio a Maniero junto a Libertad, que le daba la mano. Parecían estar subiendo a una barcaza atracada en el muelle.

«Zarpan hacia Cecilia», pensó el Maestro, y una sonrisa de



alivio apareció en su rostro. Sudamérica, la nueva sociedad libre para hombres libres y sin explotación.

El Maestro alzó los brazos hacia el cielo y con todo el aliento que tenía en la garganta intentó atraer la atención de su hija y de su amigo. Se metió la mano en el bolsillo para extraer el pañuelo negro y rojo que ella le había regalado.

–Libertad –gritó.

La calle acababa en un muelle del canal, y un grupo de militares se estaba acercando a una barcaza para cargar en ella armas y caballos.

Alguien vio a un hombre solo acercarse a paso de carrera, con expresión desencajada y la camisa ensangrentada. Al oficial le dirían más tarde que parecía un loco, con tantas prisas, desgredado e inmundo de sangre, y gritando «Libertad» a grito pelado. Un soldado, superado a la carrera, vio que el hombre sacaba algo de un bolsillo. Se volvió, empuñó el fusil y abrió fuego. El endemoniado prosiguió su carrera unos metros más, para caer después boca abajo, hacia delante, sobre la arena, con las manos extendidas, como si estuviera intentando huir arrojándose al canal.

De las comprobaciones posteriores resultó que estaba fichado en los archivos judiciales como subversivo. Un anarquista, conocido por el apodo de Maestro.

## VI

Ulises empezó a enloquecer lentamente. Como un revoque expuesto sin cuidados al sol y a la lluvia, se decoloró, se agrietó y luego, trozo tras trozo, se desmoronó en polvillo al suelo. Lo primero en estropearse fue su aspecto exterior, empezando por cuando manifestó su intención de llevar única y exclusivamente el mismo traje, negándose a cambiarlo por el que Mena le preparaba para el mercado semanal.

Por mucho que aquella santa mujer intentara contener el deterioro, procurando remendar el traje o lavarlo mientras Ulises dormía, el tejido a la larga se consumió, se volvió liso y brillante y acabó por desgarrarse del todo. La situación se precipitó cuando Ulises empezó a adquirir la costumbre de acostarse vestido, a veces incluso sin quitarse los zapatos, y de dormir a menudo hasta bien entrada la tarde, sumiendo a Mena en el desaliento más absoluto ante la impotencia a que redujo sus amorosas tentativas de cuidados.

A la decadencia del vestuario se agregó la pérdida de aquel porte austero que en tiempos tanto había fascinado a Rosa, y Ulises pareció empequeñecerse, caminar cada vez más arrastrando los pies y con el cuello doblado, como si estuviera mirándose perennemente las puntas de los pies.

Esta progresiva transformación suya no pasó inobservada ni fue indolora para los Bertorelli, puesto que tanto Telémaco como Héctor tenían en alta consideración su respetabilidad y su honor, en especial desde el momento en que, en los años que siguieron a la construcción de la gran casa del Prataio, la afortunada coincidencia de la guerra había hecho aumentar el valor del ganado porcino y los beneficios derivados de su comercio habían asegurado a la familia las bases económicas para llevar a cabo un decidido salto patrimonial. Telémaco, envalentonado por ciertas conversaciones que animaban el mercado de Pórtale, acariciaba incluso la idea de presentarse como candidato a la alcaldía, mientras Héctor, siempre en busca de soluciones para su numerosa familia, sopesaba el asociarse con el conde del Malgardo para poner en marcha, en la Llana, una empresa de construcciones mecánicas.

Resultaba comprensible, pues, que el aspecto de Ulises, cada vez más parecido al de un vagabundo que al de un apreciado comerciante, no fuera bien visto por sus hermanos, quienes se encararon con él, primero por las buenas y después con tonos cada vez más enardecidos y

furibundos, sin obtener más resultado que una compuesta y atenta escucha que, en cada ocasión, cerraba con las mismas palabras:

–Comprendo, pero no es el vestido lo fundamental: el sueño es la parte más importante de la vida.

Junto a estos comportamientos, que sus hermanos despachaban siempre con irritación y rubricaban con el término «chaladuras», lo que ocurrió con Rosa fue sin duda uno de los elementos causantes del aislamiento de Ulises, antes de que los acontecimientos se precipitasen y la locura lo resquebrajara del todo.

Desde la habitación a la que se había retirado tras el traslado a la gran casa de los Bertorelli, Rosa no había vuelto a tener ningún tipo de relación con su marido, ni asumido tarea doméstica alguna que no estuviera relacionada con el cuidado de sus hijos. De manera casi automática, por lo tanto, la gestión de la casa había pasado a Mena, que definitivamente se había trasladado de manera estable, dejando solo al señor Cesco, quien, por su parte, había considerado justo sacrificarse por el bien de una hija.

En los primeros tiempos, cuando Ulises aún era el hombre fuerte y sanguíneo de siempre, se había tenido la impresión de que la vida en la enorme casa podía adoptar un curso tranquilo, con las mujeres de los Bertorelli, con la salvedad de Rosa, ocupando de manera casi estable la gran cocina

central y manteniendo vivas y funcionales las numerosas habitaciones de aquella nueva vivienda; con los hombres enfrascados en negocios que parecían ir a mil por hora, impulsados por un viento comercial imparable; con los establos en los cuales decenas de puercas parían lechones listos para el engorde, el mercado y el matadero; y con Mero paleando carbón en la portentosa caldera de la instalación de calefacción, una novedad tan revolucionaria para aquellos lugares que durante muchos años, es decir, hasta que el velo del misterio no se abrió sobre aquella extraña maquinaria, la gente del Prataio y de la Llana creyó de verdad que se trataba de la enésima chaladura de Ulises.

Pero pronto éste empezó a contemplar con impaciencia creciente el aislamiento al que Rosa se había entregado, aquel denso y continuo hablar suyo con sus hijos, su permanecer horas y horas en la terraza admirando el bosquecillo en la cima de aquel hermoso collado que se erguía sobre el Prataio.

Un domingo por la mañana, Ulises se despertó con el ruido de los chicos que, junto a su madre y a Mena, se dirigían al pueblo para oír misa. Sin dejarse ver, se acercó a la ventana y miró a hurtadillas hacia el camino que llevaba a Colle. Vio el prado bien cuidado cruzado por el hilo gris de la gravilla, percibió en el vocerío alegre que llenaba el aire una complicidad en la que él jamás podría tomar parte. Oyó el ruido de los pasos perderse más allá de la puerta de la verja

y después, de repente, el silencio se le echó encima como un mazazo. El sol empezaba a acariciar la casa y las paredes estaban incendiadas de un rosa que, ya sólo por el nombre, lo turbaba. Alzó la vista y vio el bosque de cipreses.

El prado, el sol, el bosquecillo, el silencio.

Todo estaba en armonía, tan hermoso y perfecto que probablemente lo hirió para siempre. Entonces se apresuró a llamar a Mero y, a pesar de que éste protestara, refunfuñando contra aquella idea malsana, lo obligó a ayudarlo, y antes de que Rosa y los chicos hubieran regresado de la misa, los diez cipreses fueron talados. Aquello, con toda probabilidad, fue el primer verdadero acto de locura de Ulises, confirmado por la respuesta que dio a sus parientes cuando le preguntaron por las razones de aquel arrebató destructivo:

–Lo he hecho por la vista, señores míos, porque demasiada belleza puede herir hasta causar la muerte. Dios se merece las peores blasfemias por tanta maldad, por la línea curva, por la elegancia del ciprés, por la perfección de las colinas. ¿O es que ahora no resulta más límpido el horizonte del Prataio?

El incidente le supuso una larga polémica con sus hermanos, quienes reclamaron que se les resarciera la pérdida. Ulises pagó de buen grado, y no pareció dar demasiada importancia a las malas caras que durante

bastantes días le pusieron Sol y Annina como respuesta a su desconsiderado acto. Desde aquel día, en todo caso, comenzó a mostrarse más sombrío e introvertido, limitando cada vez más las ocasiones de encuentro y abandonándose a menudo a largos momentos de silencio durante los cuales, inmóvil ante el balcón de la habitación de Rosa, parecía rumiar en su interior algo muy difícil de comprender. Por descontado, el comercio se resintió, y si al principio los Bertorelli intentaron poner límite a una negligencia que llevaría sin duda alguna a serios perjuicios económicos, frente a su continua negativa a colaborar decidieron cerrar la partida: fueron al notario para levantar acta de una definitiva separación de las propiedades.

Ulises no pareció dar mucha importancia ni siquiera a esta separación y, como si estuviera buscando la solución a un problema, acentuó más aún su obstinada presencia ante el balcón de su esposa, hasta el día en que se precipitó una vez más en busca de Mero para obligarle a subirse a una escalera y abatir a golpes de pico aquel balcón que se había adueñado definitivamente de su cabeza. Desde entonces, así deformada, la fachada de la casa que daba al collado, una boca a la cual se había arrancado un diente, llevó para siempre el signo del dolor que había corroído desde su interior a Ulises hasta disgregarlo, hasta destruir su apariencia física, hasta alejarlo del mundo y sobre todo del comercio, que hasta entonces había sido su vida.

A complicar la situación contribuyó sin duda la muerte de la vieja tita Esparta, quien se marchó para siempre sin renunciar a una definitiva demostración del particular humor de los Bertorelli que, mientras la luz de la razón le había asistido, había sido también la fuerza de la sangre de su sobrino. La vieja Esparta, ya casi podrida en la cama donde se había pasado los últimos años, se despidió de este mundo sin añoranzas, después de haber maldecido a Rosa, a Ulises, a Héctor, a Telémaco, Colle Alto y la estación, el Padule, el ferrocarril, el Prataio, a Mero, a los cerdos y a todos los niños de la familia, a los que auguró una muerte repentina y precoz. Y también a las mujeres de la casa, todas ellas unas auténticas putas, incluida por su propio peso Mena, quien, santiguándose más de una vez, recogió sus últimas maldiciones, susurradas a su oído con un hilo de voz.

Rosa asistió al progresivo deterioro de su marido sin dar muestras de reacción, mientras seguía viviendo casi aislada en su parte de la gran casa, cultivando su relación con sus hijos e hilvanando alguna conversación esporádica con su hermana.

Fueron sobre todo Sol y Annina quienes echaron sobre sus espaldas el cometido de contener, mientras ello fue posible, los imprevistos que las chaladuras de su padre estaban arrojando sobre el Prataio. Aunque no fuera más que eso, aquella locura tuvo el resultado positivo de acercar otra vez a Sol a su padre, en el sentido de que sus manifestaciones



atrajeron el carácter curioso del muchacho, e inmediatamente después, en cuanto percibió el sufrimiento y la desesperación que de aquella forma de actuar parecía desprenderse, suscitó en él una sensación de desconsuelo y una pena sincera. Desde aquellos días hasta el trágico epílogo, Sol se preocupó por asistir y proteger a su padre, con discreción y tacto, a distancia, por persona interpuesta, procurando evitarle, sin ser visto, todo tipo de dificultad o de obstáculo.

En verdad, durante un cierto período intentó establecer con él alguna forma de contacto, introduciéndose en los razonamientos que Ulises en ocasiones había empezado a hacer en voz alta: la peligrosidad del amor sentimental, la superioridad del amor animal y salvaje, la convicción profunda de que el hombre estaba viviendo cada vez más en la oscuridad y le resultaba, por lo tanto, necesario y fundamental el descanso. Pero puesto que su padre se retraía, o daba muestras de no estar acostumbrado a discutir con quien, pese a ser hijo suyo, había estado durante tantos años distante de él, Sol se limitó a registrar aquellas elucubraciones que anotó diligentemente en un cuaderno, para pasarse luego muchas horas transcribiéndolas y estudiándolas, convencido de que en ellas podía estar oculta una clave cualquiera, un arcano subyacente útil para dar alguna razón de aquel desesperado error dialéctico.

Y mientras todo esto acaecía fue cuando Rosa se marchó.

Sucedió todo en un momento, de modo que habría podido decirse que de repente. Pero incluso las chácharas que arreciaron desde Colle Alto a la estación, hasta llegar al Padule y descender después hasta la Llana, o los pensamientos que Sol y Annina rumiaron en silencio durante meses, o las oraciones de Mena, las lágrimas del señor Cesco, y aun las sonrisas de alivio de sus cuñados, tuvieron que admitir que de súbita aquella fuga tuvo sólo la apariencia, pues Rosa se había alejado del Prataio ya hacía mucho tiempo, con una ausencia que la locura de Ulises había leído en su mirada dirigida siempre, desde el balcón, hacia el bosquecillo de cipreses y, a continuación, cuando el bosquecillo desapareció, al collado y tal vez aún más allá. Desde el balcón, y una vez demolido el balcón, desde detrás de los cristales de su ventana.

La misma ventana desde la cual, el día del funeral de la vieja Esparta, Rosa divisó a un hombre vestido con un frac azul que bajaba por la ladera de enfrente de su casa. Se sobresaltó y por un instante se vio arrebatada por la inquietante sensación de haber vivido ya esa misma escena. Abrió las persianas y se asomó. Atraído por el ruido, el hombre se volvió y la vio. El Prataio estaba desierto y silencioso porque todos los Bertorelli, incluidos Mero y Mena, habían ido al camposanto a acompañar el féretro de la vieja Esparta. Sólo Rosa se había quedado para honrar la

cita con el destino que las palabras de Sol le habían reservado.

–Disculpad –dijo el desconocido–, debo de haberme perdido. ¿Es ésta la finca de Malgardo?

Rosa, cortésmente, contestó que no, que aquello era el Prataio. Para ir a Malgardo debía volver a subir por la colina y doblar a la izquierda. No estaba muy distante.

–Gracias, hermosa señora –contestó el otro, galante–, aunque hubiera preferido que fuera esto, y que vos fuerais la condesa ante la que nos exhibiremos esta noche.

–¿Sois músico? –preguntó Rosa, con la voz ya temblándole por la emoción.

–No –contestó el otro con una media sonrisa–, soy médico.

Rosa comprendió, de modo que se limitó a decir:

–Aguardad –y al cabo de un momento salió por el portal principal y se dirigió hacia el hombre de frac.

Llevaba un vestido celeste y, en la andadura elegante con la que se disponía a reunirse con su destino, su belleza resplandecía aún, como en los tiempos en que los viandantes que se dirigían al Colle disputaban entre ellos para robarle una mirada.

El hombre la vio llegar, envuelta en luz, un rayo celeste que se deslizaba por el prado hacia él. En una mano llevaba un bolso; en la otra, una sombrilla cerrada que estrechaba contra ella.

Rosa llegó a su altura. Jadeaba levemente, por las prisas. Acaso por la emoción.

–Sois el médico de los juguetes, ¿verdad? –dijo.

El hombre vaciló un instante. Después contestó que sí.

–Para Malgardo se va por aquí –prosiguió ella tomándolo del brazo, y después afable, dulce, perdidamente enamorada ya, continuó–: Doctor, tengo aquí, en mi bolso, una muñeca de trapo, de cuando yo era niña. Me parece que está triste. Por la noche no consigue dormir. Creo que está muy enferma.

Gracias a lo que había aprendido durante tantos años de observación, Annina continuó siguiendo a Ulises por las ferias, procurando sustituirlo en las necesidades a las que no conseguía hacer frente o, cuando resultaba posible, remediar los daños que provocaba con su actuación sin criterio.

Aparentemente, podía parecer que nada había cambiado desde los tiempos en que el padre era el tratante más hábil de todo el pueblo.

Por la mañana, muy temprano, Annina se encaminaba con él a las pocilgas para escoger las cabezas para vender y después, montando a pelo el caballo, se colocaba al final de la hilera de cerdos, atenta para mantener reunidos los animales con gritos y llamadas guturales, mientras Ulises se encaminaba a la cabeza de todos hacia la feria, guiando la expedición tal como había hecho durante años y años. Pero, en realidad, quien hubiera visto de cerca la escena se habría percatado de cómo Ulises entraba en las pocilgas y en vez de llevar a cabo la criba de las cabezas, se demoraba hablando con los animales como con viejos conocidos, llamándolos por su nombre, preguntándoles por su parecer, aguardando una respuesta, dejando, en definitiva, a su hija el encargo de realizar todos los preparativos de la ocasión.

Y después, cuando se situaba en cabeza del grupo de los animales, Ulises no estaba en absoluto convencido de lo que tenía que hacer, y sobre todo de dónde iba a hacerlo, y las llamadas que Annina lanzaba, más que a los cerdos, iban dirigidas a la razón del padre, que se estaba perdiendo en mil senderos desconocidos.

Llegar hasta el Pórtale, o a la Llanura Grande, o incluso sólo al cercano Malgardo, se convertía en una tarea ímproba y fatigosa, porque el estro de Ulises era voluble, y más de una vez Annina, obligada a detenerse para ocuparse de su padre, que de repente había optado por una parada en la taberna o una visita a la capilla de la Madonna delle

Rane, había llegado desconsolada a la feria, cuando el momento de los mejores negocios había concluido hacía ya un buen rato.

Con gran pena, la muchacha veía perderse entre el humo de las chaladuras de Ulises el trabajo de años, la credibilidad y la riqueza de un comercio que había asegurado a su familia la prosperidad y el respeto. Todo, a su alrededor, estaba cambiando con rapidez. Los vientos de una guerra cada vez más cercana auguraban negocios colosales a quien tuviera la visión de intuir el momento justo para una venta o un retraso de las entregas; asimismo, la aparición de nuevos medios motorizados no sólo permitía transportar con mayor rapidez el ganado, sino alcanzar mercados más alejados, aumentando las ganancias. En esta situación, Annina se veía obligada a asistir impotente a la actuación de un padre que, en vez de aprovechar la ocasión propicia para llevar a cabo nuevas inversiones, parecía ajeno y lejano a cualquier posibilidad de comercio, llegando incluso a realizar actos que minaron definitivamente su reputación y que en adelante hicieron de él, ante los ojos de los criadores, campesinos y comerciantes del ambiente, el hazmerreír de las ferias.

Más de una vez, en efecto, Ulises interrumpió una contratación a medias para perseguir una idea repentina que le había asaltado, o bien se negaba a cumplir con sus compromisos, sosteniendo, cuando estaba todo ya

resuelto, la obligación ética de hacer que los cerdos interesados firmaran también el acta de la venta. Otras veces, al llegar al Pórtale, abandonaba a Annina a su suerte para pasarse el día entero en la taberna, perdido en vacuos razonamientos con borrachos y malandrines y, a menudo, malgastando el dinero que llevaba consigo de la manera más absurda. Su hija, con gran desconsuelo, procuraba contener el desastre, aunque no resultara fácil para una mujer, y por si fuera poco, tan joven, obtener la credibilidad y la autoridad necesarias para cerrar tratos en un ambiente única y exclusivamente gobernado por hombres, por hombres rudos, astutos y a menudo sin escrúpulos.

Aparte de estas dificultades, Annina se veía cada vez más a menudo ya entrada la tarde, a veces incluso casi de noche, sola con los animales que le quedaban, sin que las nieblas del vino o de la locura se despejaran de la cabeza de Ulises y su padre se acordara de ella, o del Prataio, o de los cerdos por lo menos. Una noche de invierno, con el Pórtale casi desierto, Annina se hallaba sola y aterida en un rincón de un pórtico esperando a que su padre se decidiese a volver, cuando una mujer se le acercó preguntándole si era la hija de Ulises Bertorelli.

–Ven conmigo –le dijo sin añadir nada más, mientras le hacía un gesto para que le siguiera hacia la taberna.

A Annina le acometió el hedor caliente que reinaba en el local, un aliento semejante, en todo y por todo, al de las

pocilgas. El aire lleno de voces, ruidos de cacharros, olores indefinidos y mezclados de alimentos, sudor, vino, carbón, paja, humedad y serrín. Hombres pegados a las mesas, como animales a los comederos. Las dos mujeres enfilaron una puerta y subieron después por una escalera hasta el piso superior. Después, la desconocida se situó ante la puerta, apoyó la mano en el picaporte y antes de entrar se volvió hacia Annina:

–Escucha, pequeña, Ulises y yo siempre nos hemos caído bien, pero esa historia suya, ahora, de tener que dormir, la verdad, no la entiendo. –La mujer miró hacia el fondo del pasillo, donde un hombre estaba fumándose un cigarro, apoyado contra la pared. Luego bajó los ojos como eludiendo la cuestión–. Y además, perdona, pero tengo que trabajar.

Annina la miró. Tenía las uñas pintadas de rojo y llevaba el cabello largo, recogido detrás de la cabeza por una cinta roja, roja como los labios y las mejillas. Hacía tiempo que había dejado de ser joven, y esos colores encendidos, en vez de conferirle alegría, hacían que pareciera triste, como una vieja muñeca que alguien hubiese intentado embellecer a toda prisa.

Entraron. En la cama, Ulises dormía profundamente, de modo que no resultó fácil volver a vestirlo, convencerlo para que se levantara y se marchara. Mientras ayudaba a la mujer, Annina quedó impresionada por la familiaridad con



que trataba a su padre, de cómo, casi con respeto, manejaba su ropa sucia y consumida, de la forma en la que, con paciente firmeza, lo convenció como se hace con los niños medio dormidos que no atienden a razones.

El regreso al Prataio fue una aventura con Ulises, en medio de la nevisca, delante de los cuatro cerdos que quedaban y detrás, cerrando la fila, Annina abrazada al caballo en una tentativa de resguardarse del viento y de la pena que sentía por su padre, degradado de esa forma por la vida.

Durante todo el trayecto, Ulises habló, o mejor dicho, gritó al viento y a la nieve, con una voz que parecía de profeta, sus parrafadas sobre la peligrosidad del amor, sobre la pasión inconsulta y animal, sobre la sangre que mueve el mundo, sobre la única razón de todo, que en el fondo es dormir.

–En el dormir y en el sueño está el verdadero destino del hombre –berreaba–. Dios no nos quiere, y nos condena a esta pena de vivir aguardando el sueño que vendrá, perfecto y eterno.

Aquella noche, Ulises llegó al Prataio en un estado de agitación nunca visto.

Mientras Annina, ayudada por Mero, se esforzaba por encerrar los animales en la pocilga, él entró en casa hecho una furia, mientras seguía mascullando frases inconexas.

Mena, que no se había acostado, preocupada por el retraso, se lo encontró en la enorme cocina, abrazado a la caldera de arrabio.

–El cálido abrazo del amor une al hombre y a la mujer en el destino –estaba farfullando con los ojos clavados en el manómetro cromado.

Se volvió y vio a su cuñada, de pie, con expresión interrogativa. Ulises la miró fijamente y esbozó una sonrisa. A quién y qué vieron realmente sus ojos nunca estuvo claro, pero se separó de la caldera y con suavidad, lentamente, se acercó a Mena hasta llegar a abrazarla.

–Eso es, éste es el cálido abrazo del amor que une al hombre y la mujer en el destino –dijo.

Cuando atraídos por los gritos acudieron a la carrera Mero y Annina, e inmediatamente después Sol, que estaba durmiendo en la habitación de arriba, Ulises ya había realizado en el cuerpo de su cuñada la demostración de qué era el amor inconsulto y animal, la sangre que mueve el mundo y la peligrosidad de un amor que Mena conoció de aquella forma directa, por primera y única vez en su vida.

Tras descargar tal violencia contra su cuñada, y mientras sus familiares se ocupaban de ella, Ulises se dirigió a la pocilga y, uno por uno, degolló con meticulosa precisión a todos los cerdos que quedaban. Luego, tomó los intestinos

de la cerda más grande, se los enrolló alrededor del cuello y se ahorcó con ellos de la viga maestra, no sin antes haber dejado escrito en las paredes de los establos con la sangre de sus animales:

«Esto no ha terminado. Es el sueño la parte más importante de nuestra vida.»

## VII

Tras la muerte del Maestro, la casa Junto a las murallas se encerró en sí misma con un silencio inusual para aquel lugar siempre lleno de voces y de vida. Y aunque durante bastante tiempo aún los viejos habitantes de Colle no permitieron que les faltara un saludo, ni los pescadores ni los hijos de los pescadores, peces y ranas que sustraían a su miseria, ni incluso algún anarquista llegado de la ciudad, una ayuda o aunque no fuera más que el consuelo de la conversación, Libertad y la viuda volvieron a verse en la soledad en que las dejaron las trágicas desapariciones del Maestro y de Maniero, y la espera siempre vana de Bartolo.

A este dolor, mudo y continuo, se añadió pronto la aprensión por la suerte de Mijail, quien, después de la muerte de su padre y de una furibunda discusión con Ideal, había huido del internado sin dejar rastro. Este sucederse de acontecimientos desgraciados parecía haber postrado sobre todo a la viuda, hasta el extremo de hacerle perder

aquella suavidad que había sido, durante decenios, parte fundamental del aura de leyenda que todo Colle Alto había construido en torno a la casa junto a las murallas. Esa suavidad había ido siendo sustituida, día tras día, por una especie de agitación que al principio le había cuarteado la serenidad y, con el paso del tiempo, desfibrado el temple físico, de modo que, a una edad que no era ya la de una joven, la viuda Bartoli volvió a verse en compañía del insomnio y de los fantasmas nocturnos, tal como le había sucedido cuando, muchos años antes, la idea del Maestro se le había insinuado entre sus almohadas y el rostro perdido de su marido destrozado por el tren.

Pero si aquellas habían sido noches pasadas templando la vida y el amor, ahora la conciencia de algo que estaba irremediablemente acabado, junto al presagio de otros dolores inminentes, la oprimía y traía ante sus ojos colores é imágenes que odiaba. Y de nada servía intentar poner freno a las preocupaciones recorriendo con la memoria los días en que la alegría de Bartolo llenaba por sí sola las habitaciones de la casa, o volver a ver con la mirada fija en la oscuridad al Maestro que retorció el ala de su sombrero mientras le dirigía aquella única, memorable petición.

De nada servía, a tanto tiempo de distancia, ser capaz aún de extender la mano en la oscuridad de la habitación, hasta tocar aquella imagen como si estuviera viva, palpitante, y sentir el espesor del amor, presente aún, sólido todavía

como un tejido de buena lana, un suave tejido cálido que a pesar de todo no era capaz de calentarla.

De nada servía consolarse con la idea de la sabiduría de Ideal, con su constancia y ese carácter razonable con el que parecía equilibrar el ardor sin fin que había sido de su padre. Como tampoco la juventud de Libertad la aquietaba, y las sonrisas del pequeño Cafiero, que iba asomándose a la vida, no le daban más que un tenue respiro, porque de inmediato volvía a aparecérsele el cuerpo del Maestro desgarrado por un disparo por la espalda, y la risa de Bartolo se transformaba en llanto, y la rabia de Mijail se convertía en una ráfaga de viento helado que la dejaba una y otra vez sin aliento.

Así, a menudo, en plena noche, la viuda Bartoli se levantaba y se acercaba a la cuna de Cafiero, lo tomaba en brazos y se adentraba en el silencio de las calles de Colle sacándose de paseo a sí misma, a aquel último hijo y a los fantasmas de su propia vida, y con ellos ascendía hasta el Bastión, daba la vuelta alrededor de la plaza y bajaba pasando el Arco Etrusco hasta casi los primeros edificios de la estación. Y si la noche era aún joven, recorría los senderos por los cuales el Maestro había transitado en sus largas caminatas, y subía hacia las murallas sólo cuando, en las casas más altas del burgo, empezaba a entreverse la claridad del alba, y durante todo este caminar, la viuda relataba, paso a paso, cada rincón de su vida, cada segundo

conservado en su interior, acunado por su serenidad, dulcificado por el amor con el que siempre había afrontado todo lo que el destino le había reservado.

Fue así como el pequeño Cafiero, pese a no haber vivido jamás el pasado, se vio formando parte de él, entrando por la puerta de los sueños desde los cuales, adormecido en brazos de su madre, asistió admirado a tanta vida. Fue así como el último hijo de la viuda y del Maestro sintió el aire intrigante de la modernidad soplar por las calles de Colle acompañada por el silbido de una locomotora, escuchó con asombro el habla musical que en otros tiempos había surgido de la boca de aquellos hombres y respiró su genial capacidad de relatarse la vida tal como les gustaba a ellos, no a la vida.

Vio a su padre, alto, apuesto, joven, mientras desde el carro que subía por la colina contemplaba la llanura y el Padule Largo, y detrás del Padule vio el mar, y detrás del mar vio Sapri igual que Colle. Vio a su padre en Suiza, entre las montañas, mientras sujetaba de la mano a Ideal, que miraba fijamente el cielo. Vio a su padre quieto, de pie, con barba y sombrero, y el lazo negro anudado sobre la camisa inmaculada, en la misma postura en que lo había contemplado durante años su hermana Libertad, reflejado en un daguerrotipo de plata.

Pero él lo vio dibujado en las palabras de la viuda, lo tocó con la misma delicadeza con que ella le había acariciado, lo

besó, lo estrechó tembloroso entre sus brazos, llegó incluso a percibir su olor a cigarro y a papel, y el apretón decidido y tierno de sus manos grandes. Le esperó durante años en silencio, a que volviera de sus viajes, del exilio y de la cárcel. Con terror lo vio subir a las carrozas, las calesas y los trenes. Le vio reír feliz por un hijo recién nacido, y en medio de las lágrimas lo vio delgado y pálido, consumido por la reclusión, perdido en los ojos azules de Libertad.

Lo vio reflejado en el amor de su madre, y mientras dormía, se enamoró de él.

Ei padre rector, al conocer la noticia de la muerte del Maestro, hizo que avisaran a Mijail para comunicárselo.

–Tengo que darte tristes novedades: tu padre falleció hace ahora tres días –se limitó a decir.

El muchacho sintió en su interior una oleada de hielo, una mano que le mantenía la garganta apretada, y un dolor absoluto, total y perfecto que lo atrapó y le arrancó el aliento. Fue un momento breve, pero cuando se rehízo, le pareció como si hubiera pasado una hora, un día, un año. No habría sabido decir cuánto. El hielo, entretanto, se le había derretido y en su lugar el calor lo estaba envolviendo, y desde el estómago le subía por el esófago, la garganta, hasta llegar, inexorable y cargado de lágrimas, hasta los ojos. Las sintió llegar, una cascada liberadora y, con todo, las contuvo. Se mordió un labio, se retorció las manos hasta



hacerse daño, para no ceder a las ganas de romper en llanto frente al rostro de mármol del rector. Así que intentó realizar una inhalación profunda, pero lenta, que no dejara traslucir demasiada emoción, y procurando mantener la voz lo más firme posible, preguntó:

–¿Puedo saber cómo ocurrió?

El rector permaneció un instante en silencio, como si buscara en su interior las palabras, y después dijo:

–Días atrás hubo muchos motines y desórdenes en Milán. Tu padre cayó en dichas circunstancias.

El deseo de llorar aumentó casi al instante y Mijail, con voz temblorosa, preguntó:

–¿Qué queréis decir?

El anciano rector abrió los labios con una sonrisa estirada. «Bendito hijo», pensó. Después dijo:

–Tu padre fue alcanzado por una bala de fusil porque intentó agredir a un grupo de soldados.

El muchacho bajó los ojos. Contener las lágrimas ahora era un esfuerzo demasiado grande. Volvió la cabeza hacia la ventana, y la luz de la lumbre que apareció de repente, reflejada por los cristales, dibujó el resplandor de una descarga de fusilería. Cerró los ojos y vio a su padre en lo

alto, erguido sobre una barricada mientras se lanzaba al asalto de los soldados, con una rosa de sangre en el pecho. Volvió a abrirlos. Su padre estaba aún frente a él, con la camisa blanca, y el rostro desfigurado por una herida enorme.

Se volvió hacia el rector y le preguntó sin tomar aliento:

–¿Fue herido en el rostro?

El hombre permaneció en silencio durante unos largos segundos.

–No, en la espalda.

Esta vez, con todo el aliento que tenía en el cuerpo, Mijail gritó:

–¡Así que fue asesinado! ¡Muerto a traición!

El rector hubiera querido impedir que los gritos continuaran, pero las palabras del muchacho eran ya un río desbordado.

–¿Conque es ésa la justicia, ésa la ley que queréis enseñarnos, plomo en la espalda contra quien osa rebelarse? –seguía gritando, y Junto a los gritos que salían de su boca las lágrimas brotaban ahora de sus ojos ya sin freno–. Mi padre era un hombre leal –gritaba–, y a la lealtad se responde con la traición –y mientras volcaba sobre el

rector ésta y otras frases, Mijail se arrojó sobre la librería que presidía la habitación y empezó a tirar por los aires volúmenes y documentos.

–¿Es ésta la ley del rey? ¿Es ésta la ley que debemos respetar? No fue sencillo hacer que el muchacho recobrara la razón. Intervinieron los ayudantes del rector y otros instructores. Mijail fue inmovilizado y llevado por la fuerza a la enfermería, donde quedó aislado en espera de que se calmara.

Con toda urgencia, el rector mandó llamar a Ideal, que llegó al día siguiente del seminario.

El coloquio fue cordial aunque tenso.

–Voy a tener en cuenta el enorme dolor que se ha abatido sobre tu hermano, dolor que sin duda ha exasperado su carácter rebelde e inestable. La piedad es un acto de caridad que le debemos. Pero creo que no podré tolerar más gestos de indisciplina.

Ideal tranquilizó al anciano sacerdote y solicitó después poder hablar con su hermano. La habitación de la enfermería estaba desnuda. Un catre, una mesilla, una silla y una mesita blancos. Todo allí era blanco y contrastaba con el olor a ácido fénico que invadía el aire.

Mijail era un grumo negro sentado al borde de la cama.

Miraba fijamente ante sí, y cuando su hermano entró, ni siquiera le dirigió la mirada.

Las pocas palabras que se dijeron en aquel lugar falsamente immaculado permanecieron impresas para siempre en su interior como una herida indeleble, algo eternamente distante e incomprensible entre ellos. Algo que nacía de un dolor común y que, sin embargo, se alejaba de manera definitiva del amor y del afecto que él era consciente de sentir por su hermano; ese afecto contra el que las paredes claras reflejaban ahora, en cambio, la oscuridad del odio, de una rabia sorda e infausta.

A las palabras de amor que Ideal proponía, Mijail contestó con palabras de venganza, a las llamadas a la prudencia y a la oración opuso la necesidad del castigo, y borró las invitaciones de su hermano al perdón con una dura afirmación de su traición.

Tan alto era el muro que los separaba, que ninguno de los dos consiguió hallar las fuerzas para superarlo a través de un abrazo o una caricia, un contacto que al menos intentara colmar aquella distancia abisal. Y así, de ese modo, se consumó la atrocidad de una separación, un alejamiento definitivo que, mientras le quedó vida, Ideal percibió como un auténtico crimen.

En el curso de la noche siguiente, Mijail huyó del internado y logró que se perdiera su rastro. Ideal sólo supo de él seis

meses más tarde, cuando la policía le comunicó que su hermano había resultado muerto en Milán, en el curso de un atentado realizado por él contra un alto oficial de su Majestad. Ideal ni siquiera escuchó los detalles de unos hechos de los que ya, en el fondo, lo sabía todo. Se quedó solo consigo mismo, en su habitación, junto al peso de una nueva culpa que añadir a la cantidad de dolor que sentía pesar sobre su propia existencia.

El cálido aliento de la vida que durante tantos años había envuelto la casa junto a las murallas parecía al final disperso por un viento mucho más gélido que, tras Bartolo y el Maestro, había acabado por llevarse también a Mijail. En las conversaciones de quienes, entre la gente de Colle, habían conocido el esplendor del burgo, empezaron a aparecer junto a las legendarias gestas del Maestro nuevos relatos acerca de cómo el destino se había llevado la alegría de Bartolo, y de cómo la rabia por la muerte de su padre había cegado a Mijail hasta el punto de hacerle perder, con la razón, también la vida.

En verdad, el espíritu desacralizador de muchos de ellos llegó a afirmar que más que la razón, al inexperto muchacho le había fallado la puntería, lo cual permitió al bribón que había ordenado el asesinato de su padre y de mucha otra pobre gente salir indemne sin pagar las infamias cometidas; bien pronto, según era costumbre para aquellos óptimos narradores, las conversaciones derivaron del joven hacia el

oficial objetivo de su atentado, hablando de él con todo lujo de detalles y mucha fantasía. De esa forma, si bien Mijail no había sido capaz de matarlo en persona, para la gente de Colle, el nombre del oficial en cuestión se convirtió en el sinónimo nefasto de cualquier desgracia, de la maldad y la injusticia más profundas, y así se consiguió decretar, en definitiva, por mérito de sus bocas, el asesinato de su memoria.

De esa forma, mientras rendían a su manera honores a Mijail, tampoco descuidaron el contar cómo y por qué Bartolo se había perdido entre los páramos arenosos de un país que, visto desde las verdes alturas lamidas por el Padule, se les aparecía como algo realmente cercano al Infierno. Gracias a esas historias, Bartolo fue, según el estro de los narradores y los deseos de quienes les escuchaban, heroico soldado muerto por las tormentas de arena sahariana y amante de exóticas odaliscas hechizadas por su alegría y por el habla musical de Colle, explorador valeroso y afortunado, buscador de oro, de petróleo, de diamantes y de otros tesoros. Fue raptado por los beduinos y, gracias a su habilidad, se asoció con ellos en sus negocios y fue, más adelante, óptimo comerciante, camellero y jefe de caravanas, consejero de un visir y de un bajá, e incluso hechicero y encantador de serpientes.

A través de palabras de puro amor, Colle rendía homenaje a aquellos hijos suyos, manteniéndolos con vida durante

algunas generaciones, hasta que el último descendiente de quienes los habían conocido los perdió entre las nieblas de la vejez, difuminándolos primero en sombras vagas y, por último, olvidando sus nombres y aun los hechos reales que habían dado origen a aquellas historias.

Junto a ellos, por desgracia, en los relatos del pueblo apareció también la viuda Bartoli, quien a causa de un final repentino e inquietante estimuló durante años la fantasía de sus conciudadanos. Ocurrió durante uno de sus largos paseos nocturnos, mientras acunaba a Cafiero junto a los fantasmas del pasado y el amor del Maestro, y en circunstancias en las que todos y cada uno reconocieron la mano burlona y ciega del destino. El cuerpo destrozado de la viuda, en efecto, fue hallado en los alrededores del terraplén de las vías férreas, al lado de la carretera que bajaba desde las murallas hasta la estación. Las averiguaciones que se efectuaron de inmediato permitieron identificar, enredados entre las ruedas de la locomotora que pasaba por Colle a primera hora de la mañana, restos del vestido de la mujer, lo cual sugirió una dinámica que pareció increíblemente semejante a la desgracia que acabó en otros tiempos con la vida de su marido.

En un primer momento hubo quien aventuró la hipótesis de un suicidio, justificado por el desconsuelo a causa de las pérdidas tan cercanas y trágicas de su hombre y de dos hijos, pero fue una sospecha disipada por el hallazgo, horas

más tarde, del pequeño Cafiero. En efecto, junto a la consternación por la muerte de la viuda, circuló de inmediato en el pueblo la alarma por la suerte del pequeño, desde el momento en que Libertad había asegurado que la mujer, como tenía por costumbre, había salido llevando a su hijo en brazos. El ansia que se apoderó de todos durante unas horas quedó diluida por el llanto del propio Cafiero, quien señaló a sus socorredores el lugar de su salvación: como un pajarito en el nido, el niño estaba envuelto en sus fajas y en lo alto, bien encajado entre las ramas de un avellano, Junto a la vía férrea. Como era imposible que la viuda lo hubiera puesto a salvo de esa manera, a todos les quedó claro que la muerte había querido llevársela sólo a ella, completando, con una simetría despiadada, cuanto ya se había encargado de hacer, muchos años antes, con su marido.

En la casa junto a las murallas quedó solamente Libertad, quien, aún joven, acunó a Cafiero y lo ayudó a crecer entre los numerosos recuerdos que poblaban definitivamente sus existencias.

Al igual que había ocurrido cuando su madre, tras la fuga del Maestro, tuvo que afrontar la soledad, los últimos ancianos de Colle supieron una vez más acompañarla a ella y a su hermano hacia la vida, haciendo que no les faltara nunca una ayuda y una palabra, hasta que la presencia del tiempo resultó tan gravosa como para llevárselos a todos,



uno por uno, dejando para siempre el burgo a la confusión de sus nuevos habitantes y de las nuevas modas.

Su último homenaje, el último testimonio de afecto hacia aquella parte de su historia que dejaban al futuro fue el apodo que dieron a Cafiero, en recuerdo del prodigio del salto efectuado sobre el avellano en su niñez, casi como un pajarillo entre las ramas; por eso para todos, en adelante, fue sólo «Avellanito».

\*\*\*

Hasta que el cabo Monaldi lo llamó, no se dio cuenta Bartolo de que se había quedado dormido. Habían marchado durante toda la noche para acercarse a Adua, divididos en varias columnas. En la oscuridad de aquel lugar infame no se veía nada más que la oscuridad, pero se percibía con intensidad el hedor animal de los soldados, el sudor rancio, el aliento avinagrado, el olor de hombres que eran, ya en esos humores, carne en descomposición. En la oscuridad podía uno imaginarse Colle, y Bartolo lo había hecho, planeando a vuelo de pájaro por el recorrido de la vía férrea hasta la estación y después hacia arriba, siguiendo la carretera para llegar a la casa junto a las murallas, y contemplar la sonrisa siempre joven de su madre, a sus hermanos y al Maestro.

En la oscuridad podía uno imaginarse el agua del Padule que ahora, en medio de esas arenas de infierno, parecía en

verdad un oasis inesperado. El agua, y bajo el agua las ranas, y junto a las ranas, esos pececillos minúsculos que tanto le gustaba pescar a Ideal y comérselos después fritos o sancochados apenas por el zumo de un limón. Y bajo el Padule, el cieno fresco, pegajoso como ciertos sueños pesados, listo para oscurecer la limpidez del agua apenas lo removías.

«Y bajo el cieno –pensó Bartolo– está el propio suelo del mundo, y si eres capaz de quitar la montaña de arena sobre la que nos hallamos, que es el Padule de Abisinia, estará el horizonte de un Colle Alto que seguramente existe aquí también, habitado por eritreos y beduinos.» Nada de habla musical. Ninguna rima balanceante. Sólo sonidos guturales e incomprensibles, como de gargantas tajadas por un sable.

En Amba Alagi había visto gargantas cortadas, y había visto a sus compañeros asaltados implorar piedad en nuestra lengua y después había oído sus ruegos transformarse de repente en un sonido horrible, antes de derrumbarse por el suelo con la boca inundada por la sangre. Él, de aquella carnicería, había salido indemne por casualidad. El ala en que se hallaba se había desbandado por el choque del enemigo, con la columna dividida en dos por el centro. Tumbado sobre la arena había disparado, recargado y disparado, recargado y disparado contra todo lo que veía avanzar, hasta que dejó de sentir las manos e incluso dejó de sentirlo todo, porque a su alrededor el mundo se

había vuelto de guata, y el polvo en suspensión se había convertido, como por arte de magia, en la niebla del Padule.

Permaneció mirando el interior de la niebla, a ver si por casualidad salía de ella algún pescador sobre una chalana, o acaso una focha batiendo las alas a ras de agua, hasta que la niebla se hubo disipado y en vez de la focha había aparecido el cabo Monaldi con otros cuatro, milagrosamente a salvo.

Ahora estaba amaneciendo. El Colle ya no existía, no existía el Padule, no existían el agua y los peces. Sólo un mar de guijarros y montañas de arena y los soldados de Menelik enfrente. Monaldi transmitió las órdenes. Mantenerse firmes y silenciosos hasta la orden de ataque.

–Esta vez iremos nosotros a por ellos –dijo– y vengaremos lo que nos hicieron en Amba Alagi. Venceremos. Por Baratieri. Por el rey. ¡Adelante, Saboya!

Tal vez en las palabras del cabo hubiera debido haber un tono de convicción, una incitación clara e implacable, pero nadie, en aquel amanecer desesperado, fue capaz de captar nada más que la sensación de inexorabilidad. En el silencio que siguió a esas palabras, acurrucado sobre la arena de aquel pedazo del mundo, Bartolo sintió que no habría ninguna victoria, ningún rey, ningún viva. Y mientras se levantaba junto a otros centenares como él para lanzarse al ataque, el dolor absoluto y perfecto de todas aquellas

existencias enviadas al matadero lo golpeó en el centro del pecho, con más hondura que una cuchilla, con más fuerza que el plomo.

De las líneas etíopes, el fuego llegaba a oleadas, y en cada una, alguien alrededor de Bartolo gritaba y caía, intentaba levantarse, invocaba a su madre o a un santo. Él fue alcanzado casi de inmediato, pero no experimentó mayor dolor que el que ya estaba sintiendo. Blasfemias, gritos, arena empapada de sangre. Sintió que las piernas se le debilitaban, y entonces dobló las rodillas y se detuvo por un instante, para recobrar las fuerzas. En el pecho, justo bajo el corazón, la camisa estaba roja y pegajosa. Nada de quemazón, nada de miedo.

A pocos pasos de él vio un caballo caído en el suelo, con el cuello abierto por una herida de un palmo de longitud. Respiraba con dificultad. Sus miradas se cruzaron y por un largo momento se miraron a los ojos. Bartolo se levantó con esfuerzo y fue a sentarse a su lado. Alguien gritó una frase que no entendió. Disparos, gritos, llantos, quejas de gente que moría en la arena.

–Adelante, Saboya... –murmuró para sus adentros, y una sonrisa le ensanchó los labios.

La respiración del caballo era corta y acelerada. Bartolo extendió un brazo y posó la mano sobre el cuello ensangrentado, en una tentativa de demorar aquella

carrera desesperada. También su mano estaba roja de sangre, y su propia respiración no era menos afanosa. De pronto, repentino como la explosión de una granada, le estalló en el pecho el deseo de volver a estar en casa, respirando el aire de la mañana en el Padule Largo, junto a Ideal y a Mijail, para bromear una vez más y caer rodando por la hierba como en otros tiempos.

Pero mientras braceaba en medio de ese deseo, su mirada volvió a cruzarse con la del caballo moribundo y comprendió que era la mirada de su propio destino. Así que cerró los ojos para poder Imaginarlo libre de correr por los prados de Colle, bajando hasta la Llana, de orillar el agua clara y los bosques y todos los lugares que había amado. Una carrera larguísima, sin aliento, desde el sol hasta las estrellas.

Cuando volvió a abrir los ojos, la luz casi había desaparecido, parecía haber caído la noche y el pecho del caballo estaba inmóvil. Se sentía exhausto, de modo que se apoyó mejor sobre aquellos restos e intentó enfocar la imagen anublada que tenía frente a él. Desde la penumbra, cubierta de polvo, lentamente vio avanzar a su madre. Extendió un brazo para saludarla, pero sólo entonces se percató de que en realidad era el Maestro, así que le sonrió, reunió sus últimas fuerzas y dijo:

–Ya ve, padre, éste es el orden del rey.

\*\*\*

En plena noche, de la casa junto a las murallas salió la viuda Bartoli, y Cafiero era como un hatillo entre sus brazos. Primero subió hasta el Bastión y pasó frente a la rectoral, donde se detuvo para hablarle al pequeño Cafiero del padre Ubaldo y de la noche en que, confundido por el amor, se olvidó de Dios y de los sacramentos: después se detuvo en la sala del baile y le enseñó cómo la llevaba Ideal del brazo mientras la sacaba a bailar. Y así, en cada rincón de Colle, la mujer proseguía con sus relatos, acunando con las palabras a Cafiero adormecido. Bajaron hacia la vía férrea por el sendero que había recorrido junto a su hombre, bajo las miradas de admiración de todo el burgo.

A la luz de la luna que se filtraba a través de las nubes, de repente las casas de piedra se iluminaron de plata y se mostraron a la viuda como la epifanía de una historia compuesta de demasiado amor, de demasiados adioses, demasiados nacimientos y demasiadas lejanías, de una vida que en aquel momento le pareció un peso demasiado grande para llevarlo ella sola. Porque dibujadas así, claras contra la oscuridad de la noche, perfectas en su elegancia apoyada en la curva de la colina, las casas le parecieron de una belleza imposible de soportar.

Entre sus brazos, la viuda estrechaba una vida nueva, que reclamaba, una vez más, atención y dulzura, cuidados, cautela y paciencia, que una vez más sería alegría inmensa e inmenso dolor a la vez, sueño e insomnio, tiempo lento en

la espera y ferozmente rápido en los instantes felices. Entre sus brazos estrechaba todo eso, en su interior, un vacío excesivamente grande y un pueblo entero.

Por instinto, se encaminó, siguiendo los raíles, hacia el punto donde muchos años atrás, cuando la estación aún no había sido construida, se detuvo el tren que traía al Maestro a Colle. Bajando del pueblo, los rieles dibujaban una amplia curva antes de enfiar el largo viaducto que deformaba definitivamente el Padule. Con el reflejo de la luna, las vías parecían brillar como un collar que las aguas se habían puesto en una ocasión destacada.

Entonces lo vio. Caminaba hacia ella, con su paso lento, mientras fumaba su cigarro. Estaba por lo menos cincuenta metros más adelante y, sin embargo, ella era capaz de distinguir claramente su olor. Como solía hacer mientras paseaba, el Maestro llevaba la chaqueta colgada del hombro y las mangas blancas de la camisa resplandecían bajo la claridad lunar. La viuda abrazó con mayor fuerza a Cafiero. Fue suficiente el porte inconfundible de aquella silueta recortada contra la luz, y el amor la embistió con tanta fuerza como para sorprenderla como un bofetón, por lo que permaneció quieta al lado de los rieles, aturdida, admirándolo mientras avanzaba hacia ella. A pocos metros, el hombre se detuvo, se volvió e hizo un gesto a alguien para que se adelantara.

Bartolo y Mijail subieron entonces por el terraplén y

Llegaron hasta la altura de la viuda. Ambos tenían una herida en el pecho, a la altura del corazón, y una mancha de sangre empapaba sus camisas. La de Bartolo además estaba polvorienta, espolvoreada por una arena amarilla, finísima. La emoción que embargara a la mujer se había disipado, y ahora era una pena total la que se había adueñado de ella, le bajaba desde la cabeza hasta el estómago, la paralizaba y se expandía en un dolor tan profundo y perfecto que la deslumbraba.

Bajo la luz que empezaba a herirle los ojos, consiguió entrever apenas al Maestro hacerle un gesto de despedida, y mientras él se daba la vuelta para marcharse vio en su espalda el desgarrón ensangrentado de las balas del rey.

Lo amó en aquel momento, lo amó intensamente una vez más mientras la luz la cegaba del todo, y lo amó también en el instante en el que las ruedas de la locomotora la alcanzaban, matándola mientras seguía amando al hombre que había venido para traerle por última vez a sus hijos.

Mientras el tren embestía a su madre, Cafiero fue lanzado desde sus brazos por los aires y voló en la oscuridad del cielo como hubiera podido hacerlo un pajarito. Rodó por encima del convoy que pasaba, y dando vueltas, vio las casas de Colle danzar con el trasfondo de las colinas iluminadas por la luna, y la cinta reluciente del Padule, y la carretera que subía al Bastión, y todas esas otras cosas que, a través de las palabras de su madre, había aprendido a conocer antes aún



de conocerlas. Giró en el cielo oscuro, mientras el tren se llevaba lejos a la viuda y los fantasmas de su pasado. Realizó esa danza de pajarito y después se posó entre las ramas del avellano, para esperar que otros tiempos llegaran para la gente de Colle y para él, que entretanto había vuelto a quedarse dormido.

## VIII

La desaparición de Ulises antecedió en pocas semanas al final de la guerra que había implicado ya a media Europa. Aquel suicidio tan cruento y espectacular subrayó la ventolera de muerte que, bajando desde los Alpes, había llegado a soplar también entre las calles de piedra y el Padule, llevándose consigo algunas decenas de sus hijos más jóvenes.

Y a la mayoría de los que devolvió casi cuatro años después de haber empezado les quitó una buena parte del gusto por la vida que siempre había sido un ingrediente importante de aquel lugar.

Desde entonces, en los relatos del pueblo, las leyendas de los personajes que habían protagonizado su historia empezaron a ser reemplazadas por relatos de horribles

matanzas de pobres soldados enviados al matadero, de masacres realizadas bayoneta en ristre, de hombres que se pudrían en trincheras fangosas o heladas, relatos tan impresionantes y dolorosos que hicieron evidente cuán gravosa y sangrienta había sido la aclamada victoria.

Y tan atroces fueron las palabras de quienes se marcharon siendo muchachos y volvieron hechos hombres hechos y deformes que la fantasía narrativa de todo el pueblo se rindió ante la inmensidad de aquel horror, y por vez primera, nadie, desde Colle hasta la Llana, fue capaz de contar aquellos hechos de manera distinta a como en efecto le habían sido referidos, renunciando a la innata capacidad de narrar las cosas de la vida como a ellos les gustaba y no como gustaba a la vida.

Desde los montes donde se había librado la guerra también volvieron al pueblo Paris y Ganimedes, quienes, por una conjunción de habilidad y suerte, fueron capaces de librarse de la matanza.

El día que se apearon en la estación, maltrechos y delgados como dos anchoas, pocos de los paisanos con los que se cruzaron reconocieron de inmediato en aquellos dos con su aspecto de miserables vagabundos a los hijos de Héctor Bertorelli, quien se estaba encaminando a convertirse en uno de los más ricos empresarios de la Llana.

Pese a estar sobre aviso por los chismorreos que llegaron

al Prataio antes que sus chicos, el propio Héctor titubeó y no poco cuando los tuvo delante, venciendo sus dudas sólo cuando el más alto habló, desvelando la inconfundible voz de barítono de Paris y su habla elegante.

–Padre –dijo–, os prometimos que salvaríamos la piel, y es justo la piel lo que hemos salvado y os traemos.

En los días sucesivos, los dos supervivientes fueron objeto de las atenciones de toda la familia, atendidos, respetados y mimados por el afecto y los cuidados de Riña, quien durante muchas noches había llorado su muerte. Todas esas curas, que si bien con efecto inmediato consiguieron devolver el vigor físico a aquellos cuerpos atormentados, no llegaron nunca a borrar de la mente de los dos jóvenes cuanto habían vivido entre las trincheras alpinas. La única terapia que les proporcionaba cierto alivio, gracias a la pasión que esa gente tenía por las palabras, fue la posibilidad de contar, desentrañar, volcar sobre toda la comunidad las angustias y los miedos que la guerra, a su vez, había volcado sobre ellos.

Durante muchas tardes, muchas noches, y en ocasiones incluso en los paseos matutinos de después del café, Paris y Ganimedes hablaron a la tranquila gente de Colle de las llagas que se van pudriendo y devoran la carne, de los gritos desesperados, ladrados hasta el agotamiento, de muchachos italianos y austríacos atrapados en una maraña de alambre de espino aguardando la muerte. Describieron

la nieve y el frío, los estallidos de los obuses que resonaban en las tripas. Temblaron una vez más de miedo y a veces lloraron incluso al recordar los ataques lanzados en la oscuridad, sin comprender la meta, sin ver al enemigo, sin saber lo que hacer.

A través de sus relatos y de las historias de los demás supervivientes, todo el pueblo revivió la guerra como si hubiera tomado parte en ella en primera persona, y un dolor sordo empezó a deslizarse por las calles, entre la gente, por las vías férreas y los campos durante muchas semanas, durante meses, dejando una clara impresión, en la mayor parte de los habitantes, de lo sacrílego que resultaría celebrar una carnicería de tamañas proporciones como una victoria, con toda pompa, con bandas, festones y hermosos discursos.

Colle reunió valor para erigir solamente una simple estela, con los nombres de los caídos grabados en oro junto a una frase tomada de la última carta escrita por el marido de Vittoria Bartolini, fusilado por los austríacos después de Caporetto:

«Asesinado por traidores, muero con Colle en el corazón –decía–. Y jamás volverás a ser mía, Vittoria».

Transcurridos ocho meses de la noche en que Ulises se había ahorcado después de haber hecho conocer a su cuñada la fuerza del amor animal, de su locura nació un

niño. El vientre, no precisamente joven ya, de Mena, en la única ocasión en que se tropezó con el semen de un hombre había generado un ser que vino al mundo con la misma barahúnda con la que habría de vivir en lo sucesivo. Cuando Riña acudió ante los gritos de Annina, Mena estaba casi desmayada. Una rápida mirada a las partes bajas de la parturienta le bastó a la experta mujer para comprender que el cordón umbilical estaba ahogando al feto, y el parto se estaba encaminando hacia un desenlace trágico.

–Es Ulises que se está ahorcando otra vez –dijo Riña a la mujer de Telémaco que acababa de llegar. Tres veces se santiguó Isolina, para espantar a aquel fantasma maligno al que una vez más veía balancearse de la viga del establo colgado de los intestinos de la cerda.

Una rápida consulta entre las mujeres determinó que siendo ya demasiado anciana la Maddalena, única partera en condiciones de resolver la difícil situación, era necesario avisar al doctor Botticelli, pero no tardó en quedar claro que por muy rápido que se pudiera actuar, el tiempo preciso para llegar hasta el pueblo y volver resultaría excesivamente largo.

Mena parecía agonizante. Palidísima, emitía débiles quejas y no daba señales de reacción. Las mujeres la miraban a ella, después se miraban entre sí, luego se señalaban, en una especie de corro dictado por el desconsuelo y la sensación de impotencia.

–Son las Baglini –dijo con un sollozo y un avemaria Isolina–, son cosas de esa familia, esa incapacidad de tener un parto como Dios manda.

Y les recordó a Riña y a su sobrina cómo también Rosa, de no haber sido por las artes de Maddalena, habría sufrido sin duda la suerte de Mena.

Gracias a esas palabras, a Annina se le ocurrió la idea; Annina recordó, de entre las muchas historias con las que había crecido, aquella con la que su madre le explicaba por qué había llamado Sol a su hermano, así que corrió a verle.

No fue fácil, pero entre caricias, llantos y súplicas, Annina logró persuadirlo de que sólo la herencia de su madre podría salvar a Mena. Sol, pues, hizo desalojar a todas las personas de la habitación y se colocó junto a su tía para recordar. Empezó, con palabras circulares, formando una ola, y después, poco a poco, con caricias de verbos, la llevó a una playa, al calor, e hizo que se tumbara. Después la envolvió entera con frases largas, suaves, de rizo, y entretanto empezó a masajearla, tal como Rosa se lo había explicado en los muchos días que pasó contándoselo.

Duró dos horas aquel traqueteo, y durante las dos horas enteras, en la habitación de al lado, las mujeres permanecieron en silencio pensando en lo extraña que es la vida, en cómo el tiempo pasa y no pasa, y el destino arrebatata, devuelve, vuelve a arrebatata donde y cuando uno

no se imagina. Ulises, Rosa, sus dos hijos, todo se mezclaba y corría el riesgo de formar una masa hasta confundir el sentido a quien buscaba un antes y un después, a quien creía saber.

Dos horas más tarde, la puerta se abrió de par en par y una ráfaga de aroma de violetas envolvió a las mujeres. En el umbral apareció Sol, agotado, bañado en sudor; parecía haber envejecido de repente algunos años.

Tenía el rostro serio, y en los brazos un hatillo con algo que parecía un conejo, pero que era el hijo de Ulises y Mena, su sobrino.

–Por favor –dijo con su habitual amabilidad–, no volváis a pedirme que me mezcle con tamaña desesperación.

Después, dejando al recién nacido al cuidado de Isolina, se dirigió hacia la puerta y volviéndose hacia los presentes, les informó:

–La tía quiere que se llame Eneas, por respeto a la tradición.

La primera vez que Annina vio a Cafiero, él caminaba siguiendo los rieles y llevaba en la mano un ramito de flores silvestres. Annina iba en dirección contraria a la suya montando a pelo su caballo, Pollino. De Cafiero, como todos en Colle, conocía la historia del mágico vuelo en la noche



hasta el avellano, en recuerdo de lo cual llevaba aún el nombre que el pueblo le había asignado, y conocía las vicisitudes del Maestro y de la viuda, de una familia cuyas leyendas la habían acompañado en los relatos de su madre, de Mero y de Mena.

Cuando vio llegar a aquel niño, siguiendo las vías, no pensó enseguida en él. Al contrario, de lejos le pareció casi su primo Paris, pero después, al cabo de algunos metros, vio el lazo negro en el cuello de la camisa y comprendió que tenía ante ella, en carne y hueso, al protagonista de tantas historias.

Un sentimiento mixto de emoción, curiosidad y miedo la embargó y durante el tiempo que el paso lento de Pollino empleó en sobrepasarlo, Annina lo miró de reojo más que contemplarlo con los ojos bajos, sin que se le notara, aprovechándose de su posición alta sobre la cabalgadura, y de que el sol le daba a Cafiero en pleno rostro.

Pasando lentamente vio a un niño que absorto, casi triste, caminaba siguiendo la vía férrea, y viéndolo de esa manera, pequeño y solitario al hilo de los raíles que se perdían en el infinito, a Annina no le pareció que tuviera nada de heroico, nada de lo que su fantasía de niña le había sugerido cuando, al escuchar los relatos, se había imaginado al legendario Avellanito piruetear por los aires y detenerse entre las ramas de un árbol: no tenía alas, no era alto ni rubio, no llevaba siquiera un traje especial.

No era más que un niño que caminaba siguiendo las vías, solo, con un gran lazo negro en el cuello y un ramito de flores en una mano.

Sintió desilusión Annina, y permaneció rumiándola para sus adentros un rato, casi comparando en su mente la imagen creada por las historias, con la que se había encariñado, y la que la realidad acababa de mostrarle. Y cuando, como para cerciorarse, se volvió para verlo una vez más, lo que vio fue poco más que un puntito, una hormiga apoyada en los rieles, arrodillado frente al ramito de flores, justo al lado de un avellano y de las vías que le habían robado a su madre. Entonces la desilusión de Annina se disipó y una enorme pena se adueñó de ella y la acompañó todo el día, hasta la noche, y no se alejó ni siquiera cuando, esperando ahuyentarla de esa forma, la niña le pidió primero a Mena y a su madre después que le contaran una vez más la historia de Avellanito y de su prodigioso vuelo.

Durante toda su infancia, y también luego, cuando era una muchacha y Ulises enloqueció del todo, y más tarde, casi mujer, después de que Mero muriese enamorado de la caldera de arrabio, Annina se topó muchas veces con Cafiero, y siempre, aunque sólo fuera viéndolo desde lejos, aquella sensación de pena infinita la envolvía y la sorprendía, casi como si no consiguiera superar la idea intensa, punzante, del dolor con el que aquel niño, aquel muchacho y aquel hombre debía de haber pagado el vuelo

milagroso que había puesto a salvo su vida sobre un avellano.

No resulta fácil decir si la pena puede transmutarse en amor y cómo puede hacerlo, pero acaeció que Annina, con el pasar de los años, le fue tomando cariño a la imagen de aquel niño en las vías del ferrocarril, y así el desasosiego que ésta le producía se convirtió en una parte de ella misma, un sentimiento bien aceptado que acunaba, alimentaba y renovaba cada vez que tenía ocasión de encontrarse con Cafiero, de hablar y de oír hablar de él.

Y cuando, con el tiempo, cambiaron también las historias de Colle y, como sucede a menudo, otros personajes y otras aventuras se convirtieron en las preferidas del parloteo de sus habitantes, para Annina la historia de Avellanito permaneció siempre joven como el protagonista que había visto crecer en el interior del pueblo hasta convertirse en un hombre, y en su propio interior hasta convertírsele en familiar.

Así pues, cuando un día, al abrir la puerta de casa del señor Cesco, su abuelo, Annina se lo encontró delante, no sintió sensación de pena alguna, preocupación alguna ni turbación alguna, sino el intenso placer de la sorpresa. Cafiero trabajaba en el ferrocarril, dirigía los cambios en la cuadrilla que, en otros tiempos, había estado al mando de Cesco Baglini, venerado y casi centenario decano de los ferroviarios de Colle. Ahora, con Orazio Bonfanti y Pietrino

Rosati, había ido a saludar al viejo, llevándole como regalo fruta y vino aromático. Annina se comportó como anfitriona, esforzándose por atender a los huéspedes y procurando que su abuelo no se cansara demasiado en las discusiones: la guerra había dejado, junto al hambre y el olor a muerte, secuelas de odio que renovaban el ardor de eternas injusticias sociales y el furor del señor Cesco, socialista de toda la vida.

No le faltó que hacer a Annina esa tarde, hasta que acompañó a los huéspedes a la puerta, con una última despedida, y después en otras visitas, que tal vez no por casualidad se repitieron casi como una cita semanal hasta que la muerte decidió que el viejo Cesco ya le había dado lo suficiente a la vida, a Colle Alto y a los Reales Ferrocarriles.

Cafiero no participó en el velatorio fúnebre: mandó su más sentido pésame a través de Bofanti, haciendo que le justificara con una excusa cualquiera. Durante el funeral y en el camposanto, Annina, sosteniendo a la pobre y llorosa Mena, buscó su rostro entre los presentes, en vano. Abrazos, apretones de mano, saludos de las numerosas personas que habían conocido a Cesco, historias, voces, rostros, lugares, una infinidad de palabras que durante muchas horas llenaron la vida de Annina, hasta que todos se marcharon, la casa poco a poco se fue vaciando y ella sintió de repente el peso de las habitaciones desiertas y de las paredes repletas de recuerdos. Así que se acercó a la

caldera de arrabio y la abrazó, como hubiera abrazado al viejo Mero, subió al piso superior y entró en la habitación donde Rosa ya no esperaba en el balcón a su futuro. Se asomó a la misma ventana desde la que su madre había contemplado durante años el collado frente a su casa y se volvió hacia el tejado de la pocilga donde Ulises se había ahorcado, y del cual no ascendía ya ni hedor ni ruido, sino solamente silencio.

Por último, entró en la habitación de su hermano y se tumbó en la cama, cerró los ojos y empezó a pensar en Sol, a imaginar a qué parte del mundo no tardaría en marcharse a perseguir su destino, como resultaba ya evidente en sus pensamientos, qué lenguas extrañas hablaría, qué exóticos lugares visitaría. Pero a pesar de que se esforzara por liberar su fantasía como a un caballo, para que corriera libre por lugares desconocidos, a Annina Sol seguía apareciéndosele con el trasfondo del Padule, de pie sobre una chalana o tumbado sobre el embarcadero dejando que se balanceara un sedal, y de su boca no salía nada más que el habla musical de Colle Alto, mientras seguía caminando por las calles de piedra del viejo burgo. Y una vez más, abriendo los ojos, volvía el Prataio, volvían todas las cosas conocidas, pero Ulises ya no, ni Rosa, ni Mero, y ahora tampoco volvería el viejo Cesco. Sólo quedaba Mena, en la cocina, junto a su desesperación y al pequeño Eneas, nacido de la locura de su padre. Quedaba solamente algo duro, helado, un peso de plomo en medio del pecho, demasiado frío para ser

engullido. Entonces Annina se levantó y se dirigió hacia el establo para montar a caballo y emprender una carrera lejos de aquella casa cada vez más grande y más vacía.

Fue entonces cuando vio a Cafiero. Estaba apoyado junto a la verja del Prataio, con la chaqueta colgada de un hombro; fumaba un cigarro toscano y parecía estar esperándola. Annina se detuvo y se le quedó mirando largo rato: llevaba barba, chaleco y un lazo negro que le colgaba de la camisa inmaculada, tal como se decía del Maestro en los relatos que corrían por el pueblo. El plomo que había en su interior se disolvió poco a poco, fue haciéndose más tibio, se volvió caliente casi hasta abrasarla. Cuando se movió para acercarse a él, Annina buscó una vez más en su interior aquel sentimiento familiar que siempre había asociado con Cafiero, algo que era una mezcla de pena, preocupación y dolor. Sólo cuando le miró de cerca los ojos, abrazada a él con tanta fuerza como para sentir su olor, Annina comprendió que, definitivamente, aquella pena se había transformado del todo en amor.

Tumbada sobre la cama manchada de sangre, Mena estaba colgando de un hilo de la vida, hundida en un limbo de fiebre y miedo. Creciendo en su interior, la semilla de Ulises había hecho levitar, junto a una nueva criatura, los fantasmas de su existencia siempre vivida a la sombra de algo y de alguien. Su vida había sido la viudez de su padre, y todos los cuidados que había debido prestarle a él y a su

hermana menor Rosa; y además el mundo le parecía oscuro y lejano, tanto que sólo en la cantilena de los rosarios o en la penumbra de las iglesias hallaba refugio de las miradas maliciosas de los hombres, de las chácharas malignas de las comadres, de toda la chusma que el ferrocarril seguía descargando en el pueblo.

Ni un solo momento de paz y de tranquilidad para sí misma, ni siquiera cuando Rosa se desposó, sino al contrario, primero con el asunto del parto atormentado, después con las incomprensiones entre los cónyuges, y así sucesivamente con los chicos que iban creciendo, el comercio, la casa nueva, la fuga de Rosa, la enfermedad de Ulises, ninguna forma de paz había podido llegar jamás.

Murió luego Ulises, que para Mena había sido siempre objeto de afecto y de miedos. Él, tan imponente, arisco, decidido, pero también elegante, hábil, sanguíneo. Al principio no le había inspirado más simpatía que la normal hacia un cuñado acreditado y distante. Pero con el tiempo, sobre todo a partir de cuando Rosa hubo parido y su presencia en la casa se tornó constante, con el tiempo aprendió a apreciar sus cualidades. Naturalmente, había podido ver los cardenales dejados por sus manos en el hermoso rostro de su hermana, pero lo había visto también verter lágrimas, a él, un hombre de una pieza, de rodillas pidiendo perdón y, por piedad, la atención de los hijos. Lo había esperado sola, por la noche, hasta que volvía de los

mercados o, borracho, de la taberna. Le había preparado la cena, había limpiado su casa y cuidado, ella sola, de la vieja Esparta, había asistido, día tras día, a la atención y a los cuidados con que él había intentado reconquistar a Rosa, construyendo para ella la enorme casa del Prataio.

Y más tarde, además, cuando la locura había empezado a roerle el cerebro, le había quitado la ropa de noche para remendársela antes de que se despertara, había secundado sus chaladuras y sufrido al verle sufrir, ovillado sobre sí mismo, desmoronarse día a día. Y al final, cuando Rosa se hubo marchado definitivamente, por vez primera se había sentido en cierto modo como la única hembra de la casa y, acaso, sin confesárselo jamás del todo, incluso un poco como su mujer.

Por lo tanto, la noche en la que, preocupada por su exagerado retraso, bajó a la cocina y lo sorprendió abrazado a la caldera, cuando Ulises se había vuelto hacia ella, en el interior de su mirada de fuego había creído ver una luz que no conocía y que, durante el breve momento que tardó en acercársele con los brazos extendidos, le dio la ilusión de que pudiera ser algo, si no parecido al amor, sí al menos cercano a la tranquilidad y a la paz. Y todavía mientras Ulises, definitivamente quebrado por la locura y ceñido a ella, desvariaba acerca del instinto animal y del destino, Mena seguía esperando que aquel abrazo pudiera disolver el peso que desde siempre ella llevaba dentro y, perdida en



aquella esperanza, por un instante, había pensado que era feliz.

Pero apenas un instante después todo fue barrido por la furia, y así, casi sin dar muestras de cambio, Mena regresó al limbo de donde había venido, a acunar y a hacer crecer en su desesperación algo que no conocía.

Cuando su sobrino empezó a rodearla de palabras, de aquella especie de sueño ensangrentado en que se había hundido, Mena empezó a exudar toda la soledad y todo el dolor que a lo largo de los años había ocultado en su interior sin mostrárselo jamás a nadie. Como en la vorágine de una tempestad, Sol tuvo que luchar contra la dureza que se oponía a sus historias, buscar los adjetivos más adecuados para enseñar la tranquilidad a quien en su interior conservaba sólo desesperación.

El muchacho envolvió a su tía con su amor, desconchó cada uno de sus repliegues, confrontó adverbios, preposiciones, sustantivos, limando toda aspereza, y al final supo construir un suave lecho sobre el cual Mena pudo reclinarsse y traer al mundo ese resto de vida que no había sofocado en el dolor durante ocho meses de gestación.

Apenas el pequeño salió de ella, le pareció haberse librado de un peso enorme y, por un momento, creyó realmente ser libre. Después, Sol colocó a su lado un hatillo de lana y Mena miró en su interior, vio la mirada de Ulises que se clavaba

en la suya y comprendió que quedaría prisionera para siempre. Así que se volvió hacia su sobrino y dijo:

–Le llamaré Eneas, como exige la tradición.

Tras haber entregado a Isolina al recién nacido, Sol salió al prado, subió a la colina donde tenía por costumbre quedarse hablando con Rosa y se sentó a descansar. Cerró los ojos y sintió retumbar dentro de él el dolor que había manejado durante horas encerrado en el vientre de Mena, sofocado, oprimido, y que había estallado delante de él como un cañonazo. La idea del cañón le trajo a la memoria la guerra recién finalizada, los relatos de sus primos y de todos los demás supervivientes, los rostros de todos los que no habían regresado y a quienes él conociera, y viera pescar ranas en los canales, deslizarse en un baile de la banda, subir al tren en la estación.

Desde allí podía ver el verde del Prataio perderse en los bosques, la línea plateada de los rieles huir hacia el agua, como un teatrillo cerrado, al fondo, desde las casas de Colle, y aquella visión hizo que las lágrimas brotaran de sus ojos. Todo, visto desde allí, le pareció de repente inmóvil y limitado. Así que se puso en pie y casi sin darse cuenta se dijo a sí mismo una palabra: –Rájanipur.

Las casas brillaban a la luz del sol que caía sobre el espejo del Padule. Estaban al lado opuesto del atardecer, cien pequeñas luces le señalaban hacia Oriente.

\*\*\*

El amor por Cafiero envolvió a Annina como el abrazo con el que el hijo del Maestro había aquietado su angustia, la noche del funeral del señor Cesco. Y dentro de ese abrazo, Annina disipó la soledad que parecía haber invadido ya su vida, casi como si la desesperación de Mena, madurada al cabo de tantos años en un niño que ahora pretendía compañía, se hubiera esparcido por las habitaciones definitivamente vacías de su ala del Prataio, las hubiese colmado de tristeza, hubiera amplificado el peso de los recuerdos y los aires de muerte que soplaban en el pueblo, llegando a convencer definitivamente a Sol para emprender su viaje hacia Oriente.

La tensión social, que iba en aumento en todo el país, empezó a dejar sentir sus efectos también en la zona de Colle, donde, al igual que en toda Italia, la guerra había traído, junto a la rimbombante retórica de los comunicados de la victoria, más miseria para los miserables y nuevas riquezas para los pudientes y para cuantos, abandonando cualquier forma de escrúpulo, habían sido capaces de olfatear el momento adecuado y explotarlo con osadas especulaciones comerciales.

De esta regla, según se decía, no se había librado tampoco Colle, donde los hermanos Bertorelli, con sus capitales a resguardo de las chaladuras de Ulises, supieron hacerlos fructificar desplegando precisamente la vela de sus

negocios en la estela del viento traído por la guerra, despreocupados por su olor a muerte. Telémaco, considerado ya el mayor tratante de ganado porcino de toda la Llana, obtuvo buenos dineros vendiendo carne al ejército, gracias también a la ayuda, en absoluto desinteresada, de un alto funcionario del ministerio de Guerra. Héctor, en cambio, procedió a invertir sus dineros en un taller mecánico, donde al principio construyó piezas para los nuevos automóviles, para reconvertirlo luego a toda prisa, en los tiempos del conflicto bélico, y destinarlo a la fabricación de vehículos para las tropas y de cureñas para los obuses.

Estas actividades contribuyeron a marcar la separación entre las familias de los hermanos y la de Ulises, acaso más aún que las abultadas y nefastas consecuencias de la locura de éste. Más de una vez, en efecto, los tíos le ofrecieron a Sol la oportunidad para unirse a sus empresas. Pero si Telémaco desistió pronto, considerando la índole de su sobrino poco adecuada para un comercio en que se requerían dotes de espíritu práctico y de desfachatez que desde luego no le caracterizaban, Héctor insistió mucho para convencer a Sol de que aceptara un papel de colaborador en el taller de la familia:

–El futuro está en el movimiento –le decía–. Mira hacia delante, clava los ojos en el cielo como sabes hacer cuando buscas las palabras para tus historias. ¿No lo ves lleno de

automóviles? Grandes medios autónomos para el transporte de mercancías, pequeños automóviles para las familias, ómnibus urbanos no arrastrados ya por caballos, sino impulsados por motores que no ensucian de estiércol las calles. Velocidad, eficacia y limpieza. El automóvil puede mejorar la vida del hombre –concluía dogmático–, y al mejorar su vida, inevitablemente lo mejora a él también.

Pero Sol, por más que se esforzara en mirar el cielo, no conseguía verlo poblado de máquinas y, al contrario, cuando estimulaba su fantasía e intentaba dibujar algunos de aquellos cacharros que veía transitar llenando de polvo las calles de Colle, entonces veía un pulular de ruedas y chasis, de calderas que emitían humo y ruidos, de hombres soberbios al volante que no respetaban ni el silencio de los campos ni la nobleza de los caminos de piedra, de modo que meneaba la cabeza, abría los brazos y prefería bajar al Padule en busca de anguilas.

Fue su primo Paris quien consiguió convencerlo para que visitara el taller y considerase, aunque no fuera más que vagamente, la hipótesis de una posible colaboración. Estaban discutiendo, ambos primos, acerca del futuro que, visto desde cualquier rincón del mundo, no parecía prometer felicidad. Paris era aún un hombre trastornado por la guerra. Había visto una parte del hombre cuya existencia no sospechaba, por lo menos no tan atroz, no tan baja. De modo que le contaba ese dolor a su primo, tal y

como llevaba varias semanas haciendo, al encontrar en él a alguien que sabía escuchar, asimilar y compartir ese sufrimiento. Hacía Paris proyectos para el futuro, hablaba también de la posibilidad de trabajar en la empresa del padre, que había alcanzado ya proporciones tan considerables que exigían un fuerte tesón. Hablaba de la posibilidad de hacerse realmente ricos, de hacer otras cosas, de proyectar nuevas soluciones para el Prataio, para Colle, para todo el país.

Pero mientras Paris hablaba, Sol se dio cuenta de la verdadera razón por la que su tío insistía tanto en invitarlo a colaborar. Las palabras de su primo, en efecto, le llegaban frías, desanimadas, sin esa pasión que sentía cuando la conversación recaía en lo que Paris había vivido pocos meses antes en las trincheras, eso que tenía bien dentro, abierto aún como una herida. Comprendió, de esa manera, que su tío había intuido esa grieta y que ésta no tardaría en ensancharse, de modo que su hijo no participaría nunca en su empresa y, aunque participara, se mantendría siempre distante, alejado.

Distante.

Levantó los ojos hacia el cielo y por primera vez consiguió ver en él un hermoso carruaje, rojo y negro, con acabados dorados que refulgían. Él iba al volante, y resollando, entre nubecillas de humo gris, el automóvil se alejaba a toda velocidad de Colle, en dirección a Oriente.

Así que se incorporó, tendió una mano a su primo y le dijo:

–Tal vez tu padre tenga razón. Vamos a visitar el taller. El cielo está repleto de automóviles, mientras que aquí no hay nada.

La muerte y la miseria diseminadas por la guerra a cambio de la victoria pronto se vieron acentuadas por una nueva ráfaga de desgracia que llegó en silencio, con la misma discreción con la que a veces las personas malvadas se introducen en las familias o en los grupos.

En efecto, lo que al principio se había presentado con las facciones de un trivial resfriado se reveló bien pronto como una pestilencia de proporciones gigantescas que dejó tras de sí centenares de miles de muertos y el recuerdo de la fragilidad de sus destinos, disueltos a consecuencia de unas fiebres de nombre solar y, para aquellos lugares, decididamente exóticos.

El morbo de la epidemia de gripe llegó a Colle con los pasajeros del tren, se esparció al principio por la zona de la estación, para ir subiendo hacia las antiguas casas del burgo y bajar después hacia el Padule, diezmando las pobres casuchas de los pescadores, sin descuidar una escapada a través del Malgardo, pasar por el Prataio y cruzar como el restallido de un látigo toda la Llana.

De modo que si al principio las primeras fiebres fueron

acogidas sin preocupación, y más aún, afrontadas como una agradable ocasión para trasegar algunos vasos de vino caliente con madreclavo, tazas de humeante leche con miel o, para los más pudientes, con coñac francés añadido, al cabo de unos días, además de la temperatura de los enfermos aumentaba también el desconsuelo, la pena por esos cuerpos temblorosos, transidos por escalofríos y toses, la desesperación o el dolor cuando el corazón o los pulmones dejaban de funcionar.

El doctor Botticelli, siguiendo las medidas sanitarias que el gobierno había adoptado para atajar la infección, mandó excavar una serie de fosas en el cementerio nuevo de la estación, allá donde el primer foco había empezado a causar víctimas, procediendo a cubrir los cuerpos con cal y a sepultarlos sin excesivas ceremonias. Se prodigó sin pausa, el pobre médico, al menos hasta que las fiebres lo atraparon y también su cuerpo fue sepultado a toda prisa bajo una capa de polvillos blancos.

Antes de morir, a aquel doctor tan querido por todos le dio tiempo, en todo caso, a divulgar una serie de medidas sanitarias que la municipalidad colocó en todos los muros del pueblo e hizo leer por pregoneros en los campos. Medidas drásticas, que imponían algunas disposiciones consideradas ridículas por la mayoría, como la prohibición de orinar al aire libre, de servir bebidas en las tabernas y de entrar en lugares públicos a no ser que se llevaran



espectrales máscaras de gasa en la boca y guantes para proteger las manos.

A pesar de estas medias, el morbo se esparció imparable por todo Colle, desentendiéndose de prohibiciones y barreras, y atacando con preferencia a las personas fuertes y jóvenes, a quienes, precisamente por considerárselas inmunes, se confiaban a menudo cometidos de relevancia social.

El miedo al contagio no impidió a los habitantes de los campos hacer honor a sus tradiciones de cortesía y hospitalidad y ofrecer a los intrépidos Jóvenes escogidos para transportar los cadáveres vasos de vino y aguardiente revigorizadores que sin duda contribuyeron a propagar la infección por todos los rincones del territorio municipal.

A su paso por el Prataio, la gripe atacó la primera a la familia de Héctor, los respetó a él y a Riña, al igual que a Telémaco e Isolina, e hirió al azar, empezando por el más pequeño, Pólux, respetando a Penélope e infectando, en cambio, a la rubia Casandra, saltándose a Hécuba para alcanzar a Anquises, y después a Orestes, a Tebas, a Ganimedes y a Paris.

Durante unas semanas, en los días en los que la muerte decidió permanecer en el Prataio, eligiendo con cuidado a quién habría de llevarse con ella, en las habitaciones de la casa resonaban las respiraciones afanosas de los enfermos

junto a los llantos de los adultos que asistían impotentes a todo aquel sufrimiento.

En aquella ocasión, las diferencias que la locura de Ulises había abierto entre las familias se diluyeron en un instante, y Annina, Sol y Mena, ésta pese a estar preocupada por el pequeño Eneas, no dudaron en ofrecer su ayuda a sus parientes para asistir a los enfermos.

Con las manos en la cabeza, Héctor deambulaba por la casa como un obseso, iba y venía del pueblo al Prataio, en busca de medicinas, de doctores, sacerdotes, santones, de cualquier cosa o persona que pudiera borrar la visión de sus hijos moribundos.

Ganimedes fue el primero en morir, e inmediatamente después Anquises dejó de respirar, también ellos enterrados a toda prisa en las nuevas fosas preparadas en la estación.

Aún estaban los adultos transidos por tanta desgracia cuando la muerte alcanzó a Pólux, Tebas y Casandra.

El último en morir fue Paris, asistido por Sol, mientras el resto de la familia, confiando en su aparente mejoría, estaba acompañando al cementerio los cuerpos de los otros tres hijos.

–Es mejor así –fueron las últimas palabras que le dijo a su

primo-, y, además -añadió-, nunca llegué a creer en los automóviles.

Héctor llevó a su sobrino a visitar el taller durante una mañana tan tibia y llena de luz que alimentaba grandes esperanzas sobre el éxito de la empresa. Acompañados por Paris, habían bajado del Prataio hacia la Llana en el auto con el que, desde hacía unas semanas, Héctor correteaba por las carreteras de la zona, levantando remolinos de polvo y cúmulos de maldiciones por parte de los viandantes que sufrían sus consecuencias.

Por lo demás, el nuevo empresario se lanzaba por los carriles a la máxima velocidad que aquellos vehículos permitían, al igual que se había lanzado por los caminos del éxito económico. La sociedad que había establecido con el conde del Malgardo ofrecía buenas expectativas y, si bien había pasado el momento favorable de la guerra, el futuro próximo parecía destinado realmente a hablar a través de la velocidad, la mecánica, la aceleración.

Héctor y los dos primos bajaron, pues, del automóvil, polvorientos y casi ensordecidos por el viento y el estruendo del motor. Se quitaron los guardapolvos que les llegaban hasta los tobillos, así como las gorras y las gafas de protección, y por un breve sendero de gravilla llegaron a la verja del taller.

-Aquí lo tienes, querido sobrino, al abrir esta puerta abro

tu mirada hacia el futuro, que aquí verás representado en forma de trabajo, de ingenio, de proyectos. En una palabra, de industria –dijo Héctor, con tono solemne, y abrió de par en par la verja.

Si lo que vio ante él era el futuro, entonces a Sol le pareció que el destino venidero del hombre sería oscuro e infeliz. Dio apenas dos pasos en el interior del taller y se detuvo. En primer lugar, ofendido por un ruido continuo, silbante, ensordecedor. Después, por lo que vio. Una veintena de personas encorvadas sobre maquinarias negras, grasientas de aceite, cada una de ellas unida por enormes cintas de cuero a una especie de poleas en el techo que, a primera vista, transmitían el movimiento.

Chirridos de hierros, golpes sordos repentinos, planchas que gemían en contacto con la punta de las brocas y con los trépanos. Además, por mucho que el local fuera amplio y alto, el aire le pareció irrespirable y, tal vez por el contraste con el luminoso día, en el interior todo le pareció humoso y oscuro. Pero lo que más le afectó fueron los rostros de los obreros, las miradas recelosas, acaso preocupadas, con que se volvieron hacia Héctor cuando su figura se recortó contra la luz de la puerta abierta.

Instintivamente, Sol retrocedió.

–No, disculpadme, tío, pero no creo que el taller esté hecho para mí, no creo que resulte posible –consiguió

farfullar mientras ya estaba dándole la espalda a Héctor, que se había quedado inmóvil, estupefacto.

Recorrió unos cuantos metros más con el corazón en la garganta, después se volvió hacia su tío y su primo, que seguían inmóviles junto a la puerta, y gritó:

–Y además, con toda sinceridad, no creo en los coches, no creo en absoluto que los automóviles consigan jamás mejorar al hombre.

Antes de empezar a correr hacia el Prataio, tuvo tiempo de ver a Héctor, que con el puño levantado despotricaba contra él, pero estaba ya a demasiada distancia y no consiguió escucharle. Poco, en todo caso, le importaba ya. A Oriente se podía ir también sin automóvil, pensó. Sería suficiente con echar a andar, paso tras paso, mirando a su alrededor, a la luz, al aire libre, sin ruidos. Con los pies bien plantados en la tierra.

Sin automóviles. Bastaba con echar a andar.

El nudo en la garganta se le había deshecho y se sentía definitivamente ligero, tan ligero que mientras corría le pareció incluso que estaba volando.

## IX

Dividida entre el dolor por las muertes que la circundaban y su amor recién nacido, Annina pasó las semanas en que la gripe atravesó Colle suspendida entre el tiempo denso del presente y la esperanza, apenas rozada con una mano, de un próximo, inmediato consuelo entre los brazos de Cafiero.

En efecto, después de la primera noche en que la había tenido abrazada a él, ante el arreciar el morbo en el Prataio se había visto obligada a emplear casi todo su tiempo en prestar ayuda a Riña para asistir a sus muchos hijos enfermos. La aprensión, la angustia, junto a los muchos cometidos en los que tuvo que colaborar con las mujeres de la casa, le impidieron ver a Cafiero y la obligaron a dirigir constantemente sus pensamientos a esos pobrecillos cuerpos exhaustos por la fiebre.

Annina tenía un temperamento optimista, poco tendente a la postración y el abatimiento, pero la fuerza con la que el

morbo había golpeado a su familia hacía que se sintiera en unas condiciones de extrema presión, como si el Prataio hubiera sufrido el asalto de un enemigo invisible y despiadado que la había rodeado con un asedio y día tras día iba acabando con las personas a las que más quería.

No era miedo. Era, más bien, una profunda sensación de inadecuación para enfrentarse a algo cuyas razones no comprendía, algo que continuaba segando vidas a su alrededor, algo que se hallaba muy cerca de un abandono definitivo y total.

Esta sensación, profunda y dolorosa, se vio confirmada cuando, precisamente en los días en que la familia lloraba seis muertos, también Mena empezó a no encontrarse bien y en el curso de unas horas se vio combatiendo contra la insidia de aquella gripe maldita.

Destrozados por el dolor, Héctor y Riña estaban intentando en aquellas horas recuperar las fuerzas, ayudados por Isolina y por Telémaco en el cuidado de Orestes, enfermo aún, y de las dos hijas que habían eludido la infección.

Además, apenas se dio sepultura al cuerpo de Paris, Sol volvió al Prataio y subió a la habitación de Ulises a buscar el zurrón que su padre usaba cuando se demoraba más de un día en algún mercado. No tardó en presentarse ante Annina, con aquel equipaje a hombros.

–Yo me voy –le dijo, y ella no preguntó ni siquiera a dónde, pues ya sabía dónde iría su hermano a buscar su propia vida.

Sol no tenía aún diecinueve años, y cuando lo abrazó por última vez sintió aún punzante el mismo aroma a violetas que había acompañado su nacimiento y así, por unos instantes, le pareció que estaban de nuevo dentro del vientre de Rosa, los dos, abrazados y enlazados durante otros nueve meses y para siempre.

Y, sin embargo, mientras lo abrazaba con tanta fuerza que se hizo daño, sabía que no hubiera podido detenerlo, que ni siquiera el deseo tan intenso de no perder el calor de sus palabras conseguiría contenerlo, retener el amor que él sabía darle cuando por la noche la envolvía con las historias de Colle, le describía lugares fantásticos, las estrellas, los planetas y aquel Oriente que ya conocía tan bien como el Prataio, sin haber ido aún.

Así que deshizo su abrazo y, con una última caricia, se limitó a decirle:

–Vete, que se hace tarde –como si él se estuviera preparando para bajar al Padule a pescar, un día cualquiera.

Y sólo cuando lo vio alejarse por el sendero de grava, antes de perderlo de vista para siempre, se dio cuenta de que tenía aún mil cosas que decirle, secretos que nunca se había atrevido a confesarle, consejos que darle y que pedirle,



palabras con las que trocar una historia, al menos una vez más, cualquier otra palabra con que poderle explicar el amor reciente que le estaba floreciendo en el pecho.

Se quedó inmóvil con esos deseos y con el sentimiento de que la vida es un conjunto de instantes que ni una sola vez conseguimos controlar jamás, que nos rehúyen, se adelantan o se retrasan sin aviso previo y se burlan de quien intenta engañar el dolor llenando el corazón de nubes y cielo.

Sola en la cabecera de Mena, esa noche Annina lloró, lloró porque hubiese querido envolver con palabras aquel cuerpo atormentado por los temblores como hubiera sabido hacer su hermano y acunarlo en un sueño tranquilo que no fuera un letargo mortal. Pero por mucho que se esforzara, por mucho que buscase en la memoria la infinidad de historias con las que Sol la había acompañado en su infancia, de su boca no salieron más que gemidos entrecortados y, de sus ojos, únicamente lágrimas.

La llegada de la mañana trajo la luz y la noche, al marcharse, se llevó consigo el alma de Mena, al cabo de horas de penalidades. Annina pidió ayuda a Telémaco y a Héctor para transportar a su tía al camposanto, donde las fosas estaban ya tan repletas que se les invitó a volver al día siguiente para llevar a cabo el rápido sepelio. Entretanto, el cuerpo fue apilado con los muchos otros cadáveres que se habían acumulado en espera de sepultura.

Nunca llegó a comprenderse cómo ocurrió: una distracción tal vez, o quizá la confusión generada por el morbo mismo que afectó, precisamente en esos días, a dos de los tres sepultureros encargados de los entierros. El caso fue que al día siguiente el cuerpo de Mena no fue hallado y nadie supo explicar nunca por qué.

Annina volvió al Prataio con un dolor sordo encima. El cansancio, el sufrimiento por la muerte de su tía, la marcha de Sol, todo le pesaba como una montaña, y por unos instantes deseó adormecerse para siempre. Después entró a ver a Isolina, a quien le había dejado el pequeño Eneas, vio a su sobrino enfajado, dormido, y comprendió que aquel pobre ser nunca tendría una tumba sobre la cual llorar a su madre.

Ante aquella idea, el dolor que la oprimía empezó a levitar y al cabo de unos momentos se convirtió en auténtica rabia. El destino que se mofaba de todos, la muerte, la estupidez de los demás. Hecha una furia, corrió a la pocilga, empuñó un pico y se acercó hasta las faldas del collado, frente a la ventana que fuera de Rosa, y allí empezó a dar golpes en la tierra hasta que excavó un agujero.

Después entró en casa, fue a la habitación de Mena y arrancó las sábanas de la cama. Abrió el armario y arrojó dentro de las sábanas los viejos delantales de su tía que ella siempre había odiado, el único par de zapatos que había poseído, el vestido negro ya liso y el par de zapatillas que desde que era una niña le había visto llevar siempre. Por

último, tras haber descolgado de la pared el enorme crucifijo de madera bajo el cual solía rezar Mena, hizo un grueso hatillo con las sábanas y con éste en la mano salió al prado, lo arrojó en el agujero que había excavado y lo cubrió con tierra en un santiamén.

Cuando llegó Isolina, con Eneas en brazos, seguida de lejos por la mirada de Telémaco, que temía una chaladura de aquella hija de Ulises, Annina ya se había encargado de clavar el crucifijo sobre la tierra aplanada, al tiempo que había escrito con gravilla: «AQUÍ ESTÁ LA MENA».

Oyendo llegar a Isolina, Annina se inclinó hacia ella, le tomó el niño, lo colocó frente a aquel cúmulo y le dijo:

–Mira, ésta es la tumba de tu madre. –Después se volvió hacia Isolina y Telémaco, quien, receloso, se había acercado entretanto listo para intervenir–: Y si alguien tiene intención de decirle la verdad, se las verá con éste –concluyó dirigiéndose a sus tíos y señalándoles el pico.

La epidemia pasó, como pasa una violenta tempestad, y los habitantes de Colle se vieron contándose mientras salían de sus casas repletas de muertos, como animales que olfatean tímidamente el aire después del cataclismo. Podía uno volverse hacia cualquier parte, todo parecía desterrar lejos la idea de un tiempo feliz que muchos esperaban que hubiera seguido a una guerra victoriosa. Ni siquiera se había acabado de contar a los muertos y a los desaparecidos del

conflicto cuando la gripe había barrido a otros tantos y traído consigo nuevo horror y desesperación.

Con una simetría trágica, como si quisiera emparejar a los amantes en la desgracia, en los mismos días en que Mena le era robada a Annina, la gripe arrebató a Libertad del lado de Cafiero, de modo que, mientras una velaba en la cabecera de la tía, el otro asistía a la misma agonía en los ojos de la hija del Maestro, que, entretanto, hacían revivir a su padre. Perdida en los ríos de la fiebre, Libertad pasó, en efecto, las últimas horas de su vida hablando con Cafiero creyéndole el Maestro. Exhausta por el malestar, se había quedado dormida asistida por su hermano, y cuando despertó vio sentada ante ella la misma imagen que, siendo niña, había contemplado una y otra vez durante meses en la superficie plateada de un daguerrotipo.

Así que Libertad sonrió y llamó «Padre» a aquella imagen, con la misma voz rota con la que había pronunciado aquella palabra el día que un hombre de aspecto mísero se había sentado en la mesa de la cocina y, después de haber mirado a su alrededor, se sumergió en el celeste de sus ojos.

Así, por unas horas, la acción del morbo que había llevado muerte y dolor a Colle volvió a traer vida a la casa junto a las murallas, esa misma vida que Cafiero había conocido en sueños, gracias a las palabras de su madre, y que ahora se repetía en aquéllas, las últimas, de su hermana. Libertad le contó una vez más su espera, le habló de la imagen plateada

del daguerrotipo que acarició durante horas, de la generosidad de los paisanos, de cómo la viuda engañaba el tiempo en espera de una noticia, de Mannuzzu que había emigrado a Brasil, y de Maniero, cuando había venido a hablarles del Maestro en el exilio.

Maniero ocupó sus últimos recuerdos, agravados por la fiebre que la obligó a arrastrar cada palabra como si estuviera levantando peñascos. Pero fueron todas, palabras de amor y de pasión, de un cariño tan fuerte aún como para sorprender a Cafiero por la forma en que, tantos años después, se había mantenido intacto. Y de lo que su hermana le dijo, de cómo le contó toda clase de detalles de su vida imaginada con Maniero, se percató de que para ella había sido, en todo y por todo, vida vivida.

Libertad le describió su casa en Cecilia, sus hijos y el trabajo de su hombre y, hablando a quien creía el Maestro, le dio las gracias por la amabilidad que siempre había demostrado con respecto a Maniero, y por todo lo que les había enseñado. Envuelto en esas palabras, Cafiero vivió a fondo la identidad que su hermana le había regalado, se dejó llevar por cuanto Libertad le estaba contando y durante esas pocas horas se perdió en el azul de sus ojos, tal como lo había hecho su padre. Como si fuera el Maestro la escuchó, rió y lloró con ella, le habló de Francia y de Lugano, de los años de la cárcel y hasta de su primo Salvatore di Pisacane, de Sapri y de aquellos abuelos lejanos a quienes

ella no había llegado a conocer. Le habló de cómo era Colle cuando el ferrocarril aún se detenía en el Padule, de la casa junto a las murallas y del vestido que la viuda llevaba el día en el que le ofreció el brazo para ir a dar un paseo.

Y cuando Ideal llegó a la carrera desde la Llana para despedirse de su hermana, Cafiero sintió la misma rabia que el Maestro había sentido al saberlo sacerdote, y no fue capaz de contener el impulso de levantarse, darse la vuelta y negarle una sonrisa, como su padre había hecho hasta la muerte. Pero después vio a Libertad, con las últimas fuerzas que le quedaban, abrazar a su hermano y extender una mano hacia él, como para tender un puente que desmoronara aquel abismo de indiferencia.

Cafiero miró a Libertad y vio al fin un cuerpo extenuado en el que resistía, denodado, algo que les unía. Era la oscuridad de una cárcel, el nitrato de plata, el terciopelo de un vestido, el olor del agua que ascendía desde el Padule y la piedra de las casas. Eran la espera y la esperanza, eran las palabras con las que cada uno de ellos había escrito sus propios sueños. Era toda la vida que ella, ahora, mantenía en vilo, aguardando a que pasara e irse a descansar para siempre de aquel cansancio infinito.

La rabia se disolvió, y su mano se extendió para tomar la de Libertad. Luego se volvió y cerró el círculo ofreciendo la otra a su hermano, a quien tenía enfrente. A una sotana, a un cura vestido de negro. Así, por vez primera, al cabo de

tantos años, el Maestro e Ideal se sonrieron a través de Cafiero.

La fiebre se fue, se retiró como lo hace el invierno cuando deja tras de sí retazos de nieve, abandonando aquí y allá algún enfermo aún y, por todas partes, cúmulos de muertos y de recuerdos.

En su parte de la gran casa del Prataio, Annina se quedó sola, escuchando sus propios sollozos rebotar en el silencio de las habitaciones construidas por Ulises. En la parte de al lado, Isolina se había quedado definitivamente con el pequeño Eneas, compensando así ese instinto maternal que la naturaleza jamás se había dignado concederle, mientras Riña y Héctor procuraban recomponer con paciencia su familia con los restos de lo que la gripe se había dignado dejar intacto.

Annina no se opuso. Dejó que Telémaco e Isolina acunaran su sueño de tener un heredero criando a Eneas como su propio hijo. Se limitó, mientras permaneció en el Prataio, a llevárselo consigo de vez en cuando a dar un breve paseo hasta las faldas de la colina, a rezar ante la tumba de Mena, o abajo, hasta el ferrocarril, esperando cruzarse con la cuadrilla de Cafiero en pleno trabajo.

Por lo demás, fue retirándose poco a poco en su parte de la casa, espaciando cada vez más, día tras día, sus salidas a la gran cocina común; aducía excusas, pedía tranquilidad y,

en esto, era inmediatamente satisfecha. Por otro lado, Héctor, tras unos días de extravío, había vuelto a dedicarse a sus actividades.

–Esta epidemia me ha arrebatado cuatro hijos varones –seguía repitiendo– y si me descuido me arrebatará también a mi hija preferida –concluía refiriéndose al taller.

Riña, además, exhausta aún por la pérdida de sus hijos, se había entregado a los cuidados de los supervivientes como si sólo de ella dependieran sus vidas, en especial la de su único hijo varón, Orestes.

Por su parte, Telémaco siempre había visto con malos ojos la intromisión de su sobrina, una mujer, en los negocios, y, por lo tanto, se guardó mucho de ofrecerle cualquier posibilidad de entrar en una sociedad con él. Ésta se encontró sola, acunando las esperanzas de un amor que hasta aquel momento se había manifestado en un único, largo, para ella interminable abrazo, y con él llenaba los días que pasaba sola en Prataio.

A aquel abrazo confió sus miedos, contó sus sueños. Apoyada contra el algodón basto de la camisa de Cafiero, contempló desde la ventana de Rosa el frac azul del médico de los juguetes bajar por la colina donde, en otros tiempos, los cipreses capturaban la mirada de su madre. Oculta en aquellos brazos, con el rostro presionado contra el chaleco de terciopelo negro, sintió los golpes del pico con que Ulises



abatía el balcón, y su voz deformada por la locura berrear acerca del amor animal y la importancia del sueño. Adormecida en aquel cálido lazo, vio una vez más a Sol partir hacia Oriente y una vez más se impuso el no retenerlo, para después aplastar la boca contra el pecho de Cafiero y sofocar así la infinidad de palabras que siempre quiso decirle a su hermano.

Despertó acunada por aquellos brazos y a ellos estrechada como en una danza, atravesó el tiempo solitario de la espera entre las habitaciones que, pese a estar vacías, aún le parecía que eran toda su vida. Pero cuando una noche se encontró ante la gran caldera que había sido el amor senil de Mero, Annina la abrazó como había visto hacer tantas veces a aquel hombre tan querido y a su padre cegado por la locura, y la sintió fría como un muerto. Tal vez aquel hielo la despertara de una especie de sueño, quebrara la tibieza de la madriguera de abrazos imaginarios que se había construido. El caso es que se alejó de aquel barril de arrabio y miró a su alrededor. La gran cocina estaba en silencio, y de las otras habitaciones de la casa no surgía ruido alguno. Fuera de la ventana, todo estaba inmóvil, y el mundo entero le pareció en suspenso. Lentamente se acercó al cristal. Un haz de luna iluminaba apenas la verja desierta. Annina cerró los ojos y buscó en su interior la cantilena de los niños.

«Ahora los abro y él estará ahí», pensó, pero aguardó todavía un momento, para que el deseo tuviera más fuerza.

En aquellos segundos, metida en la oscuridad dentro de sí misma, sintió la voz aguda y tranquila de su madre, volvió a ver las zapatillas gastadas de Mena, olfateó el olor a violetas que acompañaba las historias de Sol.

«Jardín, Jardilón, de quita y de pon, fruta de pasa, tráemelo a casa», siguió diciendo para sus adentros, deseando tanto a Cafiero que notó un dolor fuerte y perfecto como jamás lo había experimentado.

Se mordió los labios, apretó con más fuerza los puños y contuvo la respiración. Al final, abrió los ojos.

La franja de luz proyectaba la sombra larga de la verja sobre la grava, y nada más.

Annina permaneció aún unos instantes contemplando aquella desolación. Después se dio vuelta, vio la cocina vacía, con la caldera que había sido el último deseo de Mero. No brillaba ya, estaba desconchada, inmóvil y helada. Por primera vez se dio cuenta de que había estado siempre en un rincón y de que ya nadie se encargaba de ella con la misma atención.

De modo que fue al depósito de leña, tomó unas buenas ramas secas e hizo una base sobre la cual apoyó un par de troncos. Prendió el fuego y aguardó.

Cuando la tibieza empezó a expandirse, Annina se acercó

y abrazó aquel pedazo de arrabio, con los ojos cerrados, durante varios minutos.

Al final, cuando ya se le estaba quemando la mejilla, la acarició y dijo:

–Gracias, Mero.

Después se despegó, corrió al establo, saltó a lomos del caballo y, cruzando el Prataio desierto, se marchó a buscar a Cafiero.

\*\*\*

Cuando Ideal llegó a la casa junto a las murallas, Libertad seguía hablando con Cafiero creyéndole el Maestro.

Acostumbrado a acoger en silencio confesiones desgranadas en letanías siempre iguales, permaneció casi oculto en un rincón de la habitación escuchando cómo su hermana afrontaba el inmenso esfuerzo de contar la vida de su familia con la voz ya marcada por la muerte.

En la penumbra, con el aire impregnado por el aliento de la gripe, las palabras de Libertad revivieron momentos de su infancia, evocaron de nuevo la tristeza de los días que, junto a su madre, había debido contar, en una continua espera de un padre, de un hermano o de un amor, desgranaron las

esperanzas, las alegrías, los infinitos titubeos de una existencia que estaba a punto de desvanecerse entre los vahos de la fiebre.

Ideal escuchó, rió con la idea de las continuas chaladuras de Bartolo, se rindió a la angustia de imaginárselo reseco por el sol y por la guerra. Miró con conmoción a su hermano hablar como si fuera su padre, y se dejó envolver una vez más por la fascinación antigua de la voz del Maestro, por su rostro, por sus grandes manos. Junto a él, venció de nuevo el terror a las ruedas y subió así al tren donde sintió la misma punzada en el estómago que había experimentado cuando había visto por primera vez desde la ventanilla las casas de Colle alejarse detrás del Padule. Atravesó la Nueva Italia, estuvo otra vez en Milán y en Suiza con los ojos perdidos dentro de aquel cielo que habría de arrebatarlo para siempre.

Lo acompañó una vez más en mil paseos, escuchando con atención sus razonamientos acerca de la dignidad de las personas y las injusticias del mundo, lloró cuando lo vio besar a la viuda, antes de partir hacia el exilio, y esperó de nuevo durante meses y meses a que regresara del exilio. Sintió otra vez la misma rabia por su detención, y de nuevo volvió a la oscuridad del internado, colgándose durante años el peso de la expiación.

Casi como una paradoja, esa noche precisamente la enfermedad que iba evaporando la vida de Libertad confirió

de nuevo existencia a personas y situaciones que habían animado la casa junto a las murallas, restituyendo de ese modo fuerza y tiempo a las emociones, los pensamientos y el amor.

Resultó natural, por lo tanto, que en el momento en el que Libertad abandonaba la vida, el abrazo entre los dos hermanos refrendara aquella concordia que precisamente la vida había quebrado a causa de la decisión de Ideal de hacerse sacerdote. Fue un sello, una herencia que su hermana les pasó y que ellos no habrían de traicionar jamás.

Desde entonces, en efecto, Cafiero empezó a tratarse con más asiduidad con su hermano, en la ermita del Pianoro, en la que desde hacía varios meses Ideal estaba destinado y donde, a la sombra del campanario, hizo enterrar el cuerpo de su hermana. A menudo, aprovechando que su trabajo siguiendo la línea férrea lo llevaba más allá del Padule, casi hasta la Llana, Cafiero alargaba el recorrido de regreso para detenerse a visitar a su hermano.

Al principio los encuentros aún estuvieron marcados por una sutil, recíproca desconfianza. En el fondo, aparte de la notable diferencia de edad, casi siempre habían vivido distantes y con el peso de la condena paterna hacia la decisión de Ideal que les separaba, una condena que Cafiero había asimilado en sueños, a través de los relatos de su madre y que, por lo tanto, había aceptado siempre como un hecho ineluctable.

A sus ojos, pues, el nombre de su hermano iba aunado de forma natural a una impresión indefinida que oscilaba entre la incomodidad y la desconfianza. Así que es fácil comprender que, a pesar de que el abrazo de Libertad los hubiera puesto de nuevo en comunicación, aún les hiciera falta algo de tiempo para disolver la herrumbre de los sentimientos que los habían mantenido tanto tiempo alejados.

Las visitas de Cafiero contribuyeron a raer esa herrumbre: a través de las palabras, sin duda, de los largos relatos con los que Ideal le habló a su hermano del pecado original, de la oscuridad del internado y de la inmaculada blancura de la enfermería en la que perdió para siempre a Mijail y añadió otro peso a su propia vida, pero sobre todo a través de las miradas, de los momentos de silencio, de la atención a los gestos, a la posición de las manos, al timbre de la voz, a todas esas pequeñas, insignificantes migajas de vida en común que les hicieron sentirse definitivamente hermanos.

De esta forma, día tras día, sus lazos fueron estrechándose, se unieron con tanta solidez que se convirtieron en una necesidad recíproca, un gusto particular que superó toda desconfianza y toda clase de diferencias.

Hasta que la arrogancia de los fascistas no las interrumpió con el bastón, las visitas de Cafiero a Ideal desembocaron a menudo en largas y animadas discusiones acerca de la preocupante situación política, única esfera en la que los

dos hermanos se sentían aún claramente separados, dado que Ideal, pese a compartir muchas de las tesis socialistas, no podía desde luego aprobar las ideas de Cafiero, inspiradas en los principios libertarios y anárquicos de su padre.

Como sucede a menudo, esta división era en todo caso más teórica que real, puesto que, a la hora de los hechos, de los dos era probablemente Ideal quien perseguía con más coherencia los principios de la justicia social que para Cafiero eran más una especie de fórmula mágica que algo concreto que había de ser conquistado a diario.

De manera que si en la cotidianeidad Cafiero sostenía sus principios de forma veleidosa y puramente verbal, Ideal ejercía, en cambio, las tareas de su cargo atendiendo no sólo a los problemas espirituales de sus parroquianos, sino también a su sed de justicia, de respeto recíproco, de dignidad.

A los pescadores del Padule, al igual que a los campesinos de Malgardo o a los obreros de Héctor, de los hornos de al lado de la estación y, en el fondo, a cualquier otra persona que sintiera sobre sí el peso de la miseria, nunca les faltó una palabra de consuelo ni la ayuda concreta que Ideal, en el curso de los años, supo darles preocupándose por sus necesidades, colaborando con ellos y dando vida otra vez a esa peculiar escuela popular que el Maestro había creado a orillas del Padule Largo.

Espíritus muy tenaces los dos, ambos hermanos jamás hubieran admitido, en todo caso, la convergencia sustancial de sus ideas. Fue Annina, tal como en el fondo estaba en su destino, quien contribuyó a limar esa última aspereza, el día en que le pidió a Cafiero que se casara con ella.

Tras el abrazo que había marcado su amor, de noche, frente a la verja de su casa, la epidemia de gripe y la muerte los habían obligado a permanecer alejados durante el tiempo necesario para enterrar los cuerpos de sus seres queridos e intentar recobrar la confianza en la vida.

Si Cafiero fue ayudado, en ello, por el camino que Libertad le había abierto hacia Ideal, Annina se encontró de repente ante la conciencia de la imposibilidad de afrontar el peso de las historias que poblaban definitivamente el Prataio abrazada únicamente al calor de una caldera de arrabio. Así que corrió al establo, montó a caballo y se marchó en medio de la oscuridad a buscar otro abrazo, otro calor.

Por su parte, Cafiero tampoco durmió aquella noche. De regreso del trabajo, se había acostado con el cuerpo cansado, pero sin conseguir hacer conciliar el sueño a su mente. Las personas y las situaciones que habían hecho revivir las palabras de Libertad permanecían aún en su habitación y seguían hablándole, sentándose junto a él en la cama, riendo, discurriendo apoyadas en la ventana que daba a la llanura.



Demasiado cercanas. Demasiado presentes, al igual que cercana y presente estaba la muerte que había habitado aquella misma casa. Fuerte, punzante, tan grave como para poder sentir aún su peso sobre los hombros, como una mano que lo retuviera en el suelo, lo anclase al pasado sin dejarle correr libremente hacia delante, allá donde veía el afecto nuevo hacia Ideal y sentía el diminuto cuerpo de Annina apretado contra sus brazos.

Mientras se abandonaba a esta melancolía oyó en el empedrado de delante de casa los pasos de un caballo. Era noche cerrada, y en el silencio absoluto los golpes de los cascos se mezclaron con sus pensamientos y le parecieron los disparos que habían acabado con el Maestro en Milán.

De modo que se levantó, fue al armario, empuñó la vieja escopeta de Fosco Bartoli y se lanzó hacia la puerta dispuesto a enfrentarse con los soldados del rey. Pero cuando abrió se encontró ante Annina, quieta sobre el caballo que montaba a pelo, como estaba acostumbrada a hacer desde niña.

A la débil luz la vio erguida frente a él, con los cabellos aún revueltos por la carrera, y le pareció un monumento, una estatua de Miguel Ángel, la obra de un escultor loco y sublime.

Y es que Annina parecía realmente un monumento: inmóvil, arrebatada por el amor. Le miraba fijamente a los

ojos mientras intentaba entender qué palabras debía usar para contarle toda su desesperación y todo su deseo. Acudieron a su mente las historias de Sol, y después la pasión de Mero por la caldera. Habría querido hablarle de la mirada de su madre, clavada en el collado de los cipreses, y de los berridos desesperados de Ulises frente a su balcón. Habría querido hablarle de los mercados, de las horas pasadas mirando los cerdos, de los apretones de manos entre los hombres y de cómo hay que tratar a una cerda de doscientos kilos. Pensó en contarle lo de la tumba de Mena, las oraciones y cantilenas que ésta le había enseñado. El por qué se debe hablar a los caracoles antes de san Martín y cómo gracias a las telarañas es posible saber si lloverá o si es, en cambio, tiempo de cosecha. Tuvo la tentación de explicarle el aroma del alba o describirle la forma en que rebota en las paredes del Prataio el ruido del tren cuando pasa por las vías. Hubiera deseado gritarle cómo había visto temblar de fiebre al pequeño Anquises y que la muerte le daba mucho miedo, y que la niebla no le gustaba y que no entendía el tiempo, y que echaba de menos a su hermano, y muchas otras cosas más para las que ahora no hallaba las palabras, pero lo vio ante ella, quieto, con la escopeta en la mano, perdido él también en un tiempo que si no era capaz de detener en aquel preciso instante, ya no volvería a tener fin, y entonces comprendió que necesitaba al menos la vida entera para explicarle aunque no fuera más que una de las infinitas cosas que tenía que decirle.

Así que exhaló un largo suspiro y le dijo simplemente:  
–Quiero que nos casemos, Avellanito.

Cafiero le sonrió. Una ola de calor lo acarició, y él dejó que le calentara cada centímetro de piel, dejó que aquel benéfico aliento se le deslizara por dentro para diluir la melancolía que le había asaltado durante la noche, quiso que lo llenase, que lo poseyera completamente y sin prisas.

–¿Cuándo? –le dijo, después.

Annina contestó:

–En cuanto bajes la escopeta.

## X

–Me he enamorado –le dijo Cafiero a su hermano durante una de sus ya tradicionales visitas a la ermita de Pianoro.

Estaban sentados en el banco, en el prado delante de la capilla de la Virgen de las Ranas, hablando de la revuelta que estaba incubándose abajo en los hornos, donde aprovechando la mucha gente que se había quedado sin trabajo, ahora que las obras del ferrocarril hacía tiempo que habían acabado, el amo Baldini ofrecía salarios de hambre por una jornada de trabajo.

En medio de las discusiones sobre la Liga de los trabajadores, de los recuerdos de antiguos discursos que el Maestro había repetido durante meses a sus hijos y a los pescadores del Padule, Cafiero salió con aquella declaración que aparentemente poco tenía que ver con la fuerza del trabajo y el descontento.

Ideal se quedó callado. Miró fijamente a su hermano y por fin comprendió por su mirada, en aquella tarde durante sus discusiones, que no estaba, como había creído, lleno de pasión por la política y por los temas que estaban debatiendo.

Lo miró fijamente y vio en sus ojos la misma luz del amor que había visto en los de su padre, y pensó en cómo giran las cosas, y regresan iguales y distintas, dado que el tiempo nos las devuelve con su trayectoria en espiral.

Así que se volvió hacia su hermano y lo abrazó:

–Es Annina, la hija de Ulises Bertorelli, del Prataio –dijo Cafiero sin que nadie se lo preguntara.

–Que Dios os bendiga –fue el augurio de su hermano.

–Eso es, hermano, precisamente con Dios tiene que ver el problema –dijo Cafiero mientras se retorció las manos–. Me temo que este nuevo amor mío, que me importa inmensamente, pueda ahuyentar este otro afecto nuestro al que no quisiera renunciar, porque tú eres una parte de mi vida, que acabo de recuperar...

Ante la mirada interrogativa de Ideal, prosiguió:

–Estoy ante el dilema de si traicionar mi credo político para no estropear mi relación contigo, y aceptar por lo tanto la bendición de un matrimonio frente a un dios para mí

falso, o ser coherente, negar la validez de esa bendición y arriesgarme así a alejarte de mí.

Ideal se sintió invadido por una sensación de ternura. Frente a él, su hermano tenía las facciones del Maestro, su misma sonrisa, su misma mirada, su misma manera lenta de caminar, y hasta su misma voz, idéntica a la que durante tanto tiempo le había negado incluso el más trivial de los saludos.

Ideal volvió a sentir renovada y fuerte, en su interior, la opresión sufrida en los años del silencio, el peso casi insoportable de la indiferencia, el hielo de las noches del seminario, la esperanza disuelta en las oraciones, en la reflexión, en el estudio, el dolor absoluto y perfecto que ahora se hallaba entero en una sola palabra, pronunciada o negada frente al temor de Cafiero.

Así que le sonrió, lo estrechó contra él en un nuevo abrazo y por fin, como un padre, pronunció la frase que durante toda la eternidad habría de seguir deseando que el Maestro hubiera pronunciado:

–Haz lo que creas justo, hijo mío.

Cafiero no soltó la escopeta. Le bastó un brazo para ceñir la cintura de Annina y acercársela, y con un solo brazo aún le acarició el rostro y el pelo. Los abrazos fueron para más tarde, cuando, ya metido el caballo en el Jardín de la casa

junto a las murallas, la acompañó a su habitación y allí permanecieron hasta la mañana, intercambiándose el amor que habían esperado durante todas aquellas semanas en las que la muerte había cruzado a lo ancho y a lo largo las calles y los campos de Colle.

Abrazado en la oscuridad a Annina, Cafiero la envolvió con la misma delicadeza con la que hubiera tocado un cristal, por miedo a dañar con sus grandes manos aquel cuerpo tan diminuto y pulido. Ducho por la herencia que su madre le había transmitido en sus relatos nocturnos, amó a Annina tal como el Maestro lo había hecho en su momento con la viuda la noche en que, al regreso de su primer paseo, habían comenzado su vida en común.

Aprendió a conocer sus formas con las caricias, siguiendo las líneas del rostro, el descenso de los senos, la rotundidad de sus muslos, encontró sus manos y su deseo, se sumergió en su olor hasta absorber su esencia para no olvidarla jamás, experimentó la ligereza común de sentirse unidos, indisolubles en una explosión de luces tan fuerte como para cegarlos de estupor.

Exhausta por el amor, Annina se quedó dormida con la cabeza sobre su pecho, y Cafiero permaneció inmóvil durante el tiempo que pasó hasta la salida del sol, incrédulo y aturdido por aquel viaje alrededor del mundo que ahora descansaba sobre él.

Desde aquel momento permanecieron juntos, viviendo en la casa junto a las murallas, a pesar de que la modernidad que con los años había ido trayendo con el ferrocarril hubiera contaminado el gusto de los habitantes de Colle Alto por todas las cosas naturales e inevitables como el amor entre dos personas. Por primera vez se interrumpió la armonía que siempre había regulado la vida de aquel lugar y acogido con felicidad primero la unión del Maestro y la viuda, y más tarde la de Libertad y Maniero, de modo que ambos jóvenes tuvieron que enfrentarse a un vientecillo hasta entonces desconocido, hecho de miradas furtivas, de pequeños murmullos, de desaprobaciones más o menos veladas.

Los más hostiles a este amor fueron los Bertorelli, que consideraron un verdadero escándalo que entrara a formar parte de su familia el hijo de un notorio subversivo, también él mismo bien conocido como socialista. A Héctor se lo llevaron los demonios y le recordó a Annina que su «chulo», como le dio en llamarlo, era hermano de aquel cura de la Llana que no perdía ocasión de hablar y escribir contra él, contra Baldini, el de los hornos, y contra todos los empresarios de Italia, maldito fuera.

Y también Telémaco temió ver esfumarse para siempre sus esperanzas de ser apoyado por los condes de Malgardo en su proyecto para convertirse, un buen día, en alcalde de Colle. En consecuencia, intentó por todos los medios



reivindicar una patria potestad que, según las normas, pertenecía aún a todos los efectos a Rosa, procuró poner condiciones, amenazó con denuncias y chantajes.

Annina no se descompuso más de lo necesario. Era hija de Ulises, y de Ulises había aprendido el arte del comercio, el saber valorar a ojo, con rapidez y precisión los elementos de un negocio, su valor singular y de conjunto, de modo que una tarde, sentada en los peldaños de la casa Junto a las murallas, consideró el peso de todas las objeciones que los tíos estaban poniendo sobre la mesa de una cuestión que a sus ojos se mostraba plana como una lastra de mármol.

Se acercó al murete que daba al valle, y mirando hacia el final de la llanura, antes de que la colina volviera a levantarse, intuyó la lejanía del Prataio. Lo vio pequeño, un puntito de color ladrillo perdido en la vastedad de los colores que se diluían, desde el verde más intenso al azul del Padule. Y en el interior de aquel puntito se imaginó a Telémaco, y sus preocupaciones por perder su propia respetabilidad de futuro notable del burgo, y al eléctrico Héctor, siempre dispuesto a hacer fructificar los dineros incluso a costa de servirse de la miseria de la gente. Y con ellos a Isolina, que ya no tenía más ojos y más cabeza que para un hijo que no era suyo pero a quien estaba criando como el único, prestigioso heredero de la familia. Y a Riña, que de criar conejos y gallinas había pasado con determinación al empeño de convertirse, por fin, en una

rica señora con servicio y chófer. Quedaban, puntitos en los puntitos, los hijos pequeños, frágiles flores perdidas en un tupido bosque.

Mientras Annina pensaba estas cosas, Cafiero llegó del trabajo. Ella oyó abrirse la verja del sendero, se volvió y lo vio encorvado, afanado en cerrar el pasador y después, una vez frente a ella, alto y hermoso como la imagen de su padre en el daguerrotipo de plata que conservaba sobre una mesa atiborrada de libros.

De modo que se le acercó, lo besó rápidamente y le dijo: –Espérame. Tengo que ir un momento al Prataio.

Cuando llegó a la enorme casa, Telémaco acababa de llegar de Pórtale con su nuevo auto y estaba controlando con los mozos una carga de cerdos. Vio llegar a su sobrina y no ocultó su contrariedad. «Es hija de Ulises –pensó– y sólo nos traerá líos.»

A pesar de todo, le dirigió un gesto de saludo, mientras ella desmontaba deprisa del caballo.

–¿Te interesa un negocio? –espetó Annina sin demasiados preámbulos.

El tío la miró sorprendido. ¿Qué diablos le estaría pasando por la cabeza a esa furcia?

–¿Un cerdo? –preguntó con una sonrisa sarcástica.

–Un hombre –le contestó su sobrina, manteniendo alta la mirada. Y después, con voz firme, precisó–: Quiero comprarme un marido.

Telémaco se sobresaltó, hizo rápidamente un gesto a los mozos para que desaparecieran. Después miró a su alrededor como para comprobar que nadie más asistiera a aquel escabroso coloquio.

–A ti y a Héctor os interesa que no os agüe la fiesta, y que no os traiga a esta casa a quien consideráis una ofensa. A mí me interesa casarme con él –escupió Annina de un tirón.

Sabía que su tío era un viejo zorro y estaba esperando a que fuera ella la primera en exponer las condiciones del contrato, por lo que permaneció callada e inmóvil, mientras seguía mirando fijamente a los ojos a Telémaco.

Era grande y grueso, comerciante desde hacía muchos años, y en esos muchos años había aprendido muy bien cómo se tratan las ofertas de los hombres que quieren proponerte un negocio, que buscan en tu interior un titubeo, que pretenden comprender dónde está el pasaje que les permita deslizarse, ensanchar tus defensas, introducirse en tu interior y endosarte una decisión que te haga gastar más de lo necesario o arrancarte un precio que nunca hubieras debido aceptar. Conocía todos los trucos del oficio, la forma de sostener el cigarro toscano para que el humo fuera a los ojos de un comprador inexperto, de modo

que no viera los defectos de la mercancía, el de presentarle los animales mejores con pocas y serias palabras con un brazo sobre su hombro como un hermano de leche, cuándo había que jurar y perjurar por todos los santos y sus propios muertos y cuándo bastaba, en cambio, con un apretón de manos sin tan siquiera el obstáculo de un mediador.

Había vendido animales cojos, enfermos e incluso cerdas infecundas como óptimas paridoras y ni siquiera había tenido escrúpulos en entrar en negocios con el ejército para llevar al huerto a aquella pandilla de haraganes relucientes de medallas que casi le matan a sus sobrinos.

Telémaco sabía bien cómo se afronta la mirada de quien quiere comprar y vender contigo, pues vender y comprar es como ir construyéndose el alma feria a feria, cerdo a cerdo, y el alma sólo puedes verla en el interior de los ojos de los hombres.

Eso sabía Telémaco, pero cuando clavó la mirada en los ojos de Annina, en su interior no consiguió ver ni cerdos, ni autos, ni establos, ni casas, ni siquiera fincas o cualquier otra cosa sólida que pudiera reconocer como materia útil para construir la vida de los seres humanos.

Vio, en cambio, algo que no entendió. Una fuerza, un color, acaso el mismo fuego de Ulises el día en que, ya corroído por la locura, había firmado ante notario la separación de sus propiedades para poder quedar por fin

libre de hablar con sus cerdos, de regalarlos, de dar gritos acerca del instinto animal, del sueño y de la sangre, de sufrir tanto como para exterminar a sus puercos y ahorcarse con sus intestinos.

Telémaco no entendió, pues, y primero bajó la mirada al suelo, luego la desplazó hacia el horizonte, mirando hacia un punto indefinido, con los pulgares prendidos en el chaleco.

–¿Qué quieres? –le preguntó al final.

–Os dejo mi parte de la casa, los establos y el prado de detrás de la carretera –dijo ella.

Telémaco se volvió hacia la casa, después miró el establo y, por último, se giró hacia la zona del prado.

–La colina donde estaban los cipreses y la tumba de la Mena, de ahora en adelante, son cosa mía –concluyó Annina con voz firme.

–¿Y a cambio? –le preguntó su tío.

–Me quedo con Avellanito y vosotros os calláis –fue la respuesta.

El hombre permaneció en silencio más de un minuto.

–Tengo que hablarlo con Héctor, no sé qué pensará él, son

cosas tuyas también y... –empezó a mascullar casi para sí mismo.

–La oferta es válida sólo en este momento –le interrumpió su sobrina.

–Tú estás loca –contestó Telémaco meneando la cabeza–. ¿Cómo supones que...?

–La tomas o la dejas –remachó ella.

Telémaco miró a su alrededor, casi como si buscara ayuda, un consejo. Aquella desgraciada no paraba de ponerle en constantes compromisos de todas las maneras posibles, con su comportamiento inmoral, con esas locas intenciones tuyas, con el matrimonio que quería realizar a toda costa, y ahora con esa propuesta en la que acababa de enredarle. Se sentía víctima de una mala jugada: tomara la decisión que tomase, se encontraría con problemas, con Héctor, con sus parientes, con los condes de Malgardo, con los demás notables de Colle, con la policía, con el obispo, con el papa, con el mundo entero, maldita sea.

Con los ojos bajos, Telémaco se miraba fijamente la punta de los zapatos y con una mano empezó a retorcerse el bigote. Annina comprendió que había llegado el momento de rematar el juego.

–Salud, tío, y mis respetos a la Isolina. Que la vida os sea

leve, a todos vosotros –dijo tirando del caballo hacia la verja del Prataio.

Telémaco vio cómo se alejaba. No conseguía comprender si le estaba quemando más el perder un negocio o que se la hubiera jugado aquella mujerzuela que se estaba yendo tranquilamente. Se volvió hacia el prado, miró una vez más los establos y la casa. En el fondo, se marcharía de todas formas, pensó.

–¡De acuerdo! –gritó a sus espaldas.

Annina volvió hacia él sin prisas, tendió la mano y apretando con fuerza la de su tío, remachó:

–La tumba de la Mena y la colina donde estaban los cipreses son cosa mía.

Telémaco asintió, con el rostro rojo como el vino.

–Así que estamos de acuerdo –concluyó con voz dura Annina–; lo que se ha vendido queda comprado, y ni una palabra más sobre mí y Avellanito.

Con el corazón en la garganta, Annina vio a Cafiero acercarse al caballo, le vio extender los brazos y se sintió estrechar la cintura con un abrazo que para ella sancionó definitivamente su unión. Y durante los breves instantes que él empleó en bajarla de su montura y depositarla a su lado, Annina sintió desvanecerse el peso de la soledad que

había respirado en las habitaciones del Prataio y así, cuando esa misma mano se posó sobre sus mejillas y sobre su pelo, se dejó deslizar en el mar de tranquilidad que la estaba invadiendo.

Del mismo modo, cuando estuvo en la oscuridad de la habitación de Cafiero, tumbada a su lado, le gustó perderse en sus abrazos, dejar que él aprendiera a conocerla como un viajero un país desconocido, al igual que durante tanto tiempo había imaginado que lo haría Sol en su búsqueda de Oriente.

A su vez se dejó vencer por la curiosidad de explorar el continente desconocido que estaba a su lado, y entonces se sorprendió de que su madre siempre hubiera relatado el amor entre un hombre y una mujer como ese revoltijo de animales que, casi como confirmación, Ulises había ejercido después en relación a Mena. En cambio, mientras Cafiero penetraba por primera vez en ella, Annina se apretó contra él y le parecía que era ella quien lo poseía, que era un cielo tan vasto como para conseguir retener esa nube de carne entera dentro de su pequeño abrazo, de llevárselo dentro para conocer lugares que nunca se hubiera imaginado, y fuera de sí, a la carrera y lentamente, en una caminata sin final.

Con el cielo soñó, más tarde, exhausta por aquel viajar, y soñó también con las nubes y Oriente, y el agua que remontaba los ríos, y una noche llena de luces, y un tren que



avanzaba hacia atrás, y Mena que enterraba sus propios vestidos y ella que por fin dormía tranquila encima de un avellano.

En los días sucesivos, sola en la casa junto a las murallas, sintió esa tranquilidad como algo a lo que no habría podido renunciar, algo que estaba soldado con sangre a Cafiero, y cuando se percató de sentir aún en ella la huella de su cuerpo, comprendió que no podría renunciar jamás a aquel peso, ni por las murmuraciones del pueblo, ni por el Prataio, ni por el buen nombre de los Bertorelli.

De modo que se le ocurrió resolver la cuestión con Telémaco a su manera, se compró lo que para ella no tenía otro precio más que su propia vida y se casó con él unas semanas más tarde, subiendo las mismas escaleras del ayuntamiento que Ulises había subido para inscribirla en el Registro civil con un nombre con el cual nadie la llamaba ya.

La fiesta de bodas fue una velada feliz que hizo retumbar de alegría el hogar de los recién casados. Un par de viejos casi centenarios acudieron emocionados a despedir, con el matrimonio del último hijo del Maestro, un pedazo de su vida ya muy lejano. Del Padule, los pescadores trajeron requesón y anguilas aún vivas, mientras que media docena de ferroviarios de la Llana, compañeros de trabajo de Cafiero, además del acordeón que señaló el momento del baile, aportaron dulces y vino en buenas cantidades para brindar por aquella unión y bendecirla para siempre.

A propósito de bendiciones, y a pesar de la insistencia de los novios, Ideal prefirió no estar presente en la firma del acto, sin duda por los compromisos que debido a sus tareas sacerdotales le reclamaban en la ermita, pero sobre todo para no encrespar los ánimos con la presencia de un cura en una circunstancia laica y carente de sacramentos.

Más tarde, cuando en Pianoro ya había oscurecido, terminados todos sus cometidos, en el momento en que se disponía a acostarse se sintió de repente alejado de todo. Entonces el cansancio cayó sobre él como un martillo y le obligó a sentarse un instante en la cama para recobrar el aliento. Inmóvil, con las manos apoyadas en las rodillas, miró a su alrededor en la habitación iluminada por la débil luz de la lamparilla, y tuvo la impresión de que estaba aún más desnuda de cuanto por lo general parecía. Un arcón de cerezo viejo, una mesita contra la pared que le servía de escritorio, dos sillas, la cama sobre la que estaba sentado, un brasero y una sencilla librería, repleta de libros.

Fue precisamente en los libros donde su mirada se detuvo. En las dos últimas filas, en lo alto, estaban los que la viuda había conservado para él, el traidor, pertenecientes al Maestro, con los que el Maestro se había pasado horas estudiando, pensando, imaginando un futuro distinto para Colle, para Milán, en Francia, en Brasil o quién sabe dónde. Ideal se levantó con esfuerzo, se acercó a la librería y sacó de la fila con delicadeza un volumen cubierto por una hoja

de periódico. Forrado con aquel papel ya amarillento, no era posible adivinar ni el título ni el autor, pero Ideal lo conocía perfectamente. Con la sonrisa en los labios, pasó tres o cuatro veces lentamente la palma de la mano por el forro. Después la posó encima, como si el libro fuera un tórax y quisiera percibir los latidos de un corazón.

Eran, esos latidos, el eco de la voz de su madre a quien aún escuchaba leyéndole las cartas del Maestro desde su exilio, las recomendaciones paternas de que no descuidara los estudios y las lecturas. Eran las horas solitarias, siendo él niño, pasadas sobre aquellos difíciles libros, intentando comprender si era mayor el deseo de expiar la culpa por un padre siempre en fuga o la utopía que éstos le relataban. Y una y otra vez, cada una de las miles de veces que había intentado resolver ese enigma sumergiéndose en la lectura, cuando había levantado la cabeza de las páginas le había parecido que la realidad perdía piezas y personas, que todo regresaba para marcharse para siempre, lejos de él, oscuro e impenetrable. Se había marchado Mannuzzu, a Brasil, a buscar en Cecilia el tesoro que encerraba el libro que tenía ahora en sus manos. Se había marchado el Maestro y se había marchado Maniero, ellos también en pos del sueño de aquel mismo libro. Y junto a ellos habían desaparecido Bartolo y Mijail, abrazado por el dolor, y también Libertad, la dulce, se había marchado después de haber vuelto al pasado para despedirse.

Ideal se acercó aún más a las estanterías, apoyó la mejilla contra los libros y abrió los brazos en la tentativa de encerrarlos en su interior. Cada página, un aliento; cada palabra, una espera; cada título, una esperanza de algo nuevo. Allí estaba todo lo que él había sido.

Se retiró de aquel extraño abrazo y se volvió a la cama. Lo que él era ahora estaba, en cambio, a su alrededor, en aquella habitación espartana, en las piedras de la ermita que lo resguardaban con su penumbra y con su fresco. Y en la miseria de los pescadores, abajo en el Padule, en la curiosidad de sus hijos, en la rabia de los obreros de los hornos y de la fábrica de Bertorelli.

Aquel apellido le evocó a Annina. La había visto muchas veces cabalgando a pelo como un hombre, pese a que era menuda, dulce, y su mirada expresaba un fuego que le intrigaba. Sonrió. Estaba contento de que el amor la hubiera unido a Cafiero poco después de la desaparición de Libertad, casi como si la vida quisiera afirmar siempre, una y otra vez, su continuo rodar, sin miedo ante los obstáculos, sin paradas frente a los prejuicios, para dar jaque a la muerte. Así pues, su presente estaba también en su unión, y esa unión debía ser bendecida de alguna manera, pensó. «En el fondo, misteriosos e infinitos son los caminos del Señor, y cómo nos los apañaremos, ya se verá», se dijo otra vez cuando había montado ya en la bicicleta y enfilaba el sendero hacia Colle.

Desde la ermita hasta el pueblo había más de media hora de camino, y durante el trayecto, el tiempo se estropeó, de modo que a causa del viento y de la lluvia, la noche se transformó en una noche de perros. Cuando llegó a la meta, el último vítor dedicado a los esposos hacía tiempo que se había apagado, y toda la casa parecía dormir con una paz merecida.

Quieto ante la puerta. Ideal miró aquellos muros que tanto amaba, pensó en las habitaciones llenas de recuerdos, y hasta le pareció volver a oír el frufurú de las faldas de su madre, y al final consideró un sacrilegio quebrar el cristal de aquella tranquilidad. Entonces, tal como el viejo padre Ubaldo hiciera con ocasión de su nacimiento, en la oscuridad de aquella noche de perros, levantó un brazo y trazó en el aire gélido una cruz en señal de bendición. Después se dio la vuelta y, refunfuñando contra el frío, empezó lentamente a bajar hacia la ermita.

Telémaco arregló a toda prisa el asunto de Annina con su hermano, y en pocos minutos se pusieron de acuerdo sobre cómo repartirse cuanto su sobrina les había dejado a cambio de su tranquilidad.

En verdad, Héctor no quedó lo que se dice satisfecho en un primer momento por aquella especie de contrato que, como proclamó levantando la voz, juzgaba una auténtica burla. De hecho, aquella furcia, como llamó a su sobrina, no sólo había obtenido lo que deseaba, sino que pondría de

todas formas en graves situaciones embarazosas a la familia.

–¿Con qué cara crees tú que podré conversar con el conde de Malgardo, cuando llegue a saber que la sobrina de su socio anda liada con gente subversiva? –gritaba Héctor–. ¿Y tú, bonita estirpe de tratantes, qué vas a hacer tú para llegar a alcalde? ¿Te aliarás con los socialistas, visto que ahora tenemos un sobrino revolucionario?

Telémaco le escucho con calma y después lo amansó con pocas, tranquilas palabras.

–Riesgo existe, hermano, pero no tenía elección. Annina, como sabes, es hija de Ulises, y si no era este encapricharse de Avellanito, se habría sacado de la manga cualquier otra chaladura. Recuerda lo que pasamos con su padre, la historia del suicidio, la violación de Mena, la fuga de Rosa y todo lo demás. Todo ha pasado ya, se ha ido diluyendo con el tiempo. Las estaciones cambian, hay un tiempo para sembrar y otro para recolectar...

Héctor hizo un gesto de fastidio:

–No me parece el mejor momento de sacar a colación las Sagradas Escrituras –dijo ácido.

Telémaco hizo un ligero movimiento con la cabeza, como para indicarle que sabía más que el diablo.

–No, nada de biblias, sino sabiduría de viejos campesinos. Hay que saber esperar que las semillas crezcan y la cosecha madure. Después, ya veremos. Las cosas, antes o después, cambian, y entonces habrá llegado para nosotros el momento de resarcirnos. Por ahora quedémonos con las habitaciones del Ulises, su prado y su establo, y aguardemos a que llegue el tiempo de recolectar avellanas –concluyó con una sonrisita maliciosa–. Recuérdalo –fue lo último que le dijo a Héctor–, las cosas cambian.

Las cosas, en efecto, en aquellos difíciles meses que siguieron a la guerra y a la epidemia, cambiaron rápidamente. La muerte, el hambre, las dificultades económicas siguieron embistiendo sobre todo a los miserables que habían tenido más que suficientes sufrimientos, inedia y pobreza. Los vientos de la revolución que llegaban del este empezaron a soplar con fuerza sobre las brasas de la esperanza de quienes esperanza era lo único que tenían, alimentando entre aquellos desesperados la idea de que era posible hallar la unidad y la fuerza para mejorar una vida que, hasta entonces, sólo había sido miseria y dureza.

También a Colle llegaron ráfagas de rebelión, produciendo en los hornos de Baldini y en la fábrica de Héctor Bertorelli las primeras huelgas de los obreros, que empezaron a hablar de ocho horas de trabajo y una retribución de seres humanos. Durante varios meses pareció como si una nueva

plaga hubiera atravesado la Llana, lamido el Padule hasta colarse en las viejas casas del burgo. Un morbo que afectaba únicamente a los más desventurados e infundía en ellos una especie de optimismo, nuevas expectativas, proporcionando casi una andadura más suelta a campesinos que desde hacía centenares de años llevaban el yugo de la servidumbre y de la aparcería, un arrojo antes desconocido para los obreros, quienes, también en Colle, volvieron con más confianza a unirse en ligas para discutir y soñar. Y cuando incluso los sumisos pescadores del Padule comenzaron a protestar frente al ayuntamiento a causa de los excesivos impuestos que devoraban su trabajo, todos los habitantes del burgo comprendieron que los tiempos habían cambiado definitivamente y empezaron a olvidar buena parte de cuanto había construido la tranquilidad y la historia del lugar.

Así, precisamente los nietos de quienes habían acogido al Maestro y su amor por la viuda, el exilio, su arresto y su regreso sin caer en murmuraciones ni preguntas, sino adaptando la realidad a su gusto por la paradoja, por el amor por el relato, empezaron a temerse que la nueva epidemia pudiera apoderarse, no de sus cuerpos, sino de sus casas, de sus tiendas, de las fincas y de los automóviles que transitaban cada vez en mayor número por la zona de la estación. Así pues, muchos de quienes poseían casas, comercios, talleres, fincas y automóviles empezaron a organizarse a su vez para no permitir que el sacrosanto



derecho a tener, invertir y hacer fructificar un capital, así como el de poseer cualquier clase de bienes, pudiera verse barrido por una revolución que, según se contaba, no respetaba ni la propiedad privada ni las tradiciones, las religiones, las Jerarquías, ni siquiera al rey.

Telémaco fue de los primeros, en Colle, en intuir la necesidad de organizarse. Para empezar, porque empezaba a estar más que harto de mozos que se volvían cada vez más irrespetuosos, además de aquella capa pesada hecha de comentarios sobre las fábricas ocupadas del norte, de conversaciones cada vez más frecuentes sobre tierras entregadas a los campesinos y, por último, de Héctor, quien no pasaba día, ni un solo y santo día, sin que lo acuciara con aquella letanía suya de que había que hacer algo con urgencia, porque lo peor estaba aún por llegar, y los cosacos y los anarquistas no tardarían en aparecer para matarles a él y al conde, apropiarse la fábrica y meter en el Prataio a los andrajosos del Padule.

Pero el empujón definitivo para intervenir le vino dado una mañana cuando, poco antes de marcharse para el Pórtale, Isolina entró en la habitación que le servía de oficina para anunciarle que un joven, en la puerta, preguntaba por él.

Telémaco se levantó y fue a ver. No le gustaba dejar pasar a los extraños en su casa, así que lo recibió en el umbral, con escasa cortesía:

–¿Qué quieres? –dijo mirándolo de arriba abajo.

–Quisiera hablarle de una cosa que estoy seguro de que le interesa –dijo el otro.

–¿Y quién eres tú para que a mí me interese algo de ti?  
–repuso Telémaco para dejar bien claras las jerarquías.

–Soy Adelmo Bollani, el hijo del Bollani de la Llana, obrero de su hermano –contestó extendiendo la mano.

Telémaco ni siquiera hizo ademán de responder a la cortesía; al contrario, levantó las manos y metió los pulgares en el borde del chaleco, y permaneció en silencio y mirando fijamente al joven a los ojos.

Éste retiró el brazo con cierta turbación, se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y volvió a extenderla ofreciéndole una hoja a la que él ni siquiera miró.

–Lea –dijo entonces el muchacho–, podría serle útil para saldar las deudas que tiene pendientes con cierta persona.

«Menudo zarrapastroso –pensó Telémaco–; éste es el espíritu de estos tiempos que permite al hijo de un obrero de la Llana pensar que puede venir a verme, a mi propia casa, para hablar de mis deudas.» Y estaba a punto de cerrar aquel asunto con un bofetón, cuando el otro dijo una sola palabra:

–Avellanito.

Telémaco siguió aún unos segundos inmóvil. Después, sin apartar la mirada de los ojos del muchacho, tomó de su mano la hoja y sólo al cabo de un momento empezó a leerla; no pudo contener un sobresalto de sorpresa.

–La he encontrado en la chaqueta de mi hermano, que trabaja en el ferrocarril con él –dijo el muchacho, anticipándose a cualquier pregunta.

–¿Y por qué has venido a verme a mí? –preguntó Telémaco, intrigado.

–Porque precisamente mi hermano me habló del pacto de su sobrina con usted, que sin duda usted no ha digerido aún.

–Y tú, ¿qué quieres?

–Quiero que haga lo posible para que mi hermano quede al margen –fue la respuesta, con el dedo señalando la hoja.

–Hmm –gruñó Telémaco, y como para sancionar un pacto, alargó la mano hacia el joven.

–Una última cosa, amo Bertorelli –añadió éste–. Me gustaría trabajar para usted –escupió al final Adelmo, tras un largo silencio.

Telémaco dobló dos veces la hoja, y mientras se la metía en el bolsillo le dijo:

–De acuerdo, me pareces un tipo despierto. Vuelve mañana y pregunta por Bazzini, ya le hablaré yo esta noche.

Después, antes de encaminarse a los establos para inspeccionar la carga para el Pórtale, se acercó a la puerta de Héctor y llamó. Acudió a abrirle Ida, una muchacha de Malgardo a quien Riña llamaba ante los familiares «la criada», y ante extraños, «la servidumbre».

–El señor no está –farfulló ella.

Sin duda, en cualquier otra circunstancia aquel apelativo tan servil y pomposo en referencia a Héctor le habría sacado de sus casillas. Pero aquel día, no. Casi como para asegurarse, se rozó el bolsillo de la chaqueta con la mano: con aquella hoja en el bolsillo, no.

–Entonces dile al señor una cosa de mi parte –dijo, recalcando con el tono de voz lo de «señor».

Ida se inclinó un poco más hacia delante, como para concentrarse.

Telémaco dijo entonces:

–Adviértele de que ha llegado el momento de recolectar las avellanas.

## XI

Mientras el bastón de Pietrino Rosati seguía golpeándole en la cabeza y las patadas de su compadre Adelmo Bollani le hundían el tórax, acaso confundido por la mano con la que el tercero de aquellos rufianes de uniforme le apretaba para sujetarlo, Ideal volvió a pensar en cuando su padre lo había llevado a Lugano, a ver a los anarquistas. O tal vez no fuera Lugano y al recordarlo se equivocara, perdido como estaba ya en una sensación de calor que había sustituido el dolor de los golpes.

En la niebla de los instantes previos a la muerte, tumbado en el suelo, miró flamear en el techo de la habitación las banderas rojas y negras, y vio un lago iluminado por el sol, y oyó los cánticos y las palabras del Maestro que casi se había arrodillado ante sus ojos de niño, señalándole a un hombre que desde su punto de vista de chiquitín le había parecido un gigante, alto y barbudo, erguido de pie entre la multitud, mientras la voz de su padre le explicaba:

–Ése es Bakunin.

El extraño viaje, en tren primero y después en carroza, por una carretera interminable, que ascendía entre guijarros y nieve por un monte muy pero que muy alto, al que todos llamaban con respeto San Gotardo. Después el descenso, la lluvia, la humedad y el frío, y la cama caliente de una casa de la ciudad donde se habían detenido. Eso recordaba Ideal, y a su padre que le acariciaba y le besaba, lo arropaba y se deslizaba después en la habitación de al lado, donde los hombres barbados estaban reunidos para hablar.

También el Maestro llevaba barba, y un traje con chaleco negro del cual colgaba la cadena del reloj oculto en el bolsillo. Un lazo, negro también, le colgaba de la camisa.

No hubo un solo día, pensó Ideal, en que lo viera sin ese lazo. Le pareció percibir su olor, una mezcla agradable de tabaco y papel, el mismo olor que flotaba en la casa de Colle, y deseó su sonrisa, aquella amabilidad querida, los gestos suaves y nunca ariscos de cuando su padre aún le hablaba, antes de encerrarse en su desdén, cerrar cualquier puerta, negar cualquier palabra, cualquier posibilidad de diálogo. Incluso un saludo.

Sintió que la vida se le estaba yendo, que todo había sido ya, y demasiado deprisa. Consiguió oír aún los gritos de sus asesinos que bajaban por las escaleras blasfemando.

–¡Cura anarquista de mierda! ¡Intenta hablar ahora y escribe ahora si eres capaz!

Cura anarquista. Sonrió.

El Maestro salió por fin del techo, por detrás de las banderas. Bajó hasta cerca de él y empezó a recoger los libros que los fascistas habían esparcido por el suelo y sobre los que por desprecio habían orinado.

Ideal extendió una mano hacia la figura del padre agachado en el suelo. El Maestro se dio la vuelta, su mirada se cruzó con la del hijo moribundo y dejó los libros en el suelo. Le ofreció un brazo y al cabo de tanto tiempo, le regaló una sonrisa. Después, con su hijo a su lado, de la mano, volvieron al techo, a Lugano, cerca del lago y de las banderas.

\*\*\*

Telémaco y Héctor no tardaron en ponerse manos a la obra. Al día siguiente de la visita de Adelmo, fueron a ver al conde de Malgardo y éste se mostró conforme con su propuesta de invitar por lo menos a Baldini, el de los hornos, al abogado Magnoni, su administrador, a Capirossi, pudiente comerciante de trigo de la Llana, a otro par de terratenientes del Pianoro y a Terenzio Soldani di Sansepolcro, un ex capitán de infantería que había perdido un brazo en el Monte Grappa.

El conde aceptó de buen grado desplazarse hasta el Prataio, para no llamar demasiado la atención, así que la reunión tuvo lugar en el viejo establo, transformado en almacén por Héctor, precisamente en el único espacio libre entre las cajas de material mecánico, debajo de la viga de la que se había ahorcado Ulises.

Como anfitrión, Telémaco habló el primero; con su habitual rudeza y su espíritu práctico, trazó en pocas palabras el cuadro de una situación que no vaciló en calificar de preocupante. Las noticias que llegaban del resto del país hacían intuir que, si no se ponía remedio, también allí la horda subversiva –precisamente así la llamó Telémaco– no tardaría en borrarlos a todos ellos del mapa.

A continuación pidió un minuto más de atención y leyó a los reunidos la hoja que le había dado Adelmo. De inmediato se exaltaron los ánimos; Baldini, por encima de todos, gritó que allí se revelaba una traición a la Patria, mientras que Capirossi aludía a la infamia. Telémaco dejó que la indignación se aplacara, y después, apenas volvió la calma, dijo:

–Por lo tanto, señores, creo que ha llegado la hora de que dé comienzo el juego. –Y tras unos momentos, agitando la hoja, concluyó–: La pelota, ahora, está en nuestro campo.

La discusión no fue larga. El conde se ofreció a hablar con el prefecto del contenido de la carta y tantear la posibilidad



de dejar fuera de aquella historia al hermano de Adelmo. Pero quien dio un giro a la velada y la historia subsiguiente fue el capitán Soldani, quien hasta entonces se había mantenido apartado de las discusiones y, sentado sobre una caja de madera, se había limitado a escuchar.

Dijo que también donde él vivía, como por lo demás en todo el país, la marea aumentaba y la situación no era muy diferente. Conspiradores, gusanos dispuestos a destrozarse Italia por una falsa idea de progreso, traidores, socialistas y bolcheviques: éstos eran poco de fiar y más fuertes de cuanto se pensaba, y aquella carta lo demostraba, incluso en los Regios Ferrocarriles...

Añadió que la Prefectura, sin duda resultaría útil..., apelar a las instituciones, recurrir a la policía y a todo lo que pudiera contribuir a detener aquella vergüenza, aunque se debía tener conciencia de que las instituciones no estaban dando muestras de la firmeza y el heroísmo que habían sido la base de la victoria contra el invasor austrohúngaro.

Eso era lo que hacía falta. A costa de la propia vida era preciso levantar una barrera como en el Piave, y después contraatacar, devolver golpe por golpe, sin temor. En Milán, al mando de Filippo Tommaso Marinetti, centenares de valientes habían arremetido contra los anarquistas en plena manifestación y los habían dispersado como al enemigo austríaco en Vittorio Veneto.

–Un pistoletazo, y después dos, tres, veinte, treinta. Piedras, garrotes por el aire y garrotazos precisos –sentenció.

Y luego, al ver algunas expresiones perplejas a su alrededor, se explicó:

–Hay, por fortuna para nosotros, muchos jóvenes audaces que sabrán responder al grito que hoy se eleva también de Colle Alto y apoyar la tarea política que desde mi ciudad se está expandiendo, como un manto benéfico, por todo el país. Los justos se están agrupando en fascios de combate, de manera que vuestra unión será el empujón que ayude a este burgo, al Padule y la Llana a conocer la verdadera justicia.

Se dieron seguridades, hubo acuerdos, y Soldani recogió también las aportaciones que alguno de los presentes quiso dar para la batalla que se aprestaba a afrontar. Por último, cuando ya el coche del conde se dirigía hacia la verja del Prataio, Telémaco se acercó al capitán y le dijo:

–A propósito de audaces, tengo a un joven que trabaja para mí, un tal Adelmo Bollani, un tipo despierto. Creo que podría ser útil. Se lo mandaré hacia el mediodía.

Soldani hizo un gesto con la cabeza y por fin se encaminó él también hacia el pueblo.

Cuando Telémaco entró en casa, Isolina estaba inclinada sobre las agujas con las que cosía algo de punto, un vestidito tal vez para el pequeño Eneas.

–¿Dónde está? –le preguntó.

–Arriba, se acaba de dormir. La nodriza ha bajado hace un momento.

Telémaco subió las escaleras lentamente, procurando no hacer ruido. En la pequeña cuna, al lado de la cama. Eneas dormía boca arriba, con los brazos extendidos por encima de la cabeza: sonrió: en aquella divertida posición, parecía estar rindiéndose a él que llegaba. Echó un vistazo, a la luz de la vela, al rostro del sobrino, definitivamente su hijo.

«Tú ríndete si quieres –pensó–, que para luchar me basto y me sobro yo. Por ti, por Isolina, por Riña, por el mastuerzo de Héctor y por todos sus hijos.» Volvió a mirar a Eneas y quedó sorprendido de cuánto se le parecía. Claro que era hijo de su hermano. Sin embargo, se dijo de inmediato, Ulises se había ido, Mena ni siquiera se sabía a dónde fue a parar. Un montón de vestidos viejos y un par de zapatillas, eso era cuanto había quedado de ella. Y tampoco a Annina le quedaba mucho por dormir aún sobre su avellano. Después, nadie más los atormentaría.

«Sí –pensó con los ojos fijos en el niño–, este chico se parece realmente a mí, es clavadito.»

Desde el día en que había estrechado la mano a Telémaco, comprándose la tranquilidad y el matrimonio, Annina no había vuelto a pisar el Prataio. Los últimos meses habían pasado en un abrir y cerrar de ojos, semanas que parecían instantes, tan llenos de vida nueva que, cuando una mañana se asomó a la ventana de la habitación que fuera del Maestro, viendo al final de la llanura el puntito rojo antes de la colina, sintió una punzada en el corazón, porque se dio cuenta de repente del mucho tiempo en que había querido olvidar la casa de Ulises y de sus parientes.

Contó mentalmente y llegó hasta seis meses, después se detuvo casi con vergüenza. Sintió una pizca de nostalgia. Los olores de las habitaciones, sus paisajes de niña, el cuarto de Sol, la tumba de Mena, la caldera y los establos. Todo seguía estando allí, dentro de aquel puntito rojo en el horizonte. Tenía impresos en la mente los rostros de sus tíos, pero los de los chicos no. De Penélope sólo recordaba su cabello rubio, y a las facciones de Orestes se sobreponían las de sus hermanos muertos, y además las de los hijos de los pescadores, abajo, en la escuela popular del Padule.

Se sintió confusa. Había llenado aquellos meses con el entusiasmo de un amor nuevo, profundo, ampliado a fuerza de caricias, de besos, pero también de veladas pasadas junto a Ideal, en Pianoro, y además en la escuela echando una mano ante el mucho trabajo que la miseria y la ignorancia acarrearán siempre.

A la conclusión de su turno en el ferrocarril, Cafiero se reunía a menudo con colegas y otros amigos de la Llana para discutir de política, pero también para trabajar, como hacían muchos otros anarquistas y socialistas en el resto del país.

Inmersa en estas actividades, Annina casi se había olvidado del Prataio y sólo esa mañana, al volver la mirada casualmente hacia el llano, se detuvo a considerar cuán unida estaba aún a aquel lugar. Se quedó mirando fijamente aquel puntito unos momentos más, hasta que recordó que en el fondo seguía teniendo propiedades allí, y decidió entonces enfrentarse a pecho descubierto a aquella nostalgia, se quitó el mandil y salió en busca del caballo.

Antes de ir, se detuvo en casa de Codacci, el zapatero, y compró para Mena un par de zapatillas nuevas, revestidas de suave tela. «Que por lo menos, de muerta, tenga un par como es debido», pensó. Así, apenas llegó al Prataio, se detuvo ante su tumba, dispuso de nuevo la gravilla a fin de que el letrero que había escrito fuera legible, bien claro, y, por último, depositó el regalo justo debajo de la cruz, donde por lo común se dejan flores.

Se sentó cerca de la tumba y le habló a Mena de Cafiero, de su hermoso rostro, igual, le dijo, que el de aquel Maestro que ella le describía en las historias de su infancia.

–¿Te acuerdas, Mena –le susurró–, de lo triste que me

ponía cuando me hablabas del exilio y de los paseos de la viuda por la vía férrea, tras su muerte en Milán?

Pasaron las horas, y Annina seguía contándole su vida, le habló de la escuela del Padule, de los pescadores y de los colegas ferroviarios de Cafiero que le recordaban a los huéspedes de la viuda Bartoli, en la casa junto a las murallas donde ella vivía ahora. Y, por último, le habló del amor. Le explicó que Rosa se equivocaba al verlo como algo propio de perros, y también Ulises, con aquellas historias suyas sobre la sangre y la pasión animal. Le dijo cuánto lamentaba que ella lo hubiera conocido solamente como un error, un horror, cuando en realidad era un viaje hermosísimo alrededor de los continentes, un tomar y dar. Un juego del escondite.

Cuando se incorporó, estaba ya bien entrada la tarde. Desde la casa, varias veces, alguien había apartado las cortinas mirándola a hurtadillas, y en un par de ocasiones había visto en la lejanía a Telémaco llegar y marcharse a bordo de un automóvil flamante. Ella no se preocupó por nadie y subió a la colina donde en otro tiempo hubo cipreses, y allí se sentó para mirar hacia abajo. Así se percató de cuánto había cambiado de fisonomía el Prataio en aquellos meses. No tanto la gran casa, que continuaba siendo la misma, con la herida del balcón derruido bajo la ventana de la habitación de Rosa. Era todo el conjunto el que parecía distinto: para empezar, se habían añadido por

lo menos otro par de establos y un pequeño cobertizo. En el patio frontero a éste estaban aparcados tres automóviles y sobre todo, allá donde en otros tiempos deambulaba solamente el pobre Mero, ahora al menos media docena de hombres iban y venían en los edificios.

Después, mirando desde tan alto, podía verse claramente cuál sería el resultado del trabajo de las personas que se afanaban en el gran patio. Empezando por la parte de Héctor, en efecto, la tierra ya había sido removida y el viejo patio, construido por Ulises al estilo de las antiguas eras, estaba convirtiéndose en un Jardín.

Se apreciaban con claridad las señales de los arriates y, junto a una decena de grandes macetas de flores, podían divisarse otros tantos arbolillos que harían sin duda más elegante aquel espacio. Annina cerró los ojos e intentó imaginarse cómo sería el Prataio cuando aquel jardín, al cabo de un par de años, estuviera colorido y lozano, pero por mucho que lo pensase refinado y señorial, ella seguía prefiriéndolo tal como lo había conocido: sencillo, práctico, algo campesino.

Y mientras permanecía así, con los ojos cerrados, suspendida entre un Prataio que ya no existía y otro que aún debía llegar, una voz a sus espaldas la llamó:

–Annina, ¿qué haces aquí?

El Prataio se hizo añicos al instante, y frente a ella vio el rostro sonriente de Orestes, y enseguida sintió su abrazo lleno de alegría. Él la estrecho con tanta fuerza que casi le hizo daño, pero ella no dijo nada, feliz de notar, en aquella fuerza, la seguridad de una salud recobrada, puesto que la última imagen que tenía de su primo era la de un muchachito enflaquecido, asustado y pálido, sentado en un sillón con una manta sobre las rodillas, como un viejo moribundo.

–He venido a controlar mis propiedades –contestó Annina apenas pudo soltarse del abrazo, y notó de inmediato la expresión de desilusión en el rostro de Orestes–. No, tonto. He venido por nostalgia, porque desde Colle veo el Prataio como un puntito y a vosotros, mis primos, todos como flores... –añadió para consolarlo.

–Y al tío Telémaco, ¿cómo lo ves desde allá arriba, como una alcachofa llena de espinas?

Rieron con ganas los dos, abrazados de nuevo como para asegurarse otra vez de que el tiempo transcurrido no hubiera agrietado su afecto. Después, ávidos de noticias, empezaron a contarse sus respectivas vidas. Annina le habló de Cafiero, de la casa junto a las murallas y de la escuela del Padule, pero evitó entrar en detalles, pensando que a Orestes aquellas historias de desgraciados no debían de interesarle gran cosa.



Él la escuchó con atención, hizo preguntas, se interesó sobre todo por Cafiero, por cómo era la vida del legendario Avellanito, cuya historia había llegado a tiempo para oírsele contar a Mena. Y cuando Annina acabó su relato, llegó su turno de ponerla al corriente de cuanto había ocurrido después de su marcha, sobre la prohibición absoluta que él y sus hermanas tenían de tener tratos con ella, hablarle o ni siquiera saludarla en caso de que se cruzaran con ella. Le refirió que Héctor los había reunido a todos Juntos en el salón nuevo –sí, le explicó, Riña había querido una enorme sala de estar con sofás y una larga mesa dorada y sillas de respaldos más altos que las cabezas–, y ya reunidos todos, incluso Dido, que era una niña, con aire de preocupación les había informado de que Annina había arrojado al estercolero de la parte posterior de la casa –«en plena mierda», dijo– el honor de la familia Bertorelli, al entregarse a esa especie de bufón de tres al cuarto –«bufón» llamó a Avellanito–, acróbata de piruetas, un subversivo, hijo de otro subversivo, famoso asesino ejecutado por el Ejército Real –«sigue habiendo justicia, vive Dios», había subrayado, prácticamente gritando–, hermano de un desgraciado fanático sanguinario, también pasado por las armas y hermano además de un renegado con sotana, que soliviantaba a la gente de la Llana y daba lecciones de revolución bolchevique a los pescadores del Padule.

–Dijo «bolchevique», pero no sé qué quiere decir eso, Annina –prosiguió–. Así pues, tú, desde aquel mismo

momento y en adelante, debías ser tierra quemada, negro de la noche, humo disperso por el aire, y a cualquiera que preguntase por ti, amigos, compañeros de colegio, clientes, parientes y viandantes, había que contestar con un respetuoso «no sé, no la recuerdo, discúlpeme, haga el favor».

Borrar. Olvidar. Aquello eran órdenes, no consejos, y cuidadito –repito, cuidadito– con desobedecer, incluyendo el acercarse a la tumba de Mena y subir a la colina.

Annina se rió a gusto.

–Veo que has obedecido sin rechistar.

Orestes la abrazó de nuevo.

–¿Cómo iba a obedecer, Annina mía? A veces vengo hasta aquí arriba, me tumbo sobre la hierba, para que nadie desde abajo pueda verme, y miro el Prataio, cómo era cuando era bonito.

Annina permaneció en silencio, se limitó a pasar un brazo por los hombros de su primo y a empujarlo hacia el suelo.

–Entonces agáchate, no te espongas a un castigo por mi culpa.

Orestes se tumbó, con ella a su lado, y continuó:

–Yo quiero mucho a papá, créeme, le respeto y lo quiero mucho. Le he visto llorar y maldecir a Dios cuando la gripe se llevó a Paris, a Ganimedes y a todos los demás. A veces creo que fue la muerte lo que lo cambió, pero quizá fuera sólo que yo era un niño y ahora ya soy mayor y las cosas de antes ya no me gustan –y volviéndose hacia Annina–, o ya no existen. Como tú, como Sol, como Mena.

«Ahora –prosiguió– ha decidido que debo ir a la fábrica y empezar a mandar un poco, que en la vida, me dice, o se manda o se es inferior. Y además mi madre, si la vieras, se le ha metido en la cabeza que quiere ser una señora, y compra muebles y los cambia casi cada mes. –La voz de Orestes era ya casi un susurro–. En vuestras habitaciones ha metido a dormir a Ida, una pobre chica del Malgardo, que ha tomado como criada y a la que mamá llama “el servicio”, y en tu cuarto guarda baúles y cosas viejas que aún no quiere tirar.

Annina intentó imaginarse aquella habitación atiborrada de cosas como un almacén, y sintió una punzada en el estómago, de modo que alargó la mano y apretó con fuerza la de su primo.

–A veces creo que habría sido mejor morirme como mis hermanos –dijo Orestes, y ella tuvo un arranque de ira y casi gritó:

–No digas barbaridades, so estúpido, si supieras cuánto

llore los ojos de Anquises. Tú eres joven, y todo puede cambiar aún, todo es distinto en cuanto cruzas la verja del Prataio.

–Tal vez tengas razón –admitió él con un deje de tristeza–, pero yo no tengo fuerzas.

–Las fuerzas se encuentran, tarde o temprano se encuentran, hazme caso.

El aire estaba inmóvil, y el silencio se hizo repentinamente tenso entre ellos. Así que Annina, para romper esa situación embarazosa, dijo:

–Y además tienes que pensar en tus hermanas...

Orestes esbozó una sonrisa forzada.

–Has estado demasiado tiempo lejos, primita. Aquí sólo ha quedado la pequeña Dido, recién nacida: a Hécuba y Penélope, pobres niñas, las han enviado a la ciudad, al internado de las ursulinas con las hijas de Malgardo, para hacer de ellas dos jovencitas instruidas como es debido, preparadas para la buena sociedad, no como tú, que sigues montando a caballo a pelo y te subes a los avellanos.

Ante estas palabras, los primos rieron a gusto, y el buen humor volvió enseguida a acompañarlos, de modo que pudieron seguir largo rato discurrendo del pasado y de un futuro que a ambos les costaba gran trabajo imaginar. Antes

de marcharse, y permitir a Orestes que bajara de nuevo al Prataio sin peligro, Annina lo abrazó por última vez:

–Querido Orestes, no sabes qué alegría me ha dado este encuentro. Sentía que debía volver aquí y no me equivocaba. Así que te prometo que volveré, y juntos buscaremos la manera de seguir en contacto y no perder el afecto que nos une como hermanos.

Tumbados sobre la hierba, aligerados por aquella promesa, ninguno de los dos imaginaba cuán breve sería la espera antes de que Annina cumpliera con su compromiso y en el peor momento que pudiera imaginarse.

Las cosas cambian, había dicho Telémaco, cambian las estaciones y todo retorna, y acaso pensar en escapar de esta rueda no es sino suposición ingenua, débil luz que contra el tiempo nada vale.

Espoleando el caballo hacia Colle, llena aún por la felicidad de aquella promesa, Annina estaba lejos de imaginar que su siguiente regreso resultaría amargo como el acíbar.

La felicidad duró aún unas cuantas semanas, durante las cuales su vida siguió discurriendo entre el viejo burgo, la ermita del Pianoro y la escuela del Padule. Cada mañana veía a Cafiero bajar con su bicicleta hacia la Llana y lo seguía con la mirada hasta que, tras la curva que llevaba a la estación, la carretera formaba un último tirabuzón antes de

los raíles, para desaparecer del todo detrás del largo muro de los hornos. Con el pensamiento, lo seguía bastante más allá del aquel muro, por los campos, hasta abajo, a la estación de mercancías, donde se lo imaginaba desmontando y, tras apoyar la bicicleta, entrando en la caseta de los operarios para empezar su turno.

Luego, cuando había acabado de arreglar la casa, tendido la colada o concluido el resto de las tareas domésticas, Annina se preparaba para bajar al Pianoro o al Padule, mientras montaba a caballo, seguía pensando en él, y a menudo se entretenía imaginándose el momento en que concluyera su turno y realizase al revés los gestos hechos a su llegada: abriría desde el interior la puerta de la caseta, separaría la bicicleta del muro y recorrería en sentido contrario la misma carretera de la mañana hasta reunirse con ella en casa, en la ermita o en la escuela.

Aún se sorprendía durante la emoción ante la espera de su llegada, por aquel abstraerse por breves instantes de las tareas con las mujeres del Padule, de los razonamientos de Ideal, del cocinar la comida de la Cooperativa, para echar un vistazo a la puerta y esperar verlo junto a la jamba, tal como lo viera apoyado en la verja del Prataio la noche de su primer abrazo. Hacía ya dos años, y aún le gustaba notar cómo su corazón se agitaba al reconocer sus pasos lentos u oír su voz dirigirle un saludo, y después su brazo alrededor de su cintura, y aquel breve achuchón, cómplice y

tranquilizador, de una mano tan grande como para contener las dos suyas.

Abrazada a esa felicidad, Annina creía que no podía existir nada más intenso que lo que estaba sintiendo, pues sólo con ver algo que perteneciera a Cafiero se ponía de buen humor: el toscano sobre la mesa, la bicicleta, el sombrero colgado de un gancho...

Tuvo que rectificar la mañana en que comprendió que su amor generaría pronto un hijo, porque éste estaba ya colocado en su interior como un corazón dentro de un corazón. Estuvo a punto de llorar al darse cuenta, casi como si hubiera recibido un bofetón en plena cara, y después pensó que era como un objeto de Cafiero confiado a ella, que ahora debía custodiar. De modo que rió feliz. Un libro, el chaleco: tonterías. Un hijo. Su amor había engendrado un hijo dentro de ella.

El efecto violento del bofetón se diluyó con aquellas risas, pues, y Annina sintió que debía devolver a Cafiero aquel objeto, o al menos advertirle de que ella lo estaba cuidando. Tenía que avisarle de inmediato, se dijo, y saltó sobre el caballo y corrió hacia la Llana, para hacerle saber que su amor, la felicidad, la llevaba dentro de ella, y que no se preocupara.

Entretanto, la policía acababa de llegar a la caseta de los ferroviarios. Las cuatro personas de la cuadrilla estaban ya

allí, listas para entrar de servicio siguiendo la vía férrea. Cafiero acaba de dejar su bolsa y estaba charlando con Libero Bassani, mientras éste se ataba las botas. El oficial de policía entró y dijo que no hicieran tonterías. Estaban rodeados, como si aquello fuera Caporetto. Después sacó del bolsillo una hoja y leyó una orden de detención contra los señores abajo relacionados, como dispone el reglamento. Apellido, nombre, padre y madre, fecha de nacimiento y lugar de residencia. Lo sabían todo, hasta la última coma.

Eran tres nombres. El de Cafiero era el primero, y en aras de la precisión, tras el apellido y el nombre, el oficial leyó y subrayó «llamado Avellanito». En segundo lugar llamó a Comunardo Benzi, y después a Libero Bassani.

Los tres nombrados miraron instintivamente hacia el último que quedaba. Lorenzo Bollani estuvo a punto de soltar un grito ahogado.

–No te atormentes, Lorenzo –dijo Bassani mientras se lo llevaban–, sin duda habrás tenido tus buenas razones.

Bollani estaba terroso, parecía no respirar, farfullaba algo para sus adentros, acaso una justificación, acaso un nombre.

Siguió intentando articular algunas palabras mientras sus compañeros montaban en un carro para ser conducidos a



prisión, y sólo cuando el vehículo era ya una nube de polvo lejana lanzó un grito desesperado en el paraje desierto de la estación de mercancías.

Annina apareció con su carga de felicidad, pero ni en la caseta ni en los alrededores encontró a nadie. Pensó que ya se habrían dirigido hacia el primer destino, debajo del caz grande, a tiempo para el directo de la mañana. Así que hacia allá fue, y justo detrás de la torre del agua, colgado de la cadena de arrastre, se topó de frente con el cuerpo de Lorenzo Bollani que pendía sin vida.

De golpe le pareció como si el tiempo hubiera retrocedido, volvió a ver a Ulises balanceándose de la viga de la pocilga, y temió que, una vez más, el dolor experimentado fuera a caer sobre ella, igual y perfecto. Así que echó a correr hasta la bicicleta de Cafiero. Saltó sobre ella con la esperanza de que quizá pudiera transmitirle nuevamente algo de la tranquilidad que sentía resquebrajarse como si estuviera construida de arena, pedaleó con fuerza, intentó ser luz, viento, marcharse a toda prisa, huir de su propia vida que la estaba persiguiendo, y corriendo en el interior de un sueño al revés voló a ver a Ideal para pedir ayuda.

De modo que correspondió a Ideal informarle de la detención e intentar reconducir a la razón algo que razonable no era. La primera noche quiso que Annina se quedara en la ermita, y se la confió a Bruna, el ama de llaves, para que le hiciese compañía y aliviara con la paciencia de

la vejez su ansiedad desesperada. Entretanto no paró un instante, buscó refuerzos en la Cooperativa, y en los días siguientes se fue a la ciudad, a la Liga, para buscar un buen abogado que le echara una mano contra las acusaciones infamantes de la policía. Movilizó a personas, escribió llamamientos y organizó ayudas para los familiares de los detenidos.

Como ya ocurriera en tiempos de la detención de su padre, y a continuación en el internado, con la rebelión y la muerte de Mijail, Ideal se vio escuchando reprimendas, intentando mediaciones, confiando en algo que no llegó nunca, y que al final se tradujo en una condena, para todos los detenidos, a dos duros años de penal.

En aquellos meses tremendos, Annina conoció, gracias a Ideal y a los compañeros de Cafiero, parte de aquella solidaridad que en tiempos había residido en el alma de todo Colle, y gracias a ella pudo levantar apenas una punta de la pesada capa de oscuridad que la había envuelto desde el momento en que sus ojos se posaron en el ahorcado Lorenzo Bollani.

Porque en verdad la oscuridad parecía expandirse desde los canales del Padule hasta el viejo burgo y la Llana, y empezaron a verse cada vez con mayor frecuencia bandas de jovenzuelos armados con garrotes, pistolas, porras y cuanto fuera necesario para asaltar a cualquiera que se opusiera al orden del que ellos se erigían en defensores.

Dos veces se arrojaron piedras y estiércol contra la escuela popular del Padule, y cuatro obreros de los hornos, entre los más activos en las reivindicaciones salariales, fueron apaleados y abandonados moribundos ante la puerta de la Cooperativa, con un cartel en el que se leía «¡Traidores!».

El alcalde, el abogado Milani, intentó mediar sin éxito, pidió más firmeza al prefecto, hizo llamar al comandante de los carabinieri, pero poco pudo hacer frente a una marea que venía de lejos y arrastraba, a la deriva, hasta Colle los embates de una oleada negra de muerte.

En la casa junto a las murallas, Annina siguió conservando el amor de Cafiero en su interior, sintiéndolo crecer a cada instante, acunándolo con relatos a través de los que había consolado su infancia complicada por la locura de su padre y por una madre tierna que se había diluido como una nube. Se acunó a sí misma, y a su futuro, a través de las historias de cómo había sido, para bien y para mal, el espíritu de Colle, desde que el Maestro bajó del tren hasta que su último hijo había tocado con su propia mano la cárcel y la traición.

«Si todo está amenazado de muerte, que al menos el hilo de la vida de este lugar pueda enrollarse y desenrollarse a través de sus palabras», pensó Annina en aquellos días de nueva soledad; y si un hilo había en sus historias, entonces le pareció que narrarlo era la única finalidad de tanta vida.

El automóvil se detuvo frente a la rectoral, haciendo crujir la gravilla. Ideal levantó la vista del cuaderno, oyó las voces alteradas y comprendió.

–Fuera de aquí –le dijo a Bruna.

La vieja ama de llaves le miró sorprendida, y tal vez pensara en replicar, pero él se le adelantó con un tono de voz que era de orden, no de deseo.

–¡Fuera de aquí, de prisa!

De modo que cuando la puerta se abrió, los tres jovencitos con camisa negra se lo encontraron solo, de pie y con el cuaderno aún en la mano, casi como si estuviera esperándoles. El cuarto no entró, se quedó en las escaleras, montando guardia para los valentones.

–A ti no te conozco –dijo Ideal dirigiéndose al más alto–, pero tú eres Pietrino Rosati de la estación, y tú, Adelmo Bollani, de la Llana.

–Mejor así, cura, por lo menos no perderemos el tiempo en presentaciones –dijo Adelmo con una sonrisa bravucona.

–Precisamente tú, Bollani. ¿No tenías valor para venir a apalearme tú solo, que has tenido que traer a la cuadrilla?  
–prosiguió Ideal.

–Nosotros estas cosas las hacemos juntos, así no nos quitamos el placer uno al otro. Por caridad cristiana... –se mofó Adelmo.

Ideal se puso rígido.

–Pero para hacer que detuvieran a Avellanito y a los demás, y para hacer pasar a tu hermano por traidor sí tuviste valor –le espetó con dureza.

Un bofetón le cayó en pleno rostro.

–¿Cómo te atreves a hablar de traiciones, tú que has vendido tu fe a los subversivos? –chilló el fascista, mientras, como si fuera una señal previamente convenida, sus dos compinches se acercaban a la librería.

Ideal se persignó, después se pasó la mano por la mejilla golpeada.

–Mejor así. Me preguntaba cómo hay que comportarse en estos casos. A quién corresponde dar el primer golpe, si es que hay, cómo explicarlo, un ceremonial. Veo que no hay nada nuevo. Sólo la vieja, antigua furia. En todo caso, entretanto hemos roto el hielo. Adelante, pues.

Mientras, Pietrino Rosati sacaba los libros de los estantes y se los pasaba con gesto teatral a su compadre, quien con lentitud, sádicamente, arrancaba la portada, deshacía un pliego de páginas y los arrojaba al suelo.

Por un largo momento, Adelmo e Ideal se miraron a los ojos.

–Aunque te condene, yo te perdono, Adelmo Bollani –dijo después el hijo del Maestro.

El bastonazo lo alcanzó en el rostro, y por un instante creyó que se desmayaba. Después una patada en el vientre, después nuevos bofetones, puñetazos, quién sabe qué más. Ideal no reaccionó, se limitó a doblar las piernas y cayó de rodillas, como si estuviera rezando. Vio frente a él al fascista más alto orinando sobre las hojas que había apiñado a sus pies, y del montón notó que sobresalía un volumen casi íntegro aún, forrado con una hoja de periódico amarillenta.

Aquella visión le hirió más que los golpes que ya se estaban perdiendo en un calor envolvente. Vio allí dentro su infancia, a su padre, el sueño que nunca se había realizado transformado ahora en un dolor perfecto, cegador. Alargó el brazo para aferrarse a aquella última luz, pero halló la mano de Rosati que se había acercado para ayudar a su compadre y sujetar a un hombre para poder apalearlo mejor.

Un golpe en la espalda lo derribó, perdido definitivamente en el suelo convertido en agua. Boca arriba como estaba, en el techo vio Lugano y las banderas, y después al Maestro que detrás de las banderas había bajado cerca de él para ofrecerle una sonrisa después de tanto silencio.

Ideal hubiera querido abrazarlo, darle las gracias por cada una de sus palabras, por todo cuanto le había enseñado, por toda aquella vida, pero tenía en la garganta un corazón de sangre y los ojos empañados como por un velo. Entonces renunció a las palabras, se dejó tomar de la mano por su padre y se dejó llevar por fin entre las nubes blancas de Suiza, al interior de su cielo.

## XII

No había pasado mucho tiempo tras la muerte de Ideal cuando Telémaco consiguió por fin realizar su sueño de convertirse en alcalde de Colle. Gracias a la dirección del capitán Soldati, las bandas de camisas negras redujeron al silencio a los últimos opositores con los argumentos del garrote, las amenazas y las purgas. Y dado que el alcalde, el abogado Milani, seguía exigiendo la intervención del prefecto, el propio Soldati no vaciló en enviarle un ultimátum.

Llegó, en efecto, a toda velocidad ante el portal del letrado dejando que las ruedas de su automóvil chirriasen y haciendo retumbar el atrio del antiguo edificio con un ruido de pasos violentos sobre el pavimento que el pobre abogado no consiguió olvidar jamás.

Escortado por dos sicarios como si fuera un general, el ex combatiente del Monte Grappa se abalanzó hacia el



despacho sin dejar siquiera que le anunciaran, muy al contrario, haciendo que sus compinches abriesen de par en par la puerta, tras lo cual silenció las protestas del alcalde con un fustazo sobre el escritorio que indicaba sin sombra de dudas qué cariz tomaría el encuentro como no cesaran de inmediato sus protestas.

–No es desde luego éste momento de buenas maneras –dijo sin andarse por las ramas–; la salud de la Patria tiene otras exigencias bastante más importantes que sus estúpidas ñoñeces, abogado. La hora de la decisión ha llegado también para Colle: tengo aquí para usted un mensaje del camarada Compagni, secretario del Fascio –anunció, mientras tendía al alcalde un sobre con el escudo del partido.

Milani lo abrió con manos temblorosas más por la indignación que por el miedo. El mensaje decía:

«Dado que Italia debe ser de los italianos y no puede ser administrada, por lo tanto, por individuos como usted, haciéndome intérprete de tus administrados y de los ciudadanos de aquí, le aconsejo que presente la dimisión como alcalde antes del domingo 17 de abril; de no hacerlo así, sobre usted recaerá cualquier responsabilidad sobre lo que pueda suceder con cosas y personas. Y si insiste en recurrir, como parece ser su costumbre, por enésima vez a las autoridades a causa de este pío, amable y humano consejo mío, el plazo antes

señalado se reducirá al martes 13, cifra que, como es sabido, trae buena suerte. Con mi consideración más distinguida.»

Milani se quedó estupefacto, y sólo tuvo fuerzas para gritar algo a los tres sinvergüenzas que ya se iban tras haberle saludado brazo en alto. Después se recobró y se juró a sí mismo que no se movería ni medio centímetro del palacio que dominaba Colle Alto.

Aquella misma tarde, el viejo ujier del ayuntamiento casi se deja el corazón subiendo de tres en tres los escalones de la escalinata para correr a avisarle de que su Fiat estaba ardiendo como una tea en medio de la plaza. Y ante sus reiteradas protestas, el prefecto contestó que le comprendía perfectamente, no eran tiempos fáciles para nadie con tanto descerebrado deambulando por ahí, si bien le sugirió que considerara cómo la moda de construir vehículos en tan alto número, en el fondo hacía que bajara su precio, lo cual era bueno, desde luego, pero claro está, los defectos eran innumerables. Mucho mejor era tener aunque no fuera más que uno de los preciosos autos que fabricaban en el taller de Bertorelli o, por decir algo, un Isotta Fraschini, si uno no podía permitirse un rápido Bugatti.

Y, por último, la noche de aquel desgraciado día, el hijo de Milani, Ubaldo, llegó jadeante a casa y explicó que, mientras iba por la calle, se le habían acercado un par de tipos de

mala catadura con camisas negras que, tras empujarlo al interior de un portal, le habían rogado, con el puñal a un centímetro de su garganta, que informara al señor alcalde, su padre, de que el plazo acordado se había reducido al 13 de abril. El viejo abogado comprendió, se dejó caer en el sillón y le dijo a su hijo que no podía poner en peligro su vida, la de su hermana, la de toda la familia por resistirse a esos canallas que se estaban apoderando definitivamente de Italia y que no tenían la menor intención de renunciar ni a Colle ni al Padule.

Telémaco vio, pues, el camino expedito, gracias también a la influencia del conde de Malgardo sobre el prefecto y a lo que Solduni comunicó al partido en cuanto al decisivo apoyo que había sabido prestarle en los momentos de necesidad.

De modo que subió las escaleras del antiguo Palacio municipal con el corazón en un puño y una sensación de urgencia que sólo se atenuó cuando estuvo sentado detrás del enorme escritorio y desde allí, a través de la vidriera, vio la plaza, las casas de piedra y, al fondo, delimitando el verde de los campos, el refulgir del Padule Largo.

Ante aquel panorama, la satisfacción lo invadió por fin, ahuyentando la ansiedad que le había atenazado, fortísima, al subir los últimos peldaños que lo separaban de su sueño. Apoyó las manos en el borde tallado, casi como si quisiera sostener con fuerza su meta. Lo había conseguido, pensó, a pesar de todo y de todos. Había sido capaz de lograrlo a

pesar del duro trabajo de tratante de cerdos que durante tantos años había sido el suyo, día tras día, hora tras hora. A pesar de Ulises y de su locura. A pesar de la fuga de Rosa, y a pesar del mastuerzo de Héctor, de Riña y de Isolina. A pesar de la guerra, y de la gripe, y de que Annina hubiera acabado emparentando con aquellos subversivos. Había sido capaz de salir indemne en medio de enormes dificultades, y por fin podría preparar el camino hacia el futuro y para Eneas, ahora que la familia disfrutaba de una enorme casa, de bienestar, de respeto, y también de poder.

Todo estaba yendo de maravilla y él, pensó, sería un alcalde ecuánime, prestigioso, sin igual.

Después se le ocurrió que sería bonito tener un blasón, un símbolo para representar a los Bertorelli, como las familias nobles. Miró hacia la llanura donde estaba el Prataio, intentó imaginárselo. A continuación, estalló en carcajadas, sonoramente, casi hasta sentir dolor.

La única imagen que se le había ocurrido se destacaba rosada sobre un campo negro: era un puerco rampante, con una porra bien sujeta entre sus manitas de cerdo.

\*\*\*

Annina sacó adelante su embarazo, dividida entre el trabajo y la carga del encarcelamiento de Cafiero. Pasaba casi todos los días con la gente del Padule, ocupándose de

los niños, las casas y las barcas y de lo poco de la escuela popular que había sobrevivido a la muerte de Ideal. A menudo escuchaba a las mujeres que, en círculo, limpiando junto a ella los sedales o las redes contaban lo que se decía que estaba ocurriendo en la ciudad y más allá, hablaban de personas que definitivamente habían sustituido a los viejos personajes de la historia de Colle, su épica y su levedad. Y si bien a veces, las más ancianas de ellas, Renzia o Armida sobre todo, procuraban sazonar aquellas tristes relaciones de miserias con detalles picantes o chismorreos de pueblo, Annina, siempre con una sonrisa en los labios, no podía evitar un pensamiento hacia la celda en la que se imaginaba confinado a su hombre, y el buen humor se extinguía en un temblor o una mirada perdida.

Del Padule, por la noche, volvía a Colle subiendo la empinada cuesta montada en la bicicleta de Cafiero, que había sustituido definitivamente al caballo, vendido en el Pórtale para conseguir algún dinero con el que preparar la cena. Subía pedaleando con rabia, balanceándose sobre los pedales demasiado altos para ella, de modo que parecía una especie de ciclista ebrio esforzándose en un puerto alpino. Y cuando el obstáculo del embarazo resultó evidente, Annina siguió bajando y subiendo sobre aquel trasto negro excesivamente grande, sin atender las preocupaciones de las mujeres ante los repetidos esfuerzos o una posible caída accidental.

Por la noche se acostaba en la casa junto a las murallas sin el consuelo del abrazo en el cual, en tiempos que ahora le parecían lejanísimos, había hallado la tranquilidad. Se levantaba a menudo por la noche, para mirar por la ventana, hacia la llanura, las escasas luces que en ella brillaban, y en la oscuridad jugaba a adivinar el tendido ferroviario, para seguirlo más allá del viaducto, más allá incluso de los límites del Padule, hacia la ciudad donde Cafiero estaba encerrado en una jaula.

Y por más que las mujeres le rogaban que se quedara a dormir con Renzia o con la vieja Armida, ambas viudas y solas, Annina no atendía a razones, e hiciera el tiempo que hiciese, en cualquier estación, se subía a la bicicleta negra para ganarse tras una dura ascensión la intimidad de aquellas noches suyas en las que prefería estar en soledad, para imaginarse a Cafiero entre tinieblas.

Sólo Orestes, desobedeciendo como siempre las órdenes de su padre, tuvo el valor de interrumpir el aislamiento de aquellas noches, tras ascender desde el Pratalo, como un ladrón, por los senderos que el Maestro había recorrido en sus paseos. Al llegar bajo la casa Junto a las murallas, tiraba unas piedrecitas a los cristales tras los que veía a Annina absorta en imaginar a su amor en la oscuridad.

Entonces ella sonreía por fin, y bajaba a abrirle la puerta del jardincillo, de modo que él pudiera entrar por detrás sin llamar demasiado la atención. Y después, con emoción, lo

abrazaba y escuchaba las novedades del taller, del Prataio y de Riña, que ahora ya no quería cocinar y pretendía que Héctor contratara una cocinera y un chófer con el que ir a la ciudad al menos una vez por semana para visitar a sus hijas en las ursulinas y, sobre todo, a sastres y peluqueros.

Eran momentos de felicidad, breves oasis en aquellos desiertos en los que se habían convertido las noches de Annina y ella, mientras su primo hablaba, paladeaba sus palabras como se bebe un sediento el único vaso de agua que le queda. Le observaba expresarse, subrayar los relatos con las manos, con las sonrisas, con rabia o ímpetu, y a menudo, casi para cerciorarse de su existencia, alargaba un brazo hacia él o le acariciaba la mejilla, a veces para aquietar una preocupación suya, otras para subrayar un placer, siempre para agradecerle el afecto que su primo le llevaba durante esas visitas furtivas.

Y fue precisamente ese afecto el que llevó a Orestes bajo la ventana de la casa junto a las murallas la noche que Annina parió. Aquella tarde, ella había subido del Padule a pie, pues balancearse sobre la bicicleta de Cafiero con aquella sandía delante le resultaba ya imposible, y llegó a Colle exhausta, con un dolor de muerte en la espalda. El vientre le palpitaba y sentía el corazón en la garganta. Contó una vez más el tiempo y se dijo que era aún demasiado pronto para el parto, faltaba todavía un mes largo, casi dos. Así, pese a que el dolor siguiera torturándola en los

costados, estuvo una hora por lo menos de pie, asomada a la llanura mirando la noche o imaginándose el amor. Y mientras seguía por enésima vez la vía férrea perderse en la oscuridad, notó las piernas empapadas y comprendió que el hijo de Cafiero había decidido venir al mundo en ese momento, y a pesar de estar sola, a oscuras, sin nadie que la ayudara, se sintió feliz porque pensó que en adelante no volvería a estar sola.

Luego, una cuchillada en el vientre y otra en las caderas la obligaron a tumbarse en la cama, y allí empezó a sentir miedo. No por ella, sino por aquella vida que parecía querer desgarrarle las vísceras para salir, casi como buscando en los meandros de su vientre un camino que no sabía encontrar. Empujaba, su hijo, casi hasta arrancarle las carnes, y después parecía retirarse, de modo que Annina, en esos momentos, conseguía rozar la diferencia entre el infierno que arde y el paraíso que carece de llamas.

Y mientras ella intentaba no ahogarse en aquel mar de fuego, imaginaba la urgencia de ese pobre hijo suyo, preso él también como su padre, pero en una cárcel de carne, estrecha, envuelta en sangre, latiente. Lo veía en su interior, empujando, con los labios y los ojos cerrados por el esfuerzo, minúsculo minero de su barriga, buscando la vida a fuerza de puños.

E inmediatamente después se lo imaginaba exhausto, inmóvil, recobrando el aliento antes de volver a empezar el



asalto hacia la luz, y temía que sus manos, tan pequeñas aún, se rompieran contra aquellas paredes demasiado estrechas, maldita fuera ella, incapaz de nada, de estallar, de convertirse en aire, de abrirse tal como hacen las flores al aire tibio, a la luz, a un insecto.

De modo que intentaba secundar el esfuerzo y cuando él empujaba, ella se esforzaba en ensanchar sus vísceras, con las piernas abiertas, los ojos muy cerrados para no verse cara a cara con un dolor tan brutal como para hacerla gritar. Minuto tras minuto, durante más de una hora, Annina excavó junto a su hijo el camino para sacarlo al mundo, hasta que, con un llanto incontenible, él anunció por fin que aquel esfuerzo había terminado y que estaba listo para enfrentarse a otros, aún desconocidos.

Deshecha por el cansancio, Annina se incorporó y, sentada, lo tomó por primera vez entre sus manos y se sorprendió de que el obseso que le había desgarrado las tripas fuera una cosita minúscula, frágil, completamente empapada. Antes de cortar el cordón de carne que los unía aún, lo sostuvo un rato sobre su vientre e intentó hablarle, pero la voz no le salía. Se había congelado en su garganta, helada por el amor ante aquella vida que la unía para siempre a Cafiero.

El grito con que rompió aquel hielo le sorprendió incluso a ella, porque pensaba que el calvario había acabado ya; por el contrario, se presentaba de nuevo, y aún más fuerte que

antes; había otro que empujaba desde dentro, que roía, excavaba, y entonces Annina sintió con fuerza, por encima de ella, el peso del que nadie escapa, y volvieron a resonar en su cabeza las palabras de Isolina, en cuanto a la incapacidad de las Baglini de tener un parto como Dios manda, la historia de Rosa acerca del nacimiento venturoso de Sol, después la de Mena, casi muerta al parir a Eneas, y ahora ella y aquella maldición en el vientre.

Gritó Annina, desesperada, con aquel primer minúsculo hijo entre los brazos y otro entre las piernas que arañaba, se aferraba, procurando mantenerse con vida aunque venía de través, aplastado, medio estrangulado.

Orestes llegó a la ventana de la casa junto a las murallas y por primera vez no vio asomada a su prima. Aguardó unos minutos, y luego, como tenía por costumbre, arrojó algunas piedrecitas a los cristales para advertirla de su presencia. Comenzó a sentir cierta preocupación, pero inmediatamente después recordó su última visita, cuando él mismo había insistido para que Annina empezara a quedarse en el Padule, para que durmiera con Armida o Renzia que podrían echarle una mano, ahora que su vientre era una sandía ya casi madura.

Así que sonrió para sus adentros, y pensó que aquella cabezota, por una vez, había seguido sus consejos, y a pesar de que delante de él le hubiera dado las gracias pero diciéndole que no, agradeciéndoselo amablemente, pero

negando cualquier necesidad, al final había cedido a los más sensatos consejos; más tranquilo, había dado ya media vuelta para regresar al Prataio, cuando oyó el grito de Annina. Resonó atenuado por las paredes y por la lejanía, pero con todo aún se percibía igualmente en él la fuerza de quien mueve montañas.

Orestes comprendió. Saltó sobre el murete y desde ahí, con un brinco, se aferró al canalón y se encaramó hasta la ventana. Rompió los cristales de una patada y entró a la carrera en ayuda de su prima. Al verla en aquel estado, roja y demudada por el esfuerzo, gimiendo y con un grumo de carne viva entre las manos, perdió los ánimos, empezó a murmurar y a gemir, de modo que paradójicamente hubo de ser Annina quien lo animara:

–No me seas bobo –le dijo apretando los dientes– y vete a pedir ayuda, que si no esto se va a poner realmente feo.

Y al ver que su primo titubeaba, dándole a su hijo recién nacido, casi le gritó:

–Envuélvelo en un trapo y llévaselo a las mujeres del Padule. Diles que va a nacer otro, y que tengo miedo de que vaya a pasar como con mi madre y con la Mena.

De qué manera llegó Orestes a casa de Renzia, ni él mismo hubiera podido decirlo. Bajó a la carrera hasta la estación, donde había dejado el automóvil de Héctor, y voló con éste

hasta el Padule casi sin ver la carretera, y allí armó tamaño alboroto que pronto en casi todas las casuchas de los pescadores se encendieron las luces, se propagó la noticia y un grupo de gente adormilada se agolpó delante de la casa de la vieja Renzia como en un Belén, para ver al primer nieto del Maestro.

Orestes informó a todo el mundo de lo sucedido, y de inmediato cada uno dijo lo que pensaba, apuntó hipótesis, nombres distintos, previsiones tristes, frases trucas, hasta que Armida, irritada por tanto parloteo, soltó:

–A ver, pandilla de memos, ¿a qué viene tanta cháchara mientras Annina está en Colle, sola, con un chiquitín que se le puede morir en la tripa?

Los presentes guardaron silencio y se volvieron hacia ella, que de inmediato señaló a Morena y dijo:

–Tú, Morena, vete con el Orestes para convencer a la vieja Maddalena para que suba hasta casa de Annina. Dorico, vete con ella, que a la Maddalena habrá que levantarla a pulso.

Así, al minuto siguiente estaban todos en casa de la vieja partera.

Inmóvil en su sillón, Maddalena movió la cabeza incrédula.

¿Cómo iba a poder ella, que no se sostenía en pie y estaba medio ciega, ayudar a la hija de Ulises?

Hacía casi cinco años que no salía de casa; sería mejor que la dejaran tranquila esperando la muerte y fuesen a buscar la ayuda de quien de verdad podía prestarla.

Orestes entonces se arrodilló a su lado, le tomó una mano y le habló:

–Maddalena, ¿se acuerda? Usted trajo al mundo a Annina y sus obligaciones para con ella son casi de madre. Tiene usted el arte y el hechizo de sus palabras y de las manos con las que le dio la vida a ella y a su hermano, extrayéndolo del interior de Rosa como si fuera una patata. Ella me ha dicho que tiene la misma maldición que su madre y Mena. Usted que conoce estas situaciones. ¿cree que puede haber de verdad en Colle alguien capaz de conjurarla como lo hizo usted en el pasado?

La vieja apretó la mano de Orestes, y pareció mirar con más atención aún en la neblina que la catarata dejaba caer sobre sus ojos. Permaneció en silencio unos minutos y después, tomándolo del brazo, ordenó:

–Dos hombres robustos, que vengan a mi lado, que me he vuelto tan grande como un armario. Llévame a casa de mi Annina. Será la última vez que haga nacer a nadie en este asco de mundo, total, estoy ya tan cercana a la muerte que

no se tomará a mal que le señale el camino a otro pollito. Querrá decir que, para equilibrar las cuentas, me iré yo un poco antes para engordar la tierra de garbanzos.

La cargaron a pulso en el automóvil y, corriendo como locos, llegaron a la casa junto a las murallas cuando Annina estaba ya más muerta que viva. Con una débil sonrisa saludó a la vieja partera, que le pasó las manos por la cara, enjugándole el sudor.

–Estate tranquila –le dijo–, la Morena será mis ojos y Orestes y Dorico, mis piernas. Las manos, si Dios quiere, las sigo teniendo buenas y bastarán.

Así, haciendo que la sostuvieran los dos hombres y pidiéndole a Morena que le dijera lo que iba viendo, Maddalena colocó sobre el vientre de Annina las manos con que la había hecho nacer y repitió las palabras que habían atenuado las angustias de Rosa la noche del parto. Con esas mismas historias la envolvió, y la convenció para que se echara sobre el suave paño de vocablos que le había preparado, y después, con infinita paciencia, plegó y desplegó nombres, conjugaciones, períodos largos y rimas entrelazadas con las que deshizo la dureza de los nudos en que se había enredado aquel pequeño desmañado, y sin dejar de masajearlo con caricias y palabras lo convenció para que se deslizara fuera de su refugio, y siguió hablando hasta que aquel renacuajo no empezó a berrear como un obseso, y definitivamente nacido.

Mientras Morena se encargaba del chiquitín, ella acarició por última vez a Annina, que se había adormecido, y después pidió a los dos hombres que la sacaran de allí. Orestes la acompañó al jardín e hizo que se sentara en un sillón que Dorico había dejado al lado del murete, encarado hacia la llanura. Maddalena hizo un gesto al muchacho para que se quedara junto a ella.

–Allá abajo está la estación, ¿verdad? –preguntó.

Orestes contestó que sí, y entonces le pidió que le describiera una vez más lo que se veía, y él le habló de la carretera que bajaba hasta delante de los hornos, y después del largo muro, y de la chimenea, y del patio con ladrillos amontonados, y después, más allá, de las primeras casas de la estación, de las vías que trazaban una curva casi tan suave como el vuelo de un pájaro. Y a medida que Orestes hablaba, la vieja partera asentía, y repetía los nombres de las personas a quienes había ayudado a nacer y que habitaban en las casas nuevas o en la granja de la que ahora estaba hablando, y sonreía o torcía el gesto como si esa gente estuviera realmente delante de ella, delante de sus ojos cargados de niebla, y aún sintiera simpatía por uno o desagrado por otro, o por una enfermedad o por un desaire, y conociera los secretos de tal persona, y sus defectos, y sus amores, y sus chaladuras.

Sólo cuando Orestes llegó al final de la llanura, allá donde la mirada se perdía y conseguía a duras penas distinguir

entre un árbol y una carretera, Maddalena dijo que ya bastaba y permaneció en silencio mirando fijamente ante ella el aire inmóvil de la mañana recién nacida, escuchando el primer canto de los pájaros y los ruidos de la vieja aldea que se estaba despertando como cada día, sin saber que ella lo había asimilado todo en su interior para siempre.

Orestes sintió aflojarse la presión de sus manos y pensó que se había quedado dormida. El cansancio de aquella noche le estaba pesando a él también, de modo que cerró los párpados para saborear la paz del momento. Pero un pensamiento repentino lo sobresaltó de inmediato y volvió a abrirlos, y llamó varias veces a la vieja partera, la sacudió, la acarició y buscó el modo de detener la congoja que lo sofocaba, para retenerla junto a él un momento más; pero Maddalena ya se había ido y estaba definitivamente más allá del Padule, entre las casas de la Llana, hacia la ermita y allí donde se encontraban todos aquellos a quienes había ayudado a venir al mundo y a los cuales desde el jardín de la casa de Annina no hubiera podido ver jamás.

Hasta bastantes meses más tarde no pudo abrazar Cafiero a Annina y a los dos hijos nacidos durante su encarcelamiento. Tal como había ocurrido con su padre, llegó en tren, y desde la estación pidió que le llevaran hasta el viejo burgo. Desde que se marchara, poco parecía haber cambiado en el aspecto de las cosas, pero Cafiero sabía bien, por haberlo experimentado en su piel, cuánto más



pesado era el aire que habían de respirar todos aquellos que habían amado la libertad y la justicia. Casi instintivamente miró hacia la Llana, con la vana esperanza de poder divisar el campanario de la ermita, demasiado lejano para poder verlo, pero no tanto para no poder imaginar las tumbas de Ideal y de Libertad, en el pequeño cementerio al lado de la rectoral.

La tristeza de esas ideas se diluyó apenas llegó ante la casa junto a las murallas, y se convirtió en felicidad pura cuando por fin pudo volver a abrazar a Annina y ver por primera vez a sus hijos, a quienes ella había impuesto los nombres de Sol, el último en nacer, e Ideal, el primogénito. Del Padule, aquella noche llegó Morena con su marido, Nardo, quien informó a Cafiero de la situación política, recomendándole prudencia. Telémaco Bertorelli había conseguido convertirse en alcalde, o mejor dicho, en podestá, como ahora se denominaba al más alto cargo de Colle, y el capitán Soldani, con sus esbirros, aunque no tan a menudo como en otros tiempos, estaba siempre dispuesto a hacer probar el bastón y la purga a quien manifestara ideas no demasiado en consonancia con las del Duce de Roma.

De modo que nada de tonterías, y ojos muy abiertos delante y detrás, que en la medida de lo posible la lucha no cesaría jamás, pero ahora había que concebirla en términos distintos, sin arrebatos ni desde luego a la luz del sol. Para empezar, era seguro que se había informado de su regreso

a Colle, y, por lo tanto, estaban siendo registrados, observados y controlados sus movimientos y sus amistades. Absolutamente todo. Ya esa reunión suya implicaba riesgos, y por esa razón, Morena y él regresarían enseguida al Padule, con más motivo cuando ahora, perdido el trabajo en el ferrocarril, tiempo para hablar no faltaría; Cafiero podría comenzar echando una mano a los pescadores mientras procuraba encontrar otra manera de alimentar a las dos nuevas bocas de la familia, voraces como un dragón.

Las advertencias de Nardo se revelaron acertadas, visto que al día siguiente Soldani, escoltado por Adelmo y Pietrino Rosati, se dejó caer por los alrededores de la casa de Cafiero, lo que siguió haciendo al menos un par de veces al día. Fueron tiempos duros en los cuales Cafiero experimentó la opresiva experiencia de la cárcel en libertad, de una vida bajo vigilancia.

La dureza de aquellos días se vio aumentada por el hecho de que el pequeño Sol no tenía buena salud. Las primeras opiniones de los médicos locales a los que Annina y Cafiero se dirigieron para comprender los motivos de su debilidad, de sus labios a menudo azulados, de su escaso apetito, y de la clara diferencia entre su crecimiento y el de su hermano gemelo, no fueron más allá de vagas explicaciones. Todos concordaron en secuelas del prolongado parto, acaso una compresión cerebral o algún trauma sufrido en aquel alumbramiento realmente milagroso. Nadie, sin embargo,

encontró remedio preciso para aquel mal, hasta que Cafiero, desesperado al ver tanto sufrimiento en una criatura tan diminuta, pidió a sus compañeros del Padule una ayuda que le permitiera consultar a un médico de verdad, uno de ciudad que supiera lo que se traía entre manos. Exprimida la miseria de los pescadores y de los amigos, tomó a Sol y a Annina y subió a un tren en busca de una esperanza.

El diagnóstico del lumbrera fue que se trataba de una lesión cardíaca, congénita, probablemente una válvula defectuosa, un reflujo de sangre, en definitiva, algo que haría la vida del niño difícil, pendiente de un hilo, una frágil hoja al viento que tal vez, con el tiempo, podría mejorar o bien troncharse en un instante a causa de un estornudo. Así pues, mil cuidados, alimentación controlada, pocos esfuerzos, un huevo rodeado de guata. Annina trató de darse ánimos, se dijo que a la vida hay que secundarla siempre, y que si Sol era un frágil huevo lo guardarían con todo cuidado hasta que su cáscara se hubiera reforzado.

Aun siendo consciente de no tener ninguna responsabilidad directa, Cafiero, en lo más íntimo, se convenció de ser culpable por haber estado ausente en el momento en que Annina había traído al mundo a aquel niño, y ese sentimiento marcó para siempre su vida, como un peso oculto que le costaba arrastrar, renovado con cada mirada de aquel hijo enfermo, con cada paso lento, con

cada respiración afanosa de aquel hijo. Por su parte, Sol, a pesar de su constitución débil, creció con un espíritu vital, reforzado por la alegre compañía de Ideal y de Filomena, nacida al año siguiente, y por encima de todo, por el vigor de Annina, que acompañó su delicada infancia y la roció con las historias con que, a su vez, su hermano la había acompañado antes de marcharse en busca del Oriente.

A través de su enfermedad, el pequeño Sol conoció en toda su plenitud el tiempo lento de las palabras y la magia del relato, la posibilidad de hallar un aliento amplio en los océanos de la imaginación y en la memoria del pasado, y los latidos del corazón en el coraje de personas ya desaparecidas, y la carrera desenfrenada por geografías de lugares lejanos y fascinantes, o cercanos a él pero ya cambiados irremediablemente por el paso del tiempo.

Así pues, si las palabras de Maddalena le ayudaron a nacer, las de Annina y Cafiero lo alimentaron con cuanto su corazón necesitaba para reforzarse y afrontar la vida que lo esperaba fuera de la casa junto a las murallas. Una vida que no vaciló en mostrarse con toda su dureza, en primer lugar a causa de las dificultades económicas y después por la continua persecución a que Soldani y sus esbirros sometieron al hijo del Maestro. No había ocasión, en efecto, en la que Cafiero no fuera objeto de amenazas, intimidaciones o controles. Durante las visitas a Colle o a las localidades vecinas de notables o funcionarios

gubernamentales de relieve, estaba obligado además a presentarse en el cuartel de los carabinieri para ser interrogado y retenido de forma preventiva.

Y una noche, la del día en que el anarquista Lucetti atentó contra la vida del Duce de Roma, Annina, al ver que Cafiero no regresaba del Padule, ya de noche cerrada, salió a su encuentro siguiendo la carretera con un presentimiento angustioso en el pecho. A su alrededor todo le pareció repentinamente desierto, con una inmovilidad que no presagiaba nada bueno. Empezó a llover, y bajo aquel llanto del cielo se sintió igualmente desesperada. Bastante más allá del horno vio la bicicleta de Cafiero en el suelo, junto al muro. La levantó y se aferró a aquel hierro negro como a una esperanza, después llamó, gritó, mezcló sus lágrimas con las de la lluvia, siguió bajando hacia el Padule y antes del canal grande lo vio, sentado junto a un guardacantón. Entonces soltó la bicicleta, corrió hacia él, le secó la sangre con las manos, le besó los ojos cerrados a fuerza de golpes, le acarició las manos despellejadas, y aunque ella era un gorrioncillo y él una montaña de roca definitivamente quebrada consiguió incorporarlo y apoyarlo en sus hombros, convencerlo con las palabras más tiernas para que moviera lentamente las piernas, un paso cada vez, un beso tras otro, y de esa manera, como una Piedad esculpida por un artista enloquecido y cruel, se llevó a casa lo que quedaba de su marido, gritando bajo la lluvia contra Soldani y el Duce, contra el rey y el canalla de Telémaco, y contra la

infancia de quienes se quedaban en casa y dejaban morir la libertad y la compasión, que ya nadie conocía, animales cobardes, que no eran otra cosa.

Sola llevó a casa a Cafiero, lo secó, le curó las heridas, le preparó una taza de vino caliente endulzado con miel y canela, y después lo metió en la cama como a uno de sus hijos, y le dio a él y sus heridas el mismo amor que daba a sus hijos. Se echó a su lado, en la oscuridad, y escuchó su respiración alterada, se sobresaltó con cada uno de sus gemidos, recogió cada uno de sus quejidos. Sintió su piel transformarse de fría a tibia, y ardiente después como un tizón, le mojó los labios resecaos y rezó, deseó ser ella la que sufriera, la que muriese, la que cargara con aquella pena insoportable; lo acunó durante toda aquella noche de agonía, estrechándolo con fuerza para impedir que se rindiera, que se aferrara a otro sueño y se marchase lejos, como habían hecho Rosa, Ulises, y Mena, y Sol, y todos aquellos a quienes ella había querido de verdad.

Se ciñó a él, lo mantuvo abrazado tanto tiempo y con tanta fuerza que por la mañana a Nardo y Morena les costó un gran esfuerzo separarle los brazos de aquel cuerpo ya helado, para acompañarlo luego hacia la Llana, en cortejo con los demás amigos del Padule, para regalarle un tiempo más leve, para que reposara para siempre junto a Libertad e Ideal en el pequeño cementerio de la ermita.

## XIII

Telémaco pronto demostró a sus conciudadanos lo que entendía cuando se prometió ser un alcalde ecuánime, prestigioso y sin igual. Si por una parte no soslayó nunca su apoyo a Soldani, si bien con todo cuidado para no dejar huellas visibles de tal complicidad, por otra no dejó de evidenciar su interés por la mejora social de Colle: promovió la edificación de una nueva escuela en la zona del Padule, la renovación del acueducto y la construcción de una carretera ancha y segura que uniera el viejo burgo con la Llana y después con la ciudad.

Como al Duce de Roma, a Telémaco le gustaba aparecer en las eras del Malgardo, en los hornos o en la fábrica de Héctor, para departir con los campesinos y los obreros, conducir los nuevos tractores del conde, probar una fresa o una máquina de desbarbar. Además, si bien con menos asiduidad que antes, seguía frecuentando la feria del Pórtale, donde cerraba negocios, estrechaba manos,

compartía con colegas y clientes comilonas y tragos, tal como había hecho durante años. Consciente de estos lazos suyos con la gente y con la tierra, Telémaco se preocupó de no empañar jamás el prestigio obtenido en sus años de respetado tratante.

Tras los sufrimientos de la guerra y de la gripe, después de los desórdenes de las huelgas y los descontentos, pagados con apaleamientos, muertes y cárcel, una aparente tranquilidad se extendió sobre las antiguas casas de Colle, vigilada por la presencia siniestra de Soldani y de sus camisas negras. El último rescoldo de rebelión, el que provenía de los miserables del Padule, desapareció con el propio Padule, cuando Telémaco solicitó y obtuvo la inclusión de aquel territorio en el vasto programa de saneamiento de tierras que el gobierno acababa de poner en marcha.

Tal como había ocurrido con la llegada del ferrocarril, tropeles de personas llegaron con carros y vehículos, con picos, palas y elementos mecánicos, e invadieron las tierras pantanosas que, durante milenios, habían mantenido Colle separado del mar, contentándose con aquella agua medio podrida pero en cualquier caso llena de vida.

Esta invasión surtió el paradójico efecto de obligar a los descendientes de los antiguos habitantes del Padule a colaborar en la destrucción definitiva del lugar, con la esperanza de una ocupación y una vida mejores. Salvo unos



pocos pescadores más ancianos, la mayor parte de ellos trabajó en excavar canales y sangraduras, en construir puentecillos y centrales de pozos y en montar las gigantescas bombas de agua que en unos cuantos meses se bebieron el agua que llevaba siglos inmóvil en la llanura que precedía al mar.

Y al término de aquellos trabajos hubo alguno de ellos que se adaptó incluso a vivir en las casitas que se construyeron sobre las nuevas tierras emergidas, mientras los demás continuaron con sus vidas de esperanza y fueron a buscar fortuna a Francia o a las Américas, atravesando finalmente esa agua verdadera, infinita y siempre en movimiento que siempre habían mirado con desconfianza y desde lejos.

El Padule se convirtió así en las tierras desecadas, de manera que dejaron de existir tanto sus habitantes como su condición del lugar de magia y de pena que siempre había sido, y las casas del viejo burgo se quedaron desde entonces huérfanas para siempre del centelleo que les regalaba al atardecer, de la conmoción y de la maldición, de los suspiros y de los miles de miradas lanzadas a lo largo de los siglos por encima de aquel sucedáneo de mar, ya definitivamente evaporados con él.

Del Padule quedó solamente una pequeña parte, demasiado profunda para poder ser desecada, una especie de laguito costero, medio salado. Una cicatriz insignificante, casi un insulto, lleno de nada, como no fuera de peces

ficticios, que muchos años más tarde al nieto de Nardo se le ocurrió arrojar allí como fáciles presas para turistas dominicales, quienes, sin esfuerzo y con un mínimo gasto, por unas horas se creerían pescadores.

Annina no quiso acompañar a Cafiero a la ermita.

Mientras el pequeño cortejo fúnebre bajaba hacia la Llana, ella permaneció asomada a la ventana amamantando a la pequeña Filomena y mirando cómo se iba para siempre el hombre a quien había esperado durante casi dos años imaginándoselo cada noche en la oscuridad. Con el peso de aquel adiós clavado en el pecho, volvió la mirada hacia los dos hijos a los que Morena estaba cuidando en la otra habitación y pensó que tal vez pudieran ser precisamente ellos y la gatita que tenía pegada al seno el antídoto para su dolor sordo, perfecto, que se lo extraerían junto a la soledad, con su existencia, con el afecto, chupándoselo desde dentro al igual que hacía Filomena con su leche, y transformándolo en ser hijos, en el tener vida y recuerdos, y amor por todo lo que ella les contaría acerca de Avellanito, que se salvó con un vuelo, y del Maestro, que lo generó por amor hacia la viuda Bartoli antes de morir soñando. Y de su tío Sol, aún en busca del Oriente, de la locura de Ulises, de su fuego animal por una mujer hermosísima que había huido con quien curaba los juguetes y no vendía cerdos, y de una caldera en la que ardía el amor, y de una tumba

cuyos huesos eran vestidos y zapatillas usadas y, en definitiva, de toda la vida que Colle había vivido y que no perdería si ellos, a su vez, seguían contándolo también.

Annina no perdió los ánimos, pues. Expulsó el dolor y se quedó para siempre con sus hijos y con el recuerdo de Cafiero y de sus abrazos. Cada vez que tenía ocasión, montaba en la bicicleta y se iba a la ermita a hablarle a su marido de sus hijos, de los progresos del pequeño Sol, de lo bien que crecía y de lo guapa y despierta que era Filomena. Y jamás olvidó una palabra para Ideal, una flor, ni tampoco un pensamiento sobre la tumba de Libertad, antes de despedirse de todos y volver a Colle.

No perdió los ánimos Annina y siguió viviendo, y vivió gracias al afecto y a la generosidad de Orestes, que algún dinero, a escondidas, siempre le hacía llegar a despecho de Héctor y de sus prohibiciones, e incluso algún regalito para los niños, y acaso un jamón sustraído de los almacenes del Prataio. Vivió Annina ayudada por Nardo y Morena y por los pocos más a los que el saneamiento no había expulsado del Padule, que ya Padule no era.

Pero a pesar de las ayudas y de su voluntad, no tardó en encontrarse con la sogá al cuello, sobre todo a causa de la enfermedad de Sol, que después de las primeras mejorías, cuando el niño tenía unos seis años, tomó tan mal cariz que la obligó a hospitalizar al pequeño en la ciudad durante más de un mes. Fueron días tremendos, pasados entre

preocupaciones e incomodidades que hubo de afrontar sola, con los otros dos hijos pequeños lejos, en casa. Los cuidados no fueron suficientes, y los entendidos dictaminaron que era necesaria una operación, urgente, a cargo de una eminencia de Milán.

Annina se desesperó. Ya sólo el nombre de la ciudad le resultaba siniestro por los relatos de la muerte del Maestro y los naturales recelos que Cafiero siempre sintió hacia aquel lugar que ahora, como una burla del destino, volvía a cruzarse en su camino para decidir otra vida.

Entre lágrimas, buscó inútilmente consejo ante la tumba de su marido, escuchó a Nardo, a Morena y al resto de los amigos, quienes, en su simplicidad, no supieron darle más que consuelo. Por último, lo consultó con Orestes, y en él encontró apoyo, hasta el punto de que la acompañó en aquel viaje desesperado.

Orestes inventó una excusa con Héctor y, aludiendo a una cuestión de faldas, pidió permiso para ausentarse por unos días del taller para resolver asuntos propios; luego llevó a Annina y al niño, en su automóvil, hasta el hospital de Milán, donde permaneció cierto tiempo, pagando parte de los gastos; y cuando, realizada la operación, todo parecía haber salido bien, se volvió a Colle más tranquilo.

El hecho es que a los espías de Soldani pocas cosas se les escapaban, de modo que los movimientos de Orestes

fueron indicados de inmediato a Telémaco, y éste hizo lo propio con Héctor. Cuando el muchacho llegó al Prataio, su padre estaba allí para recibirlo, y desde luego no fue un recibimiento caluroso. Hubo más que palabras: Héctor reprochó a su hijo una ingratitud profunda, la falta de respeto hacia él y hacia su tío, el podestá, quienes ya debían soportar su parentesco con aquella ramera sin necesidad de que la gente tuviera más motivos para el chismorreo. ¿Qué se había creído, que tenían los ojos y los oídos tapados con jamón? ¿Que no se habían dado cuenta de sus visitas a Colle y de aquel ir y venir del Padule? Ahora, el señorito había superado cualquier límite, así que nada de automóvil ni de dinero que ofrecer a aquella putilla y a sus bastardillos. Y a la secuela de acusaciones y gritos se añadieron los llantos de Riña, quien, cuando Héctor, en un acceso de ira violento, abofeteó a su hijo, sufrió un desmayo teatral incluso y tuvo que ser reanimada con sales.

Orestes se marchó del Prataio dando un portazo y aquella noche buscó alojamiento en la «Taberna Etrusca». Por su carácter bueno e indeciso, aquella fuga había representado para él un esfuerzo sobrehumano, de modo que, agotado, se tumbó en la cama, escindido entre una sensación leve de liberación y el peso de la incertidumbre sobre lo que habría de hacer al día siguiente. No había sido ahorrador, y no disponía desde luego de un capital en el que poder confiar, y en cuanto a hallar un empleo, no sabía ni por dónde empezar: para el trabajo manual no tenía especiales

condiciones y, en lo que al taller se refiere, siempre había ido a remolque del conde y de Héctor, siguiendo sus órdenes y sin entender excesivamente nada. El futuro, por lo tanto, se le aparecía nebuloso sobremanera, para su trabajo y para el destino de un amor secreto con el que, ahora menos que nunca, no sabía qué hacer.

Pero de repente, en medio de aquellos pensamientos que no dejaban paso al sueño, «mañana» le pareció la palabra mágica. Mañana lo pensaría, a primera hora; fresco, con la cabeza liberada de angustias, afrontaría los problemas uno a uno, y repitiéndose a sí mismo que lo aplazaría todo, se sintió de inmediato más tranquilo, y empezó por fin a deslizarse en un sueño reparador. Los golpes en la puerta lo despertaron cuando no habían pasado ni diez minutos, y se halló otra vez en la habitación de la fonda, buscando a tientas la luz de la mesilla para ir a abrir y saber quién llamaba a aquellas horas de la noche.

Al otro lado estaba Telémaco, envuelto en un gabán negro y con el borsalino bien calado. Un par de secuaces, también con gabanes, permanecieron como dos cariátides en el pasillo, erguidos al lado de la puerta. Telémaco entró sin decir una palabra y fue a sentarse en la única silla de la habitación, mientras uno de sus hombres cerraba la puerta. Después se quitó el sombrero, se pasó una mano por el pelo blanquísimo y miró a su sobrino, quien, con los brazos cruzados, se había quedado de pie, junto a la puerta.

–¿Qué significa esta entrada teatral? –preguntó Orestes.

–Significa que tú y yo tenemos que hablar –le contestó Telémaco.

–Yo no tengo nada que decirte –rebatíó entonces Orestes con tono ofendido.

Telémaco suspiró. Siempre había odiado el dar vueltas con las palabras, a los testarudos y a los presuntuosos, y su sobrino, en aquellos momentos, le parecía reunir las tres cosas al mismo tiempo.

–Escúchame, señoritingo –dijo con un tono de voz tan perentorio que no dejaba alternativas–, a mí me trae al fresco que tú no tengas nada que decirme. Soy yo quien debe hablarte. Así que siéntate y escucha.

Orestes enrojeció, invadido por la rabia, sentimiento que se mezcló enseguida con el temor que las maneras de su tío siempre le habían provocado. Sentía que quería a su padre, que no estaba de acuerdo con él en muchas cosas, que no lo apreciaba por lo que hacía, pero de él no tenía miedo, ese miedo que sentía, en cambio, en relación a Telémaco. Un escalofrío en la espalda, un temor. A veces, una sospecha.

–Con Annina has superado cualquier límite. Y ya sabes lo que quiero decir, de manera que no me extenderé. No quiero más escenas en el Prataio. Tu madre se ha

desmayado, Dido se ha asustado, pobrecilla, y he necesitado más de una hora para calmar a Héctor, que quería venir a freírte a correazos. Ésta ha sido la última vez. Ya he hablado con tus padres. Desde mañana mismo te vas a estudiar a la ciudad, que para sacar adelante una fábrica hace falta gente que valga, licenciada, que sepa dónde meter las manos y la cabeza. Ingeniero, contable, abogado, elige tú. Pero desde mañana te vas de Colle –dijo Telémaco como dando una orden.

–Te doy las gracias, tío, y gracias también a mis padres por haberme dejado tan amplia posibilidad de elección –contestó Orestes con voz rota.

Telémaco callaba.

Su sobrino no consiguió seguir conteniendo la rabia y estalló: –Pero ¿qué te crees, podestá, que puedes mandar en las vidas de los cristianos siempre, en cada momento, con un ladrido y una batuta, tal como das órdenes a tus esbirros de Colle? ¿Y con qué ley tú y mis adorados padres pensáis imponeros a mi vida, con qué...?

Telémaco no se descompuso, levantó una mano para interrumpir a su sobrino y con voz aún más despreciativa dijo:

–Escucha, pelele, hasta ahora te ha ido bien porque eres un Bertorelli y esos de ahí fuera han hecho la vista gorda, a veces pero que muy gorda. Pero ahora te he dicho que ya



está bien, basta con Annina, con el Padule y con tus cartitas secretas de amor a ese Massimiliano.

Ante aquel nombre, Orestes sintió una cuchillada en el estómago.

–Ya lo ves, si no te detengo antes, serías capaz de hacer una chaladura como las de tu digna primita, y tal vez vocear a los cuatro vientos... esas pasiones tuyas –le dijo, subrayando estas últimas palabras con evidente desprecio–. Para ciertas cosas está el destierro, simpático sobrinito mío, a menos que no se encarguen antes otras personas... –concluyó mientras hacía un gesto hacia la puerta. Después, mientras se levantaba de la silla, sacó del bolsillo del gabán un paquete de cartas atadas con una cuerda–. Éstas me las quedo yo –concluyó–, digamos que por seguridad. Tuya y mía.

Orestes se derrumbó sobre la cama. Al ver aquellas cartas en manos de Telémaco, su rabia se aplacó de repente, para ceder el lugar a un sentimiento de opresión total. Pensó en los ojos de su tío mientras leían los versos de Verlaine que él había copiado con tanta atención para ojos muy distintos, pensó en cómo, y en quién, y en cuántos se habían inmiscuido entre unas palabras que hubieran debido permanecer secretas en la pasión que no tenía más culpa que la de ser pasión, y que ahora eran utilizadas como ganzúa para desquiciarle la vida. Repentinamente, se sintió desnudo, violado y vencido como si ya le hubiesen

apaleado, como si incluso le hubieran estuprado el alma con una fuerza que no olvidaría jamás. Así que se acurrucó sobre la cama e intentó contener las lágrimas que ya le estaban arrasando los ojos.

Telémaco tenía ya una mano en el picaporte.

–Vístete, que volvemos al Prataio –dijo, por último, a su sobrino, y luego, cuando ya había abierto la puerta, se volvió–. Por cierto, a tus padres les he ahorrado estas íntimas noticias –añadió, agitando el paquete de cartas–, porque si no, tu padre te hubiera matado a correazos de verdad.

Después echó una última mirada desconsolada a su sobrino, que permaneció inmóvil, con la cabeza oculta entre los brazos, y salió al pasillo.

–Nosotros bajamos –dijo dirigiéndose a uno de los dos hombres–; tú, dentro de diez minutos, llévatelo abajo.

Empezó a bajar las escaleras y sintió de pronto que se le venía encima el cansancio, y una molestia sutil, como un estorbo. «No era suficiente –pensó– con un hermano loco, una cuñada que se larga con el primero que llega, una sobrina ramera. Ahora también este pederasta, menudo cerdo.»

Se apoyó un instante en la portezuela del automóvil, soltó

un largo suspiro y miró hacia lo alto. La noche estaba fresca, el cielo de Colle, helado, sin tan siquiera una estrella. Enorme como el mar.

Meneó la cabeza, abrió la portezuela y se sentó esperando a que Orestes se decidiera por fin a bajar.

El saneamiento del Padule contribuyó a dispersar casi del todo las últimas voces que disentían de las palabras del Duce de Roma y, con el tiempo, bajo el podestá Telémaco, incluso Colle pareció abandonarse a la convicción de que la grandeza del país sería tal como para reverdecer los fastos antiguos de una civilización inmensamente rica; una riqueza que muchos, en cualquier caso, siguieron buscando en vano en los talleres, en los campos, en los desiertos de África o más allá de las fronteras, e incluso atravesando océanos.

Pero al mismo tiempo aquellos trabajos de saneamiento fueron la ocasión que Héctor esperaba para dar un golpe de timón a su empresa. En efecto, tras un primer período de éxito debido a la novedad y a las cualidades de los automóviles que el Taller Bertorelli había producido, el desarrollo de un sistema de producción más organizado permitió a otros fabricar vehículos más modernos y a precio competitivo, de modo que ágiles modelos de coches no vistos hasta entonces no tardaron en transitar por las carreteras, y cuanto más aumentaba su número, más les costaba a los artesanales y refinados automóviles de Héctor encontrar compradores.

Héctor no dejó de darle vueltas a la cuestión. Le parecía imposible que la mayoría de los clientes pudiera preferir determinados vehículillos anónimos y sin clase alguna, por una mera cuestión de precio. Malgardo estaba de acuerdo con él, entre otras cosas porque él era uno de esos a quienes sólo les gustaba viajar en modelos únicos y, además de un automóvil que había hecho construir aposta para él en el taller, poseía un Bugatti azul de ensueño con el que iba como una bala por las carreteras de la Llana.

Malgardo estaba de acuerdo con él, pero se esforzó en explicar a su obstinado socio que el mercado tiene sus reglas y que, antes de que sus óptimos pero obsoletos automóviles cayeran definitivamente en el olvido, era necesario poner remedio. Para empezar, la tecnología estaba cambiando deprisa, y se requerirían nuevas inversiones para ampliar y rediseñar todo el sistema de producción. Era obligado estudiar soluciones nuevas y buscar capitales frescos que invertir en esta tarea.

Echaron cuentas, escucharon a sus asesores, realizaron algunas sumas hasta que, próximos ya a la decisión final, Malgardo empezó a dudar de la utilidad de toda empresa. En el fondo, dijo, él se había metido en negocios sin mucho afán, para invertir algo, dar trabajo a unas cuantas personas, para divertirse también con su pasión por los coches. Pero ahora se estaba hablando de dar un respetable salto de nivel, de buscar mucho, demasiado dinero, aumentar la

mano de obra con a saber qué riesgos, intentar hacer la competencia a quien producía a aquellos precios. No, tal vez el asunto no fuera ya adecuado para él, tal vez no estuviera demasiado interesado. Mejor invertir en los nuevos, portentosos hidroaviones Dornier–Wal que se construían en los talleres a orillas del Arno. Y mientras Malgardo imitaba planeando con las manos el vuelo de los hidroaviones, Héctor veía caer su sueño en un abismo.

La idea de Telémaco llegó puntual, perfecta, justo en el momento oportuno, cuando el conde estaba ya idealmente a los mandos de un Dornier y se veía junto a Amundsen en dirección a Alaska, el Polo Norte o quién sabe dónde.

–Olvídate de ese presumido –le dijo a su hermano–, ése no tiene más que pájaros en la cabeza.

–Dices bien –contestó Héctor, destrozado–, pero mejor es tener pájaros que las deudas que no tardaré en tener yo si no encuentro una solución.

Telémaco se metió los pulgares en el chaleco y se arrellanó en el sillón.

–La solución está en el Padule –dijo.

Héctor estalló:

–¡Hermano, no me parece momento para bromas!

–Escucha, lerdo. Escúchame con atención. –Telémaco se inclinó hacia él como para que le entraran mejor las palabras en la cabeza–. Dentro de unos meses se pondrá en marcha un gran proyecto de saneamiento de toda la franja costera, y yo cuento con incluir en él esta parte del Padule –dijo señalando el mapa del territorio municipal–, desde el principio del viaducto hasta la Llana.

–¿Y para hacer eso necesitáis mis automóviles? –le interrumpió su hermano.

Telémaco suspiró.

–No, Héctor. Necesitamos bombas de agua mecánicas, elevadores hidráulicos, martinets, andamiajes y todos los artefactos que un taller mecánico puede construir para desecar una marisma –gritó casi.

–¿Y qué tengo yo que ver con artilugios de éstos? –replicó el otro. Telémaco creía estar a punto de reventar.

–Maldita sea –dijo bajando la voz, como para amansar a un niño–, en vez de producir automóviles artesanos que ya nadie quiere, ponte a hacer «artilugios de éstos». ¿Es que no te das cuenta de que habrá trabajo para años? Se sanea aquí, y aquí, y aquí, y aquí... –y mientras hablaba, golpeaba con el dedo distintos puntos del mapa topográfico.

Héctor parecía entender por fin. Asintió.

–Ya comprendo.

–Aleluya –suspiró sarcástico su hermano.

–Pero hará falta tiempo y dinero –prosiguió el otro, dubitativo.

–Hazme caso. Tiempo tenemos. Entre una cosa y otra, no se empezará antes del próximo año. Entretanto, tú deja que se vaya Malgardo. Ni media palabra de esto, al contrario, proponle que te venda su parte del taller a un precio de risa, total, vuestros vehículos ya no los quiere nadie, y tú tendrás que estudiar algún plan, gastar, despedir y esas cosas. ¿Queda claro?

Héctor comprendió.

–Compra a precio de saldo y después vienes a verme; te pondré en contacto con un par de personas que te explicarán lo necesario para la cuestión de las bombas. Te lo aseguro, será más sencillo que construir automóviles.

Luego, Telémaco se acercó al armario de detrás del escritorio y sacó dos vasos y una botella de vino.

Héctor se levantó, vaso en mano.

–Brindo por el agua que vamos a desecar –dijo feliz, y vació de un solo trago el vaso.

Telémaco devolvió el brindis:

–Sí, pero no tan aprisa, Héctor –dijo–; con calma, poco a poco, con los años.

Rieron con ganas, se abrazaron y se despidieron.

Todo parecía volver a su sitio, discurrir a las mil maravillas. Telémaco se asomó a la ventana de su despacho y en la plaza vio el coche de su hermano girar hacia el Arco Etrusco y meterse por debajo. En el horizonte brillaba el reflejo del Padule.

Vio aquellas dos cosas a la vez y automáticamente pensó que ambas estaban destinadas a acabar, los viejos coches de Héctor y las aguas estancadas, y en su lugar nacería un nuevo futuro.

«Las cosas cambian –pensó–. Todo, antes o después, está destinado a ser cambiado.»

Después levantó una vez más la mirada hacia el horizonte incendiado de luz y con un calambre en el estómago se dio cuenta de que no tardaría en dejar de refulgir.

La enfermedad de Sol evolucionó bien, pero las ventajas que acarreó la operación quirúrgica tardaban mucho en devolver las fuerzas a aquella baratija de niño. Alejado del Colle Orestes y casi desaparecido ya el Padule, Annina se quedó con la amistad de Bardo y de Morena, los únicos que



la ayudaban en el difícil cometido de criar a tres niños y aliviar el peso de la soledad. Ésta era la compañía más difícil de soportar, obstinada, malvada, que inútilmente intentaba rechazar con los miles de tareas que el cuidado de la casa, de los niños y la necesidad de pasar los días le imponían, y cuanto más se afanaba en alejarla, en sumergirse totalmente en aquella mínima vida cotidiana, más asomaba ésta su cabecita apenas ella, una vez había acabado de fregar, se sentaba un momento en el murete del jardín para mirar hacia la Llana; o se le presentaba con prepotencia en las ingenuas preguntas de sus hijos, en una mirada de ellos igual a la de Ulises, en sus rostros, en los que, de repente, aparecía la sonrisa de Cafiero. O en una mueca, la inseguridad de Mena, la amabilidad de Rosa, las carcajadas argentinas de su hermano Sol.

La noche, además, era un huracán de silencio que rompía la inmovilidad de la oscuridad en la que seguía viendo lo que ya estaba lejos, a través de recuerdos, sensaciones e imágenes de una fuerza y una constancia tales como para convertirse en una costumbre opresiva y dolorosa. Pero junto a estas compañías, con el tiempo fueron haciéndose cada vez más reales los números. En grupos, en castillos, riachuelos de cifras se entrometían entre los rostros y las voces del pasado, y recordaban a Annina las deudas por pagar, las curas del pequeño Sol, el mantenimiento de una casa que se había vuelto en demasiado grande y gravosa para poder sacarla adelante. Por si fuera poco, para afrontar

los gastos de la operación de Milán, había hipotecado la propiedad, confiando en que en el futuro podría saldar una deuda que, por el contrario, fue en aumento, lo mismo que los números que, obsesivamente, cada noche, poblaban sus sueños. Y si mientras Orestes estuvo a su lado, con una especie de cantilena tranquilizadora conseguía de vez en cuando sustraer alguna cantidad del montón de deudas, contando y volviendo a contar mentalmente hasta que el sueño llegaba, cuando aquel bendito riachuelo de generosidad se secó, obstruido por la intransigencia de sus tíos, las cifras volvieron puntualmente a crecer y a agigantarse, ocuparon primero la parte de la cama cercana a ella, después se deslizaron por el suelo y por último empezaron, noche tras noche, a llenar la habitación, y el pasillo, y la cocina hasta que, antes de que llegaran a hundir la puerta de la habitación de sus hijos, la invadiesen y acaso sofocaran la sonrisa de Filomena y la respiración débil aún de Sol, Annina tomó una decisión.

Despertó temprano a sus hijos y los vistió con lo mejor que tenía guardado para ellos. Llevando en brazos a la pequeña, con Sol e Ideal a su lado, se presentó en la institución de crédito.

–Me rindo.

Después de lo cual, ante el estupefacto empleado, desempolvando su antigua sabiduría comercial estuvo más de una hora discutiendo acerca del mercado inmobiliario

local, dando muestras de una tan inesperada cuanto tenaz competencia. Cribó con el director cualquier posibilidad, intentó probar el margen de maniobra y comprobó, en la firmeza del banquero, cómo a veces un ser humano puede ser más frío y duro que el acero, hasta que, perfectamente consciente de las despiadadas reglas del juego del dar y el tomar, firmó y cedió aquel pedazo de historia de Colle por la mísera cifra que el descuento de la hipoteca le permitió apurar.

A continuación hizo llamar un vehículo de la plaza y pidió que la llevaran al Pratalo. Pidió al conductor que la esperara en el coche con los niños y llamó a la puerta de Telémaco.

–Pero, por favor –le dijo Isolina cuando abrió–, ¿qué haces tú por aquí?

–Busco a mi tío –contestó ella, decidida–, el hermano del Ulises, mi padre, si no te molesta.

Isolina no dijo una palabra más, se quedó mirándola por un momento, con una mano aún en la puerta mientras extendía la otra hacia un chiquillo que, brincando a su lado, intentaba deslizarse fuera.

Annina lo detuvo antes de que estuviera al aire libre.

–Tú debes de ser Eneas –dijo, mientras se inclinaba para darle un beso.

Pero Isolina fue más rápida que ella, y prácticamente se lo arrancó de delante, diciendo que iba a buscar a Telémaco enseguida, despreocupándose de los gritos que lanzaba el niño forcejeando entre sus brazos.

Telémaco apareció al cabo de más de diez minutos, vestido de pies a cabeza, con el emblema del partido en la chaqueta, la camisa planchada, el chaleco sobre el que destacaba la cadena de plata del reloj. Se acercó a su sobrina y se detuvo, con los brazos cruzados, mirándola a los ojos.

Annina prefirió no demorarse dándole vueltas al problema. Conocía las reglas, y sabía que salía derrotada desde el principio. No tenía nada que proponer. Sólo una petición.

–Necesito volver al Prataio –dijo simplemente.

Telémaco permaneció en silencio. Durante unos instantes, tal vez intentara comprender si aquella diablesa de mujer, una vez más, guardaba en su regazo alguna sorpresa, una locura, un golpe de timón como el juego de manos que le hiciera unos años antes, cuando le dio por casarse con aquel anarquista hijo de perra. Pero después comprendió que era solamente, por fin, lo que aguardaba desde hacía tiempo, durante todos aquellos meses en los que había esperado que la hipoteca de la casa junto a las murallas diera sus frutos. Melocotones y cerezas maduras, palabras dulcísimas

para sus oídos. «Porque los tiempos cambian, y antes o después lo que se siembra se recolecta, y por lo visto a nuestra querida sobrinita –pensó–, después de acabársele las avellanas, como estaba previsto, se le han terminado también las cáscaras.»

Telémaco sintió que le invadía una enorme satisfacción, y como para prolongar aquel momento, con la sonrisa en los labios, le preguntó:

–¿Y cómo es eso?

Annina lo miró con dureza.

–El porqué, sin duda lo conoces.

–Tal vez. Pero digamos que quiero oírtelo a ti –dijo el tío desdeñoso.

Ella se volvió hacia un lado para no mostrarle directamente su turbación.

–He tenido que vender la casa junto a las murallas –dijo.

–Mejor para ti –soltó casi con una carcajada el otro–, confío en que hayas hecho un buen negocio.

Annina sintió la rabia en su interior, algo muy cercano al odio que hubiera querido hacer explotar contra ese sarcasmo absurdo y malvado.

–Escucha –dijo con toda la decisión de la que fue capaz–, sé que estoy derrotada y no he venido aquí a exigir. He venido a pedir y sé que en el comercio quien empieza pidiendo, sin nada que ofrecer, siempre acaba por pagar un precio más alto. Así que por mi parte no tengo otra cosa que darte más que mi sangre, que es la tuya y la de vuestro hermano. Si es que bajo esas camisas negras y detrás de los oropeles con los que te adornas, ser hermano, y hombre, y gente hecha de carne, tiene aún sentido, te recuerdo que soy una Bertorelli, hija de Ulises Bertorelli, y esos de dentro del coche –dijo extendiendo el brazo– son sobrinos tuyos, hermanos y primos al mismo tiempo de la criatura que te llama padre y que...

Aquellas palabras cayeron sobre Telémaco como si fueran piedras. El pasado acudió a su mente en un instante: Ulises ahorcado, Mena que paría a Eneas, aquel mezclarse de muerte, sangre, vida, hermanos, padres, primos...

–¿Qué quieres? –le dijo entonces, sin rodeos, con voz alta, dura, como para interrumpir el vértigo que casi se había apoderado de él.

–Pido poder volver a la casa que fue de mi padre, con mis tres hijos. El dinero de la venta me hace falta para curar a Sol, y te aseguro que esto no se me habría ocurrido de haber tenido otra elección: pero a él, sobre todo a él, le hace falta una casa de verdad, como la vuestra, no como esas que habéis levantado abajo en las tierras saneadas para los

campesinos. Yo puedo ayudar aquí en el Prataio en cualquier trabajo que haya que hacer. Tú sabes que entiendo de cerdos, conozco el mercado, conozco los sitios, y trabajar no me asusta.

Telémaco no movió ni un solo músculo. Siguió mirándola fijamente a los ojos. Una mirada larga, dura, que Annina comprendió que esta vez no podría sostener o desafiar, tal como había hecho cuando en juego sólo estaba su tranquilidad y su vida. Así que bajó los ojos, se miró a los pies, después miró hacia el coche detenido en el sendero de delante de la entrada.

–¿Y a cambio? –le preguntó a ella al fin.

Telémaco había soñado durante mucho tiempo con este momento, se lo había imaginado, lo había fotografiado, escrito, interpretado miles de veces, lo había pensado mientras estaba sentado en su escritorio, en el ayuntamiento, mientras visitaba los trabajos de saneamiento con el fajín de podestá en el pecho y las insignias del partido bien visibles. Lo había acariciado cada vez que miraba la colina donde en otros tiempos había cipreses y aquel cúmulo de tierra mal dispuesta donde estaban enterrados los trapos de la madre de su Eneas. De modo que se oyó a sí mismo recitar, más que pronunciar, las condiciones de una propuesta que se sabía de memoria, un diktat implacable:

–Si quieres venir, vente –dijo–. Estarás en el primer piso, en la habitación de tu madre, y tus hijos en las que fueron tuya y de tu hermano. Para trabajar, servirás de chica para todo para mí y para Isolina, que ya no es tan joven y necesita que le echen una mano en casa. Comida y alojamiento para todos hasta que estén en edad de trabajar. Si quieren estudiar, se lo pagarán ellos trabajando en el Prataio con los animales.

–Está bien –asintió Annina con un nudo en la garganta.

–Ante todo, una cosa, sin embargo –continuó Telémaco–. No quiero ver en esta casa el barro de su padre –remachó, firme, señalando el coche.

Annina vaciló. Le pareció no entender.

–¿Qué quieres decir?

–Digo que aquí somos todos Bertorelli. Elevaré una instancia al Tribunal especial para obtener una adopción formal, una dispensa del Duce, cualquier cosa –casi gritó Telémaco–, pero esos niños, aquí en el Prataio, con ese apellido no entran. Ésta es la casa exclusivamente de los Bertorelli.

–Eres un loco prepotente.

–Lo tomas o lo dejas –fue la respuesta.



–Pero ¿no te das cuenta de lo que me estás pidiendo? Son unos...

–La oferta es válida sólo aquí y ahora –la interrumpió su tío.

Annina dio media vuelta y se encaminó hacia el coche. En aquel momento hubiera querido irse, huir de aquel lugar y dejarlo todo a sus espaldas, el Prataio, a sus tíos, Colle y todo lo demás. En los pocos pasos que dio, le pareció que no podía soportar la humillación y un peso demasiado grande para ella, pero después vio a Sol agarrado a la ventanilla, vio sus labios amoratados entreabiertos, y el ruido de sus propios pies sobre la gravilla le pareció el rumor de su respiración jadeante. Y junto a Sol vio asomarse el rostro de Ideal, de inmediato abierto en una sonrisa, y detrás de él los ojos aún llenos de sueño de Filomena, mientras oía la voz de Telémaco como si le llegara del pasado, una voz que le decía las mismas palabras con que en otro tiempo ella había creído comprarse la tranquilidad:

–Salud, sobrina, y saludos a los niños. Que la vida os sea leve, a todos vosotros.

Annina comprendió, y antes de que su tío se retirase, como si leyese una partitura, gritó hacia la puerta la misma respuesta que entonces él le había dado:

–¡De acuerdo!

Telémaco se encaminó hacia ella sin prisas, extendió la mano y apretando con fuerza la suya remachó:

–Las condiciones son las que se han dicho.

Annina asintió. Las lágrimas le resbalaban por el rostro inclinado, cubierto por los cabellos.

–Así que estamos de acuerdo –concluyó con voz dura su tío–; lo que se ha vendido queda comprado; y no quiero volver a oír ese apellido en casa de los Bertorelli.

## XIV

De modo que Annina regresó al Prataio en calidad de criada de Telémaco. Amuebladas las habitaciones de Ulises con cuanto consiguió traerse de la casa junto a las murallas, se adaptó a llevar el control de las exigencias de la vivienda del podestá. Limpió suelos, fregó cacharros y se ocupó de la colada y de la comida, aceptando la humillación de aquel trabajo sin quejarse jamás de las numerosas manías de Isolina ni tampoco de los arrebatos de Eneas, que hacía cualquier tarea más complicada.

Criado, en efecto, como una especie de principito heredero, el hijo de Mena, como a menudo sucede con los niños demasiado consentidos, parecía indiferente a toda disciplina y a toda recomendación a la prudencia. Al contrario, cuanto más se desgañifaba Isolina en reprenderlo, en tenerlo a raya, en advertirlo con mil amonestaciones y mil prohibiciones, más parecía ir aquel obseso en busca de líos, para incomodar a cosas o personas,

hasta lograr estropear o hacer inútil la paciencia y el trabajo de Annina.

Esta prepotencia suya parecía además incentivada por su relación con Telémaco, quien a menudo quitaba importancia ante su mujer a cuanto ésta le refería acerca de su comportamiento, o incluso se reía, considerándolas travesuras inocentes y divertidas. Y esta forma suya de generosidad, paradójicamente, tuvo como resultado que, en el fondo, el único a quien prestaba atención aquella furia fuera a él, a Telémaco, de cuya presencia autoritaria quizá Eneas extraía temor y, al mismo tiempo, ventajas.

Y un día, Annina tuvo que asistir a un hecho que, en cierto modo, contribuyó a aproximarla a Isolina. Mientras preparaba junto a ella la pila para su baño, el muchachito se marchó desnudo por la casa, y en un intento de escapar de las dos mujeres que lo perseguían, se escondió en la cocina, donde se subió a una estantería en la que, detrás de una cortinita de flores, se guardaban la loza y la vajilla de diario. El mueble, claro está, no aguantó, y tanto el destrozo como el susto fueron enormes. Eneas arrastró consigo docenas de platos, vasos, cacharros que se estrellaron en el suelo con un estrépito de mil demonios. Medio atontado por el golpe, y desde luego por lo imprevisto del resultado, el diablillo se quedó desnudo y mudo, petrificado entre los restos de loza, contemplando aquel desastre, mientras Isolina sin duda para desahogar la tremenda tensión, se decidió por fin a

romper una especie de sagrada inviolabilidad y, tras acercarse al niño, le aplicó un par de sonoros manotazos en las posaderas.

Atraído por el revuelo, Telémaco apareció en aquel momento, justo cuando Eneas, inmóvil y estupefacto por semejante osadía –y tal vez, quién sabe, consciente incluso de haberse merecido el castigo–, se abstenía de proferir cualquier queja o chillido.

El que chilló fue su padre, quien al ver que su esposa había levantado la mano al niño, le ordenó que se detuviera y, quitándose rápidamente el cinturón de los pantalones, se abalanzó contra la pobre mujer y le dio cuatro cintarazos en la espalda mientras gritaba que no se atreviera nunca más a tocar a su hijo, so perra. ¡Así se hundiera el mundo, nunca jamás! Y mientras volvía a colocarse el cuero entre las trabillas, con Isolina en el suelo, puro llanto, y Eneas que, captada la perorata, daba curso ya a una sucesión de maullidos que ni una plañidera, glosó su pedagógica intervención de esta manera:

–Recordad, vosotras dos, que el hombre, incluso desnudo y acabado, por la mujer debe ser reverenciado.

Dicho lo cual, salió de la cocina sin dignarse dirigir siquiera una mirada a su mujer.

De ella tuvo que encargarse Annina después de haber

vestido como mejor supo a Eneas. Volvió con Isolina, que seguía llorando caída en el suelo, la levantó y la ayudó a subir a su habitación. Le descubrió con cuidado la espalda y comprobó el alcance de los correazos. A continuación, recordando las enseñanzas de Mero, volvió a bajar a la cocina y majó en un mortero tocino con malva y perejil, preparando a toda prisa un unguento que corrió a untar en las llagas de su tía.

Isolina no dijo ni media palabra, y tampoco comentó con Annina nada de cuanto había ocurrido. Tan sólo, antes de vestirse de nuevo y bajar para ponerlo todo en orden, la tocó ligeramente en un hombro y, avergonzándose casi, le dirigió un «gracias» apenas susurrado. No hubo nada más, ni confidencias, ni discusiones, pero eso bastó probablemente para tejer entre las dos mujeres un hilo sutil hecho de miradas, de medias sonrisas, de imperceptibles amabilidades que marcó, en el muro de hielo que las separaba, el principio de un lento, inexorable deshielo.

De todo lo que Isolina guardaba en su interior, Annina no llegó a comprender demasiado; intuyó sólo una maraña de sentimientos de culpabilidad a causa de su maternidad frustrada, de su ignorancia y de sus humildes orígenes, de su permanente sentirse inadecuada e inferior, y una sumisión incomprensible para ella, casi una devoción hacia la prepotencia del hombre que en su día había decidido desposarla y, más adelante, hacia la del hijo de Mena.

Y muchos años más tarde, Annina seguía aún sin comprender aquel continuo dar las gracias y pedir perdón, casi como si morir supusiera una molestia para Telémaco, para Eneas, para el Prataio, para Colle y para ella misma, su criada y sobrina, que recogió sus últimas palabras, antes de que Isolina expirase a causa de las palizas de un hijo de quien siempre intentó en vano ser madre.

Sol creció gracias al amor de su madre y de Ideal, quien siempre tuvo para su hermano una atención y protección especial. Con el tiempo, la decisión de Annina de regresar al Prataio no se reveló equivocada porque aquella casa pareció sentarle bien a su salud y le permitió una vida tranquila y, a fin de cuentas, normal.

Desde luego, no podía cansarse, y desde luego no hubiera podido ser calificado de buen mozo, pero eso no parecía pesarle en exceso, entre otras cosas gracias a Ideal, quien ya desde niño se ocupó de las tareas más ingratas y fatigosas, dejándoles a él y a Filomena los cometidos más fáciles.

Y aunque, como es natural, también hubo entre ellos peleas e incomprensiones, el afecto que unió a los dos hermanos permaneció inalterado durante toda la vida y sin duda aligeró a Annina unos años cuajados de esfuerzo y de humillaciones, una existencia dura que soportó de buen grado al ver que su sacrificio estaba dando, en sus hijos, los frutos que había esperado.

Algún tiempo después del regreso de Annina al Prataio, la enorme cocina se dividió entre Telémaco y Héctor, y se dispuso para ella otra más pequeña en la habitación de la planta baja donde Ulises había dormido sus últimas noches disparatadas: y cuando por la noche se retiraba a su parte de la casa y ponía la mesa con los hijos de Cafiero, y los veía discutir por nimiedades, como sólo lo saben hacer los niños, sin dejar nunca de jugar con alegría, incluso comiendo, y charlar y quejarse y en definitiva estar vivos y juntos, entonces realmente le parecía que eso le bastaba para intentar quedarse dormida una vez más en la habitación en que durante años su madre había soñado con la libertad, y para asomarse a aquella misma ventana a mirar la colina y la tumba de Mena, y después, en la cama, ir con el pensamiento hacia atrás en el tiempo y reunirse en sueños con Cafiero para recobrar fuerzas y poder volver a empezar al día siguiente.

Así vivió Annina, manteniendo unido el pasado con sus hijos, y diluyéndose ella misma en la cera que aplicaba a los suelos y a la caoba del escritorio de Telémaco, en los potajes que cocinaba y en los manteles que doblaba, en los gritos de Eneas, en los cojines que ahuecaba, en las medias sonrisas de Isolina. Sus manos se agrietaron a causa de la sosa y la lejía, sus cabellos perdieron su color y los recogió en un moño perenne. El cansancio se encargó de rayarle la piel como un raspado del sorgo sobre el solado, y el tiempo, al final, corrió el riesgo de ser, para ella, únicamente el que



marcaba el ritmo del Prataio, el planchado, la colada, el quitar el polvo, el repasar la plata, el cosido y el remiendo.

Fueron sus hijos quienes le recordaron que existía otro, aunque limitado a unas pocas horas al día y a los domingos de libertad, cuando todos juntos subían a Colle en el autobús para ver el baile de la banda, o para detenerse un minuto apenas frente a la casa junto a las murallas, justo el tiempo para sentir una punzada en el estómago y huir después a toda prisa antes de que la nostalgia llegara a hincar el diente en el corazón, y bajar a paso alegre hasta la vía férrea siguiendo el sendero que el Maestro y la viuda Bartoli habían recorrido juntos, para ver los rieles que la habían matado y el avellano donde Cafiero había rematado su legendaria pirueta. Y bajo aquel árbol, sentados para dejar que Sol recobrara fuerzas y aliento, los chicos se detenían a escuchar, con las palabras de Annina, las mil historias de aquel pueblo que vivía dentro de ellos y que, aunque pudieran verlo nítido sobre la colina, tan distinto y lejano les parecía ahora.

Asimismo, otro tiempo era el de las excursiones a la ermita, a llevar llores y mantener vivos a los muertos para defenderlos del desaire del olvido. Tres tumbas con nombres hermanos, y otra en el Prataio, esa donde los vestidos de Mena contaban otra historia distinta, un recuerdo para ella también, para no olvidar, «que cuando nos olvidamos, entonces hemos desaparecido de verdad»,

decía Annina mientras subía por la colina de cipreses con Sol a la espalda de Ideal y Filomena a su lado.

Éste fue el tiempo que dio vida a Annina, y ella se lo restituyó por entero a sus hijos; los vio crecer, alcanzar la adolescencia y hacer proyectos sobre ese mismo tiempo que ella, restregando, abillantando, planchando y cocinando, les había regalado. Los sintió vivos y no rendidos aún, gracias a la inteligencia de Sol y a la exuberancia de Ideal. A la generosidad de éste, que un día dijo que se encargaría de trabajar para todos, porque el genio de la familia era su hermano. A él le bastaba con el horno de ladrillos, las tierras saneadas, los cerdos o quién sabe qué otra cosa.

Sol, riendo, asintió, y contestó que estudiaría de buen grado, pero que si su corazón resistía, un día partiría él también, como su tío, cuyo nombre llevaba, para descubrir un Oriente que ya había buscado en mapas y libros.

Es más, se llevaría con él a Ideal y –¿por qué no?– a Annina también, pero a Filomena no, puesto que ella no podía comprender el misterio de aquellos lugares lejanos. Y empezó de inmediato a desgranar un rosario formado por Samarcanda, Karachi, Bombay, Benarés y Rawalpindi, por Vladisvostok, Ulan–Bator y Rajanpur, hasta que Filomena empezó a lloriquear, asustada por tanto misterio y tanta distancia.

Hubo otro tiempo, el pasado en el collado de los cipreses, cuando Annina vio el entusiasmo con que Ideal, el bufón, el mágico y volcánico Ideal, prometía y juraba:

–Que me quede mudo por toda la eternidad –dijo riendo– si sobre este lugar sagrado para nuestra familia no construyo para ti una casita muy, muy pequeñita, Annina, mamaíta, una pequeña casita.

Y otro tiempo distinto fue el que pasaron con Orestes, en las raras ocasiones en que volvió al Prataio, hecho ya todo un abogado. Para vivir, prefirió permanecer lejos de Colle, de Héctor y de Telémaco, casi siempre en el extranjero, donde abrió incluso un bufete. Pero cuando regresó, pudo hablar por fin con su prima con algo más de libertad, y permanecer tumbado una vez más con ella en la colina imaginándose el Prataio como había sido en otros tiempos, confiándose sus recíprocos secretos, sus miedos, sus angustias. Fue Orestes quien aconsejó que estudiase letras a Sol, cuya sensibilidad e inteligencia supo apreciar. Dejó a su sobrino muchos de sus libros y a Annina algo de dinero para que le ayudara en una empresa difícil, que al final se resolvió con un diploma obtenido con las máximas calificaciones, los gritos de felicidad de Ideal y las lágrimas de Filomena, quien temió, tras tan brillante resultado, quedarse sola para siempre y ya sin nada, asustada por la promesa de su hermano de marcharse por fin hacia uno de aquellos lugares misteriosos que siempre le gustaba citar,

Llevándose con él a Annina y a su hermano, todos siguiendo las huellas de su tío, para perderse detrás del Oriente.

Ideal se atuvo a la decisión que había tomado y, a pesar de los refunfuños de Annina, en cuanto llegó a la edad de trabajar pidió y obtuvo de su tío poder ingresar en su taller. Héctor consideró desde el principio con recelo aquella solicitud; desconfiaba de quien, aunque no fuera más que un muchacho, no dejaba de ser el hijo de Avellanito, el subversivo. Pese a todo, aceptó, pero desde el primer día dio órdenes de que se observara de cerca el comportamiento de su sobrino, de que se le pusiera a prueba con las tareas más humildes y desagradables. «Que sude el pan, diantres, y que pague las culpas de su padre», pensó. Pero Ideal demostró que era rápido, fuerte y puntual, que estaba siempre listo para echar una mano a sus compañeros, que atendía las instrucciones y era competente incluso en cuestiones técnicas.

Muy pronto a Héctor le fueron llegando opiniones positivas e incluso solicitudes para que se le empleara en algo más útil y no sólo en el trabajo sucio o en meras tareas de aprendiz. Hubieron de pasar aún algunos meses para que se convenciera de que esos pareceres no eran mera adulación dictada por la consideración hacia el sobrino del propietario, pero al final dio su consentimiento para que pasara a las máquinas, a la construcción y el resto de las actividades en las que el joven demostró, una vez más, que

era excelente, además de tener una propensión natural hacia la mecánica. Desde el momento en que se vio manejando tornos, trépanos y desbarbadoras. Ideal descubrió una auténtica pasión que estalló, literalmente, cuando Morini, uno de los veteranos de la fábrica, le mostró uno de los motores que en otros tiempos habían sido el orgullo de Héctor. El anciano obrero le enseñó a desmontarlo, le señaló las bielas, las poleas y los cilindros, las levas, las válvulas y los manguitos; le habló de diámetros, de carreras, de compresiones, de calibres; nombró tornillos, tuercas, espitas y tirafondos, enumerando, como Sol cuando hablaba de Oriente, la retahila mágica de los nombres que permitían que aquel amasijo de acero inerte se transformase en un corazón latiente, capaz de empujar mil kilos como el viento, de levantar un peso hasta el cielo o de aspirar el agua del Padule hasta sacar a la luz la tierra.

Ideal se enamoró de aquel corazón metálico que tal vez, en cierto modo, vengaba en su interior la afrenta de aquel otro, de carne, que amorataba los labios de su hermano y le hacía la vida tan dura. Se enamoró pensándolo, soñando con él por las noches, quedándose para observarlo incluso después de su turno de trabajo y, por último, sujetándolo entre sus manos pieza por pieza hasta que sintió que había hallado sus secretos, descubierto sus virtudes y defectos. Que lo había hecho definitivamente suyo.

Y este amor suyo se volvió, con el tiempo, total, sobre

todo desde la vez en que mantuvo con Sol una larga discusión teórica sobre el futuro, casi de ciencia-ficción. Con el ímpetu típico de la juventud, los dos hermanos se aventuraron en un escenario que, a partir del mecanismo de los motores, trató de su desarrollo, del progreso de la técnica, de la evolución de la industria y, por último, de la perspectiva de los recursos energéticos. Eso precisamente fue lo que más impresionó a Ideal, quien, embebido en su enamoramiento por el motor de explosión, se encontró de repente ante el problema de su alimentación. Al oír las explicaciones de Sol acerca del ciclo de los hidrocarburos y de lo inevitable, en un futuro, de su agotamiento, fue invadido por una especie de desaliento incrédulo, casi como si hubiera constatado en aquel momento una verdad irremediable y trágica: la joya que amaba, aquel potente corazón capaz de superar cualquier debilidad, estaba destinado a morir exactamente igual que el de los hombres.

Durante semanas, esta consideración lo obsesionó, aplastándole con su peso y agrietando el placer de trabajar en el taller, de manejar las herramientas, de reparar un mecanismo. Conocedor ya del secreto de los artefactos, le pareció que nada le quedaba por hacer con ellos, y que todo volvía a ser un amasijo de hierro sin sentido.

Pero un domingo por la tarde, mientras estaba con Annina y sus hermanos bajo el avellano de delante de las vías, en su cabeza se disparó algo, una intuición, una idea que fue

objeto, durante años, de las burlas afables de Sol, quien, comparando a su hermano con Newton, sostuvo que había recibido el golpe, no de una manzana, sino de una avellana, y que los resultados serían por desgracia proporcionales.

Tumbado en efecto bajo el árbol, con los ojos muy abiertos contemplando el azul por encima de él mientras su madre narraba una vez más la leyenda de Cafiero, Ideal vio claramente cómo pasaba por delante de sus ojos, dando vueltas como una peonza en el cielo, el hatillo en que estaba envuelto su padre, y esas vueltas se repetían iguales y análogas a las que, cuando era niño se había imaginado, en el cielo de Colle, en las aguas del Padule y en todas las ocasiones en que había pensado en la historia de Avellanito. Era un movimiento plástico, infinito. Perpetuo.

De repente creyó comprender: si los recursos energéticos estaban destinados a acabarse, había que construir un mecanismo capaz de crear un movimiento que pudiera prescindir de esos recursos. Se levantó a toda prisa, pidió disculpas, dijo que tenía que hacer una cosa urgente y corrió a encerrarse en su habitación, donde, presa de un espasmódico frenesí, empezó a bosquejar mecanismos en todo papel que encontró disponible.

Al día siguiente corrió a casa de Morini y entabló con él en un denso conciliábulo tan misterioso que llegó a preocupar a Zaira, la mujer del mecánico. Por fin, ya de noche, Ideal consiguió convencerlo para que lo acompañara a ver a

Héctor, y en presencia de su tío, gracias a la intercesión del viejo Morini, que gozaba de su estima incondicional, habló durante más de una hora de mecánica calibrada, de relojería hidráulica, de elástica y de los principios enlazados de la convección. Héctor fingió comprender, asintió escuchando las indicaciones que su sobrino le sugirió, tras extender ante él el diseño de un engranaje oleodinámico alemán del cual, en realidad, ni siquiera entendió la orientación. Estuvo de acuerdo, con cierto interés, en la importancia de los recursos energéticos, tema que preocupaba también al Duce de Roma, sobre todo en aquel momento de sanciones económicas, en el que la Patria estaba llamada a resistir a un vil ataque que aspiraba a minar sus fuerzas, y al final, consintió en que Ideal pudiera emplear para sus experimentos los desechos mecánicos del taller y trabajara en el viejo establo que había pertenecido a su madre.

Bajo la viga de la que en otros tiempos se ahorcó Ulises, el hijo de Annina empezó desde aquel día a montar su sueño hecho de pistones, poleas, correas y palancas dinámicas.

Colgado de escaleras, tumbado bajo viguetas, encorvado sobre ruedas dentadas, Ideal atornilló al acero el deseo de dar al movimiento una duración infinita, de crear algo que no se detuviera, que fuera continuo y eterno como el amor que él sentía por la vida, que fuera capaz de retenerla y no dejar que se escapara Jamás, algo que encerrara la misma



fuerza, la misma esperanza que, antes que él, su abuelo y su padre habían buscado en el interior de la utopía.

Hécuba y Penélope volvieron del internado hechas ya unas señoritas, ocuparon de nuevo las habitaciones del Prataio que durante tanto tiempo las habían esperado y, con su juventud, aportaron más fuego al desasosiego de Riña.

Tras haber hecho y rehecho varias veces la decoración de la casa, tras haber exigido la ayuda de una criada y que un chófer la acompañara en sus paseos por la ciudad, Riña aprovechó la oportunidad del regreso de sus hijas para emprender una nueva oleada de reformas.

Lo primero que pretendió y obtuvo fue la desmembración de la vieja, enorme cocina que durante años había sido el elemento de conjunción de las tres familias, considerando aquella comunión como la herencia de una costumbre campesina bárbara e ineducada, una tácita y casi sacra obligación de celebrar las comidas todos reunidos que daba lugar a un continuo ir y venir de personas poco conveniente, todo ello sin hablar de la falta de intimidad.

Mucho mejor era contar con una cocina independiente y, aparte, una gran sala para comer como gente civilizada, espacio que no tardó en conseguirse tras cambiar la disposición de las habitaciones, derribar un par de tabiques y adquirir una mesa de banquete de tales dimensiones que,

años más tarde, los generales aliados no tuvieron dificultades para extender cómodamente sobre ella los mapas topográficos de toda la región.

En ese nuevo salón querido por Riña, Hécuba y Penélope primero y luego también Dido, dieron sus fiestas de baile hasta que los cañones de medio mundo empezaron a tocar músicas muy distintas, jugaron a la canasta y ocuparon así, como era debido, un lugar en la buena sociedad siguiendo las maneras que habían aprendido en tantos años de internado.

Utilizando con tal finalidad la planta baja, Riña trasladó todas las habitaciones a la planta superior y pudo desahogarse decorándolas con una eclosión de estucos dorados y espejos, de armarios venecianos, puertas pintadas, apliques y marcos, bagatelas y cortinajes adamascados, hasta el punto de que el propio Héctor, que en el fondo continuaba siendo un hombre práctico y esencial, nunca dejó de sentirse en cierto modo cohibido al moverse entre aquellas paredes.

Durante una de esas fiestas del Prataio conoció Sol a Natalia. Los hijos de Annina nunca fueron invitados oficialmente a aquellas recepciones, y ellos mismos se cuidaban mucho de acercarse al salón repleto de música y a los grupos de jóvenes que deambulaban por los senderos del Jardín. Y si a Ideal, totalmente absorbido por sus proyectos mecánicos, tal exclusión nunca le pesó

demasiado, Sol siempre la sintió como una afrenta estúpida e injusta, más aún porque asistía al mismo instituto escolar que Dido y conocía personalmente a muchos de los invitados.

Así, durante las ruidosas fiestas de su prima, prefería quedarse encerrado en casa, irse al campo a pasear, o bien subir a la colina de los cipreses a leer un libro, para lanzar de vez en cuando con fingida despreocupación una mirada a los movimientos que había a sus pies. Allí se lo encontró Natalia. Se había alejado de la barahúnda para confiarse en santa paz con su amiga Leda, pasar media hora tranquila y buscar acaso un lugar apartado para fumarse un cigarrillo protegida de miradas indiscretas.

Juntas, caminando del brazo, las dos amigas rodearon el jardín lentamente, para no llamar la atención, entretejiendo un denso parloteo que desanimara cualquier intromisión que pudiera impedir la fuga, y, por último, cuando ya se habían escabullido, empezaron a ascender hacia la colina dando el rodeo más largo. Así pues, aparecieron a espaldas de Sol, quien, absorto en la lectura, no se percató de su presencia hasta el último momento: al oír rumor de pasos sobre la hierba se dio la vuelta para levantarse en el preciso momento en que Natalia, con los ojos cerrados en una especie de éxtasis, aspirando una bocanada voluptuosa, acababa de llegar a la cima de la colina. Apenas la muchacha los abrió, al ver frente a ella a Sol a medio incorporarse, con

cara de sorpresa, se quedó bloqueada con el cigarrillo a medio camino, mientras Leda, alegre como siempre, estalló en unas risitas mal contenidas.

Se conocían de vista los tres, por haberse cruzado a menudo en los pasillos del instituto. Así que Sol esbozó una sonrisa y dejó caer un «hola» medio azorado, mientras Natalia, que había recuperado el dominio de sí misma, decía:

–Espero que no seas uno de esos hombres que consideran a una chica un caso perdido por un poco de tabaco.

Levantándose del suelo, Sol, aún intimidado, dijo que no, que claro que no, no, sin ninguna duda. Y después, con el libro en la mano, se quedó allí clavado, mirándola. Natalia, entonces, avanzó unos pasos y, con un fingido suspiro de alivio, añadió:

–Entonces no tendrás inconveniente en que continúe.  
–Luego, encaminándose hacia el margen que daba al Prataio, soltó un gritito–: Mira, Leda, desde aquí se ve todo, hasta las tierras saneadas y aún más allá.

De modo que eres un espía –espetó después de repente dirigiéndose a Sol, quien se sonrojó, rió, y levantando la mano con el libro dijo que sí, que se fingía lector para espiar todos los enredos del instituto.

–Naturalmente, porque si no, ¿qué haces aquí en vez de estar abajo bailando? –concluyó ella maliciosa.

Sol hizo una mueca y contestó:

–No, no, la verdad es que estaba leyendo.

Entonces, de repente Leda se acordó:

–Pero ¿tú no eres el primo de Dido Bertorelli?

–Sí, me llamo Sol –dijo él, tendiéndoles la mano a las muchachas–, pero el caso es que no hay demasiada simpatía entre nuestras familias, así que...

Leda hizo un gesto con la cabeza, como para indicar que lo entendía, pero el caso era que sobre los tres había caído un velo de incomodidad, de modo que Natalia procuró rasgarlo enseguida y preguntó:

–¿Capuletos y montescos?

–Precisamente –asintió Sol riendo, mientras daba la vuelta a la cubierta del libro que tenía en la mano: era Romeo y Julieta.

–Ten cuidado con Natalia; es una bruja –dijo entonces Leda.

El hielo quedó definitivamente roto, de modo que las dos chicas se sentaron durante más de una hora con Sol para

bromear y charlar, escuchando las historias de su abuela y del balcón demolido por los celos de Ulises, de los cipreses bajo los que estarían ahora sentados si la locura no los hubiera abatido también y de la colina donde se hallaban, que era, en el fondo, lo único que le pertenecía a Sol, junto a la tumba de Mena muerta a causa de la gripe. Así estuvieron hasta que desde abajo alguien empezó a llamarlas por sus nombres, de modo que decidieron bajar.

–Será mejor que nos vayamos –se despidió Leda–, porque de lo contrario, dentro de diez minutos te encontrarás con que un gentío de exaltados destruye tus propiedades.

Natalia se despidió con un «hasta luego» que hizo que se aceleraran de inmediato los irregulares latidos de su corazón, corazón que se enamoró definitivamente cuando ella, camino ya del Prataio, se volvió de repente para detenerse un momento y enviarle un último saludo y, al agitar la mano, movió sus cabellos, que se levantaron hacia el cielo justo en el momento en que el último sol del atardecer bañaba su rostro. Fue un instante brevísimo, acaso un poco más que nada, y, sin embargo, resultó suficiente para grabarse en su interior y no abandonarlo ya, para hacerle compañía durante las horas y los días que siguieron, durante todos los años en que amó a Natalia siguiendo los brincos de sus propios latidos y del aliento cojo, sin conseguir Jamás mantener el paso de tanta belleza.

Animado por aquella imagen, Sol buscó a Natalia en los

pasillos del instituto –y ella se dejó buscar de buena gana–, se demoró más de lo debido en la ciudad para acompañarla en largos paseos en los que ella se dejó acompañar de buena gana, siguió contándole cosas del Prataio y de Ulises, y de Rosa y de la leyenda de Avellanito, le habló de los subversivos y de cuando las tierras saneadas eran el Padule con palabras que ella escuchaba de buena gana, y por último hizo que se enamorara contándole la historia de la infinita pasión entre el Maestro, su abuelo, y la viuda Bartoli.

Natalia se abandonó así a los relatos de aquel muchacho débil pero amable, agudo y punzante. Hechizada por la magia de las palabras, se dejó abrazar por ellas, y sobre su suave alfombra se tumbó, igual a como lo habían hecho Rosa y Annina al parir bajo las manos de Maddalena. Se dejó fajar, acariciar y envolver, y no le importó en absoluto que no fueran brazos de acero ni músculos de atleta, sino solo cojines de sueños y esperanzas, viento disperso de un tiempo definitivamente ido.

Se dejó resbalar junto al corazón renqueante de Sol, cerca de su respiración corta y a menudo afanosa. Se puso bajo la protección de sus palabras, abrazó su cuerpo de cristal y decidió que lo amaría.

La mayoría de edad de Penélope fue celebrada con un baile que se prolongó hasta bien entrada la noche, ocupados los salones por los vástagos de los mejores

apellidos de la ciudad, para alegría de Riña, quien en aquel esplendor de juventud y de riqueza vio su propio triunfo definitivo.

En la fiesta de sus hermanas no dejó de participar Orestes, que llegó para ello desde Francia en una motocicleta roja y cromada, y tuvo una escenográfica entrada en el Prataio con un ruido atronador que apagó por unos instantes los brincos del fox-trot. Se detuvo con un frenazo que dejó una huella de más de diez metros sobre la gravilla del sendero y levantó una nube de polvo de la que emergió cual dios griego, con su chaquetón de piel y gafas sobre una gorra de cuero, e inmediatamente quedó sumergido por los besos de Dido, de Hécuba y de Penélope, así como por la admiración de los numerosos jovencitos que sin duda vieron en aquella aparición la manifestación de un soberbio modelo viril.

Tras dejar a sus hermanas y la motocicleta a los invitados, después de saludar a los presentes y a sus padres, no tardó en escabullirse con cualquier pretexto para ir a abrazar a Annina y subir con ella como en otros tiempos a la colina de los cipreses a hablar de sus secretos.

Una vez más fue él quien la mantuvo conectada al mundo, quien le habló de lo que sucedía fuera de Colle y de Italia, de lo que se estaba preparando para un futuro que, se mirara por donde se mirase, no parecía nada halagüeño. Le dijo que había conocido en Francia a un socialista exiliado que le había hablado del Maestro y de Colle; se llamaba



Ranieri y era hermano de un tal Maniero, de quien a él también le parecía recordar algo. Ante aquel nombre, Annina casi palideció, como si el pasado, una y otra vez, se le echara de nuevo encima con toda su fuerza. Maniero, naturalmente, aquel que fue el desmembrado en Milán por los cañonazos del rey, el gran amor de Libertad, su cuñada que descansaba en la ermita. De modo que Orestes tenía que contárselo todo acerca de ese Ranieri y de lo que estaba haciendo en Francia, pero en voz baja y con cautela, pues aunque Soldani y sus escuadras hacía tiempo que se habían esfumado, espías los había por todas partes, eran gotas de lluvia, mosquitos, ráfagas de viento que llegaban por la espalda y de repente.

Annina escuchó, y advirtió en las palabras de su primo la misma pasión por la libertad que había captado en las peroratas de Cafiero, que había podido ver entre los canales del Padule, cuando el saneamiento no había hecho emerger aún las tierras ni reducido al silencio la dignidad.

Tumbada junto a Orestes que seguía hablando, Annina sintió que corría de nuevo por su interior algo que creía haber desconchado para siempre con las bayetas y el sorgo, a fuerza de inclinar la cabeza y de obediencia, ahogada en la costumbre y el silencio, de modo que le pareció que si había algún movimiento infinito, si existía en verdad eso por lo que su hijo pasaba las noches en vela entre bisagras y charnelas, era el deseo de imaginar algo distinto, de poder

ser libres de pensar, y de hablar, y de viajar, y de amar incluso lo que la razón sugiere que no se ame.

Así que tomó de la mano a su primo y le pidió que la siguiera, bajó de la colina y lo acompañó al viejo establo. Llamó y al cabo de unos instantes Ideal abrió, abrazó con afecto a Orestes y miró con gratitud a su madre.

–Ven –dijo después al invitado–, supongo que mamá quiere que veas esto.

Atravesaron la habitación, que a Orestes le pareció más que nada un pequeño garaje, un almacén donde, en una confusión increíble, había piezas mecánicas, rollos de dibujos, lápices, libros amontonados, diagramas colgados de las paredes y, en un rincón, un jergón que se parecía, en todo y por todo, al camastro de un perro.

En la puerta del local anejo, Ideal se detuvo y un segundo antes de pulsar el interruptor dijo:

–Mira...

La luz inundó el viejo establo en el que Ulises se había ahorcado. Orestes lo recordaba bien, de modo que se quedó petrificado en el umbral y sólo fue capaz de susurrar:

–Mon Dieu!

Lo que en otros tiempos había sido el más grande local

comercial de los Bertorelli y después el vasto almacén del taller mecánico estaba ocupado ahora enteramente por una construcción indefinible, una especie de gigantesca escultura de acero, tubos, ruedas y cables, algo que era al mismo tiempo incongruente y armonioso, poco estético y sublime. «Una obra maestra», pensó Orestes.

Sin decir nada, Ideal se acercó a la zona frontal de aquel amasijo, donde asomaba una manivela. Se inclinó y dio una única, lenta vuelta. Inmediatamente, aquella maraña inerte empezó a rechinar, las ruedas se movieron, las correas arrancaron, los engranajes comenzaron a girar y todo el conjunto adquirió vida, pareció balancearse, jadear, latir como un organismo real.

Orestes, boquiabierto, contempló en silencio aquella orquesta de hierros y al fin, volviéndose hacia Ideal, preguntó:

–Pero ¿cómo funciona?

–Es algo complicado de explicar así sin más –dijo él, y mientras tanto ya había metido un brazo en el interior de la máquina, cerca de un engranaje, y con una llave estaba apretando un perno.

Entonces, Orestes se volvió hacia Annina e inquirió incrédulo: –Pero, en definitiva, Annina, ¿qué es esto?

–La verdad es que tampoco yo sabría explicártelo –le dijo su prima encogiéndose de hombros–; sólo sé que Ideal la ha llamado «Libertad».

Annina vio enamorarse a Sol con la misma aprensión con que habría contemplado una flor bajo la tormenta. Recordando las advertencias con que durante años los médicos le habían recomendado prudencia ante aquel muchacho de cristal, se dividió entre su felicidad por aquella pasión naciente y sus temores de que una emoción fuerte, un disgusto profundo, una desilusión sufrida por su hijo pudiera acarrearle un daño irreparable.

Pero más allá de estas naturales preocupaciones suyas de madre, otras inquietudes, muy distintas, asomaban en el horizonte de Colle: las voces cada vez más insistentes que, tras la conquista del Imperio, hablaban ya abiertamente de guerra. Durante todos aquellos años, Annina había sido capaz de criar y fortalecer a aquel hijo nacido con tanto esfuerzo y, al igual que se había encargado de él, protegió, aun a costa de humillarse, a Ideal y a Filomena de Telémaco y de la prepotencia de quienes habían matado a su marido, pero ahora se sentía impotente frente a una eventualidad tan enorme, ante aquel nuevo temporal que sentía atronar en el horizonte, ante el miedo de que sus hijos pudieran hacer o decir algo que desencadenara la ira de aquellas fieras.

Temía la inteligencia de Sol, su manera de reflexionar, los

razonamientos cultos y mordaces con los que, en las discusiones domésticas, analizaba a menudo los acontecimientos políticos; temía por Filomena, a quien veía crecer como una muchachita insegura e indefensa; y temía sobre todo por Ideal, por aquel carácter suyo abierto y lanzado, por ese genio suyo que no soportaría sin duda durante mucho tiempo la estupidez que le rodeaba, sobre todo ahora que se disponía a ser llamado a filas.

A menudo, Annina soñaba con la guerra, soñaba con los cañones que disparaban las fiebres gripales sobre el Prataio, y ella que corría a diestra y siniestra tratando de capturar microbios tan grandes como balas, para que no cayeran sobre nadie, para que no rozaran ningún animal ni ninguna casa. Después se levantaba para iniciar su jornada de trabajo y veía que todo en torno a ella seguía hablando de la guerra.

Hablaban de ella sus hijos, ya en el desayuno, hablaba de ella Héctor con Telémaco, discutiendo acerca del futuro del taller mecánico, y hablaba de ella Riña, pensando en Orestes y en Francia. Incluso en el modo de moverse la gente, por cómo parecía transformada por el frenesí y por la preocupación, Annina veía la guerra. La veía en los objetos cotidianos, en cosas de las que nunca antes había oído hablar: la artillería antiaérea, las máscaras antigás, los refugios.

Hasta le parecía a Annina que los cerdos hablaban de la

guerra, con aquel su hojar constante como una masa en fermentación.

Todo hablaba de la guerra, y al final de tanto hablar, el Duce de Roma convocó ante él a Italia y finalmente desde su balcón les habló a todos de la guerra. La declaró, la anunció con una proclama espectacular, la gritó con tanta fuerza que la oyeron hasta en Colle, amplificada por los altavoces en la vieja plaza del burgo repleta de gente, mientras toda la plana mayor del partido, con Telémaco a la cabeza, permanecía formada en la ventana del ayuntamiento.

Riña no dejó escapar ni siquiera esa ocasión para celebrar una fiesta con objeto de festejar el comienzo de una nueva era de triunfos. En realidad, junto a la masa que había recibido con gritos de júbilo el comienzo de un atroz desastre, no fueron pocos quienes, especialmente hacia la Llana, la aceptaron con un siniestro escalofrío ante el recuerdo de cuánta desgracia trajo en el pasado otra guerra a aquella zona. El propio Héctor, pensando en lo mucho que habían sufrido Paris y Ganimedes en las trincheras, expresó sus dudas a Telémaco y otros notables; ninguno de ellos dudó en asegurarle que iba a tratarse de un conflicto rapidísimo, en el cual era conveniente entrar junto a poderosos aliados para obtener el máximo resultado con el mínimo esfuerzo.

Eneas fue de los primeros que se marcharon, despedido

por el enésimo baile de despedida con el que Riña quiso gratificar al héroe de la familia que se disponía a reconquistar para la patria Córcega, Niza y Túnez. Para la ocasión se le ocurrió crear una coreografía inolvidable, de modo que su sobrino y el resto de los jóvenes soldados conservaran su recuerdo en la retina cuando el convoy militar los condujera al frente, cuando, con la bayoneta calada, asaltaran las líneas enemigas y por último cuando, triunfadores, hicieran su entrada en París. Así pues, engalanó el salón con festones tricolores, eligió cuidadosamente a los músicos, quiso que vistieran uniforme militar y estudió una especie de dirección artística que preveía a la entrada del homenajeador un recibimiento por sorpresa de los invitados, con himno nacional y aplausos.

Como tenía por costumbre, Eneas mostró un pésimo comportamiento. Cuando, vestido ya con su deslumbrante uniforme de suboficial, permanecía apartado en la parte trasera del Prataio, apoyado contra un muro, fumando el último cigarrillo antes de bajar al jardín y hacer su entrada triunfal en el salón, desde fuera vio que Ida entraba en una habitación cercana. Por el ventanal semiabierto la entrevió mientras se quitaba la blusa de faena, lista para ponerse el uniforme de camarera, con delantalito y cofia, que Riña había exigido para el servicio.

Eneas se aproximó. Ida, medio desnuda, se acercó a la jofaina esmaltada y, a toda prisa, se echó agua en el rostro

y el pecho, con los ojos cerrados, restregándose con fuerza la cara. Cuando volvió a abrirlos vio ante ella, por detrás de la puerta, a Eneas que, con el cigarrillo en la mano, la admiraba inmóvil. Llevaba el gorro militar y vestía uniforme de gala: tan guapo, dibujado sobre el trasfondo verde del prado, en aquel instante le pareció un espejismo, una fotografía, acaso un sueño incluso, un Amadeo Nazzari más irreal aún. Y ella, probablemente, se sintió Luisa Ferida, o Greta Garbo, pero no desde luego la Ida del Pellai, la criada de Riña.

Después, Gary Cooper empujó apenas las jambas, el ventanal se abrió de par en par y, sin dejar de mirarla fijamente al rostro, Osvaldo Valenti exhaló en la habitación una larga voluta de humo. Y cuando Clark Gable le rodeó los hombros en un abrazo, Ida casi se desmaya y la única cosa que se oyó decir fue un «no, señorito...» tímido y aflautado que era una manifiesta invitación para que continuara.

El resultado de la salida a escena no fue de los mejores, pues en vista de que los músicos y los invitados estaban listos, Riña le dijo a alguien que fuera a buscar a Eneas, y entretanto todos los demás, tal como había previsto su coreografía, pasarían por detrás, para hacer su entrada por sorpresa en el salón en el momento oportuno.

Y así, al pasar por la parte posterior de la casa, el numeroso grupo de invitados, con Riña a la cabeza a modo de guía, se topó con el revoltijo de Eneas e Ida, quienes,



echados en el suelo, estaban celebrando la entrada en guerra de manera tan agradable como poco marcial.

Y en el colmo del alboroto, al ver aparecer detrás de la puerta del salón a Riña, que, desesperada, gritaba el nombre de su sobrino, el director de orquesta, según lo previsto en el guión, ordenó atacar el himno nacional, confiriendo a aquel momento una solemnidad imprevista; una solemnidad que arrancó la sonrisa a más de uno en el Colle y el Prataio e hizo aún más digna de Boccaccio la situación y ayudó a que se olvidara, aunque no fuera más que unos días, que la matanza no había hecho más que empezar.

## XV

Sol le habló de Ideal de repente. Iba de la mano de Natalia y caminaba hacia la estación donde había de coger el tren para volver a Colle, pero en realidad le parecía que se deslizaba, perdido como estaba en el interior del amor. La nebulosa suave en que se movía desapareció de repente en cuanto se dio cuenta de que no le había hablado aún de Ideal. Como alcanzado por una explosión, se detuvo, y dijo a Natalia, que le miraba sorprendida, preguntándose qué le habría ocurrido:

–Tengo que hacer que conozcas a un genio.

Así que le habló de su hermano gemelo, de la persona a quien tan cercano y unido se sentía como a su propia respiración, de su alegría, de su generosidad, de todo lo que él no era y, en cambio, estaba contenido en el nombre de su hermano.

No pasó mucho tiempo antes de que ambos se conocieran y de que Sol, emocionado, presentase mutuamente a Ideal y a Natalia, y pasaran largos ratos juntos hablando, con frecuencia de aquella manía suya por la mecánica, sin que por lo demás Sol consiguiera convencer a su hermano para que le enseñara su máquina a la muchacha.

–Vamos, no son cosas interesantes –eludía, o bien se negaba diciendo que no estaba aún a punto, que no era aún el momento, que trabajaba en una nueva idea.

Natalia quedó impresionada por aquel muchacho tan distinto a Sol, que era gemelo suyo y parecía serle complementario. Si uno era delicado y taciturno, el otro era hablador y atlético: uno lento y tranquilo, el otro rápido y nervioso; temeroso y a veces irresoluto Sol, seguro y jactancioso su hermano.

De ambos aprendió a apreciar la sinceridad y amabilidad y, con el tiempo, junto al amor que sentía por Sol, fue notando con claridad el gran afecto que la unía a Ideal y, por último, se convenció de que, más allá de las aparentes diferencias, los lazos que unían a los dos gemelos eran realmente sutiles y subterráneos, no visibles a la luz pero palpables y reales para quien, como ella, había unido a uno de los dos una parte de su vida.

Día tras día, hablando con Sol, se fue percatando de haber entablado conversación con Ideal también, y a fuerza de

estar junto a ellos percibió que se había deslizado en un punto que la situaba exactamente en el medio de las dos mitades que eran, por ambas partes, materia de amor.

De esto, al principio, no se preocupó, pues no siempre resulta cosa fácil distinguir una contigüidad tan próxima. Pero un día, después de haberse despedido de Ideal que la había acompañado a la estación, se sorprendió en el tren pensando con intensidad en él, deseando conocer aún más de lo mucho que ya sabía. Dejándose acunar por el movimiento del vagón, se complació en pensar que era uno de los elementos de las máquinas fantásticas que hasta ahora él se había limitado siempre a describirle, una articulación universal, una rueda dentada que, puesta en marcha por él, no se detendría jamás, incorporando toda vibración, toda energía, toda trayectoria de la vida.

Así que decidió bajar en las tierras saneadas e hizo que un coche la llevara al Prataio, donde fue derecha al viejo establo y llamó.

–Quiero ver a «Libertad» –dijo cuando Ideal abrió, y por su mirada, por la decisión con que lo apartó hacia un lado, él comprendió que cualquier tentativa de contener aquel deseo resultaría vana.

Así que le abrió camino, le mostró el mecanismo y se quedó observándola mientras ella, inmóvil, intentaba captar con los ojos el origen del movimiento, escuchando

extasiada el rechinar de aquella sinfonía de acero. Natalia se acercó a la máquina, la tocó, hizo preguntas y siguió con atención complejas explicaciones acerca de elasticidad dinámica y mecánica hidráulica. Se adentró con él en el interior de la maquinaria, en el corazón de aquel movimiento lento y armonioso, se dejó fascinar por la maraña de cables y de pernos, se dejó arrebatarse por el ondular de las correas, por el revoloteo de las conexiones y las bisagras, y cuando por fin Ideal la abrazó, le pareció que aquel era el puerto más natural para el vértigo que la había circundado.

Como el movimiento que Ideal intentaba enjaular, el amor de Natalia quedó aprisionado por el acero de una máquina que paradójicamente se llamaba «Libertad» y por el temor a quebrar irreparablemente el cristal de Sol. Abandonada entre los brazos de Ideal mientras a su alrededor el mecanismo latía como un enorme corazón, Natalia sintió que estaba tan prisionera de la fuerza como de la fragilidad de su hermano, que deseaba aquel movimiento de acero y amaba de la misma forma la otra respiración, fina como un hilo.

Y a Ideal, quien tras el primer beso hubiera querido inundarla de las mismas preguntas que ella ya se había hecho, le pidió por favor que callara, que no pensara ahora, en medio de aquella inestabilidad, en nada que hiciese aún más incomprensible lo que ya le resultaba oscuro, misterioso e inquietante.

–A menos –le dijo– que no sepas construir una máquina que produzca el amor perpetuo, y sepa hacer feliz a todo amado y perdonar a todo amante.

De vuelta en casa, aquella noche Natalia no durmió, intentando en vano comprender el amor y aquella sensación de estar enamorada de una persona y desear a dos, de estrechar a dos entre sus brazos y estar enamorada sólo de una.

Mirara el problema por donde lo mirase, no lograba encontrar solución alguna y le parecía estar aún engullida en el vientre de la maquinaria de Ideal, allí donde cualquier verdad parecía posible, frágil y resistente, poderosa como el acero y lábil como los hilos de seda que unían sus miles de planchas. Y si de éstas se desplazaba a los brazos de Sol, sentía en ellos toda la fuerza de su fragilidad, de la profundidad y de las palabras con que era capaz de mantenerse vivo, y de dar vida al mundo. Y así, durante horas, mientras seguía desplazándose entre el amor de ambos hermanos, permanecía exactamente en el centro, dividida entre el deseo de amarlos y el temor, al mismo tiempo, a traicionarlos.

Durante varios días permaneció en la ciudad, encerrada en casa, diciendo que estaba enferma, pues enferma de algo lo estaba de verdad, y le parecía no ser ya capaz de comprender, de razonar, ni siquiera de hablar, de modo que decidió escribir, para ver si fijando sobre el papel las ideas

podía llegar a la solución de un problema que no parecía tenerla.

Escribió dos cartas. En la primera enumeró las razones del amor. Pensó en la respiración de Sol y la ensanchó con toda la pasión que conocía. Escribió tomando la fuerza que había conocido de Ideal para transvasarla al interior de su hermano. Escribió palabras en cadena, e inundó la carta con la armonía que había visto deslizarse entre los engranajes de «Libertad». Escribió pensando en el Maestro y en la viuda Bartoli, con el espíritu alborozado y ensoñador que había conocido en las historias de un Colle desaparecido para siempre, y con las mismas lágrimas felices con las que Rosa lloró arrebatada de amor por su Sol, y Annina por el suyo.

La segunda fue una carta de abandono, en la cual se dejó arrastrar por la ternura y la nostalgia, pensando en todo lo que hubiera podido ser y ya no sería, en el agua del Padule desecado, en el balcón de Rosa y en los cipreses sobre los que cayó la locura de Ulises. Escribió acerca de la imposibilidad de retener el movimiento, sobre la utopía, el dolor de ser libres, el viaje de Sol a Oriente en busca de países que quién sabe si habrían existido alguna vez. Escribió una carta frágil y dura, una carta que, acariciando, arañaba como araña siempre un adiós inevitable. Luego metió la primera en un sobre blanco y la segunda en uno rosa, aplazando hasta la mañana siguiente cualquier decisión.

Exhausta, vacía de palabras y de todo peso, se quedó dormida, y pudo por fin hundirse en un sueño largo, confuso, en el cual todos los adjetivos que había escrito se hincharon, las frases se enrollaron sobre sí mismas, verbos y sustantivos estallaron como en unas violentas fiebres tercianas que cuando despertó, muchas horas más tarde, la dejaron descansada y más ligera.

Se levantó, fue hasta el escritorio y al ver los sobres, recordó. Entonces se sentó, colocó la carta del sobre rosa a su izquierda y la del blanco a su derecha. Después cerró con fuerza los párpados, y en ese mínimo instante de luz que la oscuridad concede a la mente antes de apoderarse por completo de ella, vio brillar el rostro de Ideal y sintió por fin que la felicidad llegaba, la invadía, ascendía ligera como la espuma.

Acaso fuera por las prisas en detener aquella felicidad, por el miedo a que se desvaneciese de nuevo entre tanta confusión, o tal vez sólo fuera porque las cosas suceden con independencia de nuestra voluntad, y resulta realmente imposible construir un mecanismo que embride lo que no puede embridarse, el caso es que aquella mañana, en el sobre blanco Natalia escribió el nombre de Sol y en el rosa el de Ideal, convencida de haber unido para siempre este último al color del amor.

Y mientras ella escribía el absurdo guión de un equívoco, el hilo que desde su nacimiento unía a los dos gemelos



condujo a Sol ante «Libertad». Ideal estaba atareado, inclinado sobre los engranajes, y cuando lo vio llegar se irguió y permaneció en silencio, inmóvil. mirándolo. Entre ellos no eran necesarias demasiadas palabras.

Sol se sentó simplemente, con la espalda apoyada en la máquina, y por unos minutos ambos callaron, hasta que la mirada de Sol se posó interrogativa en un montón de ruedas dentadas y de viguetas.

–La estoy desmontando –dijo entonces Ideal.

Sol contestó con una carcajada.

–Eres el fanfarrón de siempre –dijo–; sería como vaciar el mar porque la gente se ahoga en él.

Rieron juntos hasta que se les saltaron las lágrimas.

–¿Vendrá? –preguntó Ideal cuando se hizo el silencio.

–Vendrá –contestó su hermano–, y uno de nosotros se alegrará por el otro.

Pero Natalia no apareció. Llegaron sus cartas y Sol, reconociendo su caligrafía, la abrió con manos temblorosas y los labios ya de color violeta por la emoción. Inmediatamente después de haberla leído fue hasta el viejo establo donde halló a Ideal que, como siempre, trabajaba en torno a «Libertad».

–Natalia me ha escrito una carta de amor –le dijo mientras entraba.

Ideal levantó la mirada, le sonrió y volvió después a su labor con los engranajes.

–¿Y tú que estás haciendo? –le preguntó Sol con una pizca de preocupación.

–¿No lo ves? –contestó su hermano señalándole el mecanismo–. Estoy montando otra vez este animal.

Natalia vio desde lejos a Sol que se acercaba y sintió que le faltaba el aire. Convencida de haberle enviado la carta de abandono, temió no ser capaz de sostener su mirada, pues ya al verlo de frente, con el paso apresurado, todas las certezas que creyó tener le pareció que se hacían añicos en un instante.

De modo que se detuvo para esperarlo, y él llegó por fin, se quedó inmóvil delante de ella durante un largo minuto, para dibujar después la más feliz de las sonrisas y abrazarla. Mientras le susurraba al oído, rozándole el cabello con la boca, las mismas frases con que ella había intentado explicar el amor, Natalia seguía sin comprender, perdida como estaba en la convicción de deber atajar el dolor de un abandono.

En cambio, eran besos, brazos que la rozaban, una

delicadeza que adoraba, eran sus mismas palabras que ahora volvían a ella en boca de quien no hubiera debido conocerlas jamás.

Poco a poco, ahogada en aquel abrazo, Natalia comprendió. De pie, en el paseo que llevaba a la estación, se dio cuenta del engaño que había urdido para ella misma y para aquel hombre. Ante un amor espoleado por su desmañada aprobación, sintió que se reanudaba el juego de reenvíos que había creído bloquear con dos estúpidas cartas y vio cómo todo volvía a ponerse en movimiento, lo mismo que en la máquina de Ideal. Así, instintivamente, estrechó con fuerza a Sol en una tentativa de interrumpir aquel movimiento infinito, y dejó que él creyera que aquel abrazo fortísimo era un modo de sellar un deseo escrito y enviado en un sobre equivocado.

Lloró, y ni ella misma habría sabido decir si de rabia, miedo o felicidad. Lloró, y siguió abrazándolo para estar segura de querer su amor, de seguir sintiéndolo emerger del cristal de su respiración y retenerlo por fin junto a ella. Retenerlo para no dejarlo escapar, arrastrado por la corriente del movimiento.

Desde aquel día, Natalia y Sol permanecieron juntos. Juntos continuaron sus estudios y unos meses más tarde, juntos, se despidieron de Ideal, que partió hacia Roma, para incorporarse a filas. Fueron a recogerlo al viejo establo, donde había pasado la noche junto con Morini, ocupado en

empaquetar las últimas herramientas y poner algo de orden en sus cosas. Con el equipaje ya listo, Ideal llamó a su hermano a su lado y le explicó dónde estaban los papeles y los proyectos de «Libertad», le entregó a continuación las llaves del establo y le rogó que velara por su máquina.

Después, junto a Filomena, se encaminaron todos a pie hacia la estación, porque Ideal quiso pasar una vez más por la vía férrea, para echar un último vistazo al avellano de Cafiero. Al llegar al árbol, quiso sentarse un minuto allí debajo para contemplar Colle desde el mismo sitio desde donde lo había visto desde niño. Sol, como siempre, se burló de él, y le contó a Natalia lo de Newton y la avellana, de modo que llegaron a la estación riendo, con un buen humor que les duró hasta la llegada del tren.

No fueron necesarias demasiadas recomendaciones entre los hermanos. Filomena rompió en llanto, y Sol tuvo que consolarla, mientras Natalia regalaba a Ideal el último, larguísimo abrazo con el que él grabó para siempre en sí mismo el recuerdo de un cuerpo que jamás le había pertenecido del todo. Sol se limitó a una leve caricia, cuando él se asomaba por la ventanilla haciendo muecas de bufón para desvirtuar la incomodidad del adiós. Estaba convencido de volver a ver pronto a aquel hermano tan amado, de modo que le dejó solo esa caricia breve, un soplo apenas, convencido de que después de la primera instrucción regresaría, que tal vez ni siquiera finalizara el servicio

militar, puesto que todos decían que la guerra acabaría en un abrir y cerrar de ojos. De pie en el andén se quedó mirando cómo el tren se alejaba y enfilaba el viaducto bajo el cual en otros tiempos se ensanchaba el Padule. Mantuvo los ojos clavados en la mano de Ideal que se agitaba, se aferró a ella hasta que el vagón se convirtió en un punto del horizonte ensanchado, y sólo cuando aquel punto desapareció se dio cuenta de que no había de regresar jamás.

Annina no quiso asistir a la despedida de Ideal. La noche anterior fue a verle al establo, hizo un aparte con él y lo abrazó.

–No tengo nada que decirte que no sepas ya –le dijo–, y yo, a despedirme de un soldado que va a la guerra no iré, lo siento.

Ideal le dijo que no importaba.

–Jamás he visto una batalla –continuó Annina–, pero he visto a muchachos volver despedazados, he visto el hambre y después del hambre, la gripe. Sé que la muerte Jamás merodea sola. Hace que la ayuden, y eso me asusta.

El muchacho hubiera querido replicar algo, pero esta vez fue ella quien dijo que no importaba. Así se dejaron, con aquellas pocas palabras, recomendándose ambos prudencia. Annina volvió a su casa y ni siquiera intentó

dormir, porque sabía que habría de soñar con armas cargadas de muerte. Estaba ya harta de aquella guerra que hubiera debido ser un relámpago, pese a lo cual continuaba transcurridos varios meses, de la arrogancia de Telémaco, quien, aunque ya no era podestá, seguía mangoneando a sus anchas y cubría todas las fechorías del rufián de su hijo.

Subió a su habitación, se tumbó en la cama y sintió, fortísimo, el deseo de hablar con Cafiero, de sentirlo a su lado, de desahogar con él la rabia y el ansia que la habían invadido. Jamás, en todos aquellos años, había osado sacar su imagen del limbo en el cual se encerraba a recordar. Pero aquella noche, la noche anterior a la marcha de su hijo hacia la muerte, Annina decidió hablarle directamente, como a un marido a quien se confían las preocupaciones, se le pide consejo, con el que se discute incluso por amor hacia los hijos.

Arrebatada por una nueva fuerza, se sentó en la cama y decidió hablarle de Sol, de quien sentía aún los arañazos en su interior, antes de que el arte de Maddalena aliviara aquel dolor perfecto. Le dijo que se sentiría feliz al ver que aún estaba vivo, a despecho de los sufrimientos padecidos, un chico especial, inteligente, ahora incluso licenciado en letras. Al igual que estaría contento de Filomena, aunque no fuera todavía más que una muchachita que aún debía florecer, a la sombra de sus hermanos y de aquella engorrosa familia, pobrecilla. Pero era juiciosa, Filomena, y

responsable, y ella se la llevaba a menudo a trabajar, para que le echara una mano, y si hubiera visto entonces lo despierta que era, lo atenta que estaba a todo. Y lo solícita que se mostraba. Annina casi se disculpó por pedir esa ayuda, pero, así le dijo, había días en que estaba desriñonada, con dos casas que mantener en orden y cuatro hombres a los que atender, y se justificó por aquel trabajo humillante recordando en la oscuridad el peso de las deudas, la enfermedad de Sol, los tres niños de corta edad, la gente del Padule que ya ni existía, sus amigos encarcelados, exiliados o muertos. Incluso Orestes, le explicó, había tenido que irse, alejarse de aquellos animales para intentar ser una persona, para colaborar como enlace entre Francia y quienes seguían trabajando aquí contra los canallas que le habían asesinado.

De modo que debía perdonarla si había tenido que renunciar a su apellido para recibir el pan de esa carroña de Telémaco. Alzó la voz, con las lágrimas ahogándole la garganta, disculpándose con la sombra de Cafiero, y siguió diciéndole que ahora estaba asustada porque una vez más había alguien que tenía que marcharse, y la dejaría esperando, como habían hecho todas las personas a quienes había querido. Gritó sus miedos, desesperada, hablando a la oscuridad, casi enloquecida ante la idea de perder a Ideal, y en esa desesperación llegó a reprochar a su marido su ausencia, a reprocharle que la hubiera dejado sola con el mundo entero a sus espaldas, cuando el lugar de

un hombre está junto a su familia y no dos metros bajo tierra en la ermita.

Aquellas palabras resonaron en el silencio de la habitación como un disparo de fusil. Annina las sintió vibrar y se llevó una mano a la boca en un intento de detenerlas cuando ya las había gritado, arrojándolas en la oscuridad contra la imagen de Cafiero inmóvil en la puerta. De manera que se quedó helada mirando aquella figura, la vio moverse con lentitud y avanzar hacia ella, y sólo cuando la estrechó entre sus brazos, al contacto con aquel cristal se dio cuenta de que era Sol quien la estaba acariciando; entonces pudo por fin llorar, y pidió disculpas a su hijo por aquellas palabras desconsideradas hasta que él la hizo callar a fuerza de caricias y de besos.

Tumbado junto a ella, en la oscuridad, Sol acunó a su madre, alivió su dolor tal como ella había cuidado con las palabras su débil respiración. Le habló del futuro, que sería distinto, y en el que ella no volvería a estar sola, porque estaba Filomena, y estaba él, y ahora Natalia también. Le habló de ella, de su alegría, del proyecto que tenían de casarse y de instalarse en el Prataio, juntos, esperando que acabara aquella guerra infame, cayese aquel bufón que bramaba desde un balcón y volviera la libertad.

Abrazado a Annina, desempolvó el recuerdo de otro Sol, el Sol que había ido a Oriente en busca de aquella libertad, y adormeció a su madre ejercitando la magia de las palabras



que la sangre le había transmitido. La envolvió en el relato de ciudades lejanas, de casas de adobe y de oro, de templos espléndidos, taraceados y pintados, de montañas de tal altura que para escalarlas no hubiera sido suficiente el vuelo de un águila. Imaginó el viaje de su tío, y con el relato de sus empresas logró que el cuerpo de Annina se deslizara hacia un sueño tranquilo, hecho de deseos y esperanzas, donde la guerra no era más que una idea vaga, y Colle, una luz que aún brillaba en lo alto y dominaba el Padule en la lejanía.

La guerra no fue una idea vaga. Fue real y prolongada, desmintiendo las bravatas y la seguridad de quien creía que podía sacar provecho de una carnicería. Y tras los primeros meses de optimismo, cuando el engreimiento que había adormecido toda duda acerca de la invencibilidad de las tropas del rey empezó a deshacerse como las botas de suela de cartón de sus infantes, la prevista marcha triunfal se trocó en un penoso ir renqueando que trajo consigo, más que gloria, un sinfín de hambre y de estrecheces.

También Colle se vio atravesado por el malestar, por los rezongos de los campesinos que veían cómo se les requisaban las cosechas y de los muchos que se vieron obligados a especializarse en el arte de reunir comida y cena. Telémaco, como siempre, procuró aprovechar al máximo su privilegiada condición de poderoso y de decano del partido. Olisqueando el cambio del viento, empezó a distanciarse en cierta manera del viejo aparato y, al mismo

tiempo, hacer gala de una generosidad tan insólita cuanto oportuna. Nada especial, unas cuantas frases ambiguas pronunciadas en medio del mal humor de sus conciudadanos, algunas críticas algo menos veladas de lo habitual y un jamón regalado a la persona adecuada, la promesa de un animal de la matanza, el aplazamiento del cobro de una deuda.

Y cuando en un julio de un calor insoportable llegó como un cañonazo la noticia de que el Duce de Roma había dejado de ser Duce, Telémaco demostró su agilidad para afirmar, a despecho de toda precedente alianza, que la nación necesitaba la paz y que no quedaba otra opción más que negociar con las tropas aliadas en cuanto aparecieran. Cuestión de semanas. Pero los aliados no aparecieron. Llegó en cambio la firma de un armisticio incomprensible y, con ello, tropeles de soldados locales que creyeron realmente en aquella firma como en una promesa de paz. Llegaban en grupos, hechos unos zarrapastrosos, de cualquier parte de Italia. A pie, en tren, en bicicleta, desperdigados por los campos y las carreteras en busca de su casa, y no tardaron en convertirse en piezas de caza tanto para los alemanes como para los irreductibles fieles del Duce.

Telémaco tuvo que emplear toda su sabiduría para componérselas en aquella situación, y derrochó comprensión por un lado hacia quien pedía ayuda para un pariente o un hijo escondido –¿acaso no tenía él mismo a

Eneas desaparecido en el frente?–, mientras por otro lado combinaba prestigio y diplomacia para defender el Prataio de la invasión de los nuevos amos que pretendían explotar los bienes de la finca.

Gracias a su pasado político y a la habilidad comercial que Telémaco nunca perdió, hasta que la ferocidad de Eneas cayó sobre él como un tornado, el Prataio se mantuvo como una zona franca donde poder hallar alimento y refugio tanto en una fuga como durante una batalla, una incursión o una amenaza de bombardeo.

En este ir y venir de gente, Annina se mostró infatigable: lo mismo preparaba una cama improvisada que buscaba un rincón seguro para un par de prófugos y, al mismo tiempo, ayudaba a Isolina a preparar la mesa para los huéspedes que hasta allí llegaban. Con cierto temor servía a aquellos extranjeros, esperando una vez más poder salvar con la obediencia a Sol y a su reciente esposa Natalia, otras dos personas a las que proteger para mantener vivo el futuro, a las que defender de la ferocidad que los alemanes mostraban ahora, ya no aliados, y que les llevaba a ver en cualquier habitante de Colle un enemigo. Hubiera bastado una de sus órdenes imperiosas, ladradas al amparo de un fusil amenazador, para obligar a Sol a seguirlos para una jornada de trabajo que lo habría destrozado, cargando sacos de fruta o partiendo troncos en la leñera.

De modo que Annina se mostró tan dispuesta a cargar una

cerda en un camión como a echarse –ella, tan alta como un tapón de cuba– kilos y kilos de maíz sobre los hombros; después, por la noche, feliz por haber salvado a aquel hijo suyo hecho de viento, asomada a la ventana de Rosa, miraba hacia la colina de los cipreses, esperando que por aquel lugar mágico, el mismo por donde había aparecido el amor que había arrebatado a su madre, asomara antes o después Ideal, de vuelta a casa al igual que estaban regresando muchas decenas de soldados.

Así pues, cuando una noche vio una silueta oscura aparecer en la cima de la colina para deslizarse furtivamente en dirección a la tumba de Mena, sintió que el corazón le latía enloquecido y se precipitó hacia abajo convencida de poder volver a abrazarlo; sólo cuando estuvo a dos metros del amasijo acucillado junto al montón de tierra se percató que no se trataba de Ideal, sino de Eneas, el que partió apuesto y reluciente como un héroe para volver por fin a casa envuelto en harapos.

–Ah, ¿eres tú? –se limitó a decir, rota por la desilusión, pero luego, al oír gemir a aquel hatillo y ver en la penumbra el rostro de su sobrino demudado por el cansancio de un regreso sin duda aventurado, pensó que acaso en alguna otra parte del mundo su Ideal podía encontrarse en la misma situación, agotado y deshecho aguardando una ayuda. De modo que se agachó y apoyó en sus hombros al hijo de Mena, al que recomendó silencio, porque por allí los

alemanes eran más abundantes que las setas. Después echó una última ojeada a la tumba, como para decirle a Mena que también por ella ayudaba a aquel felón, y lo arrastró hasta llegar a la puerta de casa de Telémaco, a la que llamó.

Cuando Isolina abrió, casi le da un soponcio al ver a Eneas tan zarrapastroso, de modo que Annina tuvo que rogarle casi que dejara de quejarse como una Dolorosa traspasada de cuchillos y que le ayudara a acostar al muchacho, que quién sabe cuánto camino había debido recorrer en su regreso. Cuántas veces habría de maldecir después la ayuda que prestó a aquel áspid, Annina no sabría decirlo: tras unos días de descanso oculto en uno de los establos del Prataio, ya se mostraba otra vez altanero, dispuesto para meterse en líos, sordo a toda recomendación de prudencia, nervioso, listo para estallar y para levantarle la mano a la pobre Isolina, que había cargado con las molestias de ocuparse de él en su refugio. Insensible a tanta solicitud, cansado de estar escondido, Eneas salió una tarde y se encaminó hacia casa, decidido a cambiarse y a deambular libre de hacer lo que le viniera en gana.

Atraídos por los gritos, Sol y Annina acudieron y se encontraron con Orestes, que el día anterior había llegado de Francia, junto a una Isolina tirada en el suelo, con el rostro convertido en una masa sanguinolenta. Eneas había salido dando un portazo, perseguido por Héctor y Telémaco, que intentaban retenerlo en su huida quién sabe hacia

dónde. Así murió Isolina, a causa de los golpes de aquel animal, disculpándose con Orestes y Annina por las molestias, rogándoles que no le dijeran nada a Telémaco, hablando de su propia ineptitud para comprender a aquel muchacho, justificándolo hasta el final a causa del furor que sentía por tener a su lado a una mujer incapaz de ser una madre para él.

\*\*\*

Desde que empezara la retirada habían pasado tal vez tres semanas, pero el tiempo, definitivamente, se había difuminado a su alrededor, disuelto en la nebulosa blanca que lo rodeaba. Desde hacía demasiados días, cada instante era igual al otro, hechos de hielo, de cansancio, de pasos cortos detrás del compañero que marchaba delante, procurando no perderse en la ventisca o en la luz cegadora que el sol proyectaba sobre la nieve.

Ideal veía cercana la muerte en los cuerpos destrozados de sus compañeros, tronchados por el cansancio, abandonados en la estepa sin una oración siquiera, como hojas desprendidas de las ramas por una ráfaga de viento. La veía en los esqueletos de los animales a los que aquellos restos humanos se acercaban en busca de un jirón que poder devorar para obtener una esperanza más de algún otro paso hacia casa.

La orden era replegarse, ir hacia el oeste, ahora que

–después de Stalingrado– era imposible avanzar y los rusos habían comenzado a perseguirlos, a dispararles de repente, a dirigir de vez en cuando contra ellos algún cañonazo que quebraba la hilera formada por millares de soldados; en aquella inmensidad blanca parecían hormigas inmóviles, absurdas. La orden era marchar, intentar resistir el cansancio y el dolor, colocar ante sí una imagen, el rostro de la madre, de la mujer, del pueblo de cada uno, y marchar.

Pero Ideal ya no era capaz de pensar en nada. Lo había intentado con Annina, pero ante la idea de que su madre pudiera verlo así, se había alejado rápidamente de ella como por una especie de pudor. Llevaba atado en la cabeza el suéter que le había regalado un compañero, antes de sentarse en la nieve y decirle que ya tenía suficiente, que siguiera avanzando él por aquel infierno de frío. En medio del viento cortante lo había visto rendirse, indiferente a sus palabras, indiferente a los tirones, indiferente incluso a las bofetadas, a las que había respondido con una sonrisa afable.

–Déjalo ahí –le había dicho un cabo–; él, por lo menos, ha llegado ya –y le disuadió de emprenderla a golpes con él para despertarlo del entumecimiento en que se había refugiado.

Entonces Ideal vio una vez más la muerte, pero una muerte blanca, formada por una mordaza de viento y de hielo que había congelado para siempre la mirada de su

amigo, y empujado por el cabo lo abandonó definitivamente disuelto en la ventisca, después de atarse su suéter de lana artificial alrededor de la cabeza para conservarlo junto a él y reemprender la caminata.

Había pensado en Sol, para sonreírle una vez más y discutir con él hablándole de su amor por Natalia, de ella y de la única noche en la que la había abrazado pensando en poder retenerla sin robársela.

Había pensado en Filomena, en su juventud definitivamente florecida, y la puso ante él durante unos días, imaginándose un futuro feliz para ella. Y nunca dejó de pensar en el Prataio, en cada uno de los rincones que había conocido, en el establo donde había dejado su «Libertad», en la tumba de Mena y en la colina de cipreses, y después, desde ahí, había descendido metro a metro hasta la Llana, pasando por Malgardo, por el mismo camino que, según su madre, había recorrido Rosa abrazada al médico de los juguetes que la arrebató de amor, y al hacerlo, a cada paso por la estepa helada había grabado el recuerdo de los lugares de su corazón, para revivirlos y describirlos a los compañeros que avanzaban a su lado, a sus miradas perdidas y cegadas, a sus capotes empapados de cansancio, a sus quejidos.

Pero ahora, una vez que había recorrido cada rincón de sus recuerdos, una vez que sus pies no eran ya sino dos llagas marchitas y nauseabundas, ahora ya no le quedaban



pensamientos. Lo envolvía un frío tan intenso que ya no sentía nada, no conseguía entender, en la ventisca que arreciaba, si caminaba o volaba o si, en cambio, se había perdido definitivamente en el interior de una nube. En medio de aquella luz indistinta, como un desgarrón en la oscuridad, le pareció ver una articulación universal caída en el suelo. Se separó de la fila y se dirigió hacia la mancha. En el viento silbante una voz gritó su nombre, una cuerda salvadora lanzada desde la chalupa. Ni siquiera la oyó: siguió caminando Inicia el grumo negro, y cuando llegó hasta él, se sentó a su lado y lo tomó entre las manos.

Por fin vio frente a él la imagen de «Libertad», sintió nostalgia por su movimiento y por las horas pasadas intentando adueñarse de su misterio. Sentado en medio de la ventisca, con aquel pedazo de acero en las manos, Ideal entró una vez más en el corazón de su máquina como en un oasis de paz, tocó las correas, acarició las ruedas dentadas y con claridad, como si hubiera estado siempre ante sus ojos, vio la solución que buscaba desde hacía años.

«Qué imbécil –pensó–, pero ¿cómo no se me habrá ocurrido antes?» Levantó la mirada y a su alrededor todo recobró su blancura. Entonces dejó de sentir las piernas, las manos, nada que no fuera una sensación de cálido cansancio y pensó que debería dormir un rato para reemprender después la marcha hacia Colle para terminar «Libertad» y regalar al mundo el descubrimiento del

movimiento perpetuo. Mientras el sueño iba apoderándose de él, se dijo que debería apuntar enseguida la intuición que había tenido para no olvidarla, antes de tumbarse un momento a descansar, fijarla bien en su mente, detener aquella idea en su cerebro congelado e impedir así que la estepa pudiera recuperar el secreto que el frío acababa de regalarle.

Eneas regresó unos meses después de la muerte de Isolina, vestido de negro y con un fusil al hombro. Volvió junto a los alemanes y otros cuatro soldados de la República de Saló a arramblar con cuanto pudieran antes de la llegada de los aliados. Sin inmutarse en absoluto, pasó al lado de la tumba de Mena, junto a la cual Telémaco había hecho que inhumaran a Isolina, muerta a causa de sus golpes, y ordenó a su padre que le entregase los cuatro cerdos que le quedaban y todo el trigo. Telémaco intentó una vez más la componenda, pero se vio ante el cañón de una metralleta y unas palabras no menos duras:

–Estoy hasta las mismas narices de ti y de tus juegucitos. ¿Qué crees, que toda la gente es tonta, como el Héctor o esos con quienes haces negocios en Colle?

Después comenzó a desvariar, hablando del Apocalipsis que se acercaba, y que había llegado la hora de hacer una buena limpieza, como decía él, en aquella casa y entre los traidores que allí vivían, empezando por el pederasta del Orestes, que ayudaba a los bandidos y servía de enlace con

Francia. Así, además de reclamar los cerdos y la harina, indiferente al llanto de Riña y de sus primas, fue a detener a Orestes a su habitación cuando aún dormía, mientras Héctor se lanzaba sobre Telémaco suplicándole que interviniese para acabar con aquella locura.

A continuación, Eneas ordenó que toda la gente del Prataio se colocara en el jardín delante de la casa y dijo que buscaba a los desertores y los traidores, y que quien supiera algo que se diera prisa en decirlo, que él en prenderle fuego a todo no tardaría nada, ni siquiera un minuto; cuando vio en el grupo a Natalia, la examinó de arriba abajo y con gesto despectivo le preguntó dónde estaba su flamante maridito, que de esa boda había oído hablar por más que ni siquiera hubiera sido invitado.

–En la ciudad, en su escuela. Desde hace unas semanas es profesor de letras en el instituto de los Penati.

Eneas asintió.

Siendo así, no tendría nada en contra, dijo, en acompañarlo a echar un vistazo a la famosa máquina de Ideal, el genio que se había ido a Rusia.

–Es por hacer algo. Para enseñarles a nuestros camaradas alemanes lo listos que somos aquí en el Prataio. A ellos, que de mecánica entienden de verdad –dijo de manera exageradamente pomposa.

Natalia vaciló, miró a su alrededor, trató de negarse, pero Eneas la tomó de la mano y prácticamente la arrastró hacia el viejo establo.

–Ven, hermosa Natalia –dijo con un tono que daba escalofríos–, ahora comprobaremos si «Libertad» funciona.

A Annina se le heló la sangre en las venas. Sabía que en el interior del mecanismo de la máquina Sol había escondido a tres desertores, de modo que cuando vio a su sobrino arrastrar de un brazo a Natalia hacia el establo, sintió que todo su castillo hecho de prudencia se derrumbaba sobre su hijo y sobre aquella nuera que desde hacía poco llevaba en su seno a su futuro nieto. Así que gritó a Eneas que la dejara, que ya lo acompañaría ella a ver la máquina, que, total, Natalia ni siquiera sabía cómo funcionaba.

Por toda respuesta le vio encañonarla con su arma y le oyó decir que el mecanismo ya lo pondría en funcionamiento él, aunque no fuera un genio. «Quizá a culatazos», concluyó riendo. Annina cerró los ojos para espantar aquella imagen y se quedó así, inmóvil en medio de los demás, sin atreverse ni a respirar; y cuando del establo llegó el sonido de las armas, cayó de rodillas y creyó realmente morir, y casi ni oyó los gritos de los demás ni el alboroto que siguió, los disparos repetidos, la gente que huía y la que se quedaba en el suelo fulminada.

De aquella pesadilla no habría sabido decir otra cosa,

excepto que vio a Eneas salir del establo empujando delante de él a dos muchachos heridos, y gritar después algo a un oficial alemán y a los otros militares, antes de cargar a los prisioneros en los camiones y marcharse así, no sin lanzar a la gente del Prataio un «Imbéciles» como despedida del lugar donde había nacido y donde dejó como herencia un cúmulo de muertos en el suelo y la consternación de quienes habían sobrevivido a tamaña furia.

Arrodillada aún, Annina miró a su alrededor aturdida, vio a Héctor arrojarse gritando sobre el cuerpo inerte de Dido y a Filomena que corría hacia ella llorando, y sólo cuando la tuvo entre sus brazos despertó de aquel sueño y se acordó de Natalia y del nieto que llevaba en su seno. Con el corazón en la garganta corrió hacia el establo viejo, donde se la encontró llorando, apoyada en «Libertad» y embadurnada de sangre.

Se introdujo en el mecanismo construido por su hijo para cerrar los ojos al otro muchacho muerto, y después volvió para acariciar a su joven nuera, para intentar darle ánimos y negar lo que ella misma ya temía: Sol, en efecto, fue arrestado aquella misma tarde y conducido a la cárcel junto con Orestes y los dos desgraciados que había escondido en el vientre de «Libertad».

Lo detuvieron cuando bajaba del tren, pocos minutos antes de que las bombas de aviación cayeran del cielo para borrar los rieles, el edificio de la estación y casi todas las

casas nuevas que el Maestro había visto construir desde su llegada a Colle. Los antiguos edificios del burgo, en cambio, fueron casi todos respetados por aquella lluvia de explosiones concentradas sobre el ferrocarril; sólo se desplomó la vieja galería de la banda, que ante tamaño ajetreo, se acurrucó sobre sí misma casi indignada.

La única bomba que no cumplió con la precisión milagrosa de aquel lanzamiento cayó en la zona de las murallas y escogió como blanco la casa de la viuda Bartoli, borrando para siempre de la topografía del pueblo el lugar donde el amor entre ella y el Maestro había hecho soñar a los habitantes de Colle durante una fracción de tiempo demasiado breve, para darles la ilusión de que nada lograría mellar su naturaleza alborozada.

A despecho de aquel amor legendario, algunos años más tarde, ya olvidada la guerra, la entidad crediticia que era propietaria del terreno tuvo la feliz ocurrencia de levantar en su lugar una estación de servicio para abastecimiento y reparación de los automóviles cada vez más numerosos, muestra evidente de una nueva prosperidad, de una época diferente y cada vez más acelerada.

\*\*\*

Ideal despertó lentamente, envuelto por el calor y el olor a cocina. Por un momento pensó que había volado e intentó abrir los ojos. Quería abrazar a Annina y correr luego al

establo a trabajar con «Libertad». Se acordó de la articulación universal, de la carrera sobre la nieve, de modo que se miró las manos y vio que apretaban una raíz retorcida, medio quemada.

Después vio a las mujeres, sentadas en torno a la mesa, y ellas vieron que se estaba despertando. La más anciana se acercó a su cama y le dijo algo con expresión seria, mientras señalaba la raíz que él aún estaba apretando. De modo que ni había muerto ni había volado al Prataio. Lo habían recogido en la nieve y se lo habían llevado a aquel refugio. Se preguntó si le habrían hecho prisionero, si le entregarían ahora a los rusos, si lo torturarían y matarían. Las mujeres hablaban sin cesar entre ellas. De vez en cuando señalaban la raíz que él mantenía en la mano, otras veces sus pies. Fue entonces cuando se percató del fuego que se los estaba quemando. De golpe se irguió en la cama, soltando un grito, preparado para lanzarse a apagar las llamas, pero sus pies estaban en su sitio sin arder. Los vio envueltos en vendas laceradas, y que las zonas al descubierto presentaban un horrible color ciruela.

Estaban en su sitio y, sin embargo, algún animal se los devoraba, o bien aquellos diabólicos rusos le habían lanzado algún maleficio que le estaba royendo la carne. Gritó de nuevo. Una mujer intentó decirle algo. Justo cuando él veía claramente que una serpiente enrollada alrededor del dedo gordo lo mordía con fuerza. Otro grito. Cerró los ojos: no

tenía la menor intención de ver cómo aquellos bichos se cebaban con sus pies, ni a aquellas mujeres repugnantes asistir mudas a aquel espectáculo. Unos animales, eso eran ellas también.

Cuando volvió a abrir los párpados, vio junto a él a un viejo de larga barba blanca que le recordó a aquel Mero que Annina le describía en sus relatos. El viejo le acarició la frente, después le ofreció una tira de cuero, mientras decía algo en ese extraño idioma suyo. Ideal no le entendía. Entonces él simuló lo que iba a hacer. Le señaló los pies, las vendas y el unguento que llevaba en la mano. Después tomó la tira de cuero, se la colocó entre los dientes apretándolos con fuerza y luego se la pasó a él.

Ideal miró sus pies. Vio que las serpientes se habían ido y comprendió. Recordó las enormes fatigas de la marcha, aquellos días pasados caminando, las llagas y aquel hedor horrible a carne putrefacta. Sintió náuseas y dejó caer de inmediato la raíz, tomó la tira de cuero, se la colocó entre los dientes, y en cuanto el viejo empezó a trajar en lo que quedaba de sus pies, masticó el dolor que sentía llegar subiendo por sus piernas hasta invadir cualquier milímetro de su ser, fuerte, redondo, perfecto como el movimiento perpetuo que hubiera querido aprisionar en sus máquinas.

Lo engulló, lo mordió con toda la rabia que sentía en su interior a causa de aquella carnicería de la cual aquel dolor era el monumento que él era capaz de erigir, tumbado al



calor de una casa ucraniana desconocida. Lo aferró para disolverlo, para no dejar que lo venciera de la misma manera que había visto vencidos y lacerados por la estupidez a miles de compañeros suyos, sentados en la nieve con la mirada perdida, congelados por la tormenta, marchitos de llagas y de hambre. Lo trituró con la fuerza que aún sentía hasta que le pareció que lo había engullido por entero, y se abandonó exhausto.

Entreabrió los ojos sólo para ver una vez más al viejo dirigirle una sonrisa comprensiva y darle una palmadita en un hombro, como para despedirse; después se dejó deslizar en un entumecimiento del cual pensó que tal vez fuera la antesala del paraíso. No estaba seguro de poder seguir resistiendo aquel sufrimiento, pero tampoco sabía qué hacer para rendirse, porque rendirse le pareció en aquel momento la única solución. Rendirse a todos y a todo, pues, en definitiva, todos y todo le quedaban lejos, y él se sentía perdido en medio de gente desconocida, sin pies, sin palabras, sin nadie.

Apretó los párpados para detener las lágrimas, pero éstas ya se deslizaban por su cuenta y en aquel momento se sintió desesperado. Después, ante el sonido de una voz, se dio la vuelta y vio a una mujer joven sentada a su lado con una taza humeante entre las manos. El idioma le era desconocido, pero lo que ella le estaba diciendo no, porque se trataba una música de nostalgia, de comprensión, algo

que envolvía y consolaba como una manta.

En el corazón de Ucrania, tumbado en una cama, con los pies medio devorados por el hielo, Ideal Bertorelli volvió a la vida poco a poco gracias al sonido de aquellas palabras desconocidas, aferrándose a la cuchara de caldo caliente que la muchacha le ofrecía como un recién nacido se aferra al seno de su madre, y cuando, tras el último sorbo, ella le sonrió y señalándose a sí misma dijo «Natalija», Ideal comprendió el verdadero secreto del movimiento perpetuo, la inmovilidad perfecta con la que todo retorna, discurre y permanece dentro de nosotros para siempre.

De modo que devolvió la sonrisa, repitió para sus adentros aquel nombre familiar y sintió que por fin había llegado a casa.

## XVI

Natalia y Annina volvieron juntas hacia el jardín, con los demás. Riña estaba en un rincón, entre lágrimas, abrazada a Penélope y a Filomena; Héctor permanecía en silencio cerca del cuerpo de Dido; Hécuba junto a un mozo herido en una pierna que se quejaba, mientras distintos cuerpos yacían sin vida, caídos sobre la gravilla. Telémaco deambulaba sin pausa: parecía fuera de lugar, intentaba decir algo, tranquilizar a los demás y a sí mismo, hablaba sin que nadie hiciera ademán de escucharlo.

Annina lo vio, se encaminó decidida hacia él, le puso una mano en un hombro y con un tirón hizo que se volviera hasta quedar frente a ella y a Natalia.

–A ver, podestá –le dijo gritando–, así que éste es el resultado de vuestro gobierno, de tu magnífica forma de ser padre.

Todos se volvieron hacia ellos, e incluso el Prataio, en aquel momento, pareció contener la respiración.

–Si tuviera una pistola te metería una bala en la cabeza, pero confío en que esté cerca la hora en que alguien lo haga.

Ante aquellas palabras, Telémaco se volvió para marcharse, pero Annina dio un paso y lo retuvo de nuevo, mientras se colocaba junto a ella el hermano de uno de los jóvenes asesinados, como para echarle una mano.

–Y ahora escúchame bien, que he de decir una cosa que me sale del corazón –le dijo amenazadora Annina, apuntado con el dedo hacia la garganta. Telémaco intentó una vez más alejarse, pero incluso Héctor llegó a la carrera para colocarse junto a los demás, de modo que Telémaco tuvo que apoyarse contra el muro de la casa y asentir.

–Lo que te ocurra me importa un bledo, pero exijo tu vida a cambio de las de mi hijo Sol, Orestes y esos desgraciados que tu héroe ha entregado a los alemanes –le gritó con una rabia que le sorprendió.

Telémaco intentó una vez más marcharse, pero otros corrieron a engrosar el tropel que lo rodeaba y comprendió que no le quedaba más remedio que transigir.

–Quisiste que mis hijos fueran unos Bertorelli –continuó Annina– y tuve que escupir sobre el apellido de su padre.

Este pecado ya lo pagaré yo cuando llegue la hora, pero ahora Sol es un Bertorelli y tienes la obligación de sacarlo del lío en que lo has metido.

Telémaco quiso replicar algo, pero Annina lo acució:

–Yo hice dos contratos contigo y los he respetado, y sólo Dios sabe cuánto me ha costado hacerlo. Frente a todos estos te propongo otro y como pago pongo tu vida, porque si pretendes dejar el Prataio y esperas volver a él por tu propio pie, ahora cruzas la puerta, cargas con toda tu autoridad de fascista, de antiguo podestá, de decano de ese cubil de sierpes con camisas negras que mataron a mi marido, te vas adonde tengas que ir y de allí vuelves con mi hijo y con el hijo de Héctor –le gritó a la cara.

Annina estaba hecha una furia y no aguardó a que su tío replicara:

–Tengo un muchacho que para complacer a tu Duce está perdido en algún lugar de Rusia y otro, recién casado y con una mujer que espera de él un hijo, un cristal en las manos de una jauría de canallas fanáticos, sin contar a mi Orestes, a quien quiero como a un hijo, ni a las pobres almas de Dido y de los demás que habéis desparramado delante del Prataio, rufián, más que rufián –dijo, señalando los cuerpos que yacían en la gravilla.

Casi todos se habían ya arremolinado en torno a ella, y por

primera vez la gente del Prataio vio en Telémaco Bertorelli un gesto de humildad, agachar la cabeza, permanecer silencioso unos segundos y por fin, en voz baja, limitarse a decir:

–Naturalmente, lo entiendo. Iré ahora mismo a la ciudad, a la comandancia.

Héctor prorrumpió:

–Yo también voy. Puedo pagar.

Telémaco se rehízo, y lo acalló con un gesto:

–No, tú quédate con Riña y las chicas, que buena falta les hace. –Después se volvió hacia Natalia y dijo–: Más bien sería oportuno que fueran su mujer y tú, Annina, y quién sabe, tal vez consigamos hacerles razonar.

–De acuerdo –concluyó ella tras cambiar una mirada con la muchacha–; lo dicho, dicho queda, pero cumple con tu parte si pretendes seguir viviendo, porque yo siempre he respetado todos nuestros pactos.

Telémaco cumplió su palabra y en las horas que siguieron empleó toda su influencia para lograr ser recibido en la comandancia. En los muchos años de vida que aún le quedaron, Annina rememoró centenares y centenares de veces aquellas horas convulsas, la carrera que junto a Telémaco y Natalia la llevó a la ciudad Justo cuando los

aliados borraban del mundo la estación y las palabras con las que, inútilmente, todos ellos intentaron obtener clemencia para sus seres queridos.

En cada ocasión repasó una y otra vez la sucesión de los acontecimientos, buscando en ellos una razón que no fuera el desarrollo de una escena ya escrita por quién sabe quién, cuando ellos creían estarla escribiendo, para convertirse así en parte esencial del mecanismo de una burla.

Inútilmente, con el tiempo, Annina volvió a pensar en cómo los hechos se sucedieron uno tras otro, indiferentes a la voluntad de quien se mostró dispuesto a humillarse, a sacrificarse o a dar su propia vida a cambio de nada. Y ante aquella idea, en cada ocasión, con lágrimas de impotencia en los ojos, tuvo que morderse los labios para sentir un dolor físico y espantar el infinito sufrimiento perfecto que significaba para ella el escarnio de aquella tragedia.

Todo acaeció para confundir el juego: los rostros furiosos de los alemanes, los aliados que bombardearon precisamente a aquellas horas la estación de Colle, la prisa por largarse de los invasores y, por fin, la carpeta que el comandante encontró, en el último momento, en el fondo de una caja ya empaquetada y en la cual leyó en voz alta el perfil de Sol Bertorelli, hijo de un conocido subversivo de familia anarquista, conocido a su vez por su prolongada colaboración con los exiliados franceses a través de su primo materno Orestes Bertorelli, fichado ya, entre otras

cosas, como homosexual. Muchos años más tarde, Annina siguió oyendo cómo le retumbaba en el cerebro el ruido de aquella carpeta arrojada con fuerza sobre el escritorio, un golpetazo que subrayaba la condena inapelable de quienes, a aquellos ojos, no eran sino unos viles traidores.

Todo acaeció como en la peor de las trampas. El oficial alemán que se acercó a Natalia mientras esperaba en el pasillo y la esperanza que, entre palabras galantes, le hizo concebir, y que ella confió de inmediato a Annina, apenas salieron de la comandancia, con cuidado de que Telémaco no lo oyera.

Tal vez pudiera salvarse la vida a Sol y a Orestes, pues de la vida se trataba ya, dado que habían sido trasladados al embalse y antes del amanecer los fusilarían con unas cuarenta personas más. Los alemanes abandonaban la ciudad y no podían llevarse consigo a los prisioneros, les había dicho el oficial.

Así, con escalofríos en la espalda ante aquella idea, Annina siguió durante años repasando aquel diálogo ininterrumpido y tremendo, en el cual Natalia, con las mejillas encendidas y la mirada baja, le había confesado lo que se proponía hacer: aceptar la oferta, por decirlo así, de un intercambio, y en su recuerdo siempre sentía el deseo de gritar, tal como le había gritado a aquel rostro desesperado: «¡No, Natalia, eso no!», aunque sirviera para devolver la libertad a su hijo y permitir que el nieto que llevaba en su



seno no fuera huérfano para siempre antes incluso de llegar al mundo.

Y una vez más volvía a oír a Natalia negar y decirle que elegía la vida, la de todos, y repetir que las manos de un hombre sobre su cuerpo no eran nada en comparación con las del dolor y la muerte; y de ese modo aún, al cabo de los años, la estrechaba entre sus brazos, y como entonces pensaba en Rosa y en su primera ocasión de amor, en sus preguntas sobre el sentido de aquella agitación entre hombres y mujeres, sobre las razones del mundo, sobre las demasiadas cosas que no era posible comprender sobre las personas y sobre los animales, sobre por qué vivir, sobre por qué morir, sobre todo lo que su madre había buscado en las horas pasadas escrutando desde su balcón imaginario la vida allá donde los demás no eran capaces de ver nada.

–Pero ¿cómo podrás fiarte, como estar segura de que no te va a tomar el pelo? –le había preguntado a Natalia.

Ella le puso una mano sobre la boca.

–Basta, Annina –le había susurrado–; no tenemos otra elección.

–Pero ¿cómo lo harás? –casi había lloriqueado ella.

–Lo que haya que hacer se hará, pero prométeme que será un secreto entre nosotras.

Mientras tuvo luces para recordar el pasado, mientras el peso del tiempo no le nubló del todo la mente, volviendo a pensar en aquel día, Annina siguió abrazando a Natalia, mientras besaba sus cabellos y le decía, entre caricias, aquellas pocas palabras con las que la bendijo:

–Te lo ruego, procura ser prudente.

Después el oficial había enviado un asistente a buscarla, a toda prisa, y la burla prosiguió, duró todo el tiempo que Annina se había quedado mirando cómo se iba rápidamente en un coche, y después también cuando, volviendo al Prataio, entre los escombros de la estación deseó que nada de todo aquel desastre hubiera ocurrido, y se tapó los oídos y recitó una cantilena, como hacía de niña, cuando con Mena pasaban por delante del cementerio. Pero ni siquiera esa letanía mágica podía anular la destrucción que veía a su alrededor, enderezar los muñones de las casas hasta hacía unas horas familiares y ahora irreconocibles, y devolver la vida a la gente arrollada por aquel huracán.

Regresó a casa para abrazarse a Filomena. A esperar que aquel juego absurdo finalizara y sobre la gravilla manchada aún de sangre regresaran los pasos de Sol y de Orestes, que sin duda llegarían de la mano de Natalia, para comenzar otro pedazo de vida. Pero a medida que avanzaba la noche, el ansia crecía en su interior, se levantaba con cada ruido, con cada ladrido de perro, y aumentaba el fragor lejano de los tanques alemanes que se retiraban, y ascendía en ella

como una marea el estruendo de temporal de las bombas aliadas, aumentaba sin poder detenerse hasta que, casi al amanecer, al asomarse al balcón de Rosa, Annina vio bajar a Sol por la colina de los cipreses y alejarse hacia la esclusa de Malgardo, justo cuando alguien empezaba a gritar que los alemanes habían perpetrado una matanza en el embalse; entonces el agua la embistió, y ella corrió fuera de casa y se precipitó detrás de aquel hijo suyo tan desgraciado que había cruzado definitivamente la carretera y estaba yendo a acostarse allá donde lo encontrarían pocas horas más tarde, con el corazón partido.

\*\*\*

El chófer la llevó al hotel donde se alojaba el oficial. Entre la confusión de baúles amontonados y soldados atareados en preparar equipajes, Natalia confió en poder deslizarse sin ser observada.

Sentía que el pecho estaba a punto de estallarle, pero seguía repitiéndose que salvaría a Sol a cualquier precio. El alemán abrió la puerta de una habitación y la invitó a pasar. Sobre la mesa estaba preparada ya una botella de vino.

–Eres muy hermosa –dijo él.

Ella sintió una punzada en el estómago.

–Recuerde –precisó– que me he fiado de usted en cuanto

caballero, de modo que antes de cualquier otra cosa, mantenga su promesa.

El oficial la miró y sonrió.

–Sí, es lo justo, ése era el acuerdo, pero debo desilusionarte a medias.

Natalia sintió que el corazón se le helaba.

–No eres la única hermosa señora que ha tomado este tipo de iniciativa –dijo el alemán con una sonrisilla socarrona–; créeme, satisfaría de buena gana todos tus deseos, pero me veo obligado a compartir con otros, de modo que más de una persona no puedo... regalarte.

Natalia sofocó un grito.

–Me lo había asegurado: una noche con usted a cambio de dos nombres.

–Tienes razón, hay que ser justos –admitió el oficial mirando el reloj–, de modo que te propongo cuatro horas a partir de ahora a cambio de un nombre. Lo lamento, pero más no puedo hacer.

Ella notó que las lágrimas le brotaban repentinamente. Debía tomar una decisión, en aquel momento, sobre la vida de una persona.

–Me pide que escoja la muerte de alguien.

Él abrió los brazos.

–¿Yo? La guerra, Mussolini, el general Patton, el sino –dijo, y después, acercándose a ella dulcemente, continuó–: Enfócalo de esta manera: te pido que elijas la vida de alguien.

Las lágrimas resbalaban ya por el rostro de Natalia. Se dejó abrazar por el alemán y casi sin darse cuenta murmuró a su oído el nombre de Sol Bertorelli del Prataio.

El oficial le acarició el pelo y dijo:

–Muy bien, y ahora, una vez que según nuestro pacto comunique a mi asistente el afortunado objeto de tu amor, te pido que me llames por mi nombre, Helmut, y que tengas la amabilidad de tutearme.

Natalia asintió, vio como se dirigía al teléfono y hablaba en alemán en voz baja con alguien, una conversación rápida de la que sólo comprendió el nombre de Sol y del Prataio.

Entonces se convenció de que estaba a salvo y se sintió de repente más ligera, recorrida por una fuerza que era igual al amor que sentía por Sol.

El hombre colgó el auricular y se acercó a ella, pero Natalia vio solamente a Sol Bertorelli del Prataio que caminaba libre

hacia Annina y hacia el hijo que estaba creciendo en su seno, lo vio sonreír, respirar, leer un libro y hacer esas pequeñas cosas a las que todos llaman vida, de modo que lo tuteó, dejó que la besara y se abandonó a las caricias y a los abrazos del oficial hasta la hora pactada.

El asistente del oficial salió inmediatamente después de la llamada telefónica en dirección a las tierras desecadas, adonde llegó pasada la medianoche. Fue a ver al jefe del destacamento y le entregó un paquete. Él lo abrió y asintió, después leyó la nota que el otro le había deslizado en la mesa, junto al plato de sopa que estaba engullendo, y soltó un gruñido. Se despidió del asistente sin mirarle siquiera y pasó la hojita a un soldado, mientras berreaba una orden con la boca todavía llena. El otro tomó el papelito y se dirigió hacia la sala grande de la bomba de agua, donde habían encerrado a los prisioneros. Al centinela que vigilaba la puerta le dijo que le abriera, que había que sacar a otro más:

–Esperemos que sea el último, a ver si podemos acabar de una vez el trabajo.

El centinela se mostró de acuerdo y le dijo que había que darse prisa en largarse de allí, abrió y le dejó pasar, después pulsó un interruptor y la luz inundó la enorme sala en la que se amontonaban por lo menos cuarenta hombres.

Orestes estaba acurrucado en un rincón y sujetaba sobre sus piernas la cabeza de su primo, que acaba de quedarse

dormido. Los habían golpeado a ambos, y a él le reservaron un tratamiento especial tras leer en su ficha que era homosexual. Sol había vuelto a la gran sala blanca hecho un guiñapo, sangrando por la nariz, sujetándose el abdomen y con la cara hinchada por las bofetadas. Él lo había llamado a su lado e hizo que se tumbara y apoyase la cabeza en sus piernas mientras trataba de contener la hemorragia con un pañuelo. Lo acarició y consoló, y al cabo de diez minutos le pareció que se quedaba dormido, de modo que permaneció inmóvil, confiando en aquel descanso reparador.

Cuando la luz se encendió sintió que se sobresaltaba y se inclinó hacia él para tranquilizarlo, de manera que no escuchó con claridad el nombre que con una pronunciación distorsionada se gritó. Le pareció que era Sol Bertorelli y desde luego oyó Prataio, pero no tardó en comprender que había oído bien al ver a algunos prisioneros volver imperceptiblemente la mirada hacia su rincón. Era una escena ya conocida, puesto que los habían sacado una primera vez llamándolos por su nombre, los habían llevado a la habitación de al lado, interrogado y torturado, para arrojarles de nuevo como verdura podrida en aquel cuarto hediondo. Hacía un rato habían llamado otra vez a cinco o seis, pero a diferencia de antes, después de haber salido, ninguno de ellos había regresado.

Sus compañeros franceses ya le habían explicado el mecanismo. Orestes sintió que se le encogía el corazón y

comprendió que esta vez quien no volvería sería Sol. De modo que no se descompuso, apoyó delicadamente la cabeza de su primo en el suelo, lo acarició por última vez y se encaminó hacia el soldado. Cuando estuvo frente a él, éste repitió el grito de antes y él dijo que sí, que era Sol Bertorelli del Prataio. El soldado lo empujó afuera y el centinela apagó la luz y volvió a cerrar la puerta.

Caminando entre los dos uniformados, Orestes estaba asombrado. Se dirigía hacia la muerte, iba a ser torturado, fusilado, quién sabe qué más le harían ahora, y sin embargo no sentía miedo. Asco, rabia, desilusión, pero miedo no. El centinela abrió la verja de la bomba de agua grande, y los dejó pasar a él y al soldado, luego volvió a cerrar y se despidió del otro. Frente a la verja había un vehículo militar: el soldado hizo un gesto a Orestes para que subiera, se sentó al volante y arrancó a toda velocidad.

Durante el trayecto, convencido aún de que aquél sería su último viaje en coche, Orestes miró con atención por la ventanilla las tierras desecadas que discurrían veloces a su lado, y después la Llana y la ermita, procurando grabar bien en su cabeza todo lo que veía, para llevárselo consigo cualquiera que fuese el lugar adonde lo conducían.

Se detuvieron en el «Grand Hotel», donde el soldado le ordenó que bajara, lo acompañó hasta el vestíbulo, le señaló un sofá y le ordenó que aguardara sentado. Orestes siguió pensando que había llegado su fin y que estaba en



uno de esos tristemente célebres lugares donde sería torturado por cualquier sádico inquisidor, de modo que repasó mentalmente, por enésima vez, la versión que debía repetir.

No había comprendido nada. Cuando al cabo de dos horas de espera vio bajar por las escaleras a Natalia, se quedó de piedra, y aún más al ver con cuánta pesadumbre ella se le acercaba. Y sólo cuando estuvo a su lado y se le arrojó entre lágrimas al cuello, oyendo que repetía «Dios mío. te han liberado a ti» como un rosario, le resultó de repente claro a Orestes que, esperando salvarle la vida, lo que había hecho en cambio era robársela a Sol, lanzó un grito como si hubiera recibido una puñalada y le pidió perdón a Natalia, se maldijo a sí mismo, maldijo a Dios, al mundo y a todo lo vivo, tomó de la mano a la joven y juntos empezaron a correr como dos locos, a correr hacia las tierras desecadas, a pie, a caballo, en coche, con el pensamiento. Corrieron, volaron, encontraron una forma de llegar hasta la gran bomba de agua para asegurarse de que aquella pesadilla no se hubiera convertido aún en realidad.

Poco después de medianoche, el centinela volvió a abrir la puerta de la enorme sala, pero no llamó a nadie por su nombre. Ladró algo agitando el fusil y no hubo necesidad de traducciones. Los prisioneros se levantaron con esfuerzo y siguieron los gestos del resto de militares que los escoltaron fuera.

Avanzaban lentamente, la mayor parte de ellos estaban heridos y muchos tuvieron que ser ayudados para mantenerse en pie. Eso le ocurrió a Sol, que tenía los ojos hinchados, la nariz fracturada y un oído sangrante.

La horrenda corte de los milagros desfiló siguiendo el muro de la bomba de agua iluminada por la luz de las linternas de los soldados, una procesión de muerte que avanzó por el dique del canal unos doscientos metros y junto a la esclusa grande se detuvo donde había una hondonada usada a veces como aliviadero para el agua de irrigación. Los dos soldados que abrían la fila hicieron gestos a los primeros prisioneros para que bajaran. Alguno, más atrás, intentó una huida desesperada seguida de gritos fuertes, de una ráfaga de relámpagos y de quejidos sofocados. Los militares empezaron a gritar, algún prisionero a llorar, a rezar, a pedir clemencia.

Sol no había comprendido dónde se hallaba. Estaba aturdido, no conseguía mantenerse bien de pie y además tenía un tímpano partido y un enjambre de abejas en la cabeza.

Sin embargo, percibió el ruido de los disparos cerca de él, levantó ligeramente la cabeza que le pesaba como el granito y a la luz de las linternas, desde abajo, vio sobre el dique a los militares que disparaban al interior de la fosa, contra él.

Lo último que consiguió ver fue un avellano que había

crecido al lado del borde y, una vez más, por un momento, envidió a su padre por aquel vuelo fantástico que lo había salvado; después una sucesión de proyectiles le atravesó el pecho, partió en dos su corazón y le arrancó la vida.

Los soldados dejaron de disparar, abrieron la esclusa de la hondonada y los cuerpos de aquellos desgraciados se fueron deslizando lentamente arrastrados por el agua hacia el canal grande, y desde allí se desparramaron por todas las tierras desecadas, lo que obligó a los habitantes de Colle a buscarlos por los canales y entre las esclusas durante todo el día siguiente, mientras la vanguardia aliada llegaba triunfante a las puertas del burgo.

A aquella penosa pesca se debió que los liberadores no hallaran a casi nadie que los recibiera, agitando banderitas y aceptando chocolate y cigarrillos. Recorrieron, en efecto, las antiguas calles casi desiertas, entre los escasos asistentes que no se sintieron de luto u obligados a ir a buscar muertos entre las sinuosidades de los canales.

Sol fue hallado por Nardo a seis kilómetros de distancia de la bomba de agua, cerca de la esclusa de Malgardo, retenido por el embarcadero frente al que, muchos años antes, su abuelo había instalado la escuela popular. Fueron a recogerlo Orestes y Natalia, para llevárselo a la ermita, junto a sus tíos, por deseo de Annina. Ella, como tenía por costumbre, no quiso acompañarlo. Prefirió quedarse en el Prataio, intentando soportar el peso de otro abandono,

sentada en la colina de los cipreses; lloraba mientras recordaba aquella absurda burla y compartía con el recuerdo de Cafiero su incapacidad de conservar a su lado a las personas amadas, blasfemando contra el destino y contra los liberadores que no habían sido capaces de llegar en aquellas pocas horas en que los alemanes habían matado a su Sol.

Orestes se reunió con ella por la tarde, después del entierro, se sentó a su lado como en otros tiempos, le pasó un brazo por los hombros y juntos asistieron a la llegada del mando militar aliado, que permaneció un par de días en el salón de Héctor para consultar los mapas de la región, antes de proseguir su camino hacia el norte.

–Por fin han llegado, y tal vez traigan la paz –dijo él.

–Es posible –contestó Annina con amargura–, pero a mí la gente que llega tarde no me gusta.

## XVII

Muchos años después, una tarde, mientras remendaba, Annina se quedó dormida y soñó con su madre. Vio a Rosa, vieja ya, desdentada y casi ciega, y junto a ella, erguido como un mayordomo, tenía a su amor con su frac azul, él también un viejo decrepito pero siempre dispuesto a ofrecerle el brazo para dar un paseo. En el sueño, el vestido de Rosa era el mismo con el que dejó el Prataio, y estaba raído, remendado, desgarrado incluso en algunos sitios. También el frac del médico estaba en mal estado, y cuando para resguardarla del sol él abrió la sombrilla, ésta resultó estar agujereada, con las varillas sin forro o partidas.

Era una escena que hubiera podido parecer penosa, pero en cambio transmitía una conmovedora sensación de dignidad y de amor. Rosa estaba tumbada en una especie de jardín de arena, sobre el tejado de una extraña construcción de cuento de hadas, en un paisaje circundado de altas casas pintadas con colores excelsos. El médico

sostenía con paciencia la sombrilla sobre la cabeza para protegerla de un sol abrasador. Rosa, Annina lo vio bien, tenía los ojos entrecerrados y arrugas que surcaban como canales un rostro hermosísimo aún. En el sueño, giró en torno a ella con la mirada, tan cerca que habría querido tocarla.

Era un sueño sin palabras. Se veía que las personas movían los labios, pero no se escuchaba sonido alguno, de modo que se esforzó por leer la escena, y vio azorada que su madre sonreía a alguien que estaba a su lado, alguien de quien pudo ver sucesivamente una mano y un brazo. Rosa parecía feliz, relajada y contenta, como si estuviera escuchando las palabras de la persona que le hablaba y éstas la acariciasen.

Después la escena empezó a girar y la mirada de Annina, al desplazarse, se ensanchó, y entonces vio a su hermano Sol, sentado junto a Rosa, de quien sostenía una mano, y comprendió que le estaba contando todo lo que ella nunca podría escuchar.

Sintió una mezcla de envidia y de placer al mismo tiempo. Hubiera querido llamarles, detenerse, escuchar, pero mientras ellos permanecían en aquel jardín arenoso, Annina seguía dando vueltas a su alrededor y al propio tiempo se alejaba, de modo que intentó asirse al borde de la escena para impedir que siguiera ensanchándose, y llamó, gritó, hasta verse sentada en la cama, en medio del eco de un

grito y con Filomena que llegaba a la carrera, en pijama, asustada.

Aquel sueño la sumió en la nostalgia. Cuanto más envejecía, más abultado y doloroso se tornaba el peso del pasado. Le dolían todas las ausencias que debía soportar. Sobre todo la pérdida de sus hijos, porque pensaba que una madre nunca debería sobrevivir a sus propios hijos. Había confiado en acostumbrarse con el tiempo a su ausencia, como a la de Cafiero, Mena y la de todos los que se habían ido. Creyó poder soportar una vida de soledad, sostener el peso del mundo sin la persona a la que amaba a su lado. Había deseado a Cafiero hasta sentir dolor, una vez llegó a insultarlo incluso, y había deseado olvidarlo. Pero lejos de ello, día tras día había visto cómo crecía la ausencia, cómo se hacía más dura la soledad, hasta que decidió rendirse y se abandonó a los recuerdos; el sueño acrecentó, pues, una nostalgia que ya se desbordaba, que sólo conseguía desahogar en los largos relatos a su último nieto, llamado también Sol, el hijo huérfano de Natalia, nacido justo el día en que empezaron a reconstruir la estación.

Al principio, a Annina sólo los cuidados de aquella nueva vida parecían poder darle un sentido a la pena de enfrentarse una vez más al tiempo que se le detenía delante, un tiempo en el cual sería preciso restañar las heridas de la guerra, reconstruir casas y relaciones destruidas, volver a empezar a tener esperanza. Pero

cuando Natalia decidió quedarse en el Prataio con ella y seguir viviendo en la habitación que había ocupado con Sol durante su breve matrimonio, también su presencia se convirtió en una razón para seguir viviendo y recordando.

Día tras día, Annina volvió a enfrentarse al tiempo, y ascendió a la colina para hablar con Orestes hasta que éste decidió regresar a Francia. Crió a su nuevo nieto y ayudó a Natalia, quien, mientras tanto, había finalizado sus estudios y obtenido la plaza de docente que perteneció a su marido.

Alrededor de ella, el tiempo siguió su curso y las cosas, lentamente, fueron cambiando. Telémaco murió solo, unos años después de que terminara la guerra, y en lugar de las casas destruidas, en la estación surgieron edificios tan altos como hasta entonces sólo habían podido verse en la ciudad. Lo encontró Annina, y parecía dormir, sentado en el sillón de su escritorio de caoba, hasta el punto de que sólo después de haberle sacudido por los hombros un par de veces, su sobrina se percató de que la muerte, finalmente, se lo había llevado consigo.

A sus funerales asistió todo Colle, para celebrar la salida de escena de un personaje controvertido que, para bien y para mal, había marcado en todo caso la historia de la localidad. En los cuchicheos durante el velatorio y en el cortejo fúnebre flotaron los fantasmas de las numerosas vicisitudes que Telémaco había protagonizado, desde la construcción del Prataio hasta su visión comercial, desde su



cargo de podestá hasta su oportuno golpe de timón siguiendo el viento que cambiaba. Pero por encima de todo, el fantasma de Eneas fue el dueño de la situación, con su atormentado nacimiento, la decisión de Telémaco de adoptarlo como hijo, la forma de criar a aquel niño perverso, hasta su ferocidad final que había dejado tras de sí sangre y duelo. Después de esos hechos, Telémaco se había replegado en sí mismo, como si todo lo sucedido hubiera tronchado, además de la vida de siete personas que quedaron sobre la gravilla, su autoridad y su pasado.

Desde que la guerra se alejó del Prataio, nadie pudo reconocer en él al hombre austero y prepotente que fue, como tampoco al hábil comerciante que durante años había dominado el mercado de los cerdos en toda la Llana. Tal como le sucediera a Ulises, Telémaco se fue encorvando, resecaando, hasta convertirse en una especie de viejo desecho cada vez más indiferente a todo.

No sólo no volvió a interesarse por la política, sino que ni siquiera en el comercio parecía encontrar satisfacción, de manera que, casi con alivio, aprovechó la oportunidad de la boda de Penélope para ceder al marido de ésta, un joven empresario de la ciudad, la actividad comercial que había sido siempre el centro de la familia.

Desde aquel día se limitó a salir de vez en cuando para dar largos paseos solo, hasta que el peso de la vejez empezó a nublarle el cerebro y lo acompañó hacia un horizonte

indefinido y lechoso, del cual emergían fantasmas del pasado que lo empujaban a extenuantes luchas e inútiles discusiones consigo mismo durante los últimos años de su vida.

Más de una vez hubo que ir en su busca más allá de Malgardo o cerca de Pórtale, adonde se había encaminado para imaginarios negocios, o bien lo encontraron sucio de barro o de sus propias inmundicias, dormido en el dique de la esclusa, allí donde Sol había abierto los ojos por última vez, o le oían berrear por la noche a saber contra quién, con lo que el Prataio retumbaba con sus chillidos, llenando la noche de gritos y de llanto.

Al principio Annina asistió a su desmoronamiento con la misma indiferencia con que su madre había visto perder la razón a Ulises. Y en esa aflicción en torno a los muertos, en aquel vagar sin paz en paseos sin meta, vio ella el justo castigo por lo mucho que su tío la había hecho sufrir. Pero con el tiempo, al verlo cada vez más desastrado e indefenso, al oír aquellos chillidos desesperados que tanto le recordaban los sufrimientos de su padre, Annina empezó a sustituir el rencor por piedad, y más tarde la piedad por una pena sincera ante el modo en que la vida estaba degradando a aquel hombre. Y al fin, al igual que había hecho Mena con su padre, no escatimó sus cuidados hacia aquella alma aneblada y definitivamente sola, y se ocupó de vestirlo y de alimentarlo, y se preocupó de buscarlo cuando

no regresaba de sus paseos o no daba señales de vida durante demasiado tiempo.

Según su costumbre no quiso acompañarlo al cementerio y mientras parientes y vecinos daban el último adiós a aquel pedazo de su historia, Annina excavó un agujero junto a las tumbas de Mena y de Dido, y plantó un pequeño avellano; y allí, junto a aquel tronco joven como el marido que la prepotencia de Telémaco le había arrebatado, pudo por fin llorar, reír, rezar e imprecicar, mientras aguardaba el regreso de los parientes para continuar con su vida.

El tiempo, pues, siguió a su alrededor, para diluirse de nuevo en los cometidos cotidianos, en limpiar, cocinar, criar al nieto y ocuparse de Natalia, en todas las pequeñas cosas que Annina llamaba «esta vida», para luego cultivar como una flor secreta la vida de los recuerdos, las historias de Colle, el Maestro, la viuda y los subversivos, de Avellanito y de todo lo que empezó a contarle a Sol durante sus paseos, en las largas horas de lluvia del otoño, esperando que se le pasara una fiebre, junto a un fuego para vencer a la oscuridad y la nieve.

De este modo, al igual que había ocurrido con su abuelo cuando no era aún más que un feto, el niño se hizo un muchacho y un hombre después, y conoció a través de las palabras la vida que en otros tiempos había pasado por Colle, sus personajes y su espíritu, que dos guerras, una dictadura y la prisa de los hombres ya habían disgregado

definitivamente. En la colina de los cipreses, Sol se dejó llevar por las historias de Annina y vio relucir el Padule allá donde los demás sólo veían tierras y casas, sintió el cansancio del trabajo y la injusticia que sus desgraciados habitantes habían debido padecer durante años, se emocionó soñando con un hombre de su mismo nombre que partía hacia aquel Oriente que él consiguió ver con claridad apenas detrás de la silueta de Malgardo, se sobresaltó con los disparos que acabaron con la vida del Maestro y lloró las mismas lágrimas que su abuela arrastrando el cuerpo de Cafiero.

Acompañado por ella, quiso subir hasta las murallas para imaginarse la casa del amor de sus abuelos, más allá de los surtidores de gasolina que ahora ocupaban su lugar, y sujetándola de la mano, con el estremecimiento curioso de los niños ante el misterio, se quedó durante horas contemplando la máquina de Ideal, aún herida por las balas de Eneas. El interior de aquel prodigio se convirtió en su refugio preferido, y allí estuvo horas leyendo y fantaseando, siguiendo con la mirada el laberinto de tubos y bisagras, casi como si quisiera buscar su principio y su final, su sentido, su corazón, hasta que un día la máquina acabó por robarle el suyo e hizo que se enamorase, tal como le había ocurrido a su tío desaparecido en Rusia.

Casi como si ese amor se hubiera quedado aprisionado entre los mecanismos, no mellado en absoluto por la

violencia de los disparos y de la muerte, Sol lo recogió y lo hizo suyo. Dedicó así buena parte de su tiempo a los mismos estudios y los mismos sueños que Ideal, para intentar captar con el engranaje del acero y los cables el sentido de un movimiento que parecía alejar cada vez más la vida de aquel lugar, deseando aferrar su secreto y hacer por fin eterno e infinito el rodar de todo lo que Annina le había contado.

Sol creció, pues, como el último depositario de aquellos secretos, y por esa razón Annina, tras haber soñado con Rosa, se dirigió aquel día hacia la verja del Prataio para esperar el regreso de su nieto del taller y contarle, como siempre, parte de su mundo. Se situó junto a la verja, al principio del paseo que llevaba a la carretera provincial, y se sentó en el murete a esperar.

Al cabo de unos minutos vio llegar al hombre por la carretera; caminaba lentamente, apoyándose en un bastón. Visto así, de lejos, parecía un vagabundo harapiento, con la barba crecida y dos alforjas en bandolera. Él avanzó un poco más y después, cuando estuvo a una veintena de metros de Annina, se detuvo en medio del paseo.

Al verlo inmóvil, le lanzó un grito, preguntándole si necesitaba ayuda. Y como el otro seguía callado y permanecía inmóvil, Annina se levantó y despacio, en la medida en que sus piernas se lo permitían, se dirigió hacia él.

Penélope, que estaba ayudando a Filomena a podar las

rosas del jardín, la divisó mientras avanzaba e hizo un gesto a su prima para que prestara atención.

Filomena se asomó y vio a Annina dirigirse hacia el desconocido, de modo que le dijo a Penélope que lo mejor era ir a ver. Entretanto, Annina ya estaba cerca del hombre y volvió a preguntarle si le hacía falta algo sin obtener respuesta.

Estaba a punto de repetirle la pregunta cuando se percató de que el hombre estaba completamente cubierto de polvo y barro incrustado, con una extraña pátina que parecía compuesta por diferentes materiales, por limaduras, arena, mantillo, suciedad, no sabría decirlo con exactitud. Y en esa especie de escultura destacaban, azules y profundos, dos ojos inolvidables que la miraban fijamente y le pusieron un nudo en el corazón.

–Dios mío –gimió–, has vuelto...

Después se le echó al cuello, mientras la voz se le ahogaba en la garganta, y cuando por fin él también la estrechó contra su cuerpo, perdida en aquel abrazo tantas veces soñado, Annina volvió a percibir el olor a violetas que siempre le había acompañado y consiguió por fin llorar, sintiéndose demasiado pequeña para contener toda la emoción que sentía.

Filomena, que se acercaba, no entendió. Vio a su madre

aferrada a aquel andrajoso y le gritó desde lejos algo. Apresuró la carrera y llamó como refuerzo a Penélope. Luego oyó llorar a su madre y divisó aquel amasijo de harapos que la abrazaba, de modo que se precipitó a separarlos, se interpuso entre ellos y empezó a levantar la voz, amenazadora, y sólo se calló cuando Annina, chillando aún más que ella, gritó:

–¡Estate quieta, es mi hermano, Sol!

Fue como un disparo que aturdió también a Penélope. Ambas la miraron incrédulas, después miraron al hombre y otra vez a Annina, y por fin Filomena, señalándolo, soltó:

–Pero, ¿estás segura?

–¡Por Dios, es mi hermano! –gritó Annina.

Filomena se acercó al hombre, lo miró y le preguntó con brusquedad:

–¿Es usted Sol, el hijo de Ulises?

El otro permaneció en silencio.

–¿Se encuentra bien?

No hubo respuesta.

Filomena se volvió para decirle a Penélope que en su opinión no era más que un pobre retrasado, pero Annina ya

lo había tomado de la mano y le estaba acompañando hacia la verja de Prataio.

Las dos primas se miraron a hurtadillas, con una mirada que lo decía todo. Recordaban las bromas que la edad gasta con el riego sanguíneo cerebral. Telémaco se había pasado los últimos años de su vida haciendo sandeces y Héctor empezaba a dar señales de deterioro. De modo que se colocaron al lado de Annina y le preguntaron qué se proponía hacer.

–Pues llevarlo a casa, par de bestias –contestó ella, resentida, sin detenerse–; hace casi cincuenta años que no nos vemos y qué pretendéis que haga, ¿dejarlo en medio de la calle? Está muerto de cansancio, ¿no lo veis?

Penélope le dijo que esperase allí, que iba a llamar a sus padres. Annina farfulló algo para sus adentros, después hizo que el hombre se sentara en el único banco que subsistía del viejo jardín, ya medio destruido para dejar sitio al aparcamiento de los coches.

Apareció Héctor y se acercó al desconocido, lo escrutó con cierta desconfianza y después dijo que sí, que podría ser Sol, pero vaya usted a saber, con toda la mugre que llevaba encima. Riña en cambio ni se atrevió a acercarse. Annina deseó marcharse, tomar a Sol de la mano y llevárselo lejos de aquellos ojos que lo examinaban como si fuera un animal.



El rostro de su hermano era una máscara de tiempo y de polvo, y con una punzada en el corazón pensó en los años, en los lugares, en las cosas que debía de haber hecho y visto antes de regresar al Prataio. Sentada junto a él, vio ante ellos al grupo de parientes, su desconfianza, la agresividad de Penélope y la indecisión de Filomena, mientras percibía a su lado la pena de aquel hombre silencioso, cansado, que arrastraba en su interior un universo desconocido. Se percató de que era la línea de separación entre dos mundos demasiado distantes y diferentes, y de repente se levantó, dijo que no eran más que una panda de imbéciles, que ella a su hermano le reconocía por el olor y que les dejaran en paz, acémilas que eran unas acémilas.

Héctor se marchó seguido por Riña, mascullando para sus adentros que Annina podía hacer lo que le viniera en gana, pero que habían pasado demasiados años y que él se acordaba de un muchacho guapo, alto y rubio, y no de aquel despojo humano.

–En cualquier caso –dijo dirigiéndose a su sobrina, antes de entrar en casa–, te conviene que no sea tu Sol. ¿O es que no ves que sólo es un pobre mudo medio tonto?

Ella no dijo nada, tomó de la mano al hombre y se encaminó hacia el otro lado del Prataio, seguida por Filomena y por Penélope que intentaban detenerla, pero no hubo necesidad de hacer nada, porque el desconocido, al llegar ante la puerta de la casa, se detuvo y no quiso

proseguir. Miró a su alrededor como para orientarse, y después se encaminó decidido hacia la colina de los cipreses.

–¿Lo veis? –dijo Annina radiante–. Va a saludar a Mena.

Dejó a las dos mujeres rumiando lo que debían hacer, mientras se reunía con el hombre, que entretanto se había sentado junto a las tumbas y mantenía la mirada fija en la de mármol negro, sobre la que los nombres de Dido e Isolina destacaban escritos en letras claras.

–Es una larga historia, hermano mío –le dijo Annina al llegar– y si supieras cuántas más tengo que contarte...

Sentados junto a las tumbas, a los pies de la colina de los cipreses, los dos hermanos permanecieron largo rato abrazados. Así los encontró todavía Sol, tras haberse enfrentado a la irritación de Penélope y al ansia de Filomena que le habían asaltado con un millar de suposiciones y alarmas en cuanto apareció en el Prataio.

Las había escuchado, intentó calmarlas con unas cuantas palabras y a continuación, presa de la emoción y de la curiosidad, fue a la colina, impaciente por conocer al protagonista de muchas de las historias que su abuela le había narrado. En el breve recorrido de la casa a la colina, en la mente se le agolparon las sensaciones, los recuerdos, los pasos con que había imaginado que aquel pariente

legendario atravesaba los desiertos de Asia; el estupor con que sin duda habría admirado la cúpula de oro de Jerusalén; los ojos que habían contemplado los palacios de arena de San'aa; el silencio que había aprendido en los monasterios del Tibet; el rostro con el que durante años había dibujado a aquel viajero solitario del que Annina le hablaba, de modo que cuando estuvo frente a él, jadeando como si hubiera recorrido aquellos cincuenta metros a la carrera, se halló delante justo de la imagen que durante tantos años había soñado, exactamente como la había pensado y deseado, incrustada por el polvo de ese tiempo que él habría querido encerrar en un mecanismo y se asustó.

–Es realmente él –le dijo a Annina, como si lo hubiera conocido en persona, y después huyó, esta vez a la carrera de verdad, hacia la casa, más allá de los establos, más allá de los campos y más allá del miedo de saber que en su interior conservaba ya las ciudades, las infinitas puestas de sol, los océanos, las diferentes lenguas, los vestidos, los colores, las historias y toda la gente que su tío abuelo había ido a buscar a Oriente.

Pero mientras corría se percató de que incluso cada lugar de aquella huida estaba ya inmerso en él. Aquellos prados que pisaba eran los mismos por los que se había alejado Rosa del brazo del médico de los juguetes, y antes de Malgardo, cerca de la esclusa, se topó con el embarcadero donde había encallado el cuerpo de su padre, justo delante

de la escuela popular que el Maestro había fundado muchos años antes. Así que siguió corriendo y pasó al lado de la iglesia donde reposaban sus seres queridos, y retrocedió hacia la estación, y después del puentecillo vio el mojón que recordaba el asesinato de Cafiero, de modo que siguió corriendo intentando huir, hasta que cayó la noche y, a la luz de la luna llena, a lo lejos se le aparecieron las casas de Colle, y una vez más le parecieron blancas, magníficas y antiguas, dueñas de una vida que él no podría evitar jamás, aunque hubiera corrido durante mil años, hasta el infinito, con un movimiento perpetuo.

De modo que aminoró la marcha, se encaminó hacia la vía férrea y se detuvo al lado de los raíles, debajo del avellano donde había ido a terminar la pirueta legendaria de Avellanito. Miró aquellas ramas como un refugio, trepó hasta ellas, se encajó allí y pudo por fin quedarse dormido.

Aquella noche, también Annina se quedó dormida exhausta después de haberle contado años de vida a su hermano recién llegado. A su lado, sin pronunciar una sola palabra, Sol había escuchado aquellos relatos mirando hacia un horizonte lejano, como si buscara más allá de las tumbas y la colina de los cipreses a las personas, los hechos y los lugares que ella le estaba describiendo.

A Annina le pareció un viejo sabio y sereno, muy distinto del narrador brillante a quien había conocido en su juventud. Sólo los ojos eran los mismos de entonces,

mientras que el resto de su cuerpo parecía un mapa geográfico dibujado sobre un pergamino reseco, cubierto de ropa raída hecha de polvo y de barro. Y sin embargo, a su lado, era capaz de sentir el peso del tiempo que aquel cuerpo conservaba dentro de él, las distancias que había recorrido, todo lo que había visto y conocido y que ahora, probablemente, ya no sentía necesidad de contar con palabras, pues lo guardaba en sus ojos.

De modo que no le pidió que hablara. Simplemente, respetó aquel silencio suyo al igual que habría respetado el de un templo, y hasta que no lo vio, cansado, doblarse a un lado y reclinarse sobre la hierba junto a la tumba de Mena, no dejó de compartir con él el peso de todo lo que la vida había decidido cargar sobre ella durante aquellos largos años. Cuando lo vio por fin dormido, se incorporó y se fue a casa a buscar en vano descanso tras aquel día extraordinario, y en sueños fue invadida una vez más por los recuerdos, por las emociones, por los fantasmas evocados poco antes.

Mientras ella luchaba aún con sus recuerdos, Penélope y Filomena ya se habían levantado para comenzar a poner en marcha su proyecto. Si aquel hombre era realmente pariente suyo y había que acogerlo en el Pratalo, como es uso entre seres civilizados, entonces lo lavarían y limpiarían, lo afeitarían y arreglarían de manera que resultara presentable ante el mundo, no como un harapiento que

daba vergüenza hasta verlo de lejos. Así que fueron a los establos, localizaron una gran tina esmaltada que en tiempos había servido para los cerdos, la llenaron de agua y fueron a despertar al hombre que aún estaba reclinado junto a las tumbas.

Con amabilidad, lo condujeron al pilón, donde intentaron convencerlo para que entrara. Renuente, él se sujetaba al borde, negándose a moverse, de modo que ambas mujeres tuvieron que desnudarlo con gran esfuerzo y casi levantarlo en vilo para meterlo en el agua. Y cuando ésta le tocó, él profirió un quejido agudo, lacerante, como alguien que en vez de estar siendo enjabonado y frotado con una esponja, fuera desollado vivo.

Ante aquellos gritos, Sol y Natalia llegaron a la carrera y empezaron a discutir con las mujeres para convencerlas de que detuvieran lo que más que una operación de higiene parecía una sesión de tortura, pero mientras Filomena defendía las razones de la decencia, Penélope, indiferente a las quejas del hombre, seguía cepillando con ahínco, quitándole el estrato de barro y suciedad que lo cubría. A cada pasada, las cerdas y el jabón descostraban su piel como el revoque viejo de una pared, y el agua que caía como lluvia lavaba del todo los residuos de años, de kilómetros, de tierra y de tiempo que había recopilado en Oriente hasta que de la espuma que se iba con la última ducha emergió un rostro que podía tener poco más de veinte años, idéntico

al del retrato que Annina conservaba junto a la foto de Cafiero y del Maestro. Todos callaron al instante, y en el Prataio sólo resonaron los gritos desgarradores de aquel ser empapado e indefenso.

Annina había luchado con sus recuerdos durante toda la noche, arrebatada por la confusión de personas amadas, de lutos, de guerras y nacimientos que le habían estado martilleando en la cabeza durante aquel sueño inquieto, con un estruendo cada vez más intenso que al final la despertó.

Pero cuando estuvo despierta, comprendió que los gritos no procedían de su sueño, sino del jardín, y entre lo que parecían voces de una discusión, sobresalía un grito agudo, desgarrador, que la hería directamente en el corazón, porque tenía el tono de su misma sangre. De modo que ni se vistió y se lanzó hacia abajo en camisón.

Desde lejos, vio a la gente del Prataio reunida en un corrillo, y entre todos a Sol y Natalia, que discutían con Penélope y Filomena; rodeaban algo que no conseguía distinguir bien.

Y mientras se acercaba, las discusiones cesaron de pronto y sólo el grito de su hermano rasgó el aire del Prataio como el llanto de un animal herido, un cuchillo que le atravesó la carne y la sumió en el ansia, de modo que cuando llegó ante aquel muro de personas por un instante confió en que nadie

la dejara pasar, en que no se percataran de su presencia y que todos siguieran formando un escudo con sus cuerpos ante el suplicio que aquel grito dejaba traslucir.

Pero Natalia la vio, y apenas se apartó, desnudo, sentado en aquella tina para cerdos, Annina se encontró ante Sol, ante su rostro idéntico al que viera el día en que lo abrazó por última vez, antes de que se marchase, cuando había encerrado en su interior sus deseos de retenerlo, de impedirle que se fuera y dedicara todo su tiempo a buscar, grano a grano, el sentido de una vida que un poco de agua y jabón habían diluido en un par de minutos.

Riña, delante de ella, se persignó, mientras un escalofrío estremecía a Héctor, que parecía petrificado.

–Dios mío –apenas tuvo fuerzas para decir Penélope, antes de arrojar cepillo y esponja, y correr a refugiarse en casa.

Los ojos de Annina se cruzaron con los de su hermano y en su mirada desesperada ella vio el dolor de quien se siente morir y advierte que su propia vida se desmorona, se disuelve y aleja deprisa, indiferente al amor, a la voluntad, a los sueños y a todo lo que construye el pasado de los hombres. Y Sol, su hijo, en aquella mirada afanosa vio el mecanismo de la existencia resquebrajarse dentro del agua y la espuma, y percibió el encallarse del movimiento que le había conducido a lo largo del tiempo como una ola lleva



una barca a estrellarse contra un acantilado de dolor. Y Natalia vio en aquellos ojos a su amor imposible, uno, aunque dividido entre las balas de un alemán y el blanco de las estepas nevadas, miró fijamente la helada que mata y sintió el mordisco del hielo que se volvía calor, y después la punzada de dolor del plomo en el pecho, y por último el calor transformándose en un dolor envolvente, circular, perfecto.

Y los tres, heridos por esa perfección, vieron cómo la piel de Sol lentamente se arrugaba y agrietaba, y la juventud que el agua había devuelto a la superficie desaparecía como arena levantada por el viento, hasta el punto de que en pocos minutos aquel muchacho volvió a ser el viejo inseguro y tembloroso que unas horas antes había cruzado la verja del Prataio.

Así murió Sol, sentado en un sucio aguazal, con la mirada transida de dolor. Cepillada por las manos de Penélope, su vida se quedó en el agua de la tina de los cerdos durante mucho tiempo aún, sin que ningún Bertorelli tuviera valor para tirarla a la hierba. Abandonada durante semanas y meses al aire libre, el sol la recogió casi como homenaje a un hombre que había osado llevar su mismo nombre y acabó evaporándose en el aire, se marchó hacia lo alto en medio de las nubes, y volvió por último a Oriente transportada por el viento, en el interior de millones de gotas en perpetuo movimiento.

## XVIII

Mientras sentado en la tina de los cerdos Sol envejecía y moría, Annina comprendió que un pedazo de su propia vida se iba con él, esa misma vida que él había regresado para traerle. Sentía su quejido desgarrador debilitarse y su mirada apagarse como una vela ya sin cera, y en su interior, de la misma forma, advertía cómo se confundían las distancias, cómo se enredaban las palabras, cómo trastabillaban los pasos, y por fin cómo los fantasmas de los recuerdos se alejaban, casi conducidos de la mano por aquel hermano suyo que, al marcharse, se los llevaba consigo para siempre.

Desde aquel día, Annina no volvió a recordar, y su mente, liberada de todo aquel pasado, quedó envuelta en una niebla de la cual rara vez emergía. De nada valieron las prescripciones de los doctores a los que Sol y Filomena consultaron, porque éstos la visitaban, tocaban y miraban, para hablar después de edad avanzada y de la sangre que

oxigenaba con dificultad el cerebro. Todos y cada uno, con bata y aires de profesor, abrían los brazos y advertían a Natalia y al resto de sus familiares que debían proporcionarle cuidados y paciencia, porque en su estado podía caer en los sufrimientos de la más negra arteriosclerosis.

Pero lo que nadie comprendía era por qué Annina parecía tan feliz. Comía tranquila, se acostaba y, al igual que Rosa, permanecía horas inmóvil en la ventana mirando hacia la colina de los cipreses, sin incurrir en ninguna de las chaladuras que habían atormentado a Ulises y Telémaco durante lo que les quedó de vida. De vez en cuando sonreía, escuchaba el parloteo de las mujeres de Prataio y a veces incluso se reía, se entristecía, parecía seguir y comprender cualquier matiz, e intervenir con puntualidad y atención. Cuando murió Riña, por ejemplo, lloró, y lo mismo hizo poco después, cuando le llegó el momento a Héctor, y nadie supo si sorprenderse de que acompañara a una y otro al cementerio o considerar normal, en cuanto causado por la enfermedad, un hecho en cualquier otro caso excepcional.

Annina parecía vivir una existencia normal. Sólo que no recordaba, no contaba ni sabía ya nada de lo que había sido, y eso parecía no pesarle, sino por el contrario, serle de alivio. Por eso, cuando llegó la carta, Sol ni siquiera intentó contárselo. La encontró en el buzón en medio del resto de la correspondencia, y le llamó de inmediato la atención aquel sobre más grande de lo normal, hinchado, repleto de

sellos extraños, con la dirección y su nombre escritos con una caligrafía ligera, sin duda de mujer. Intrigado, había corrido al viejo establo para ir a sentarse en el interior de «Libertad».

Emocionado como un niño, abrió el sobre y leyó atentamente las cuatro hojas escritas en un inglés elemental, muy densas, y a medida que iba leyendo le había parecido estar de verdad en el centro de un movimiento sin fin, que nadie hubiera podido detener jamás mientras hubiera palabras para contarlo. De modo que fue a buscar a su madre, le dijo que tenía que darle una cosa y le pidió que entrara en el vientre de la máquina.

–Mira –le dijo mientras ella se reía ante la propuesta de aquel viejo juego, y le enseñó el sobre.

Ella leyó la dirección y preguntó recelosa:

–¿Y quién te escribe desde Rusia?

–No es para mí, es para papá.

Natalia palideció

–Es de la hija de Ideal.

Ella preguntó en voz baja:

–¿Está vivo?

–Murió hace dos meses. Estuvo viviendo en Ucrania muchos años, y después en Kazán, en Tatarstán.

Después se acercó a su madre, que había cerrado los ojos para contener mejor la emoción, y la acarició.

–Dejó dicho a su hija que escribiera a papá después de su muerte y que le enviara esto –dijo tendiéndole algo.

Natalia miró y le pareció precipitarse hacia atrás, arrastrada por el movimiento del tiempo que la engullía como un tornado. Se sintió una ramita en el agua, un juguete maltratado por un niño caprichoso, y se le escapó un quejido ahogado por todo lo que había sucedido y que ella no había podido impedir que sucediese a pesar de haber creído que podía determinar su curso. Por el amor, por la muerte, por las balas que le habían partido el corazón y por la estepa que la había engullido, por los días de soledad, los remordimientos y los llantos, por las noches pasadas deseando que todo volviera atrás, que el tiempo se detuviera y cambiase de dirección y volviera allí, a aquel sobre que su hijo le tendía ahora, venido del pasado perdido en Rusia, un sobre de un color rosa definitivamente desleído, casi ya sin color, cerrado aún, en el cual ella misma había escrito con descuido el nombre y la dirección de Ideal, convencida de detenerlo con el amor.

\*\*\*

Ideal caminaba por el parque, a la orilla del Volga, apoyado en su bastón. En aquel punto el río era tan ancho que recordaba el Padule como lo había visto en su niñez, antes de que las bombas hidráulicas de los Bertorelli lo transformaran en tierra. Desde la orilla, más allá de la línea del horizonte, podía divisar las naves de las fábricas de motores y los obreros en el recinto que parecían miles de minúsculas hormigas. Rió a flor de labios. Una de ellas era su hija Anis'ia, que le había robado el corazón el día en que, recién nacida, le sonrió. Natalija sostenía que era imposible, que los recién nacidos no sonríen a nadie. Hacen muecas irreflexivas, abren y cierran la boca sin sentido, pero él había seguido pensando que Anis'ia lo había visto y le había sonreído, y que en el fondo, los rusos no entienden nada de sonrisas de niños.

Él, en cambio, entendía a los niños. Conocía lo que se oculta detrás de sus silencios, en el interior de un llanto o de una palabra repetida hasta el infinito. De los niños le gustaba todo. Le gustaba verles dar sus primeros pasos y caminar inseguros, tal como lo hacía él sobre sus pies devorados por el hielo. Le gustaba escuchar sus fantasías hechas de nada, incongruentes, hilvanadas a menudo alrededor de un frágil hilo, un papel que se convierte en un avión o una rama que es una muñeca o un cañón. Saltos de tiempo, intercambios de persona, identidades transportadas por los objetos como los sueños que él había acariciado en el interior de «Libertad».

Por eso confió sus ideas a Anis'ia desde que era una niña, le habló de su fantástico mecanismo de acero, capaz de aprisionar los deseos y el movimiento, y ella siempre le había escuchado con interés, a despecho de la madre y del resto de sus familiares, que lo consideraban simplemente un italiano genial y algo loco. En silencio, atenta para captar el sentido de sus frases en una lengua tan insegura como su forma de caminar, Anis'ia había amado desde que era pequeña a aquel padre tan distinto de los demás, lleno de palabras y de historias dibujadas en el papel como marañas de líneas y curvas. Teorías dinámicas de la elasticidad, principios termoeléctricos, motores, juntas y rótulas habían formado el extravagante mundo en el que se crió desde Ucrania hasta Kazán, donde, tras la muerte de Natalija, se había trasladado con su padre cuando habían inaugurado la gran fábrica de motores. De modo que le había parecido sensacional, hermoso e incluso divertido descubrir cómo las historias de Ideal podían transformarse en gigantescos amasijos de cables y acero, corazones de los enormes aviones que se elevaban a los cielos y cruzaban el mundo.

E igualmente sensacional, hermoso e incluso divertido, había sido ir a trabajar con él, poder construir materialmente los laberintos de contactos que permitían a una turbina acelerar, crear el movimiento y después detenerlo, invertirlo, aminorarlo o hacer que arrancara de nuevo.

Desde la orilla del Volga, aquella tarde, Ideal vio la fábrica de motores, se imaginó a Anis'ia llegando al trabajo y sonrió. Estaba a más de un kilómetro de distancia de ella pero le sonrió, pensando que el amor que sentía por ella le llegaría de todas formas. La noche precedente había soñado con Prataio, donde Annina estaba soñando con Rosa, que soñaba con Sol mientras le contaba una historia. Él había entrado en silencio dentro de sus sueños procurando que no se difuminaran, pero luego todo había empezado a dar vueltas como en un calidoscopio y al final se había recompuesto con un dibujo complicadísimo del que había aparecido «Libertad», y entonces él había ido feliz hacia los engranajes, había encontrado la manivela de la puesta en marcha y había empezado a darle vueltas.

La máquina se puso en movimiento y, uno tras otro, Ideal había visto extenderse los momentos de su vida, la calle Pomeraskaja, donde vivía, y Piotr Ivanov, su vecino, y después el parque del Volga y su trabajo en la cadena de montaje de motores, y luego, acelerando, se habían extendido los rostros de Natalija y de su familia, las carreteras de Tatarstán que llevaban hasta Ucrania y por último, cada vez más rápidamente, había visto discurrir ante sus ojos un día en que estuvo enfermo y una vez que resbaló en el hielo, un abrazo lleno de amor y la isba con la sopa de col de Irina Pavlova, y después el olor del hierro en la nieve, y el sol helado de la estepa y los pies que le ardían, los cañones más allá de Stalingrado, los trenes, el tren que se lo



llevaba de Colle, Sol con una carta en la mano, Annina que lloraba, el beso de Natalia, Héctor con sus dibujos extendidos ante él, el avellano al lado de los rieles, Filomena que estaba llorando, los labios violáceos de Sol, y mientras estas y otras imágenes discurrían, él había comprendido que se había equivocado e invertido el sentido de circulación de su vida, de modo que había intentado desesperadamente detenerlo, recordar un principio, una ley o qué perno, qué palanca debía levantar para cambiar, detener o retrasar al menos aquel movimiento.

Pero ya se estaba viendo en la institución crediticia, de la mano de Annina, cuando ésta había ido a discutir sobre la hipoteca y seguía sin poder detenerlo, de modo que se sintió apenado de nuevo por su hermano enfermo, un alfeñique de niño, y mientras luchaba en vano con las bisagras, había visto las manos de Orestes aferrarlo en el momento en que su madre, chillando, lo empujaba al mundo e inmediatamente después una nube blanca, un mar de guata y él que volaba sobre las montañas de Suiza cubiertas de nieve, pero no eran de Suiza. Mejor dicho, eran de Suiza y al mismo tiempo eran la Llana, Colle, el Padule y el Prataio con Ulises que berreaba, eran los cerdos del Pórtale, Rosa vestida de azul que huía, el Bastión con San Venanzio, Malgardo y la esclusa, eran Milán, Sapri y los subversivos, y él desde lo alto lo veía todo y no distinguía nada, pero sentía fortísimo, grandioso, el amor de Annina y el de Cafiero, y la explosión de la que él había nacido, una

ráfaga de viento, un chasquido seco y limpio que señalaba el principio y el final en un relámpago que lo había despertado.

Sentado en la cama, con la cabeza aún llena de aquel resplandor, Ideal Bertorelli consideró por vez primera que debía morir. No es que no lo hubiera pensado antes. Se había topado con la muerte millares de veces, bajo las cortinas de obuses o en el interior de unos ojos helados por la nieve. La había insultado y alejado, pero su carácter no le permitía considerar seriamente que antes o después la muerte acabaría por atañerle. Aquella mañana, en su casa de la calle Pomeraskaja, mientras Anis'ia seguía durmiendo, Ideal comprendió que no había sido capaz de retener nada y que aquel día la vida lo abandonaría. De nada había servido enamorarse de la mecánica y pasarse noches y días con bisagras y pistones, de nada había servido hallar el secreto del movimiento perpetuo y trabajar por dos para ahorrarle sufrimientos a Sol, al igual que de nada había servido dejarle a él el corazón de Natalia para evitarle la respiración afanosa y que volviera el color a sus labios azulados. Y no había servido renunciar, marcharse para no hundirle la vida, y luego no regresar jamás, permanecer lejos y no ser un obstáculo en la felicidad que pensaba haberle dado. Entonces se levantó de la cama lentamente y en la mesa de la cocina escribió una carta para Anis'ia; a continuación, salió hacia el parque del Volga para morir.

Sentado a la orilla, frente a esa extensión de agua que le recordaba el Padule, Ideal cerró los ojos para sentir por última vez cómo el movimiento corría por sus venas, para sentir cómo se debilitaba y aminoraba su ritmo, y conseguía por fin deslizarse en sus engranajes como cuando construía «Libertad» y creía aún que era posible crear una pistonada infinita. Sentado en silencio, en el río, esperó a que se le detuviera del todo la vida.

Natalia miró fijamente el nombre escrito con su caligrafía de juventud en el rosa desvaído del sobre, y aturdida por la emoción, escuchó la voz de Sol leer cuanto la hija de Ideal le escribía a un hombre muerto desde hacía ya muchos años. Y mientras él leía, imágenes y figuras de otras vidas se sobrepusieron sin orden en su mente: los pies congelados y la esclusa del embalse, el tren que partía de Colle y los grandes motores de aviación, los engranajes de «Libertad» y una muchacha llamada Anis'ia, las manos de un oficial alemán y otra mujer que llevaba su mismo nombre.

Sentada en el vientre de la máquina que en otros tiempos había aprisionado su amor, pensó en la vida que había imaginado, en todo lo que durante años se había dicho a sí misma para vencer el dolor, la soledad, la añoranza, atornillando circunstancias, rostros y palabras en sus deseos, tal como Ideal hubiera atornillado con pernos y tuercas sus mecanismos. Esa vida había sido una linfa especial para seguir moviéndose, un puerto tranquilo para

adormecerse, una compañía cotidiana y habitual que con el tiempo la había tranquilizado, alentado y llevado casi a la convicción de que nada de lo sucedido había acaecido por su causa. Pero ahora, con aquella carta entre las manos, todo volvía atrás, y su vida imaginada se desmoronaba frente al amor que no perece, que vive y retorna sin posibilidad de ocultarse.

Si lloró, pues, no fue por la muerte de un hombre que en el fondo estaba ya muerto, sino por la de un oasis imaginario, destruido por los golpes de las palabras que su hijo le estaba leyendo y que la obligaban a enfrentarse una vez más al pasado sin posibilidad alguna de cambiarlo.

Con el sobre rosa entre las manos, oprimida por aquel peso, Natalia se rindió y rogó a Sol que escribiera a Rusia y pidiese más noticias, para conocer por fin cada día, cada palabra, cada respiración de una vida que había ido a embarrancar tan lejos de ella, para poder saber por fin y llorar de dolor o reír de felicidad, para alejar por fin el consuelo de un artefacto de inútiles ilusiones.

Así pues, desde aquel día Sol inició una correspondencia con Anis'ia, de quien recibió no sólo los detalles de la vida de un tío a quien siempre había creído desaparecido, sino el recuerdo de un Colle que Ideal había transmitido a su hija, lo mismo que Annina hiciera antes con él, preservado tal como fue en el curso de los años, la distancia y la nostalgia, y es más, restituido con una precisión y un amor

sorprendentes, hasta el punto de que a veces le tocó a Sol pedir confirmación a su madre o a los más ancianos, abajo en el taller, acerca de hechos y de personas de los que no tenía ni idea, o ir a comprobar que una calle o una casa eran tal como, a miles de kilómetros de distancia, Anis'ia le describía con una exactitud sorprendente.

En su imaginación, Sol pudo reconstruir así la estación arrasada por las bombas aliadas mejor de cuanto hubiera podido hacerlo consultando planos y fotos de la época porque, a diferencia de una simple topografía de paredes o calles, en los relatos de Anis'ia las casas resonaban con personas vivas, con olores, con historias mínimas, como si hubiera vivido directamente toda aquella vida. Del mismo modo, Sol conoció los rincones más recónditos del taller de Héctor, como no se lo hubiera imaginado, y puntos de la Llana que ni siquiera había advertido, así como los viejos canales de las tierras desecadas, ahora ocultos por nuevas carreteras.

Leyendo aquellas cartas repletas de palabras, Sol vio real, palpitante, aún vivo del todo, un mundo que Ideal se había llevado consigo en su viaje desesperado, alimentado con el sufrimiento de una guerra y de una retirada a través del hielo, esculpido con tanto cuidado y pasión que resultaba más verdadero que el que había dejado. Y en el embrujo de aquel universo recordado, Colle permanecía intacto, detenido e inmóvil en un mundo ya desvanecido no sólo en

cuanto a sus lugares, sino también a los hechos y las personas; y su madre, Annina, Penélope o Filomena volvían ahora, gracias a las palabras escritas a tanta distancia de espacio y de tiempo, a ser de nuevo jóvenes o niñas.

En la tentativa de liberar a Natalia de una ilusión, tal como había hecho Ideal al crear su máquina, Sol y Anis'ia tejieron una vez más un engaño mediante aquel mecanismo suyo de palabras, a través de una densa red de cartas, y se envolvieron en los recuerdos y en el deseo de retenerlos para siempre abrazados entre ellos.

Fascinados por el hilo de los relatos que los mantenía unidos, los dos primos empezaron a proyectar el romper aquella lejanía y tocar en persona el afecto que hasta entonces sólo habían construido sobre el papel. Aparte de la vida de Colle, en sus habitaciones de Kazán Ideal había dejado escritos, diseños, proyectos que según Anis'ia permitirían terminar «Libertad», herencia que constituía una perspectiva de fascinación demasiado fuerte como para que Sol no se decidiera a emprender el viaje.

Fue así como el engaño se realizó y el tiempo extendió su espiral y devolvió hacia Oriente al sobrino de aquel Sol que precisamente de allí había regresado con un secreto borrado por el jabón y el agua, y del cual definitivamente ya no quedaba nada.

## XIX

En el momento en que Ideal moría, en las naves del otro lado del río Anis'ia trabajaba como cada día en la revisión de los grandes motores. Trabajaba con rapidez, sus manos se movían ágiles entre el teclado del ordenador y los circuitos que controlaba antes de devolverlos a la cadena de montaje. Estaba orgullosa de su cometido, de conocer los secretos de aquellos amasijos de cables y metales, incongruentes en apariencia, pero capaces de elevar en el aire aviones del tamaño de casas.

Eran relojes, relojes con una potencia de gigantes, y al mismo tiempo milagros de la mecánica y de la electrónica en equilibrio con la energía que pasaba a través de miles de contactos coloreados, chispas que a través de los cables de cobre ordenaban a las turbinas el movimiento, liberaban fuerza, ruido y empuje, movían el aire y las cosas, rugían.

Acudieron a avisarla y ella de momento no entendió. «Su

padre, que no se encuentra bien», le dijeron; pero en cuanto salió y en el pasillo de la dirección vio a un policía ir a su encuentro con cara de circunstancias, el corazón se le encogió. El hombre, inquieto, daba vueltas a una carta entre las manos y cuando se la dio mirándola fijamente a los ojos, Anis'ia sintió que se le paralizaba la respiración, que las cosas a su alrededor se le escapaban y que el mundo, las palabras, los movimientos se detenían como si un circuito electrónico hubiera invertido de repente el giro de las turbinas que empujaban hacia delante su vida.

Sólo más tarde, y en casa, tuvo valor para abrir el sobre y leer lo que Ideal había escrito por última vez. Leyó de corrido las primeras frases casi como para armarse de valor, convencida de hallarse frente a palabras cargadas de dolor, pero muy pronto reconoció el espíritu leve de su forma de narrar, aquella manera de abordar con dulzura y alegría incluso las cosas más serias, de modo que moderó la rapidez de lectura, se secó las lágrimas y hasta llegó a sonreír ante la idea de las curiosas historias que una vez más su padre le estaba contando.

Descrita como lo había hecho él, la muerte no le pareció tan cruel como siempre había pensado. Parecía un mero contratiempo, el agarrotamiento de un engranaje, un motor que se paraba por falta de gasolina. Porque de la desaceleración de su propia vida era de lo que su padre le hablaba, del amor, que para él siempre fue una forma de



movimiento, y de su partida de Colle para lograr ser un transmisor que diera mayor fuerza al motor de su hermano.

En un sobre rosa, le confesaba, había conservado la energía que le empujó a buscar otros caminos y otros mecanismos, y así, la felicidad de Sol fue su eje, el punto de apoyo en que había atornillado su existencia, huyendo cada día para regresar cada día con el pensamiento al lugar y a las personas de los cuales se había alejado, en un ir y venir que había constituido durante todos aquellos años su vida.

Y ésta se había consumado por fin en ese ir y venir continuo, rompiendo su convicción de haberla hecho perpetua de una vez por todas gracias a la simetría perfecta de los nombres y las alusiones, de los lugares y las personas, de los motores y las extensiones de agua, de todo aquello con lo que había intentado construir cuanto ahora le resultaba imposible explicar en cuatro densas páginas de palabras escritas al sesgo sobre la mesa de la cocina, cuando la muerte le había colocado ya una mano en el hombro.

Aquella mañana, le escribió sencillamente, se había dado cuenta de que su mecanismo se estaba parando, que cuanto había atornillado en torno y encima de sus recuerdos había llegado ya hasta el punto máximo que podía alcanzar, y ahora empezaba a desacelerarse, a refluir para volver definitivamente al punto de partida.

Anis'ia sonrió. La última indicación de su padre era el

dibujo de una articulación, inspirado en la raíz que encontró en la estepa el día en que su abuelo lo recogió medio congelado. Se aferró a aquel leño como si fuera el cofre de un tesoro y lo mantuvo sujeto con tal fuerza que sus socorredores renunciaron a quitárselo, dejándoselo en la cama hasta que despertó de su sueño de hielo abrazado a aquella cosa.

Aquel pedazo de madera retorcido se convirtió al final en el indicio de la evidente extravagancia de un hombre llovido allí desde un país lejano, el objeto de una chanza de toda la familia que lo había conservado durante años como un amuleto mágico de la vida. Aquella raíz, en el fondo, había sido su primera extrañeza, a la cual siguió la de una lengua exótica, musical y suave, y luego el que se pasara horas dibujando líneas intrincadas, marañas de circunferencias y de elipses, sin hablar de su habilidad casi mágica para reparar engranajes, motores o cualquier artilugio mecánico que cayera en sus manos con una pericia y una entrega sorprendentes.

Por eso, concluida la carta, Anis'ia se sintió invadida por una sensación de desconsuelo total, sintió que se ahogaba ante la idea de una serenidad que tal vez no volviera a alcanzar, casi como si su padre la hubiera dejado sola en medio de un mar de circuitos impresos, intentando mantenerse a flote en el misterio del movimiento, entre los mecanismos de la vida ya sin su presencia confortadora para

señalarle la junta de una sonrisa, el engranaje de una caricia, el giroscopio construido sobre una de sus muchas historias.

Náufraga en ese mar, Anis'ia intentó reemprender el ritmo de su existencia cotidiana, pese a que los primeros días sin su padre le parecieron oscuros y pesados, atestados de pensamientos confusos. Se acercó a la orilla del Volga para contemplar las naves de la fábrica tal como las había visto él por última vez, esperando en vano captar en el aire una ráfaga de la alegría que Ideal siempre le había transmitido, y después, más huérfana aún, se presentó en su mesa de trabajo para intentar borrar el rostro paterno posando los ojos en los laberintos de circuitos y engranajes.

Uno tras otro, los contactos desfilaban bajo sus manos y ella repetía los mismos gestos que realizaba desde hacía años: una mirada a los números de la pantalla y otra a las placas llenas de cables que transmitirían el impulso de los motores.

Pero el rostro de Ideal se introducía también continuamente en este juego de miradas, aparecía de pronto entre los millares de puntos iluminados por el tubo catódico mientras el resplandor de un contacto de cinc le recordaba el fulgor del sol cuando él se lo señalaba hablándole de un hermano suyo lejano que tenía el atrevimiento de llamarse precisamente así, Sol, en lengua italiana.

El mar de la nostalgia, pues, no abandonó ni por un momento a Anis'ia, y precisamente el amor por el padre perdido la distrajo, la confundió y al final la traicionó, no le dejó ver el defecto que la máquina le indicaba, la lucecita intermitente que señalaba, en la pieza que estaba controlando, una anomalía peligrosa, el error en un recorrido que podía impedir a la energía transmitir una orden a la turbina, señalarle el sentido de giro y con ello bloquear el movimiento.

Disuelta en el interior de la mirada de su padre, Anis'ia no vio nada más. En el momento en que los números de la pantalla avisaban de una anomalía, se distrajo para levantar un dedo del teclado y enjugarse una lágrima de la mejilla, con lo que no advirtió el defecto. Después, tomó la placa y fue a montarla en el motor.

Una sola lágrima bastó. Aquel gesto rápido, realizado casi a hurtadillas para no disgustar a Ideal, pues él no había podido soportar jamás el llanto sobre su rostro, bastó para atornillar otra pequeña pieza del mecanismo que, sin saberlo, Anis'ia estaba construyendo alrededor de la vida de un primo de quien nunca había oído hablar, una sombra vaga con la cual no tardaría en compartir palabras, recuerdos y el deseo de comprender el movimiento del laberinto de las cosas, y de poder dominarlo por fin.

La tarde anterior a su marcha, Sol se pasó bastante tiempo pensando en el interior del vientre de «Libertad». Tenía en

sus manos los planos que Ideal le había dejado a su padre antes de partir al frente, los mismos que desde niño le habían fascinado más que cualquier misterioso mapa del tesoro.

A aquellas alturas se los sabía ya de memoria, línea por línea, y sabía comprender cómo un trazo de lápiz se convertía en la máquina en una rótula de acero que transmitía el movimiento.

Junto a los planos, allí debajo, en el único espacio libre del suelo, aquella tarde había extendido también un mapa, y ahora se entretenía en imaginar el vuelo que al día siguiente efectuaría sobre las llanuras señaladas en verde, los montes dibujados primero en beis y después en un marrón cada vez más oscuro, y los ríos, pequeñas venas azules que lo cruzaban igual que si fuera un cuerpo humano.

Sonriendo, pensó que tal vez el tío abuelo de su mismo nombre, muchos años atrás, habría recorrido el mismo trayecto hacia el este, aunque entonces un solo centímetro de aquel mapa había significado un tiempo distinto: cada punto de color, un prado que atravesar, cada hilo de azul, un río que cruzar. Él volaría sobre todo eso, como se hace en los sueños, se desplazaría en un momento de una parte a otra, contemplaría las llanuras y las montañas desde lo alto, con la suficiencia de los gigantes.

Apoyó la cabeza en el acero de la máquina y cerró los ojos

para imaginarse mejor aquel salto prodigioso. Iba a ser su primer vuelo y se sentía feliz de que su destino fuera, en cierta manera, su pasado, la vida de Ideal que había reaparecido de repente como para volver a poner en marcha algo que se había detenido, y ahora tenía el rostro y el nombre de Anis'ia. Un pasado que tenía sabor a futuro.

Cuando Natalia apareció, lo encontró así, entregado a su fantasía entre aquellos caprichos del tiempo. Se sentó en silencio cerca de él, como solían hacer cuando se entretenían escuchando el rumor de «Libertad». No se hablaron durante un rato, hasta que ella empezó a hablarle de la noche en que decidió escribir dos cartas a dos hermanos gemelos a quienes amaba.

Le habló de ellos y de su indecisión, de lo muy atraída que se sentía por la energía de uno y por la dulzura del otro. Habló del amor con el que Sol la había envuelto, de su fragilidad de cristal, y después de la fuerza de Ideal, una ráfaga de viento y acero. Le describió la línea sutil de las manos de uno y su respiración afanosa, y después le refirió los abrazos apasionados del otro, sus besos que la aturdían mientras por encima de ellos la máquina interpretaba el movimiento.

Intentó explicarle la fiebre, la agitación y el temor a herir mortalmente a Sol y el deseo de abandonarse a Ideal, y cómo llegó a pensar que debía ser ella quien decidiese el rumbo de las cosas.

–La carta del sobre rosa no fue más que un error –le dijo por fin con lágrimas en los ojos–, y durante años pensé que había sido yo quien determinó todo lo que ocurrió luego con aquel descuido. Pero Ideal ni siquiera abrió el sobre. Así que en realidad fue él quien decidió, y se quedó en Rusia por la felicidad de un hermano que en realidad llevaba ya tiempo muerto.

Sonrió.

Entonces Sol se puso de pie y le mostró dos correas de transmisión iguales, colocadas en extremos opuestos de la máquina.

–¿Las ves? Cada una de ellas regula un movimiento distinto, pero una no puede funcionar sin la otra, y «Libertad» sería entonces un amasijo de chatarra inmóvil y carente de sentido.

Después le señaló esas mismas correas en el dibujo.

–Ideal dio a las piezas de la máquina nombres precisos, y esas dos correas se llaman como su hermano y como él.

Natalia se acercó, y leyó en efecto los nombres, y junto al de Sol vio escrito el suyo también.

–Si estoy yo también –dijo sorprendida.

–Tú eres esta junta de aquí –le señaló su hijo– y estás

conectada a papá por esta rótula a la que, obviamente, le he puesto mi nombre. El tío se colocó ahí arriba, y tal vez por eso se quedará en Rusia –concluyó sonriendo.

Natalia estaba estupefacta: en el enorme plano del proyecto, junto a la maraña de líneas, se leían con claridad los nombres de todos los Bertorelli, de la gente del Prataio e incluso de los de Llana y de lo que en tiempos había sido el Padule.

Estaban Mena y Mero, estaban Ulises, Telémaco y Héctor, y además Isolina y todos sus hijos, incluso los que murieron cuando la gripe, y la viuda Bartoli, el Maestro con sus hijos e incluso Rosa y el médico de los juguetes, y cada pieza estaba conectada con otra según una lógica, como en un enorme árbol genealógico de acero.

–Aquí está toda la vida de Colle, y cuando se pone en marcha el mecanismo –le dijo Sol mientras daba una vuelta a la manivela–, cada pieza cumple su función.

Madre e hijo permanecieron inmóviles, mirando cómo aquel portento se animaba y producía un silbido que parecía, en todo y por todo, la respiración de una persona.

–Anis’ia me ha escrito que Ideal tenía más diseños y otros estudios sobre el movimiento, de modo que cuando vuelva de Rusia tal vez tenga otras soluciones para alcanzar por fin el movimiento perpetuo.



Natalia, con los ojos brillantes, lo abrazó y juntos salieron hacia casa. Antes de acostarse, él quiso ir a la colina de los cipreses y desde allí contempló el Prataio que se extendía a su pies, y al fondo, las tierras desecadas y el hilo de la costa con los letreros de los restaurantes encendidos ya, mientras por el otro lado la luz del atardecer envolvía las antiguas casas de Colle.

Por unos instantes nada se movió. Ni un hálito de viento, ni un vuelo de pájaros, ni siquiera el temblor de una hoja, de modo que Sol advirtió el profundo contraste entre aquella quietud y el movimiento que acababa de poner en marcha en el viejo establo.

Un escalofrío de desasosiego lo recorrió. Al día siguiente partiría él también hacia Oriente, y cerraría en cierta manera un recorrido que en ese momento le parecía la enésima voluta de una espiral sin fin que le correspondía ahora llevar una vez más hacia lo alto para permitirle llegar al ápice y caer después, para avanzar de nuevo adelante arrollándose sobre sí misma.

Al día siguiente, mientras el avión rodaba por la pista y desde la ventanilla trataba de distinguir a Natalia entre las personas de la terraza del aeropuerto, la imagen de aquel movimiento vertiginoso volvió a aparecérselo delante de los ojos, insistente y fuerte como una alarma que quisiera llamar su atención. Estaba casi a punto de cerrar los párpados para abandonarse a esa carrera imaginaria

cuando la velocidad lo pegó al asiento y los motores los impulsaron a él y al resto de los pasajeros hacia lo alto, casi como si el aire los absorbiera en dirección al cielo que tenían por encima.

De modo que Sol se dejó llevar por el placer de elevarse en el aire, algo que nunca había experimentado, y con la curiosidad de un niño miró por la ventanilla cómo grumos de nubes salían a su encuentro hasta envolver el fuselaje, y un sol cegador que aparecía de repente sobre un mar de blanco.

Más adelante, cuando aquella superficie desapareció, se entretuvo observando el mundo desde lo alto, mirando desde aquel punto de vista distinto todo lo que forma el escenario de la vida cotidiana de los hombres.

Después, exactamente igual que un niño cansado de aquel nuevo Juego, se reclinó en el asiento y cerró los ojos para concentrar las ideas en lo que conservaba en su interior: la nostalgia por un padre a quien no conoció, el amor dulcísimo de Natalia, las historias de Annina definitivamente perdidas en su amnesia, y además el Prataio y Colle, que sentía discurrir en su interior igual que la sangre; y Anis'ia y el hilo que los unía, tendido muchos años antes por Ideal, un hilo que él seguía ahora hacia atrás, como Teseo en el del laberinto.

Embotado con estos pensamientos, la modorra se

apoderó poco a poco de él, y en el limbo imperfecto que precede a los sueños cuanto Sol estaba imaginando pareció ponerse en movimiento en un remolino que impulsaba hacia delante toda su vida. Como en un relámpago vio entonces Colle y su historia reproducidos dentro de «Libertad», pero por primera vez, mientras la máquina respiraba en su movimiento, advirtió con nitidez el dolor de las balas que le perforaban la espalda y los puñetazos de un feto que le arañaban el vientre, el paraíso en el interior de dos ojos azules y el cielo de Suiza lleno de nubes, sintió las patadas y los garrotazos de los fascistas, y el fuego de un beso dado después de dos años de cárcel, y el cuello rodeado por las tripas de una cerda, y el agua del Padule que desaparecía como la vida destrozada por las ruedas de una locomotora. Tocó la tibieza de una caldera de arrabio y se vio envuelto por el olor penetrante de los establos. Oyó los gritos de los alemanes y los lamentos de los heridos caídos en el suelo; se perdió en la locura y se sintió arder con las fiebres gripales. Se fundió en un abrazo ante la verja del Prataio y se afanó sobre una bicicleta negra; masticó la angustia en la espera de un hijo, de un marido, de un amigo, y temblando escribió en un sobre de color rosa un nombre equivocado. Oyó el estruendo de los cañones rusos y notó que el viento gélido de la estepa le abrasaba los pulmones, y mientras el corazón le estallaba como el de su padre atravesado por el plomo, se dio cuenta de que se hallaba en el vacío, proyectado hacia el cielo por la explosión del avión al igual que Cafiero lo había sido por la velocidad del tren,

en una espiral que en aquel momento le pareció infinita, revoloteando hacia las nubes, hacia Oriente y hacia el pasado que le esperaba, sin tan siquiera las ramas de un avellano para salvarle la vida.

\*\*\*

Y estaba sentada en el jardín, inmóvil. Como cada tarde, después de comer había sacado su silla al aire libre, junto a las tumbas de Mena y de Isolina, donde se quedaba, mirando adelante, hasta que Filomena o Natalia acudían a charlar un rato con ella o a llamarla para la cena.

Con las manos apoyadas en las rodillas, sola y en silencio, observaba las pocas cosas que ocurrían en el Prataio, para volverse de vez en cuando hacia la carretera provincial atraída por algún ruido inesperado.

En aquella particular serenidad suya, Annina se deslizaba por sus días suspendida en un tiempo provisional. Observaba, miraba, si alguien le dirigía la palabra de vez en cuando hablaba, y no siempre con tino, pero sobre todo parecía flotar en un mar tranquilo, definitivamente a salvo de los embates de la vida, como si una especie de cubierta de vidrio amortiguase los ruidos de lo que sucedía al otro lado, el de los demás, allá donde la gente seguía amando y traicionando, llorando, peleándose, combatiendo y rindiéndose.

Desde su silla, cerca de las tumbas en las que ni siquiera recordaba quién estaba enterrado, Annina vio a Filomena salir de casa mientras gritaba algo en dirección a Natalia, que regaba los rosales, y después a Natalia correr hacia ella y abrazarla, mientras se acercaban Penélope con su marido y otras personas. Todos estaban agitados, entraban y salían, hablaban en voz alta, pero a ella aquel ajetreo no le interesaba porque había visto a su nieto Sol bajar de la colina de los cipreses y dirigirse hacia el avellano que ella plantó el día del entierro de Telémaco.

El muchacho la miró y ella, con la mano apenas levantada, siguió observándolo mientras se aproximaba al árbol. Le vio dar un salto, elevarse hasta las primeras ramas y encaramarse después hasta acuclillarse entre las hojas, y desde allí agitar el brazo para llamarla a su lado.

Annina se sintió encantada por aquella invitación, de modo que se levantó y se encaminó hacia el avellano. Cuando estuvo ante el tronco levantó la mirada pero no pudo distinguir rastro alguno de Sol. Y en aquel momento, como un relámpago, volvió a ver delante de ella la casa con el pino, a Mena que rezaba apoyada en la artesa, y a su madre parirla gritando mientras su hermano la empujaba hacia fuera, al mundo. Envuelta por el aroma intenso de las violetas, Annina recordó de repente, y la fuerza de aquella revelación la embistió con tal intensidad que tuvo que apoyarse en el avellano para no caerse.

–Anda, fíjate... –pudo decir apenas, mientras sonreía al espectáculo de su vida que se alejaba de ella por el sendero de gravilla y rozaba la colina de los cipreses justo por donde se había marchado Rosa, hacia Malgardo, cargada con todo lo que había sufrido día tras día, con todo lo que había buscado, y amado, y perdido, para seguirlo hasta verlo desvanecerse en el interior de un dolor perfecto, completamente evaporado en la niebla.

Todo lo que ahora Annina recordaba con claridad haber vivido.

## NOTA

Hace muchos años mi madre me llevó a ver una máquina del movimiento perpetuo. Éramos huéspedes de unos parientes, primos lejanos quizá, que vivían en unas casitas bajas donde cada familia convivía con un telar mecánico, unos chismes que proyectaban lanzaderas de una parte a otra de la urdimbre con un ruido ensordecedor. Entre aquel estruendo infernal, una de esas personas nos condujo a lo largo de un pasillo oscuro hasta la puerta de una habitación que nos abrió como si fuera la entrada a un santuario: allí en medio vi un enorme artefacto, un amasijo de ruedas y contrapesos que mis ojos de niño consideraron un juguete fantástico. Su artífice era un tipo larguirucho, esquivo y mal vestido, que casi de mala gana nos explicó el funcionamiento del invento que habría de producir el movimiento sin fin.

En aquella habitación, en las escasas palabras de aquel lejano pariente y el rechinar del artilugio, tal vez por vez primera percibí el sentido de la utopía; la vi hecha de cables, ruedas y rótulas, de todas las otras humildes cosas que llenaban el local y la vida de un hombre cuyo nombre hoy ni siquiera recuerdo.

Tal vez esta historia naciera aquel día y yo, con el tiempo, jugara después a reconstruir su mecanismo empleando las palabras de los relatos de mi abuela, de mi madre y de mi padre, imaginándome las vidas de antepasados a los que nunca conocí, los lugares donde vivieron, sus sueños y sus esperanzas, para enrollarlas como si fueran un hilo de lana alrededor de la sensación que había experimentado ante aquella máquina.

Llegado al final de la madeja, deseo agradecer a Claudio Novelli su asesoramiento histórico y el consuelo de su sentido común; a Alessandro Scarpellini, que me hiciera conocer a los anarquistas pisanos y me facilitara una preciosa ayuda bibliográfica; y a Giulia Ichino, por último, su excelente trabajo.

U. R.





**UGO RICCARELLI** nació en 1954 en Turín, en el seno de una familia toscana, y vive en Roma. Su primera novela, *Le scarpe appese al atore* (Los zapatos colgados del corazón), fue una gran sorpresa para el público y la crítica italiana.

Desde entonces el autor ha publicado, con éxito, varias obras, todas ellas editadas por Maeva: *Un hombre que acaso se llamaba Schulz*, un relato íntimo y escrito en primera persona de la vida del dibujante y escritor judío polaco Bruno Schulz, traductor de Kafka; *Estramonio*, novela en la que el protagonista, un joven barrendero, reflexiona sobre la sociedad actual y las injusticias en el

mundo, y *Un helado para la gloria*, una original recopilación de biografías literarias de grandes figuras del deporte, a medio camino entre la realidad y la ficción.

Las obras de Ugo Riccarelli han despertado el interés del público y la crítica en toda Europa y han sido editadas en varios países.

Con *El dolor perfecto*, novela ganadora del Premio Strega 2004, el galardón literario más prestigioso de Italia, y el Premio Campiello en España, el autor nos ofrece su obra más ambiciosa y lograda.